



ALFIL
ROJO
FRAN BARRERO



Lectulandia

Alfil es atacado por los sicarios de la agencia de Cristina (Lucía) mientras se oculta en la isla de Mykonos. Entonces conocerá a Davina, una exagente que se asociará con él para destruir la cúpula de la agencia y acabar con la amenaza que pende sobre ambos.

El teniente Pablo Aguilar sigue empeñado en descubrir al verdadero asesino apodado *El Fantasma*. Todo se ha vuelto en su contra en el trabajo, pero su obsesión obtiene resultados cuando aparece un extraño agente de la Interpol que solicita su ayuda para atrapar al asesino.

Toda Europa acabará arrasada bajo dos fuerzas incontenibles: una tempestad como nunca antes había azotado al continente y los crímenes que Alfil y Davina comenten en su tarea por limpiar todo rastro que quede de la agencia que les persigue para atar cabos.

Lectulandia

Fran Barrero

Alfil Rojo

Alfil - 3

ePub r1.0

Titivillus 15.08.2019

Título original: *Alfil Rojo*
Fran Barrero, 2017
Diseño de cubierta: Fran Barrero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Alfil Rojo

Cita

Dedicatoria

A modo de prólogo

Capítulo 0

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

«No hay alivio más grande que comenzar a ser lo que se es.»

Alejandro Jodorowsky

*«Me pregunto si las estrellas se iluminan con el fin de que
algún día, cada uno pueda encontrar la suya.»*

El Principito – Antoine de Saint-Exupéry

«Me buscarás en el infierno, porque soy igual que tú.»

Dorian (Tormenta de arena)

Para Cris.

A modo de prólogo

Terminar una novela es lo más parecido a despedir en el andén de una estación a un ser querido que se marcha para no volver. Tantos meses dedicando horas diarias a su creación y nacimiento, a verlo crecer y guiarlo por el mundo que has imaginado y dibujado para él, tanto esfuerzo en conseguir que sea lo más perfecto posible, se acaban con algo tan frío, distante e injusto como un simple *click* de ratón.

Pero *Alfil* ha supuesto más que eso, mucho más. Nunca hubiera imaginado el pesar que me embarga en estos momentos, al despedirle en el frío andén en mitad de una noche de niebla. Perdonad las concesiones, pero aún siento la escena en blanco y negro y puedo oler el vapor tras marcharse el tren para no regresar. Y es que este libro, el séptimo publicado en mi trayectoria, es también el final de mi primera historia, aquella que empezó gracias al préstamo de una parte indivisible de mi alma. *Alfil* se lleva consigo un pedazo de mí, aunque no debería estar triste, ya que ese pedazo quedará impregnado en cada uno de vosotros. Esa es la verdadera magia de los libros: crear vida y que esta permanezca en los corazones de los lectores. Y ese es el único motor que mueve mis dedos al escribir.

A los amantes de este personaje os diré que nunca morirá, aunque no vaya a escribir más novelas (el ciclo está cerrado tal como se planificó y me gusta ser fiel a mis principios). Como también os digo que *Alfil* está y estará presente en cada protagonista de todas mis novelas y relatos, en todos y cada uno de ellos hay una parte de su físico y de su personalidad; como también lo hay de mi persona. Dentro de cada uno de mis libros podréis tener la sensación de *déjà vu* que produce ese instante mágico en que un aroma al caminar por la calle os trae recuerdos vivos y cristalinos que creíais olvidados y que os dejan el residuo de una sonrisa no forzada. Así que no os extrañe descubrir que estáis sonriendo al leer las aventuras de Ivette (*El otro lado del*

retrato), de Wanda y Pek (*Wanda y el robo del Cristal*), de Trinidad, Vanesa, John Perdant, Marty y todos los demás habitantes de *Bloody Mary*.

Dentro de unos segundos comenzaréis a navegar por el principio del final de esta historia, con la que espero poder satisfacer vuestras expectativas y que os resulte igual o más entretenida que las dos novelas anteriores de la saga. La elaboración inicial del argumento se planteó con la idea de que cada entrega fuese más inmersiva, con más acción y suspense, para que su lectura en orden de publicación fuese gustando más a cada página que fueseis pasando.

Os contaré un secreto final: solo me he permitido establecer un cambio sobre aquella planificación que escribí hace años en unas hojas de papel y que aún guardo entre mis notas por nostalgia. El último capítulo está rediseñado para adaptarlo a los sentimientos que el protagonista ha ido forjando en los lectores y en mí mismo.

Espero que os guste.

El autor

Capítulo 0

Paris, 2017

Aún quedaban unos pocos turistas y enamorados, rezagados y reacios a abandonar la magia del lugar, paseando por la zona más visitada de la capital parisina: la Isla de la Ciudad. Eran las nueve de la noche y los alrededores de la catedral de Notre Dame comenzaban a sumirse en una calma que, junto a la iluminación producida por los focos, transportaba aquel bello lugar a épocas más civilizadas. A su lado, testigo mudo durante siglos, el río Sena, en su lento serpentear por la Ciudad de la Luz, inundaba sus calles con una brisa demasiado fresca para esa noche de Marzo, como si el temporal que acababa de azotar casi toda Europa se resistiese a marchar. Y a solo unos metros de la catedral, justo en el otro margen del río, una de las librerías más famosas del mundo, Shakespeare and Company, permanecía sumida en la oscuridad. Ante su verde fachada, en el número treinta y siete de la calle Bûcherie, ya no se agolpaban turistas haciéndose selfies, ni amantes de la literatura dentro del establecimiento buscando alguna rareza; hacía unos minutos que habían apagado las luces del exterior y al otro lado del cristal de la puerta colgaba el cartel que invitaba a volver otro día.

La figura de un hombre vestido de negro surgió de entre las sombras, caminó con paso firme desde la esquina de la calle Saint-Julien le Pauvre hasta llegar a la puerta de la librería y llamó de forma incesante durante varios minutos. Tuvo suerte. Desde el otro lado, una mirada huraña y desconfiada a partes iguales escrutó en silencio al inoportuno visitante.

—Está cerrado, ¿no sabe leer? —dijo por fin, sin abrir la puerta.

—Busco una primera edición de *Les Misérables* de Victor Hugo —se limitó a responder el desconocido.

—Mire en Amazon y en Ebay.

—No me ha entendido. Quiero la «primera», la edición cero.

El anciano propietario dudó unos instantes.

—Eso es imposible, no queda a la venta ninguno de los tres ejemplares de esa edición.

—Siento tener que insistir. El dinero no sería un problema.

—Un libro así, de haber uno, que no lo estoy confirmando, costaría mucho más de lo que imagina, *monsieur*.

—Podría imaginar hasta doscientos cincuenta mil euros, aquí y ahora, en efectivo. ¿Sería suficiente?

El librero no habló, estaba analizando al posible cliente a través del cristal. Aunque no se centró en su estatura de metro ochenta y cinco ni en su cabello castaño oscuro o su mentón afilado, lo que le interesaba realmente, y que pudo apreciar a pesar de la penumbra del momento, era la edición clásica y exclusiva de un reloj Hublot casi extinta en su muñeca derecha, y adivinaba ropa hecha a medida, posiblemente Gucci. Era joven pero ya podía haber pasado los treinta años, bien formado, educado y culto. No parecía un niño rico heredero y caprichoso, más bien era un joven rico hecho a sí mismo, quizá un amante del coleccionismo. Su instinto no solía fallarle, así que le dio una oportunidad.

—¿Para qué busca ese libro?

—Mi padre siempre deseó adquirirlo pero no tuvo tiempo para buscarlo, y ahora quiero incorporarlo a mi biblioteca. Será un bonito homenaje para el día de mi cumpleaños, y que también conmemora el aniversario de su muerte.

—Entre —dijo el librero, después de dudar unos segundos y de escudriñar con desconfianza los alrededores de la calle.

Un tibio y familiar olor llegó al chico, el de los miles de libros que allí reposaban con la esperanza de viajar a la librería o biblioteca de algún turista o coleccionista que los atesorase. Aunque esa vez era diferente, no se trataba del mismo aroma que había experimentado en anteriores ocasiones que había visitado el establecimiento durante su horario comercial; en ese instante no se contaminaba con la extraña mezcla de perfumes de los turistas. Esa ausencia de público y de ruido también lograba aumentar las dimensiones de un lugar que, con esa suave luz azafranada y su decoración rocambolésca y clásica, parecía sacado de una película de Harry Potter. Cualquiera, estando allí a solas y en silencio, se sentiría como en una biblioteca del Callejón Diagon.

El anciano y orondo dueño del local tendría unos sesenta y cinco años y no debía medir más de metro sesenta de estatura, vestía ropa que debió ser prohibitiva cuando la compró, quizás décadas antes de la publicación de la mayoría de los libros que allí llenaban las estanterías, y bajo esos oscuros, pequeños y redondos ojos de topo, parecía esconder una calculadora con la

que no paraba de evaluar y medir el valor de todo lo que tenía delante. En un silencio solo roto por el sonido de su respiración profunda, dirigió al chico por el laberinto de pasillos y escaleras de un establecimiento que parecía pequeño desde la calle, pero que sorprendía por su tamaño una vez atravesada la puerta de la entrada. Llegaron hasta una escalera de madera que hacía las funciones de estantería, como todo lo que había en aquel lugar; bajo ella reposaba un polvoriento sillón tapizado en terciopelo azul con decenas de libros apilados sobre él.

—Siempre los coloco encima para que la gente no se siente. Hay más turistas que entran para hacerse fotos que para comprar, y no quiero que usen mi butaca —refunfuñó mientras apartaba los libros para poder sentarse. Luego sacó un pañuelo del bolsillo interior de su chaqueta y se limpió el sudor que perlaba su frente. Una vez sentado y descansando, observó al cliente para tratar de averiguar dónde podría llevar tanto dinero en metálico. Suponía que podría hacerlo en la discreta mochila negra que cargaba a su espalda y que pasaba desapercibida en la oscuridad de la noche.

El chico le observaba en silencio, sin querer mencionar, aunque era consciente de ello, que se encontraban en la zona de la tienda donde se exponían los libros de menor valor; allí solo había ediciones nuevas de libros populares, perfectos para que los turistas se lleven un recuerdo sin que suponga un esfuerzo económico.

—¿Por qué no has concertado una cita por teléfono o *e-mail*? —preguntó el librero con visible desconfianza.

—Acabo de llegar a la ciudad y parto a primera hora para Ginebra, no dispongo de mucho tiempo. Además, no hablamos de un libro cualquiera, ni de una cifra cualquiera, no deseo dejar un rastro que el Ministerio de Hacienda de mi país pudiera investigar.

—Entiendo... Ahora quiero ver el dinero —añadió sin inmutarse y con un gesto aún más huraño en su mirada.

—Me parece correcto. —El chico sacó una bolsa de terciopelo negro del bolsillo interior de su chaqueta—. Aquí tiene.

—¡Diamantes! —exclamó el anciano al ver el brillo de los cristales que salían de la bolsita para caer sobre la palma de la mano del joven.

—La mejor forma de poder llevar y esconder una gran cantidad de dinero.

—¿Cómo conoces mi lema? ¿Quién te habló de mí? —El librero le miró con intriga y más desconfianza aún. Se advertía en su interior la lucha entre suspender la transacción o seguir adelante y conseguir esos diamantes cuyo brillo ya le tenían atrapado.

—Eso no importa, ahora quiero ver el libro —respondió tajantemente, y apartó el pequeño tesoro de la cara del avaro.

Con un gruñido de malestar que emanó de su aguileña y peluda nariz, como si se tratase de una asustadiza comadreja, el anciano, que seguía sin fiarse del todo pero no quería dejar escapar esa docena de enormes diamantes que acababa de ver, se levantó y apartó con esfuerzo la butaca hacia atrás, hasta dejarla pegada a la librería de su espalda. Entre el cliente y él, solo quedó la sucia, vieja y deshinchada alfombra que antes había estado bajo el asiento; se arrodilló y la apartó con desdén para dejar al descubierto el suelo de oscura madera de la librería. Allí mismo, entre el denso polvo en suspensión que había provocado al quitar la alfombra y bajo una tabla suelta que apartó con sumo cuidado, apareció un escondrijo del que sacó algo envuelto en un tejido tosco y raído. Volvió a colocar la tapa, la alfombra y la butaca en su lugar, se sentó con el resuello de quien ha trabajado ocho horas seguidas a pleno sol (y el mismo olor corporal) y depositó el pesado objeto sobre su regazo.

—Aquí lo tenemos. —Su cara volvía a brillar tras el esfuerzo, acompañada esta vez de una respiración entrecortada que seguía el ritmo del repiqueteo de sus dedos sobre el paquete.

Comenzó a desenvolverlo con cuidado, descubriendo de su interior un gran libro encuadernado en piel ya ennegrecida por el paso del tiempo; sobre la tapa se observaba, grabados a mano, el título y su autor. El librero lo miró como si se tratase de un hijo del que se sintiese orgulloso y luego lo acarició con cuidado con las ásperas yemas de sus dedos.

—Poca gente sabe que hubo una edición anterior a la primera oficial de imprenta. El propio Victor Hugo realizó de su puño y letra tres copias que encuadernó uno de sus mejores amigos.

—Las hizo —añadió el cliente— para regalar a su esposa Adele Foucher, a su mejor amiga y escritora Judith Gautier y a Jaques Boucher de Perther, un escritor que documentaba la existencia del hombre en la prehistoria.

—Y que antes había sido agente de aduanas en Italia, ya veo que está usted muy bien documentado, señor...

—¿Cuál de las tres es la que sostiene como si se tratase de un hijo? —desvió la conversación el chico.

—Esta de aquí es la de Judith Gautier, la única que queda en paradero conocido, las demás se han perdido —dijo con pesar—; seguro que algún árabe analfabeto las tiene dentro de una vitrina de cristal y al lado de un horrendo Ferrari rojo.

Tras esas palabras, susurradas más para sí mismo, y como despedida, que para el cliente que le observaba en silencio, extendió el libro hacia este último y quedó a la espera, anhelante y codicioso, de la pequeña bolsa de terciopelo. El chico examinó las amarillentas páginas escritas a mano, llegando incluso a olerlas, asintió levemente con la cabeza y volvió a envolverlo en la tela, para finalmente introducirlo en su mochila. Mientras se colgaba esta de nuevo a su espalda, como si de un estudiante universitario se tratase, entregó el pago al ya desesperado librero.

—Un libro así debería estar en la Biblioteca Nacional —añadió el joven.

—¿Esos presuntuosos engreídos? Siempre mirando por encima del hombro y presumiendo de tener más y mejores volúmenes que yo... Ardería en el Infierno antes de ver mi máspreciado tesoro entre sus vitrinas.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted. Que pase una buena noche —fue lo último que dijo el cliente antes de girarse rápidamente y encaminarse hacia la puerta del local.

El anciano quedó sentado en la butaca, examinando los diamantes uno a uno con una lupa de joyero que había sacado del bolsillo de su pantalón. Ahora, excitado y a solas, sudaba más que nunca y se relamía las secas comisuras de sus labios temblorosos. Ni siquiera prestó atención al sonido de la puerta al cerrarse.

La humedad y una brisa más fría de lo esperado golpearon de lleno al chico cuando abandonó la densa atmósfera de la librería, un impacto que agradeció tras haber tenido que sufrir la presencia del huraño y hediondo librero durante más tiempo del deseado. Atravesó la carretera y bajó las escaleras para caminar por la orilla del río. Aquel sendero de adoquines, no muy bien iluminado, estaba aún transitado por grupos de amigos que tomaban una copa de vino, por turistas paseando antes de volver al hotel y por furtivos enamorados que se cobijaban bajo la sombra de algún puente. Tras caminar unos metros y dejar atrás el costado sur de Notre-Dame, quedó a solas en la penumbra de la noche. Ese silencio le ayudó a percibir con claridad el descompasado eco de sus pasos, aunque ya había percibido minutos antes que le seguían en su camino hacia el puente de Sully.

Volvía a su hotel y debía cruzar a la zona norte (margen derecha del río), y desde allí subir hasta el bulevar de la Bastilla. Aceleró el paso de forma gradual para no llamar demasiado la atención de su perseguidor; deseaba llegar al puente de la Tournelle (anterior al Sully) con margen de tiempo

suficiente para elaborar su plan. Bajo aquel puente no había luz y podría esconderse para esperar a quien le estaba siguiendo, y cuya posición estaba siendo traicionada por el eco de sus zapatos en la silenciosa y solitaria noche, además de por su respiración entrecortada y olor corporal, ambos bastante familiares. No solo había delatado su posición, sino también su identidad.

El anciano librero se sumergió en las tinieblas bajo el puente, extrañado al no ver ni oír al chico que un minuto antes tenía ante sus ojos. Había desaparecido de repente y eso le alteró al ser consciente de la pérdida de su ventaja. Miró en todas direcciones, asustado, y cuando adivinó dónde se encontraba su presa, ya fue tarde para pensar o reaccionar.

—¿No estás algo mayor para hacer trabajo de campo? —El joven había surgido de la oscuridad y le tenía inmovilizado desde su espalda.

—¿Qué dices? ¡Suéltame!

—No, eso sería muy imprudente por mi parte. Ese bulto de tu abrigo se asemeja mucho a una Smith & Wesson del 38.

—¿Pero qué dices? Yo solo camino hacia mi casa.

—¿Su casa? Creo que esta zona queda un poco lejos del bulevar Saint-Germain. ¿No le parece... Le Conn?

—¿Cómo sabes...? ¿Mi casa? ¿Cómo sabes todo eso?

El chico se acercó al oído del anciano para susurrarle:

—Sabía que siendo tan avaricioso, no te podrías resistir a la tentación de robar el libro después de haberlo vendido. Era un caramelo demasiado tentador, ¿verdad, viejo usurero? No te conformas con los millones que cobras por los objetivos encontrados en la agencia, necesitas sacar dinero extra de donde sea.

—No sé de qué me estás hablando. ¿Qué objetivos? ¿Qué agencia? — balbuceaba como podía bajo la presión de los fuertes brazos que le atenazaban.

—¿No sabes quién soy? Te daré una pista: hace menos de un año fui uno de vuestros objetivos. Y no os bastó con cobrar al cliente por el trabajo, vuestra avaricia ha hecho que me persigáis de nuevo. Ese es un error que no vais repetir.

—¿Eres... Alfil? —preguntó asustado—. Podemos llegar a un acuer...

El anciano no pudo terminar la frase, una mano con un pañuelo le oprimía la boca y la nariz con una presión de la que no podía zafarse. Trató de resistirse en vano, pero la diferencia de fuerza era muy notable, y estando tan asustado y exhausto por la carrera, se asfixió más deprisa. Cayó muerto al suelo.

Alfil sacó el arma del anciano y la arrojó al río, luego buscó en el bolsillo interior de su chaqueta, donde el librero había guardado los diamantes, recuperándolos para no dejar rastro ante la policía. Sabía que un tipo tan avaricioso no los dejaría en la librería y los llevaría consigo hasta llegar a casa y ponerlos a buen recaudo en su caja fuerte.

El cadáver sería descubierto en cuestión de minutos o, con un poco de suerte, quizá horas. Esa zona del río está sumida en la oscuridad, pero tiene viandantes incluso en noches tan frías como aquella. Los médicos forenses certificarán muerte natural, un infarto debido a su edad, estilo de vida y alimentación. Para entonces, el asesino ya habría salido de la ciudad o estaría en ello.

Quince minutos después, el recepcionista del hotel Bastille Speria, en plena zona del bulevar de la Bastilla, recogía la mochila que uno de sus clientes le entregaba.

—Tengan mucho cuidado, es un objeto frágil. Quiero que mañana lo lleven a la Biblioteca Nacional Francesa a primera hora de la mañana; al departamento de conservación.

—¿Desea añadir una nota, *monsieur*?

—Nada, no será necesaria ninguna nota. El receptor sabe quién soy y lo estará esperando.

Era mentira. Alfil sonreía al pensar en las palabras de Le Conn, sin duda estaría ardiendo en el Infierno viendo el destino de su libro favorito.

—Perfecto señor. Me encargaré personalmente de hacerlo. Por cierto, le informo de que su esposa ha llegado y le aguarda en su habitación.

—¿Mi mujer? Está bien..., la esperaba. —El chico dudó durante un segundo ante esa información del conserje, pero luego imaginó de quién podría tratarse y sonrió.

Al llegar a la planta donde se encontraba su *suite* y salir del ascensor, comprobó que el pasillo estaba vacío en ambas direcciones. Sacó una pistola con silenciador del interior de su americana y, aprovechando la mullida moqueta, se dirigió despacio y sin hacer ruido hacia el número 502. Abrió con la llave magnética, estremando al máximo, y comprobó que la estancia se encontraba en silencio y a oscuras salvo por el resquicio de luz que aparecía bajo la puerta del baño. Se descalzó para no emitir ruido alguno y caminó hasta tener el pomo en la mano, lo giró despacio para abrir unos dos centímetros en la puerta, lo justo para introducir el cañón de arma y apuntar a

la nuca de la chica que se bañaba plácidamente entre espuma y velas aromáticas.

—No te muevas ni hagas el más mínimo ruido —le susurró.

La joven aún no habría cumplido los treinta años, era alta, delgada y con la piel bronceada. Sus ojos almendrados, a juego con el color castaño de su larga melena, mostraban la sorpresa y terror que la invadían.

—Por favor, no me mates, puedo explicarlo —respondió.

—Más te vale ser convincente. ¿Cómo has entrado y para qué?

—Ja, ja, ja, qué malo eres interpretando el papel. —La chica se reía tanto que acabó resbalándose hasta sumergirse completamente en la bañera. Segundos después salió tosiendo y con la cabeza cubierta de espuma.

—No esperaba esta sorpresa, veo que has recordado una de mis fantasías.

—Y yo creo que no deberías ver tantas películas clásicas de James Bond.

—Mi abuelo me las ponía cuando era pequeño, decía que aprendería a comportarme como un perfecto caballero inglés, a mantener la calma y el control en todo tipo de situaciones y otras cosas más que entonces me resultaban muy aburridas.

—Pues ya ves que sí me acordé, y como no sabía cuándo llegarías, llevo aquí dos horas y el agua se ha enfriado mientras te esperaba. Estoy congelada.

—Entonces tendremos que calentarla de nuevo.

Alfil se quitó la americana y dejó su arma en el suelo, pero no pudo desprenderse del resto de la ropa, la chica le agarró por la camisa y tiró de él hacia la bañera. El agua se desbordó inundando toda la habitación.

2

—¿Cómo fue la compra del libro?

Habían salido de la bañera tras una hora de diversión. Alfil, desnudo y sentado sobre una butaca tapizada con seda verde, encendió el televisor y buscó un canal de noticias. Y mientras localizaba alguno que diese sucesos locales de última hora, observó sonriendo a la chica, que se mostraba igual de indiferente que él ante la moqueta inundada de agua.

—Todo salió como planeamos. No te equivocabas, tu jefe fue tan miserable como para tratar de recuperar el libro tras venderlo.

—¿Miserable? Muy bien llevada esa respuesta. ¿Y cómo era él? ¿Cómo era Le Conn?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Nunca le conociste en persona?

—No, esa gente es demasiado cautelosa, siempre hay un intermediario de un intermediario; y siempre prefieren que el flujo de información se mueva a través de correos electrónicos cifrados.

—Pues, para saciar tu curiosidad, es como el señor Burns de *Los Simpsons* pero con el cuerpo de Barney, ya sabes, el gordo ese que eructa.

—Ja, ja, ja. Me ha quedado bien claro, aunque sería más correcto decir «era» como el señor Burns. Ya no tendremos que preocuparnos por él.

—Ahora el resto de la agencia no tendrá ojos ni oídos y será más fácil dar con ellos para terminar nuestra tarea —añadió un Alfil agobiado frente al televisor, que al no tener ordenados los canales, hacía más complicada la búsqueda.

—No estés tan seguro de eso, la mayoría son agentes de espionaje retirados o expulsados de sus países. Y debemos sumar a la partida los sicarios externos que serán contratados. No son tipos fáciles de sorprender; aunque no sepan que vamos a por ellos, son mercenarios profesionales que viven siempre alerta y preparados para cualquier ataque, más aún cuando descubran la muerte de Le Conn.

—Eso ya lo veremos. —Alfil había encontrado lo que buscaba. Informaban del hallazgo del cadáver del dueño de la librería más famosa de París mientras daba un paseo cerca de su establecimiento por los márgenes del Sena. Un infarto parecía haber sido la causa del fallecimiento, hasta tener una confirmación oficial por parte del forense.

—El precio por ti es elevado, y eso es un caramelo jugoso para los agentes y sicarios que buscamos. Y por si eso no fuese suficiente, tienen mucha información sobre ti. Cristina dejó las cosas bastante bien atadas en la agencia.

La chica había nombrado a alguien que hizo captar toda su atención. Apagó el televisor.

—Vamos, tenemos que salir de la ciudad, debemos empezar a buscar al resto de tus antiguos socios.

—Lo tengo todo preparado. Nos vestimos y salimos, pero antes necesito cenar, me has agotado en el baño —respondió ella con una sonrisa.

La pareja salió del hotel, que habían pagado por adelantado en efectivo y con documentación falsa. Cogieron un taxi y se marcharon hacia el aeropuerto, pero no embarcaron en ningún vuelo, se limitaron a alquilar un coche en la zona de la ciudad donde más desapercibido se puede pasar y

donde los empleados de los mostradores menos se fijan en los clientes. De allí partieron hacia Bélgica, donde encontrarían al número dos de la agencia.

Capítulo 1

Dos meses antes:

La calefacción llevaba averiada toda la semana y los policías que trabajaban dentro de la Comisaría Sevilla 1-Centro no se desprendían de sus chaquetones; algunos, incluso, trataban de teclear en los ordenadores sin desprenderse de sus guantes de lana. El fallo del sistema de climatización no podía haber llegado en peor momento, justo tras los recortes de presupuesto y en plena ola de frío, o lo que siempre se había llamado invierno.

Los despachos de los oficiales estaban separados de la sala general por paredes de cristal para dar un ambiente más abierto y distendido a las largas jornadas de trabajo, aparte de dejar pasar la luz de las ventanas en todas direcciones y ahorrar algo de consumo eléctrico. Por ese motivo, los despachos mantenían abiertas las persianas venecianas de los cristales, todos menos el número siete, donde el teniente Pablo Aguilar trataba de aislarse del mundo y concentrarse en su trabajo eliminando el ruido y movimiento que se producía de forma constante entre los agentes del otro lado del cristal.

Los últimos meses habían sido especialmente monótonos y sin grandes novedades en su labor. Recordaba que en las semanas anteriores no había hecho más que emitir órdenes de arresto por casos de maltrato, peleas en bares, robos a turistas o algún sospechoso del asesinato de turno que sacudiese durante esa semana (o mes) los noticiarios locales. Un trabajo fácil y rápido que solía desempeñar muchas veces desde su propia casa, en el centro de operaciones que había montado en una habitación, y que no lograba excitar sus células grises como sí lo había conseguido el caso que sacudió su vida el pasado año, tanto para bien, proporcionándole un reto a su altura, como para mal, logrando estancar su carrera y convertirle en el hazmerreír de la comisaría.

Ese día, lunes para más inri, se encontraba especialmente apático, llevaba una temporada sin estímulos que lograsen activar su humor y su intelecto, y

tampoco había avanzado nada en su *hobby* personal: seguir buscando al criminal conocido como *el fantasma*. Y es que aún mantenía su teoría sobre la detención errónea del tipo que se había entregado asumiendo la identidad del famoso asesino en serie. No concebía ni por asomo la posibilidad de que un tipo tan inteligente, con los atributos físicos y la capacidad económica que se presuponían del asesino, estuviese personificado en el fante que pudo ver aquel día en los noticiarios mientras viajaba en AVE a Madrid. Un viaje que contemplaba en su memoria como si hubiese sucedido décadas atrás, arraigado en los recuerdos como un frío y distante acercamiento hacia la parte más incompetente, sucia y pestilente de su oficio. Aquel día en la calle Génova, en el complejo de edificios que comparte la central de Madrid con los juzgados, había comprobado cómo funciona de verdad el sistema, un entramado corrupto que no duda en encarcelar durante veinte años a un estúpido con afán de protagonismo por los asesinatos cometidos por un sanguinario matarife sin escrúpulos, al que dejan impunemente en la calle.

Esos pensamientos, siempre presentes en él desde aquel día, le recordaron que llevaba dos semanas sin hablar con su homónimo en Madrid, un hecho extraño ya que no había cesado de presionarle para conseguir un favor de esos que luego debería agradecer o compensar de por vida. Tomó el móvil y buscó el número en la agenda, luego miró con recelo hacia el cristal que le separaba del *staff* donde trabajaban los agentes, como si temiera que le oyesen desde el otro lado de las venecianas que les aislaban. Respiró hondo y pulsó el botón verde.

—Cuánto tiempo sin llamar, *cazafantasmas*.

—No me hace ni puta gracia ese apodo.

—Venga, no te lo tomes tan a pecho, hombre. Era solo una broma — respondió Javier Balmaseda, teniente de homicidios en la comisaría Madrid Central.

—¿Sabes algo de la petición?

—¿Qué petición?

—No me jodas, que no estoy para tonterías.

—Relájate o te dará un infarto y no podrás batir el récord del capitán más joven de la historia del cuerpo. Iba a llamarte a lo largo de esta mañana.

—¿Llamarme? ¿Ha ocurrido algo?

—Claro que sí, y son buenas noticias para ti. Ve buscando un billete barato de AVE para Madrid porque en Soto del Real te esperan mañana para esa entrevista.

—¡Joder, joder, joder!

—Ya imaginaba que te haría ilusión. Las Navidades han llegado tarde pero con un regalo de primera. Habrá merecido la pena la espera, supongo.

—Ya te digo, no sabes la alegría que me das. ¿Te veré cuando esté allí?

—Ni lo sueñes. Lo que vengas a hacer es asunto tuyo y no quiero que me salpique. Hace meses que pedí el ascenso y espero resultados positivos, así que no quiero saber nada de ti ni de tu absurda investigación.

—¿Absurda?

—Sí, joder. Ya has visto que no ha habido más asesinatos, así que, por lo que a mí respecta, el fantasma está encerrado y con la llave tirada a un pozo de deseos, ¿estamos?

—Vete a la mierda.

A pesar de la tosca despedida, el sevillano estaba eufórico y Javier lo sabía. Acababa de recibir la confirmación de algo con lo que no contaba pero que soñaba con realizar desde aquel fatídico día en que sintió que sus expectativas de cazar al mayor asesino en serie que ha asolado el país se iban por el desagüe. No perdió un solo minuto, compró un billete de AVE en turista para esa misma madrugada y luego se marchó a casa a hacer la maleta: una única muda y el cepillo de dientes, ya que regresaría a la mañana siguiente a su anodino trabajo, pero esperando hacerlo con suculentos datos que desatascaran su investigación.

Salió del despacho a toda prisa, ajeno como cada día a las miradas de soslayo que le dedicaban los agentes y el resto de oficiales que, entre todos, le habían asignado el cruel apodo de cazafantasmas. Salió a la calle ajeno al viento helado y húmedo que arrastraba el río tras las últimas lluvias. Hacía una semana que no salía el sol y eso era un drama en una ciudad como aquella, pero para Pablo era un día perfecto, un día de celebraciones si no fuese porque aún debía ordenar muchos datos, como elegir las preguntas más importantes que haría a su interlocutor en menos de veinticuatro horas. Eso lo haría durante el viaje.

Una densa niebla arrastrada por el amanecer, bajo un cielo plomizo que amenazaba con descargar agua sin piedad, hacía desaparecer casi todo el complejo penitenciario que se asienta en aquel valle del norte de Madrid. El verde prado que rodeaba Soto del Real en kilómetros a la redonda había desaparecido a la vista, como tampoco se veía desde sus puertas la alta y característica torre de vigilancia que se ubica en el centro del enorme recinto. A Pablo, que no había dormido en toda la noche, ni siquiera durante el viaje,

y ni falta que le hacía, poco le importaba el clima. Los nervios por conocer y entrevistarse con el recluso Manuel Díaz Fernández monopolizaban y controlaban su organismo como si se tratase de la marioneta de un ventrílocuo.

Tras atravesar una alambrada y un muro de hormigón, a cual más altos, y ante la mirada de funcionarios de prisiones fuertemente armados y con caras de pocos amigos, pasó entre dos edificios idénticos que invitaban a pensar que todo el complejo había sido edificado de forma simétrica a partir del eje formado por esa carretera de acceso o entrada. Aparcó en un patio donde había carteles indicadores para los visitantes y se bajó del coche para dirigirse a la puerta, allí un policía uniformado le impidió el paso con malos modos.

Pablo era bastante conocido en Sevilla, allí era una institución para algunos y un policía quemado por su pasado y sus ganas de éxito para el resto, que ahora eran la mayoría de compañeros del cuerpo. Así que notó una extraña sensación cuando aquel musculado policía le detuvo con la mano y, sin siquiera dignarse a mirarle a la cara, le espetó:

—¿Adónde coño vas? Aún faltan horas para las visitas y los vis a vis, gilipollas.

—¿Estás a gusto en Madrid? —respondía con una sonrisa siniestra—. Creo que una cárcel vigilando visitas no está a tu altura, John Rambo. No sé si debería hacer una llamada y pedir que te destinen a un cuartel de algún pueblo perdido entre las montañas de Bizkaia. Seguro que allí suavizarían ese tono de payaso y, de paso, tu culito tenso de gimnasio en menos de dos semanas.

El agente se cuadró con la misma rapidez que tuvo que morderse la lengua y las ganas al comprobar que tenía a dos centímetros de su nariz una cartera abierta con una placa y un *carpet* de oficial de la Policía Nacional.

—Disculpe los modos, mi teniente. No sabe la de gentuza que se ve por aquí cada día... —Parecía no respirar siquiera mientras esperaba la respuesta del oficial.

—¿Gentuza? Sí, ya lo veo...

Pablo pasó al interior de la sala, donde aún faltaban dos horas hasta poder lograr su objetivo, entre esperas absurdas y paseos de pabellón a pabellón, entregas de documentación a los burócratas de las oficinas y comprobaciones que debían hacer funcionarios que a esas horas parecían haber coincidido todos en ir a desayunar. Y por fin llegó al final del laberinto. Se encontraba en una sala en la que pronto estaría a solas con el supuesto fantasma. Todo lo que había sufrido y esperado aquel día y los meses anteriores había merecido la pena solo por poder vivir ese instante. Llevaba memorizadas cada pregunta

que le haría y comprobó cuatro veces las pilas de la grabadora, a pesar de saber que la sala contaba con video-grabación y que podría luego pedir una copia en el acto.

Tenía la total seguridad de que el tipo que estaría frente a él en unos minutos, contestando a sus preguntas, no era el famoso asesino que había estado buscando y que aún pretendía atrapar, pero, a pesar de eso, trató de vaciar su mente de conocimientos y prejuicios para realizar un interrogatorio o entrevista lo más imparcial y objetiva posible, y así poder tener una visión realista del hombre que permanecería dos décadas más encerrado en aquel lugar.

Dos funcionarios entraron en la sala sin haber llamado primero y, tras comprobar que todo estaba en orden (un formulismo más que una propia medida de seguridad, como conocía de sobra el teniente por su experiencia en interrogatorios), hicieron pasar a un tipo que parecía más bajo y delgado de lo que recordaba desde aquel otoño en que le había visto en la comisaría central. El preso caminaba encorvado y cargaba con oscuras bolsas bajo los ojos que parecían pesar más que los grilletes que mantenían sus manos y pies atados al suelo bajo la metálica mesa de la sala. Observándole con detenimiento, calculó que habría perdido unos diez kilos, sin duda se estaba convirtiendo en un fantasma. Esa situación no era nueva para el teniente, había comprobado cómo la privación de libertad acaba con el cuerpo y los ánimos de la mayoría de los pobres diablos que, aunque hubieran sido asesinos o violadores despiadados en la calle, allí no se atrevían ni a toser sin el permiso de los funcionarios que les custodiaban. Las represalias en forma de castigos no compensaban el mal comportamiento.

Manuel Díaz Fernández no había matado una mosca en su vida, eso lo transmitían sus ojos y también el sordo llanto que balbuceaban sus labios mientras seguía mirando, como un muerto en vida, algún punto no definido sobre la mesa. Pablo trató de mantener la compostura ante las ganas de romper a reír en su cara; luego decidió, sin saber por qué, olvidar las preguntas que tenía mil veces planificadas y estudiadas para dejarse llevar por su instinto. Después de todo, nunca le había fallado.

—¿Por qué?

Manuel levantó su cara, mal afeitada y con los pómulos demasiado marcados, para lanzar una mirada desconcertada e inquisitiva hacia el desconocido que tenía delante. No le habían hecho antes una pregunta así y apostaba su futuro a que aquel tipo no había ido hasta allí para jugar a las adivinanzas.

Pablo, por su parte, siguió con el análisis visual. No tenía prisa, quería saborear aquel momento y, además, sabía que los presos sueltan la lengua con más facilidad en un interrogatorio cuando se le hacen las preguntas de forma muy pausada. Manuel llevaba un mono dos tallas más grande y muy arrugado, como si lo usase también como pijama; y varias manchas aparecían en la pechera. Aquello le hizo pensar que no se quitaba el mono de presidiario ni para dormir, ni para comer ni para hacer cualquier otra cosa con la que ocupase el día y la noche en la cárcel. Entre amigos, familiares, compañeros de la comisaría y personas anónimas que había oído en cafeterías, restaurantes y otros lugares, habría escuchado más de mil veces que las cárceles españolas eran como hoteles de lujo y que los presos estaban mejor de lo que merecían. A todos ellos les deseaba que observasen lo que una cárcel española había hecho con aquel miserable. Otro detalle más apareció en su escrutinio, una mirada de Manuel que contenía mucho más de lo esperado: una sonrisa amarga y un mensaje que parecía decir: «no me creeré nada de lo que me digas hoy», así como «no pienso contarte nada». Pablo aceptó aquel desafío.

—¿Qué es lo que pregunta? ¿Qué significa ese por qué? —respondió despacio y con un tono de voz mucho más grave del que habría imaginado el teniente por su aspecto físico.

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿Por qué dijiste que eras el fantasma?

—Todo el mundo sabe que soy el fantasma.

—No todo el mundo.

Se hizo un silencio incómodo para Manuel, que miró alrededor suyo pero no consiguió encontrar cómplices de su alegato, ni pudo sostener la mirada de aquel tipo que parecía saber lo que decía sin que él hubiese confesado su mentira. Tragó saliva mientras dudaba si pedir un vaso de agua y meditó su respuesta.

—¿Qué importa lo que piensen uno o dos? Estoy aquí por lo que hice. Soy un monstruo que mató a muchas chicas.

—¿Tú? ¿Un monstruo? ¿Matar?

Pablo rompió a reír a carcajadas.

El propio Manuel, así como los que observaban a través de las cámaras de vigilancia, quedaron completamente desarmados y confusos ante aquella reacción.

—Tú no eres más que un pobre diablo con deseos y ansias de grandeza —continuó el teniente—, un imbécil que se ha equivocado y ahora no sabe cómo volver atrás. Creías que tendrías fama y verías tu nombre escrito en los libros de historia, que harían películas sobre ti, que escribirían novelas sobre

tus actos... Pero te estás encontrando con otra parte de la que nadie te avisó, una mucho más amarga, ¿verdad?

—No sé lo que quiere decir.

—Pues tus ojos sí lo saben, los ojos nunca mienten, y los kilos que faltan a tu cuerpo tampoco. ¿Cómo te tratan los demás reclusos y los funcionarios? ¿Es tan placentera la fama como la habías imaginado? Te quedan aún más de veinte años para disfrutar de estos mágicos momentos en un hotelito tan idílico como este.

Manuel no pudo sostenerle la mirada ni continuar con su falsa fachada un segundo más ante quien parecía leer su mente o conocer todos sus secretos. Se limitó a agachar la cabeza y encerrarse en sí mismo tan rápido como se estarían moviendo los funcionarios del otro lado de la ventana, que ya habrían emprendido su camino para llegar a la sala y terminar con la conversación. Pablo debía darse prisa, acababa de cometer un error que acabaría con la entrevista mucho antes de lo que tenía pensado.

—Los dos sabemos que tú no has matado a una mosca en tu vida y que te estás comiendo esta mierda por buscar una fama que creías mucho mejor de lo que ha sido cuando has vivido la experiencia. Estos meses no han sido nada comparado con los más de veinte años que te quedan. No hagas el imbécil y colabora conmigo. Soy el único que puede sacarte de aquí, el único que confía y sabe que no hiciste nada... El único que sabe que no eres el fantasma.

Manuel le miró como se mira al clavo ardiendo que te abrasará y desgarrará las manos, pero que es el único asidero que te evitará caer al vacío. Dudó unos instantes, que se hicieron eternos para Pablo, y, viendo que ya no había más saliva que tragar, intentó cooperar.

—Pensaba que todo sería cosa de dos o tres semanas, que se descubriría el engaño y quedaría en libertad, ya sabe..., cuando el verdadero asesino volviese a matar. Pensaba que, como mucho, tendría un juicio por lo de la puta en el hotel. Pero el tiempo pasó sin que el fantasma volviese a matar y cerraron el caso, aun sin pruebas y sin comprobar coartadas de algunos de los crímenes. No tenían nada sólido contra mí, pero me metieron aquí para que me pudiese por algo que no hice.

—Así funciona esto. Había que joder a alguien y tú te ofreciste en bandeja de plata. Así que no culpes a nadie más que a ti mismo por tu torpeza. Te metiste en medio de un caso muy jodido, de esos que los peces gordos quieren cerrar y enterrar muy profundo aunque sea a costa de un inocente. Pero tampoco te lo tomes muy a pecho, que la inocencia te queda muy grande.

—Pedí a mi abogado que solicitara la reapertura del caso, está trabajando en eso.

—Estúpido, nadie está trabajando en nada. Para atar cabos sueltos, a tu abogado de oficio le habrán enchufado con un cargo en la Fiscalía General del Estado y al juez lo habrán llevado al Supremo. Todos ganan. Bueno, todos no...

Al otro lado de la puerta se oían gritos y pasos de los funcionarios, quedaban segundos para interrumpir una conversación que no se repetiría nunca más.

—Aún así —continuaba— quiero oír la verdad, quiero oírla de tu propia boca.

—Si desde arriba han ordenado que me entierren aquí durante veinte años. ¿Qué importa lo que yo diga u opine? No servirá de nada.

—Me importa a mí. ¡Dilo, quiero oírlo!

Dos funcionarios y un responsable de la prisión irrumpieron en la sala y, sin decir una sola palabra, quitaron los candados que ataban al preso al suelo y se lo llevaron como si Pablo no estuviese allí.

—¡Aún no he terminado con él! —gritó, pero nadie le hizo caso—. Tengo una orden firmada por el Ministro del Interior.

—Es el Ministro, a través de una llamada telefónica recibida hace dos minutos, el que ha pedido que se cancele inmediatamente la entrevista. Si tiene algún problema o queja, trátelo con él —le dijo el responsable, ajustando la corbata de su traje a medida y usando un tono de voz tan serio como la mirada que le dedicó antes de salir de la sala y dejarle a solas.

Aún sentado sobre la silla de metal, y sabiendo que le confiscarían la grabación de la entrevista que acababa de mantener, podía oír los forcejeos y los golpes que trataban de silenciar al reo durante su traslado de nuevo a la celda. Pero un grito final de desesperación desgarró sus sentidos e hizo brotar una sonrisa en el rostro de Pablo.

—¡Soy inocente! ¡No he matado a nadie en mi vida! ¡No soy el fantasma!
Por fin se veía luz al final del túnel.

2

No había pasado tanto tiempo como para hacerle olvidar los pasillos, despachos y la sala de espera, así como tampoco el olor a detergente

perfumado de pino que invadía la segunda planta de la comisaría. La última y única vez que había estado allí no se encontraba en las mejores condiciones intelectuales, pero aún recordaba esa austeridad que parece ser la seña de identidad, con pocas variaciones, en todos los edificios y dependencias oficiales de la Policía. Esa mañana no había el revuelo y el bullicio de la vez anterior, los teléfonos no parecían a punto de explotar ni los agentes decididos a pedirse una baja por estrés, eso era buena señal, quizá no le hiciesen esperar tanto como aquel día. Se sentó en la misma silla de plástico, al lado de una fuente de agua de metal, y poco más de quince minutos después estaba entrando en el despacho de Balmaseda.

—Te dije que no vinieras a verme, joder. Tendré que aguantar miradas e insinuaciones durante semanas por culpa tuya.

—Gracias, yo también me alegro de verte. Además, te dije que podríamos tomarnos un café en el Starbucks que hay al otro lado de la calle.

Pablo se sorprendió al ver que Javier había empeorado físicamente en los últimos meses, estaba algo más gordo y las canas habían conquistado su cabellera, al menos, lo que quedaba tras las incipientes entradas que anunciaban que los cuarenta años se le escapaban para dar la bienvenida a los cincuenta. Su sentido del humor, en cambio, seguía siendo tan pésimo como de costumbre.

—Sí, claro, como si allí no nos fuera a ver ningún policía.

—¿Hubieras preferido una visita de tu exmujer?

—No menciones a esa bruja, cada vez que viene es para quejarse de que no le ha llegado la pensión el día uno. Parece que no puede estar un solo día sin gastarse mi dinero en el puto bingo o en las tragaperras.

—Si le cogieras el teléfono no vendría a verte en persona.

—Sí, claro...

—Hablando de exmujeres, te comentaré un chiste típico de mi tierra — Javier suspiró con paciencia, sin poder arruinar un ápice el entusiasmo del sevillano—. En los cuentos de princesas, ¿sabes qué diferencia hay entre una preciosa hada y una bruja malvada?

—Sorpréndeme.

—Veinte años de matrimonio.

Pablo reía a carcajadas ante la cara de asombro de Javier, aunque un destello iluminaba los ojos de este último y se notaba cómo estaba haciendo un esfuerzo titánico por no acompañarle con las risas.

—Bueno, ve al grano. Estamos muy ocupados tratando de encontrar a un hijoputa que ha empujado a una niña a las vías del metro. La prensa está que

echa chispas pidiendo detalles morbosos sobre su muerte.

—Ya imagino.

—Venga, coño, suéltalo ya. Esa sonrisa estúpida te está delatando. Dime lo que te ha contado o has averiguado con la entrevista; eso sí, ni se te ocurra decirme que el preso te ha dicho el nombre y apellido del verdadero asesino, o te juro que tendré que contenerme para no darte una hostia.

—No exactamente, pero me ha confesado que no es el fantasma. Aunque no hacía falta, no imaginas lo que ha cambiado, se ve que la cárcel no le está sentando muy bien, o que no era lo que él esperaba.

—Esos miserables son todos iguales, confiesan sus crímenes pensando que acabarán de plató en plató de televisión, ganando una fortuna por contar su historia o escribir un libro, pero cuando se ven encerrados durante años, se aferran a lo que sea por salir de allí.

Pablo no contestó, se limitó a mirarle con una sonrisa de superioridad, de esas que lanzas cuando sabes de sobra que todo lo que se hable sobre el tema está de más porque tú ya lo sabes; y también sabes que tu interlocutor sabe que lo sabes.

A Javier le reventaba ese aire de intelectual sabelotodo que tenía su colega, y más aún porque era consciente de que cualquier conversación con él estaba iniciada, dirigida y ganada por él, desde antes siquiera de saber que se produciría.

—Da igual lo que tengas o la confesión que hayas grabado, no te servirá de nada ante un juez si no tienes otro culpable que se declare como tal o pruebas que le incriminen.

—No tengo nada.

—¿Cómo dices?

—Que no tengo nada. Me quitaron la grabación y se llevaron al recluso en cuanto mencionamos el Ministerio y el trato que le dispensaban allí. Luego me echaron como a un borracho de una discoteca.

—Pero...

—Pero me bastó mirarle a los ojos para saber que ese mierda no ha matado a una mosca en su vida. No necesitó gritarme, mientras se lo llevaban a rastras, que no era el fantasma para que le creyese. Se le ve nada más tenerlo delante.

—¿Sabes que podemos meternos en un lío solo por mantener esta conversación? En el Ministerio tienen enterrado este caso y rezando para que nadie vuelva a hablar de él, incluso han coaccionado a la prensa y a la

televisión para asegurarse que ellos hacen lo mismo. Y esto último que quede entre tú y yo.

—Descuida. Pero eso no quita que invierta mi tiempo libre en buscar al verdadero culpable.

—Haz lo que te salga de los cojones, pero lárgate de aquí y no vuelvas. No quiero que la mierda me salpique, ¿entendido?

No hizo falta una cordial despedida, Pablo tampoco la esperaba. Se marchó de la comisaría después de haber hecho tiempo para dirigirse a Atocha y esperar el tren de vuelta a la capital andaluza. Una cafetería en la zona del jardín botánico de la estación le sirvió para escribir en su ordenador toda la conversación, palabra por palabra, mantenida con Manuel. A pesar del estruendo formado por las miles de personas que paseaban o esperaban por el lugar, recordaba con claridad cada detalle de aquella mañana. Montó en el tren satisfecho por su tesón y confiado en sus posibilidades. Necesitaba ese golpe de efecto, esa palmada en la espalda que, a falta de un superior para hacerlo, se había dado a sí mismo. Durante el trayecto de regreso sí pudo dormir, aunque dos horas supieran a poco. Ese estado de relajación, único desde hacía meses, invitaba a un homenaje con vistas a estar lúcido para recuperar trabajo en casa durante la noche. El viaje había acabado con un resultado muy diferente con respecto al anterior. En ambos volvió con la completa seguridad de que el asesino seguía suelto y dándole la oportunidad de ser él quien le atrapase, pero ahora tenía la confirmación directa del propio condenado y la indirecta de la policía en la central de Madrid y del Ministerio.

Al margen de órdenes y de oficialidad en la cadena de mando, pensaba reabrir el caso y dedicarse en cuerpo y alma a la búsqueda y captura del verdadero asesino. No pararía hasta encontrarlo y llevarlo ante las autoridades. Dedicaría su vida entera, si fuese necesario, para lograr su objetivo.

3

Era la una y media de la madrugada cuando Pablo llegó en taxi a su casa, agradeciendo el aporte de calor y humedad que daban el sur y el río Guadalquivir a la capital hispalense en comparación con Madrid; a pesar de que sus convecinos aseguraban estar padeciendo los crueles azotes de una ola

de frío polar inhumana y nunca antes sufrida. Sintió deseos de recomendarles un viaje de placer a la capital del país para que pudieran comparar.

Durante el viaje, aparte de dar una cabezada y de intentar adelantar algo de trabajo, había contado los minutos hasta poder llegar a casa y abrir la puerta de la habitación-despacho que usaba como central de operaciones para la búsqueda de criminales, pero, sobre todo, para la investigación del caso más importante de su carrera, aquel que aún estaba inconcluso para él.

Las cajas de cartón con *dossieres* repletos de fotocopias de interrogatorios y fotografías de pistas seguían por todo el suelo, igual que los montones de carpetas en la pequeña mesa de la izquierda, donde ya no quedaba espacio para acomodar el ordenador portátil. Se deshizo de todo lo que no estuviese relacionado con el caso de el fantasma y lo llevó al salón-comedor, donde sus pocos muebles daban espacio a todo aquello que fuese necesario. Luego se quedó observando la pared principal del despacho, la que quedaba frente al sillón que usaba para pensar y buscar soluciones. Una pared llena de fotografías, fotocopias de indicios y pruebas, planos y mapas de lugares, sembrada de chinchetas de colores que acogían cordones de hilo enlazando unos lugares con otros bajo las marcas de rotulador que indicaban fechas y horas. Allí estaban todos los crímenes que se le atribuían al asesino en serie, las fotos de sus víctimas, los datos de los hoteles donde fueron encontradas, las fechas y las partes más importantes de las declaraciones de testigos y familiares. En el centro, justo en la mitad de la pared (y del mural), había una interrogante dibujada con un rotulador rojo. Pablo cogió el mismo rotulador con el que había dibujado casi un año atrás aquel signo y se acercó para rodearlo varias veces con un círculo.

—Estás por ahí, quizás fuera de España, pero te atraparé, hijo de puta. Puedes apostar tu vida a que te atraparé.

Era un obseso del orden, del método y del buen hacer que enseñaban en los cursos especializados del FBI a los que había pedido una docena de veces una plaza para asistir, pero que siempre había rehusado, cuando le notificaban que había sido admitido, por estar demasiado involucrado en algún caso como para ausentarse durante más de un mes.

Dejó el rotulador sobre la mesita y se sentó muy despacio en el sillón, como queriendo ser ceremonioso con el momento. Había picoteado algo de fiambre de su nevera y abierto una botella de vino rosado que había comprado hacía años para alguna ocasión especial, no había mejor momento que ese. Observó el mural de su investigación y dio un sorbo despacio a la copa, el vino estaba frío y ligeramente amargo, pero le gustó esa sensación bajo el

momento de penumbra, silencio y soledad. El flexo de la mesita, como único punto de luz en la habitación, apuntaba su bombilla led hacia la pared y conseguía dar un aspecto majestuoso al fruto de sus investigaciones, provocando una pequeña sombra a la izquierda de cada chincheta y de cada cordón de hilo que navegaba de un punto a otro de la pared. Pablo recordó cada película que había visto sobre investigaciones de asesinatos en serie y se sintió orgulloso de su tesón, así como se sentía satisfecho por no abandonar a pesar de la mentalidad de sus compañeros y colegas; también entusiasmado de saber que el asesino esperaba ahí fuera a ser capturado. En aquel momento, solo un temor arruinaba el momento de regocijo, el mismo pensamiento que había surgido cuando empezó el caso. Sentía miedo al pensar que nunca pudiera atraparlo.

No era consciente de la hora a la que había acabado rendido ante el cansancio y sumergido entre los brazos de Morfeo, pero notaba la cantidad de luz que entraba a través de los pequeños orificios de la persiana no bajada del todo. Debía de ser tarde, claro que eso no le importaba tanto como el dolor de espalda por haber dormido en el sillón. Pasaría algún tiempo más en casa antes de ir a la comisaría; allí nadie le echaría en falta, supondrían que se había quedado en casa investigando, o haciendo averiguaciones e interrogando a testigos en alguna zona de la ciudad. Eso era lo bueno de su trabajo de inspector.

Aún no había comenzado a planificar mentalmente lo que haría esa mañana cuando el telefonillo del portero automático comenzó a sonar con la suficiente insistencia como para indicarle dos cosas: que no era la primera vez que sonaba y que había sido ese el sonido que le había sacado del sueño. Se dirigió aún somnoliento y dando tumbos hasta la cocina y descolgó el auricular.

—¿Quién es?

—Jefe, ¿ha pasado algo?

—No, todo está perfecto, espera unos minutos y bajo.

Era Miguel Carabías, su ayudante y mano derecha, el único en quien confiaba y que conocía el motivo de su viaje a la capital. Pablo se dio una ducha en tiempo récord y se vistió para bajar en menos de veinte minutos desde que el agente había llamado a su portero automático. Al final tendría que ir a la comisaría, después de todo.

Faltaban unas calles para llegar a su destino cuando Miguel por fin se atrevió a preguntar a su jefe.

—¿Cómo fue lo de ayer?

—Ni te imaginas. Tenemos caso.

—Pero la central...

—Olvida la central, esto será cosa mía, como un *hobby*.

Su ayudante le miró con sus ojos pequeños y oscuros pero astutos, y se frotó la barbilla con la mano derecha como siempre que estaba pensando en las consecuencias de sus actos.

—Espero poder ayudarle, aunque ya sabe que nos meteremos en un lío si...

—No te preocupes, nadie sabrá en qué trabajamos. Cubriré tus espaldas si tú haces lo mismo. Y si me sancionan, diré que te ordené ayudarme y que no podías negarte.

—Eso ya lo sé, pero no quiero que cargue con una sanción extra por cubrir mis decisiones.

Miguel era un buen policía y una buena persona. Solo llevaba año y medio desde que había recibido la placa y ya había llamado la atención del mejor oficial de la ciudad, sobre todo desde el día en que entró en su oficina con descaro y sin vergüenza alguna para decir: «Si ese puto pringado es el fantasma, yo soy el Capitán América». Pablo le invitó a cerrar la puerta de su despacho y se limitó a hacerle una única pregunta: «¿Por qué?».

—Ese fracasado no se ligaría a mi abuela en la cola del bingo, mucho menos a una chica de veinte años en una discoteca y con tanta rapidez como para que nadie le viese. Ese patético personaje solo quiere fama y no pasaría siquiera el control de la discoteca Theatro Antique sin que los porteros se partiesen el culo de risa al verle de esa guisa.

—Olvidas la droga, puede drogar a las chicas y que las haga más dóciles —respondió Pablo en un intento de confundir al chico.

—Si usara una cantidad convencional, los análisis lo habrían confirmado. Y ya le digo yo que tendría que anestesiarlas para que se fueran con él sin levantar sospechas. Ninguna chica de las que hay en la base de datos de el fantasma se iría con ese tipo ni a comprar un sello al estanco una mañana de lunes.

—Pues en la central de Madrid están convencidos de que es el asesino.

—Con todos mis respetos, mi teniente —añadió con recelo—, en la central encarcelarían al primer pobre diablo que se cruzase ante la comisaría

si con ello contentasen a los periódicos y al Ministerio. Ese malnacido no sabe dónde se ha metido al declararse culpable.

—¿En qué unidad estás? —fue lo único que pudo contestar Pablo, con una sonrisa.

—En tráfico, aún no llevo ni dos años en...

—Pues eso se acabó —le interrumpió—, eres mi nuevo ayudante. Ve a por tus cosas mientras hago una llamada. Por cierto —le dijo mientras salía sonriente y como un rayo de su despacho—, mañana no traigas el uniforme, ven de paisano.

—Pero los agentes no podemos...

—No pienso salir a investigar con un tipo vestido de novato a mi lado, y menos cuando tiene medio cerebro más que el resto de la comisaría. Olvida lo que puedan decirte, ahora tus informes de rendimiento dependerán de mí.

Aquel día Pablo ganó un amigo y un fiel investigador que se dejaría la piel por su trabajo, algo que no abundaba en el oficio y que debía proteger para que no se volviese perezoso ni corrupto como una gran mayoría de sus compañeros.

Ya casi llegaban a la comisaría cuando el móvil sacó al teniente de sus recuerdos. En la pantalla aparecía el nombre de Javier Balmaseda, algo que resultaba imposible, o demasiado improbable, después de su conversación mantenida hacía solo unas horas. Descolgó con recelo y acercó el aparato a su oído.

—¿Sí?

—Apuesto a que no esperabas mi llamada.

—Esta respuesta me acaba de desconcertar aún más que la llamada en sí.

—Pues aún no te he dicho el motivo...

El tono de Javier era mucho más serio que el que se adivinaba por el carácter distendido de sus palabras, Pablo lo notó a pesar de haber oído solo una frase. La impaciencia irrumpió como un volcán en erupción.

—Pero dime lo que sabes, joder. No me tengas en ascuas que casi no he dormido.

—Se trata de tu amigo Manuel, el que visitaste ayer en la cárcel, el supuesto fantasma.

—¿Supuesto? Pensaba que para ti era el único y definitivo asesino.

—No me jodas, ya te he explicado cómo va esto. No me puedo mojar con tus hipótesis.

—Vale, lo capto, dime entonces qué ha pasado. ¿Manuel ha convocado a la prensa para el anuncio de alguna exclusiva?

—No te burles, es algo más serio.

—¿Más serio que eso?

—Sí. Ha muerto esta noche.

Un *click* sonó en el cerebro de Pablo, un sonido mecánico que anunciaba un futuro complejo a pesar de darle la razón aún más en sus sospechas. Ahora el caso estaría más cerrado que nunca y las posibilidades de presentar a un nuevo sospechoso se disiparían como se esfuma la moneda en la mano de un mago durante un truco barato. Todas las luces que se habían encendido en su viaje de vuelta a Madrid se acababan de apagar de golpe junto al estallido de las bombillas que las producían.

—No tienes ni que decirme cómo ha sido. Un suicidio en su celda, seguramente colgado de su cinturón.

—No metas el hocico en el hormiguero o acabarás mordido..., es un consejo de alguien que te aprecia.

—Gracias por tu apoyo, pero eso no hace más que darme ánimos y seguridad en mi búsqueda.

—Joder, Pablo. Han ajusticiado a ese imbécil para que nadie sepa lo que se cuece en las cárceles y para cerrar más aún un caso que llevó de cabeza a este país durante dos años. No toques los cojones o tu exitosa carrera de policía durará lo mismo que una viagra en la puerta de un geriátrico.

—Ya lo he captado, gracias de nuevo por el aviso.

—Conozco ese tono y no me gusta nada. Olvida todo este asunto, es un consejo de amigo. El Ministerio no es partidario de quedar mal, y mucho menos ante una noticia o caso internacional con la repercusión que tuvo este. No tendrán piedad contigo si sigues husmeando.

—Te repito que lo he pillado, gracias por todo y hasta siempre.

Pablo colgó el móvil y lo metió de nuevo en el bolsillo del pantalón. Su mente procesó la información recibida y luego la desechó a esa zona del cerebro en la que trata de olvidar lo antes posible lo que no le interesa lo más mínimo. Miguel le miraba de reojo y se atrevió a intervenir cuando ya aparcaba en los subterráneos de la comisaría.

—¿Son malas noticias? ¿No podremos seguir con la investigación?

—No, solo chorradas. Seguimos adelante.

—Perfecto.

—Pero una cosa, lo de llevarlo en secreto es más importante de lo que imaginas.

Miguel no contestó, solo le miró y asintió con la cabeza.

Capítulo 2

El alba dibujaba con su luz magenta una fina línea que separaba el mar del cielo; en pocos minutos habría desaparecido el frío y oscuro semblante de la noche y los destellos cobrizos del sol naciente barrerían las calles desiertas de la isla de Mykonos, sembrando de un falso calor invernal los estrechos pasadizos por los que corría Alfil, como cada mañana. Pensamientos confusos invadían su mente, testigos de la pugna entre los instintos primarios que atacaban sus noches, como mortecinos impulsos que se revelaban en la soledad de sus miedos y remordimientos, y la búsqueda de una estabilidad emocional para la que cada vez tenía menos esperanzas.

Recorría el entramado de callejuelas ascendentes del pueblo griego como si la vida le fuese en ello, como si desease que un infarto acabase con su sufrimiento y sus debates internos. Cada día era más difícil mitigar los impulsos que le arrastraban a su vida anterior, a volver a los estudios de fotografía y pelear por ser el mejor, aunque aquello le empujase de nuevo a matar para lograr esa meta. La monotonía y la falta de objetivos en su vida estaban acabando con sus nervios y con su paciencia. Las noches anteriores las había pasado nadando en el frío mar que aún era mecido por las corrientes de febrero, jugando a la ruleta y al póker en el casino de la ciudad, evitando a mujeres de una sola noche y ahogando el recuerdo de su pasado en botellas de vodka mientras veía llover sobre la cubierta de su barco, deseando que su alma también quedase purificada como la reluciente madera de teca del velero.

Esa noche sería diferente, había acordado jugar una partida de ajedrez con Nicolai Notto, un magnate del petróleo que anclaba su barco muy cerca del suyo, un tipo de unos setenta años que aparentaba estar más cansado de la vida que él mismo. Había rehusado en varias ocasiones, pero los años que llevaba sin ponerse a prueba en una buena partida y el recuerdo de su anciano

abuelo en las facciones del millonario le hicieron cambiar de idea. Después de todo, era una forma como cualquier otra de salir de la rutina.

—¿Qué nos jugamos? —preguntó Alfil tras agotar de un trago una copa de Martini seco con ginebra.

—¿Qué quiere apostar? —respondió el anciano.

—El barco.

El magnate le miró con un gesto de preocupación y sorpresa. Pensó que estaba bromeando.

—No lo dice usted en serio.

—¿Por qué no? ¿De qué sirve vivir si uno no puede sentirse vivo? Sin altos estímulos no nos podemos poner a prueba. Este yate suyo es más grande y caro que mi velero, pero apuesto a que usted tiene más experiencia que yo jugando al ajedrez. Y después de llevar semanas insistiendo en esta partida, doy por sentado que debe ser un jugador consumado. ¿No es así?

—Bueno, no se me da mal —un brillo de falsa modestia iluminó sus cansados ojos—. Aunque no imaginaba que tendría que poner en juego mi preciado barco. Pensaba que lo apañaríamos con algo simbólico entre amigos, como diez euros o pagar una cena en el pueblo.

Alfil le miró con una media sonrisa y esperó en silencio para ver si el desafío era aceptado por el roñoso millonario. Ganase o perdiese la partida, aquello suponía un reto para él; y si perdía su barco, tendría un motivo para moverse a otro punto del mundo a buscar otros incentivos, o incluso regresar a Madrid. «¿Quién sabe? —pensó—. Quizás esta noche llegue ese punto de inflexión que necesito». Pidió otro cóctel al sirviente y volvió a beberlo de un trago, esa actitud acabó por convencer a Nicolai, que seguro calculaba en esos instantes el tiempo que tardaría el chico en estar borracho como una cuba.

—Sergei, procura que a mi invitado no le falte cualquier cosa que necesite —ordenó el magnate sin dejar de mirar a Alfil.

—¿Eso significa que aceptas la apuesta?

—Veamos lo que sabes hacer, hijo.

Sergei acercó un maletín de madera que Nicolai tomó y colocó sobre su regazo. La mesa que le separaba de su invitado, con un tablero de ajedrez grabado sobre su fina y pulida madera, acogió las figuras de ébano y marfil que trajo gratos y casi olvidados recuerdos al muchacho. Una vez colocadas todas las piezas, y tras insistir en varias ocasiones para que se siguiesen las normas de protocolo y caballerosidad, el anfitrión acabó cediendo ante su invitado y comenzó la partida moviendo uno de sus peones blancos.

—Nunca había visto a alguien tan supersticioso. Conocía esa manía de jugar siempre con las fichas negras, pero no hasta ese punto obsesivo.

—Es una costumbre desde niño.

—Eso es bueno, amigo mío, las tradiciones no deben olvidarse.

La partida se desarrollaba más rápido de lo que hubiese esperado ninguno de los dos, más aún si tenían en cuenta la importancia de lo que habían apostado. Nicolai sabía lo que hacía, incluso movía las fichas como un profesional con años de experiencia en competición; a veces llevaba su mano hacia la derecha en un acto reflejo, como si estuviese acostumbrado a jugar con el reloj. Alfil, por su parte, parecía casi no prestar atención, reaccionaba rápido a los movimientos de su rival, como si moviese las fichas sin pensar mucho en las consecuencias, por momentos daba la impresión de querer perder y abandonar aquella misma noche el lugar. Los cócteles de Martini con ginebra se fueron sucediendo para regocijo del ruso.

Al cabo de veinte minutos de juego, cuando ya habían caído más de la mitad de las fichas, Nicolai anunció un jaque con su torre. La sonrisa del magnate apareció en su rostro ante la seriedad del semblante de Alfil, que le miraba fijamente sin prestar atención a la mesa; así permaneció durante unos largos segundos. El anciano disfrutaba del momento, casi podía ver que esa seriedad y frialdad de los ojos de su joven rival se debían a estar arrepentido por haber apostado su barco tan a la ligera. El silencio creaba una tensión palpable aunque el chico no le apartó la mirada, solo extendió la mano muy despacio para colocarla a un centímetro sobre su rey, pero en lugar de tumbar la ficha, dando por terminada la partida, siguió avanzando hasta llegar a su alfil negro, lo tomó y recorrió una mortal diagonal que acabó arrollando a la figura del rey blanco.

—Imposible... es... imposible. Me has vencido con un alfil y sin que lo haya visto siquiera. Es imposible. En los últimos treinta años no he perdido más de cinco partidas y tú ni siquiera has estado prestando atención.

—Cuidado Basil, te está traicionando el acento búlgaro.

El anciano se levantó más rápido de lo que se hubiese adivinado por su aspecto, pero no pudo sacar a tiempo el pequeño revólver que escondía en la parte de atrás de su cinturón. Dos disparos ahogados en un silenciador silbaron en la oscuridad de la noche. El primero de ellos atravesó la frente del anciano y el segundo el estómago de su sirviente, que permanecía escondido tras la puerta que separaba el salón principal del yate de la terraza semicubierta en la que habían jugado la partida.

Alfil se levantó y pasó con cuidado sobre el cadáver de su anfitrión, llegó hasta donde gimoteaba Sergei y apartó de una patada el arma de este, que reposaba en el suelo a un metro de distancia de su mano. Cogió una silla del interior del salón y la colocó al lado del herido para sentarse sin prisas.

—¿Sabes que subestimar a un rival es el primer y mayor paso hacia la derrota? —susurró al supuesto sirviente.

—Ese estúpido te ha subestimado durante la partida —gimoteó el herido con un marcado acento ruso, mientras taponaba con ambas manos la herida del estómago.

—¿Basil? No, me refiero a ti, me refiero a toda esta operación que habéis montado de un modo tan chapucero. Demasiados errores para haberlos cometido un asesino a sueldo con recursos suficientes como para alquilar este yate y los servicios del viejo. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

Sergei le miraba con intriga y fascinación. Parecía preguntarse cómo había descubierto su plan.

—¿Cómo has sabido...?

—Te delataba constantemente tu mirada, nadie tolera que un sirviente le mire a uno como tú lo hacías cada vez que Basil te daba una orden. Y si él no era tu jefe, entonces todo lo demás también era falso, una pantomima mal ensayada y peor ejecutada. Se hizo demasiado evidente que tú eras el patrón aquí. Además, Basil Ivanov fue un competidor de nivel internacional, cualquier amante del ajedrez le hubiese reconocido a pesar del paso de los años. No tiene ningún sentido que se haya hecho pasar por un magnate ruso; y los torneos que ganó hace décadas no dan para alquilar o comprar un yate como este. Vosotros tenéis mucho presupuesto y yo quiero saber quién financia esta operación y por qué.

Sergei miraba en todas direcciones, como si esperase algo o a alguien, pero la mueca de derrota de su rostro anunciaba de un modo evidente su desesperación al verse en las últimas.

—Siempre recibimos los encargos por correos electrónicos cifrados, y la única información que teníamos sobre ti decía que eras un cabo suelto, nada más que eso. Nos pasaron fotos tuyas y del barco, encontrarte no fue fácil, pero convencerte para que subieras a nuestro barco fue peor, nos ha costado semanas.

—Debes tener algún modo de comunicarte con tu cliente, quiero saber todo lo que sabes: las direcciones de correo electrónico, las claves para descifrar los mensajes...

—Esta herida tiene un aspecto feo, no llegaré vivo a ningún hospital ni tú me dejarás salir de aquí con vida, así que los dos sabemos que no hay más que hablar.

—Vaya, un sicario con principios hasta el fin. Muy bien.

Alfil respiró hondo, sabía que aquello se había terminado. Se levantó de la silla y disparó en la cabeza al asesino antes de adentrarse para buscar la sala de máquinas del barco.

Veinte minutos después llegaba a su velero, a unos doscientos metros de distancia del yate. Había usado la lancha a motor con la que Sergei, el falso sirviente del magnate, le había ido a recoger dos horas antes. Cuatro disparos al suelo de la zódiac la hicieron hundirse despacio mientras él, apoyado en la barandilla del *Deseos*, observaba el resplandor que emitía el enorme yate ardiendo en la distancia. En pocos minutos no quedaría rastro alguno del barco, ni de sus ocupantes ni de él mismo, que ya habría partido hacia la costa italiana. Siendo asesinos a sueldo, nadie les echaría de menos ni habría registro alguno de su yate en el puerto. Y antes de que las lanchas de salvamento marítimo y del guardacostas llegasen alertadas por el resplandor del fuego, el barco ya reposaría a setenta metros de profundidad con los dos cuerpos calcinados.

Entró en el camarote y se dirigió rápido hacia el baño, se lavó a conciencia las manos y la cara para despejarse por completo de los efectos del alcohol que aún sentía amordazando su cabeza y sus reflejos. Se quitó la camisa mientras volvía a cruzar el salón del velero para salir a la superficie, arrojó la prenda sobre una encimera y entonces lo vio.

El cuerpo yacía boca abajo en la zona de la cocina y la posición de su pierna derecha no dejaba lugar a dudas, estaba muerto. Una mancha oscura y viscosa se extendía despacio bajo el cadáver y Alfil se preguntó cómo no había notado el olor característico de la sangre al entrar; después de la experiencia vivida minutos antes, debería estar más alerta. Dos preguntas activaron sus sentidos en una milésima de segundo: ¿Quién le había matado? Y, ¿seguía el asesino aún en el barco? La respuesta surgió rápido a su espalda.

—No hagas ningún movimiento o le acompañarás en el suelo.

Alfil notó que era una voz dulce de mujer. No había notado perfume en el ambiente ni ningún otro olor que la delatase, y no había emitido el más mínimo sonido mientras estaba allí, así que era una profesional y posiblemente mejor que el tal Sergei del yate, sin duda alguna mejor también que el tipo que yacía muerto sobre el suelo. El chico sacó lentamente su arma,

sujetándolo por la culata con los dedos pulgar e índice de su mano derecha, luego lo dejó caer al suelo.

—¿Vas a matarme?

—¿Por qué habría de hacerlo? Apuesto a que tú gobiernas este barco mejor que yo, y debemos salir a toda prisa antes de que la zona se llene de barcos de salvamento marítimo. Esa fogata que has montado habrá alertado incluso a varios satélites.

—¿Entonces?

—¿Te refieres al cadáver? Es evidente, estaba aquí esperándote para matarte y no me vio llegar, error suyo.

—Eso no explica que le mataras, y tampoco me has dicho lo que haces aquí.

—Las explicaciones vendrán luego, puedes contentarte con que no te haya matado cuando tengo toda la ventaja para hacerlo. Ahora sal fuera y pongamos unas millas de distancia lo antes posible.

Alfil obedeció, se enfundó la camiseta y un grueso abrigo y salió a la cubierta. Izó el ancla y desplegó las velas para poner en marcha el velero, beneficiándose de la brisa y el sigilo de la noche, y desaparecieron de la zona en unos pocos minutos. Mientras tanto, daba vueltas a su cabeza para tratar de buscar la forma de deshacerse de la asesina que permanecía en el camarote, además de intentar buscar algún sentido a lo que ocurría. ¿Qué hacía ella allí? ¿Por qué había matado al sicario que yacía en el suelo? ¿Por qué continuaba en el interior, en lugar de estar allí fuera vigilándole o apuntándole con el arma? Quizás había registrado el barco y sabía que no había más armas escondidas. Era una profesional, de eso no cabía duda, así que sabría mantener la calma y beneficiarse de su ventaja para evitar que él la matase. ¿Y por qué no le había matado ya? Si hubiera querido hacerlo, solo tendría que haber apretado el gatillo y volver a tierra en la pequeña zódiac del velero. En ese momento ya estaban en alta mar y sería más complicado su regreso al continente o a las islas. Las dudas y preguntas le estaban volviendo loco, así que aprovechó que el viento era constante y el oleaje muy suave para entrar de nuevo en el camarote y tratar de conseguir respuestas.

—¡Voy a entrar! Voy desarmado y caminaré despacio con las manos en alto.

—Tranquilo, no estamos en una película —respondió ella desde el interior.

Alfil la encontró sentada a la mesa del salón, tal como la había dejado cuando salió a la cubierta, tenía el televisor encendido pero sin audio y el

canal de noticias que veía no llegaba con buena recepción, quizá la chica no sabía que con un velero no se puede usar un electrodoméstico como la televisión durante mucho tiempo o las baterías se quedarían sin corriente para el frigorífico y los equipos electrónicos de navegación, pero no le dijo nada. Vio que tomaba un sándwich, que se había preparado sobre la propia mesa, y bebía de una lata de cola. Alfil calculó que tendría entre veinticinco y veintiocho años y, a pesar de estar sentada, mediría algo más de metro setenta, con una figura delgada pero atlética. Pelo castaño y largo, piel bronceada, nariz y mandíbula con personalidad latinas y vestía un discreto pantalón vaquero negro con un jersey gris de lana trenzada.

—¿Qué quieres saber? ¿Empezamos por quién soy? ¿Qué hago aquí? ¿Por qué no te he matado? —sugirió tras apagar el televisor.

—Es un comienzo. ¿Te importa que me siente y coma algo? Llevo varias horas con cinco martinis con ginebra en el estómago y sin cenar.

—Mejor siéntate lejos, en aquella silla de allí —ordenó señalando la zona de la cocina—. Por ahora basta con eso. Después de la charla ya veremos si me fio de ti como para dejar que te acerques a comer algo.

—Vaya, eres tú la que debe confiar en mí..., eso es más que interesante.

—Te conozco lo suficiente como para mantenerte a una distancia prudente. Conseguí el *dossier* de Cristina y estoy al tanto de tus habilidades y artimañas; así que, por lo pronto, permanece en esa silla.

Nombrar a Cristina le descolocó por completo, aparte de ponerle en alerta máxima. Cristina (o Lucía, como dijo llamarse en un principio) trabajaba para una agencia internacional contratada para localizarle y servirle en bandeja de plata a un cliente que buscaba vengar la muerte de su hija. La cosa se torció cuando Cristina se enamoró de él y dio un giro a su contrato, permitiéndole escapar y planificar su desaparición. Lo que acababa de oír le dejaba claras dos cosas, que esta asesina pertenecía a la misma agencia (o era una sicario contratada por ella) y que Cristina había detallado todos sus pasos para cubrirse las espaldas en caso de que todo saliese mal, como acabó sucediendo.

—Está bien, ya me ha quedado claro que tienes el control, entonces empieza por donde quieras.

La chica mostró una leve mueca de sonrisa, era consciente de la seguridad en sí mismo del chico y de cómo trataba en todo momento de seducir a su rival, era, sin duda, su arma más letal. La información del *dossier* de Cristina le hacía justicia.

—Mi nombre es Davina, o puedes llamarme así, si lo prefieres. Trabajaba para la misma agencia que Cristina aunque no nos conocíamos en persona,

comprenderás que no es el tipo de empresa en la que los empleados se relacionan como en una oficina convencional. El motivo de que esté aquí ahora y de conocer tu caso es algo más largo de explicar, así que mejor salgamos fuera, no vayamos a tener algún accidente. No creo que este velero tenga piloto automático.

Alfil notó que bajo aquella seguridad y autocontrol se escondía un miedo atroz, pero, ¿qué podía asustarla tanto cuando tenía el control y era una agente experimentada? No había mucho allí en lo que pensar salvo... el mar. Davina tenía pánico a navegar y eso provocaba nuevas dudas, ¿qué hacía allí? ¿Por qué no trató de matarle en la isla?

Salieron a la cubierta y él se puso al timón. Ella se posicionó a su espalda, aferrada a la baranda de estribor del puente de mando. No parecía acusar el frío y la humedad de la noche, como si el miedo a caer por la borda y el mareo monopolizasen todos sus pensamientos. Alfil lo apostó todo a esa carta.

—El mar está en calma, pero todo indica que en menos de una hora habrá una fuerte marejada, esta noche será movida... Quizás tengas que ayudarme a recoger las velas. Pareces en forma, eso irá bien para que trepes por el mástil.

Davina miró durante un segundo hacia arriba, donde las velas pugnaban contra el viento de la noche, y volvió a fijar su mirada desconfiada en el chico, luego no movió un músculo de la cara pero su piel se tornó tan pálida que Alfil calculó menos de un minuto para que se desplomase en el suelo. Hizo un intento por tragar saliva pero no lo logró.

—Yo tendría cuidado con el arma, si me disparas accidentalmente, tendrás que gobernar el barco de vuelta al puerto —añadió el chico—. Y ya estamos bastante lejos de la isla.

—Parece que no ha sido buena idea venir a alta mar. Pero era mi única salida —musitó en un hilo de voz mientras miraba el horizonte.

La cabeza parecía que fuera a estallarle y se sentía como si estuviese sobre una cama de agua durante un terremoto. Aún no se había adaptado a la luz de los pequeños focos del techo que la deslumbraban cuando le vino la arcada, se incorporó a duras penas y vomitó el sándwich y la Coca-Cola sobre el suelo de madera. Se asustó tanto al recobrar la consciencia y comprobar que estaba sobre una cama del velero, y que ya no tenía su arma a mano, como al no recordar haber llegado hasta allí. Al menos seguía conservando toda su ropa, ese fue el único y escaso alivio. Se levantó como pudo y observó a través de

los ojos de buey que seguía siendo de noche y que había bastante oleaje, eso le provocó nuevas náuseas. Salió del dormitorio a toda prisa y atravesó el salón-cocina, allí cogió un enorme cuchillo y, tratando de mantener el equilibrio y las ganas de volver a vomitar, salió al exterior. El agua helada, que lo salpicaba todo tras romper las olas contra el casco del barco, activó casi al completo sus sentidos. Hacía mucho más frío del que recordaba, pero no emitió el más mínimo ruido, quería sorprender a Alfil ahora que él tenía su arma. Lo observó mientras gobernaba el barco con normalidad, como si aquella tempestad no le afectara lo más mínimo. El chico bebía un refresco mientras miraba distraído hacia un inexistente y oscuro horizonte en el que aún no había indicios de la llegada del alba.

—Veo que te has despertado. Toma asiento, como si estuvieses en tu casa. No iba a ser fácil sorprenderle de nuevo.

—¿Qué ha pasado?

—Vomitaste sobre la cubierta y te desmayaste. Así que te llevé a la cama para que descansaras un rato. Si me aceptas un consejo, no me mires a mí, dirige tu mirada al horizonte y el mareo se pasará rápido.

—Gracias pero prefiero tenerte controlado.

—Has estado dormida durante dos horas, si hubiese querido matarte estarías en el fondo del mar. Y no necesitarás ese cuchillo que escondes.

—¿Qué has hecho con mi arma?

—Quizá te la devuelva luego, no te impacientes, aún te queda mucho por contar y ahora ya no controlas la situación. Me gustaría saber, por ejemplo, quién era ese tipo que mataste en mi barco y que he tenido que arrojar por la borda.

—¿Lo has tirado al mar? ¡Maldita sea! Dentro de dos días saldrá a flote y acabarán por descubrirle en alguna playa. Hubiera preferido atar mejor ese cabo suelto.

—No saldrá a flote, le até un peso a los pies. Pero ahora que has dicho lo de atar cabos sueltos, ¿conocías a Basil y al sicario que se hacía pasar por su sirviente?

—El sicario se hacía llamar Sergei, trabajaba en equipo con Marc, el que acabas de tirar por la borda. —La chica hizo una pausa y, después de tambalearse y mostrar un rostro desencajado, vomitó la poca bilis que le quedaba en el estómago. Aunque seguía aferrada con fuerza a la baranda para no caer al suelo.

—Déjate caer en el *solárium* de mi derecha, me refiero a esas colchonetas blancas. Cuando te hayas relajado y dejado de apretar con fuerza la baranda,

esa tensión que solo te produce molestias en el estómago desaparecerá. Si quieres que se te pase el mareo, lo mejor es relajar el cuerpo y fijar la vista en un punto lejano. También ayuda que tomes algo de alcohol para estabilizar el oído interno, aunque con el estómago vacío te puede sentar mal.

La chica no contestó, ni se movió lo más mínimo de su posición, aunque sentía las piernas cada vez más débiles y sabía que tarde o temprano se derrumbaría de nuevo.

—Toma.

Ante su sorpresa, Alfil le lanzó el arma a sus pies. Ella la atrapó rápido y comprobó el cargador, extrañándose aún más al comprobar que seguía cargada.

—¿Por qué?

—Si hubieras querido matarme, ya lo habrías hecho. Supongo que me necesitas, al menos hasta que llegemos a algún puerto. Y permíteme que insista, siéntate en el sillón y relaja la vista y los brazos, verás como disfrutas del paseo.

—¿Paseo? ¿Con este temporal? ¿Cómo voy a relajarme si podemos naufragar?

—Ja, ja, ja, el mar está en marejada, las olas apenas superan un metro de altura. Prácticamente es un mar en calma. Necesitaríamos un ciclón para naufragar.

—¿Quieres decir que esto no es nada? ¿Qué puede empeorar?

—Quiero decir que estamos en pleno paseo. No suele haber tan buen tiempo en esta época del año durante muchas horas, y teniendo en cuenta que en el continente sufren los efectos de una borrasca muy seria, aquí, en cuestión de horas, empeorará y mucho. Por eso debes asimilar la situación y relajarte, verás cómo mañana estás como nueva. Ahora distráete contándome más sobre esos sicarios.

—¿Pero no tendré que subir al mástil a recoger las velas? Dios, espero que no.

—¿Subir al...? ¡Ah, claro! —Sonrió de forma maliciosa—. No fue más que una broma. Los veleros de este tamaño tienen sistemas automáticos para izar y recoger las velas usando poleas. Solo hay que moverse un poco por la cubierta de vez en cuando para ajustar la tensión de algún cabo. No estamos en un buque de la armada del siglo XVII.

—Vaya, menuda gracia...

Davina guardó el arma en la parte de atrás de su pantalón y caminó despacio y con miedo los dos metros que la separaban de la superficie

acolchada destinada a tomar el sol, allí se encogió como un cachorro asustado, subió el cuello vuelto de su jersey hasta casi tapar sus ojos y trató de obedecer los consejos de Alfil. Unos minutos más tarde comenzó a solucionar las dudas del chico.

—En la organización para la que trabajaba, Trouver, no solo hay agentes investigadores como Cristina o yo misma, también equipos de limpieza, generalmente formados por dos sicarios que se dedican a eliminar a uno o varios objetivos por encargo de un cliente, o cerrar un caso y dejar todos los cabos atados. Sergei y Marc eran un equipo de limpieza que recibió el encargo de localizarte y acabar contigo, eso ocurrió unos días antes de presentar mi dimisión. Claro que no es fácil abandonar una agencia como esa, te acabas convirtiendo en un cabo suelto y de los más molestos.

—Ahora entiendo lo que haces aquí. El enemigo de mi enemigo.

—Algo así. El informe de seguridad de Cristina nos fue entregado hace mes y medio a todos los agentes por si topábamos contigo, así podríamos finiquitar el caso y cobrar una comisión. En dicho informe detallaban que eres un objetivo de clase triple A, máximo riesgo.

—¿Máximo riesgo? ¿Triple A?

—Allí todo se ordena por categorías, incluso a los objetivos. Los clientes suelen encargar la búsqueda y eliminación de familiares, enemigos empresariales, políticos, todo lo que puedas imaginar. Las categorías están diseñadas para notificar a los agentes sobre la peligrosidad de los objetivos. Un clase F es una ama de casa o un aburrido oficinista, un clase E es lo mismo pero si tiene como afición las artes marciales o boxeo, un clase D es alguien aficionado al tiro con armas los fines de semana en algún club de la ciudad, y así llegamos el final de la lista. Los triple A son asesinos expertos, exmilitares, exagentes secretos, señores de la guerra con muchos guardaespaldas; los más complejos de eliminar.

—Vaya, no sé si sentirme orgulloso.

—En tu informe se te cataloga como letal en combate cuerpo a cuerpo, buen tirador, piloto de coches y motos profesional, varios asesinatos confirmados, con recursos económicos casi ilimitados y sin conciencia ni escrúpulos.

Alfil no contestó, miró de soslayo a la chica y notó que ella misma respetaba y temía su presencia. No se sentía cómodo ante esa situación. Provocar miedo, incluso a una asesina a sueldo, dejaba a la vista al monstruo que llevaba en su interior. Había pasado toda su vida atrayendo a quienes le rodeaban por su aspecto, modales, ropa y carisma. Esa nueva situación era

desconcertante y abominable a partes iguales. Trató de permanecer impasible, como si todo aquello no le afectase, y dejar que la chica continuase.

—Un objetivo triple A es el más complicado de liquidar, más aún cuando notifican que ya ha eliminado a una agente, pero la prima es mucho más alta y eso lo hace más que atractivo. Sergei y Marc no eran los mejores de la agencia, pero aún así podrían haber acabado contigo si yo no hubiese seguido sus pasos para preparar la trampa en tu barco.

—Entiendo. Aunque no me has dicho por qué abandonaste la agencia ni por qué quieres esta extraña alianza que parece proponerme.

Davina le miró durante unos segundos y, tras volver a perder la mirada en los destellos plateados que la luna creaba sobre las negras crestas de las olas, le contó su motivo.

—Eso es más fácil de explicar. Todo fue a raíz de un contrato que recibí hace meses. Casi siempre solemos buscar ladrones o asesinos; y cuando el trabajo es solo de eliminación, suelen ser políticos que deben morir en accidente u otro tipo de indeseables que suelen merecer su final.

—Pero...

—Pero me llegó un caso con categoría F, debía eliminar a un miembro de una familia para que el cliente, otro miembro, heredase su fortuna. —Una sombra levitaba en su rostro mientras sus ojos trataban de perderla en el horizonte—. El objetivo era una niña de siete años. No pude hacerlo.

—Entiendo, y esos tipos no toleran fallos ni abandonos, ¿verdad?

Davina asintió.

—Después de cuatro años trabajando para ellos, tenía un dinero ahorrado y ganas de hacer algo más productivo con mi vida. Así que abandoné y eso me convirtió en objetivo en aquel mismo instante. En estas agencias nadie abandona, salvo que quieran marcharse a la competencia o montar una nueva agencia. Sea por ese motivo, por no haber cumplido con el contrato o por el hecho de conocerles y ser un testigo de sus actividades, no pueden dejarte marchar. Esa noche ya me esperaba en mi propia casa un compañero armado.

—¿Y eso te trajo hasta mí?

—Ya sabes, la mejor defensa es un buen ataque, y la mejor forma de ser invisible es estar donde menos esperan que estés. Pero eso no explica cómo llegué hasta ti. Cuando liquidé al que iba a ser mi asesino, y mientras hacía las maletas a toda prisa para salir de la casa antes de que envasen a más, vi tu carpeta sobre la mesa de mi escritorio. Tenía ante mí la información para perseguir y localizar a un civil anónimo que suponía una máxima amenaza, un tipo con la formación suficiente como para liquidar a agentes de primer nivel.

Eso me dio la idea de desaparecer ante ellos estando donde menos lo imaginarían, persiguiéndote. No era tarea fácil pero no contaba con otra salida, debía encontrarte y salvarte la vida en alguna de las emboscadas que te preparasen el resto de mis excompañeros. Y mientras la agencia se centraba en seguirte, yo estaría a sus espaldas. Ahora que han muerto esos dos, vuelvo a estar a la vista y necesito moverme constantemente para tratar de desaparecer de nuevo. Aunque esta vez espero contar con un aliado.

—¿Y cómo sabrán ellos que estás implicada en las muertes de Mykonos?

—Puede que lo sepan ya. En cuanto hayan notado la falta de comunicación con los sicarios y la desaparición del yate, habrán usado sus recursos desde la central para acceder a todas las cámaras de vigilancia de la isla (cajeros, edificios gubernamentales, tráfico, etc.) y alguna de ellas habrá captado una foto mía. No se les escapa nada.

—Entonces seguirán buscándote, y también a mí. Huir no es la solución.

—Es la más fácil. Les iremos matando a medida que vayan apareciendo.

—¿Cuántos son ellos?

—Muchos. ¿No estarás pensando en atacar, verdad?

—¿Por qué no? Ya has dicho que la mejor defensa es un buen ataque.

—Pero me refería a un comando de dos sicarios, no a toda la organización. Veo que es cierto lo que dice tu historial, para ti es todo como un juego.

—Así es más fácil actuar, evaluando tu situación como si se tratase de una partida de ajedrez.

Los primeros destellos púrpura les sorprendieron a la espalda cuando aún permanecían haciendo conjeturas sobre sus próximos pasos de cara a defenderse de los ataques de la agencia Trouver. Unos minutos después, el cielo ya se había prendido de fuego y el horizonte definía con claridad su límite con el mar. Y como este había calmado su furia, aprovecharon para entrar en el camarote a desayunar mientras el barco se gobernaba con el bloqueo del timón.

El chico preparó zumo de naranja, unos cafés y fiambre de pavo para rellenar pan de molde que guardaba en la despensa. La chica hizo un mohín de preocupación al notar cómo el olor a comida volvía a afectar a su estómago, aunque sabía que la necesitaba, sobre todo el café caliente después de que el frío y la humedad hubieran insensibilizado durante toda la noche sus

rodillas, manos y pies. Alfil contuvo una sonrisa malévola al notar su malestar.

—Si te sientas en la silla de enfrente podrás ver el horizonte a través de la ventana, y se te pasará el mareo de nuevo.

—No es eso, es el olor de la comida.

—Ya sé que crees que es la comida y su olor, pero confía en mí. Cámbiate de silla y fija la mirada a través del cristal.

La chica le hizo caso y Alfil se sentó frente a ella después de llevar una bandeja con los desayunos a la mesa.

—No hay mucho más que elegir, hemos salido sin tiempo para que aprovisionase el barco. Y espero no tener que usar el motor, porque no llevo casi nada de combustible y el indicador de las baterías está a media potencia.

—Esto está perfecto —respondió ella mientras cogía un trozo de pavo y una taza de café—, solo espero que aguante un tiempo en el estómago antes de volver a salir.

Alfil sonrió y también comenzó a desayunar. Estaba famélico después de pasar toda la noche sin comer y gobernando el barco en un mar algo embravecido.

—Otra cosa me preocupa más que la comida —añadía Davina—. ¿No chocaremos con otro barco mientras estamos aquí dentro?

—No vamos por una carretera, el Mediterráneo es un mar bastante extenso y el número de embarcaciones es insignificante comparado con el de coches de una autopista, más aún en pleno invierno. El ordenador que gestiona el radar de este barco tiene localizadas a todas las demás embarcaciones que navegan en varias millas náuticas a la redonda; si alguna de ellas tuviera un rumbo mediante el cual pudiese colisionar con nosotros, nuestro radar y el suyo nos avisarían a ambos para corregir la dirección con más de una hora de antelación. Pero tranquila, es casi imposible ver a otro barco cuando estás en alta mar, otra cosa es cuando te acercas a la costa o a un puerto, pero en esos casos siempre se gobierna el barco sin automatismos.

—Vaya, nunca había navegado y debo parecer estúpida.

—No. Es lógico que no conozcas esos datos.

—Con respecto a lo hablado antes, ¿qué piensas hacer? Deberíamos trabajar juntos para huir, al menos, hasta acabar con la amenaza que nos persigue a ambos. Seremos más fuertes si nos apoyamos.

—Sigo pensando que trabajar solo es más eficaz. Uno pasa desapercibido con más facilidad y se cometen muchos menos errores.

—Pero en solitario no viviríamos más de un año. Juntos nos complementaremos y seremos más fuertes. Yo conozco sus formas de actuar y sus métodos, les puedo reconocer desde la distancia por cómo caminan, visten, huelen o hablan, incluso puedo dar con los cabecillas de la agencia. Y tú dispones del potencial económico necesario para financiar los equipos y armas, para movernos deprisa, para entrar y salir sin ser vistos de las ciudades; y tienes las cualidades necesarias para enfrentarte a los agentes cuerpo a cuerpo o armado.

—Aún queda tiempo para llegar a Italia, ya decidiré mis próximos pasos después de dormir algo y meditar con la mente más fría.

—¿Italia? Tardaremos días en llegar.

—Lo sé, pero quiero llegar a alguna zona pequeña y turística con aeropuerto.

—No te comprendo.

—Las zonas turísticas tienen mucho tráfico de personas y eso hace que los empleados no se fijen mucho en sus caras. Y que sea un lugar pequeño favorece las posibilidades de sobornar a los empleados del aeropuerto para no dar nuestra documentación.

—Pero hay lugares así a pocas horas de Mykonos.

—Lo sé, pero esos lugares ya estarán controlados por tus compañeros agentes.

Davina sonreía en silencio.

—¿Era una prueba? —preguntó Alfil, perplejo—. ¿Me estabas poniendo a prueba?

—Sobresaliente. Estás hecho para este trabajo, aunque aún no lo sepas.

—Bueno, ya hablaremos con más calma de ese asunto, por lo pronto me marcho a dormir durante unas horas.

—¿Dejarás el barco sin control?

—No te asustes, recogeré las velas y echaré el ancla. De ese modo no nos desviaremos del rumbo ni nos hará volcar un posible golpe de viento. En unas cuatro horas volveré a estar en condiciones de gobernarlo y seguiremos el camino.

Capítulo 3

Como una sonrisa de pequeñas perlas diseminadas en el horizonte, la playa de Siracusa apareció con sus blancas casas al cabo de dos jornadas y media de travesía, justo cuando el atardecer daba la bienvenida a Alfil y Davina sobre la cubierta del *Deseos*. Al cabo de unos minutos dejaron a su izquierda la isla de Ortigia y se adentraron en el Puerto Pequeño de la zona de Ágora. Allí debían atracar el velero y sobornar al práctico del puerto para que apuntase en el registro nombres falsos de los ocupantes y del propio barco.

Alfil regresó cuando la chica terminaba de desatornillar la placa de metal con el nombre del velero. Las maletas ya estaban sobre la cubierta para salir hacia el aeropuerto de la isla.

—¿Has tenido algún problema? —preguntó ella.

—No, mil euros han bastado para convencerle. Incluso podía haberle pedido que apuntase Titanic como nombre del barco y Jack y Rose como navegantes, pero no he querido tentar a la suerte.

—Bien —respondió sin hacer caso a la broma—, espero que hayas conseguido un coche para ir al aeropuerto.

—Está todo organizado, descuida.

Algo menos de una hora les distanciaba de la ciudad de Catania, desde cuyo aeropuerto tomarían un vuelo a Madrid. Alfil conducía despacio, recreándose en el paisaje de una zona que desconocía y que se mostraba hermosa en esa época del año, casi sin turistas y sin verse azotada por un sofocante calor estival. Ella parecía más nerviosa ante la actitud distendida del chico.

—Vamos demasiado despacio, quizá perdamos el vuelo.

—No te preocupes por eso, llegaremos a tiempo, y tampoco podría correr más, este coche no pasa de setenta por hora.

—¿No había nada mejor para alquilar que este carromato con más de sesenta años y sin calefacción?

—Y sin techo ni parabrisas, olvidaste ese dato.

—¿Te burlas de mí? No lo he olvidado, parece que quieras que pillemos una pulmonía. Y que todo el pueblo nos mire al pasar.

—Veo que te lo tomas todo con mucho estrés, deberías relajarte y disfrutar de las vistas. No hay nada mejor para pasar desapercibidos como turistas que un carricoche de estos; en las islas Canarias de España siguen siendo muy populares.

Ella no respondió, solo permaneció sorprendida ante la actitud siempre relajada de quien estaba siendo perseguido por asesinos profesionales. Sus vidas podrían terminar de un momento a otro tras los disparos de un sicario, pero él parecía estar de vacaciones como si todo lo que pudiera ocurrirle en la vida fuese algo que tuviese controlado o, simplemente, no le importase lo más mínimo.

El ronroneo del pequeño motor les acompañó por las estrechas calles de la ciudad y luego por la carretera que conectaba con el aeropuerto, donde entraron a toda prisa para tratar de paliar el frío que llevaban en los huesos con la temperatura tibia del *hall* principal. Alfil, ante la atónita mirada de la chica, no se dirigió a los mostradores de las compañías aéreas, sino hacia un lateral donde le esperaba un señor, tan bronceado como si fuese latinoamericano y con uniforme de piloto, que se acercó y los saludó cortésmente, a la vez que aparecía un mozo para tomar sus maletas y seguirles hacia una discreta puerta sobre la que no rezaba ningún cartel indicativo. Ella caminaba tras Alfil sin saber exactamente lo que estaba pasando, y comenzaba a enfadarse por no haber sido informada de los planes.

—Lo siento, pero aún no nos conocemos lo suficiente. Sigo estando contigo y formamos un equipo; deberás conformarte con eso por ahora. Hay cierta información que prefiero mantener en secreto antes de cometer un error de confianza.

—Eso puedo entenderlo, aunque no tengo teléfono móvil ni forma alguna de delatarte. No podría haber informado de tus planes si los hubiera conocido.

—Bueno, mejor asegurar.

Alfil había llamado al piloto de su avión privado al salir de Grecia, mientras la chica aún dormía. Habían decidido encontrarse en ese aeropuerto tras el consejo del propio piloto, que conocía la facilidad para poder sobornar a las autoridades y a los oficiales de la aduana, de modo que su avión y los pasajeros que llevaba a bordo eran invisibles para el mundo, incluyendo a los agentes y sicarios de Trouver. El *jet* privado despegó a los pocos minutos con

rumbo a un aeródromo del sur de Madrid y la pareja pudo disfrutar por fin de una buena cena durante el vuelo.

Después de llegar a su destino, el aeródromo de Cuatro Vientos, y de sobornar de nuevo al operario de guardia del registro, partieron hacia un piso alquilado por el abogado de Alfil en la calle Fuencarral, en pleno barrio de Chueca. Aún era de madrugada cuando pudieron retirarse a dormir, sin desayunar y destrozados por la travesía en barco y luego en avión. Unas horas después, casi a la una de la tarde y ya descansados, se encontraban en *Caffé del Arte*, en la planta baja del mismo edificio donde vivirían durante semanas o meses, disfrutando de un copioso almuerzo desde la mesa del fondo del local y dejando claras las pautas que debían seguir por su seguridad.

—No podemos mostrarnos por la calle como si tal cosa —decía una enfadada Davina—, debes entender que en esta ciudad habrá como mínimo tres equipos de agentes que te estén buscando. El objetivo es pasar desapercibidos hasta que tengamos un plan de ataque. No podemos desayunar o comer por los restaurantes de una zona tan visitada como esta como si fuésemos meros turistas.

—No te preocupes, toda la zona Centro, Chueca y Malasaña están siempre muy concurridas, y por nuestro físico y forma de vestir, es donde mejor pasaremos desapercibidos entre la multitud. La mejor forma de ocultarse es estar a la vista de quienes te persiguen, eso no lo esperarán.

—No estés tan seguro de eso...

—Tú confía en mí. Bueno, y cambiando de tema. ¿Cuándo tendremos el primer objetivo? Quiero comenzar con esto cuanto antes.

—Frena tu entusiasmo, no son nada buenas las prisas. Los agentes y los responsables de la agencia no serán fáciles de localizar. Necesitaré tiempo y tu ayuda ante el ordenador; mis claves de acceso a la agencia están inhabilitadas y me llevará días conseguir entrar de nuevo para tener localizados a los agentes. Encontrar a Le Conn y sus lugartenientes será más complicado aún.

—¿Le Conn?

—*Le Concessionaire*. Así es como conocemos al líder de la agencia; ese apodo es todo lo que tenemos sobre él, podría ser un político conocido o un tendero de barrio bajo una increíble tapadera. No será sencillo dar con el paradero de quien ha sido una sombra durante tantas décadas.

—Bien, entonces subiremos de nuevo al apartamento y, mientras tú comienzas la búsqueda, yo puedo salir a comprar todo lo que necesitemos para pasar unas semanas sin dejarnos ver mucho por la calle.

El piso que el abogado de Alfil había alquilado era un gran ático abuhardillado con altos techos y balcones que se asomaban a una de las calles más transitadas de la ciudad. Un apartamento reformado que había servido de *showroom* de una importante firma de moda hasta que la crisis le había obligado a buscar algo más económico. En el gran salón habían montado un centro de operaciones con una larga mesa que contenía dos ordenadores y seis grandes monitores, todos ellos conectados entre sí por un kilómetro de cables, módems, discos duros y otros artilugios electrónicos que no paraban de parpadear y de emitir suficiente calor como para no necesitar encender la calefacción. La pared del fondo estaba toda cubierta por un mapa de Europa repleto de notas de papel con datos sueltos e interrogantes ansiosos por mostrar alguna verdad útil. Para no molestar, casi todos los muebles se habían arrinconado y apilado en una esquina o, directamente, se habían guardado en una de las habitaciones. La cocina era americana y se encontraba en la misma sala, y gracias a eso la pareja casi siempre compartía estancia. Alfil se encargaba de preparar la comida (cuando no la encargaba a algún restaurante de la zona) y ayudaba el resto del tiempo a buscar en los ordenadores los datos que Davina le indicaba. Todo ello después de haber recibido un curso intensivo sobre lo que debía rastrear dentro de los enlaces cifrados que ella le entregaba cada pocos minutos.

Aquella relación laboral empezó bien durante las primeras jornadas, pero la monotonía y el encierro no sentaban bien al chico, que cada día, y sobre todo cada noche, se mostraba más nervioso y frustrado por la falta de resultados inmediatos; más aún tras los meses que había estado navegando y sintiendo la inmensidad del espacio desde la cubierta del barco. Se había acostumbrado a calmar a los demonios de su interior en la brisa fría de la mañana, en las largas carreras por la isla, alquilando un coche de vez en cuando para buscar sus límites y nadando o buceando en un mar helado. Disfrutando de aquella libertad, que ahora había desaparecido, le resultaba fácil aplacar a la bestia. Necesitaba salir, pero más aún liberar la tensión que iba acumulando. Se encontraba de nuevo en la ciudad que más y mejor conocía, aquella donde podía encontrar fácilmente la forma de saciar sus instintos. Estaba a diez minutos de *Gymage*, su gimnasio habitual, a veinte de darse un homenaje en un *ring* de boxeo con alguno de sus antiguos compañeros, a quince minutos en taxi de su Duquesa... No podía creer que

llevarse cuatro días encerrado entre aquellas paredes, pensar que podrían convertirse en semanas, o mucho peor, en meses, acabaría por volverle loco.

Por suerte, su relación con Davina, con la que compartía aquel encierro día y noche, seguía siendo cordial, gracias a que ambos tenían idénticos carácter y personalidad; podían permanecer durante horas en absoluto silencio y centrados en sus tareas, no se estorbaban ni criticaban, como tampoco habían creado una máscara de hipocresía para agradar el uno al otro. La coordinación y el reparto de tareas y funciones dentro de aquella extraña y momentánea sociedad se había efectuado de forma automática. El ritmo de trabajo durante los días era duro pero ya estaban acostumbrados a sesiones maratonianas en sus respectivos trabajos anteriores, y las tareas de búsqueda que hacía Alfil no se diferenciaban mucho de las que había realizado ocho veces antes en sus *partidas* para conseguir inspiración en sus sesiones de fotos. Aquello le hacía recordar momentos sucedidos meses atrás como si volviesen a su memoria desde recónditos escondrijos de su memoria, recuerdos que desearía haber perdido pero que seguían a buen recaudo en su almacén de miserias para recordarle que llevaba demasiado tiempo muerto, que lo que veía ante el espejo cada mañana eran meras cenizas del cadáver que testificaba su fracaso.

Buscar las pistas que Davina le indicaba entre los servidores que conseguía piratear era complicado, pero no para alguien tan metódico como para memorizar calles, hoteles y discotecas al milímetro, a través de fotos de internet, y así lograr conocerlos y moverse por ellos como si los hubiese visitado miles de veces antes de cometer sus atrocidades. Los servidores donde se establecía el tráfico de información entre sicarios privados, agentes estatales o agencias como Trouver, contaban con potentes cortafuegos que se actualizaban cada pocos minutos, solo se podía acceder de forma segura si se contaba con la clave dinámica que descodificaba las contraseñas a medida que estas iban cambiando. Davina lograba acceder a la información solo durante algo menos de un minuto para asegurarse de no ser detectada ni rastreada. A pesar de ello, la información que sacaba y guardaba en el disco duro siempre estaba en clave y no contaba con los descodificadores necesarios, así que el trabajo se hacía demasiado laborioso al tener que crear algoritmos para tratar de poder descifrarla. Quizá nunca encontrasen al líder de la Agencia, ese escurridizo Le Conn, ni a sus lugartenientes. Quizás aquella sociedad creada con Alfil no produjese ningún fruto. Quizá todo aquello acabase una noche con una bala en la cabeza. Pero debían intentarlo, los dos eran supervivientes

y con recursos, no se quedarían esperando de brazos cruzados a esa bala ni pasarían su vida huyendo.

La decisión, inteligencia y meticulosidad de la chica recordaban a Alfil los momentos vividos con Cristina, o Lucía, que era el nombre con el que había quedado grabada en su mente; y también el físico. Sin duda, las agentes de campo de Trouver estaban seleccionadas con capacidades y virtudes idénticas, aquellas que les sirviesen para lograr infiltrarse y ganarse la confianza de sus sospechosos u objetivos. Contemplar a su nueva compañera le hacía recordar el tacto tibio y suave de la piel de Cristina, sus susurros en la noche, las sonrisas de fuego y las miradas de hielo con las que había logrado atravesar sus sólidas barreras. Alfil sabía que Davina también podría traspasar esas defensas, disponía de los recursos necesarios, aunque era una suerte que no pareciese interesada en hacerlo. O quizá toda aquella indiferencia y frialdad era otra estrategia más para hacerle bajar la guardia.

—¿Eres italiana? —preguntó de repente y sin saber por qué lo había hecho.

—¿Cómo dices?

—Te preguntaba por tu nacionalidad, no sabemos mucho..., quiero decir, no sé nada de ti. Supongo que tú lo conoces todo sobre mí gracias al *dossier* con información que elaboró Cristina.

—¿Y por qué iba a ser italiana?

—No lo sé, por tratar de acertar. Tienes rasgos latinos pero no pareces española. Y no tienes ningún acento al hablar en varios idiomas.

—Nací en la zona sur de Rumanía, en el este.

—¿En la playa? ¿En Constanza?

—Un poco más al norte, en un lugar pequeño llamado Istria, cerca del lago Sinoe.

—No lo conozco. ¿Piensas regresar alguna vez?

—No.

—Vaya, no esperaba una respuesta tan seca y tajante. No debe ser un lugar tan hermoso cuando no quieres volver a verlo.

—El lugar en el que uno ha nacido y se ha criado con su familia y amigos siempre es hermoso, y si no lo es en aspecto, al menos sí en recuerdos. Pero no se trata de eso. No me gustaría volver porque ya no sería la misma niña que salió de allí, notaría demasiadas diferencias entre lo que me he convertido y lo que fui cuando era feliz allí. La Davina que volviese sería alguien que ha hecho cosas horribles, y no permitiré que un monstruo pasee por aquellas calles en las que jugaba de pequeña y en las que soñaba con princesas en

castillos. Incluso... creo que me sentiría rechazada entre aquellas casas y calles.

La chica no había cambiado su expresión ni un milímetro, pero un velo sombrío cubría ahora su rostro y tamizaba con dolor sus palabras, logrando que un sociópata tan detallista como Alfil notase fácilmente su vulnerabilidad. No hablaron más en toda la tarde, el chico no quiso importunarla más ni tampoco volver a hablar de monstruos; el que arrastraba él ya había estrangulado a demasiadas chicas como para dejarlo salir en un momento de debilidad como aquel. No se sentía con fuerzas para controlarlo.

Una interesante mezcla de aromas provenientes de los restaurantes de la calle se filtraba a través de las persianas de los ventanales para recordar a la pareja que no había cenado aún. Davina miró a Alfil y este supo lo que pensaba, se encogió de hombros y le dijo:

—No he preparado nada de cena, tendremos que bajar unos minutos a la calle.

A regañadientes y tras una larga conversación, la chica aceptó y salieron de la casa para cenar y respirar un aire no viciado por los ventiladores de los ordenadores. Davina se veía incómoda al caminar entre los transeúntes y también luego, sentada en el restaurante, donde analizaba a cada adulto, niño y mascota que paseara por el lugar como si estuviese en una película de espías protagonizada por Peter Sellers.

Gracias a que era un simple martes y el cielo anunciaba lo que sería una fuerte nevada, lograron mesa sin reservar en *Orio* y pudieron sentarse al fondo, en el punto más discreto. Allí degustaron unos platos típicos vascos y lograron relajarse mientras daban cuenta de una botella de Macán; tanto fue así, que la chica soltó la lengua y comenzó a contar anécdotas de su infancia en aquel pueblo que Alfil le había hecho recordar horas antes. Su forma de hablar demostraba la lucha que ambos sufrían en su interior, entre el niño que grita, ya moribundo, por volver a su estado de inocencia, contra el cadáver en que se ha convertido y cuyo hedor es más difícil de ocultar cada día.

El camino de regreso lo hicieron bajo un gélido silencio. Las calles, adormiladas bajo el frío manto de la nieve, hacían resonar el eco de sus amortiguados pasos cual melodía nostálgica que trataba de volver a mostrar su fragilidad. Y entre pensamientos difusos, recuerdos que aún hacían daño y deseos de libertad, llegaron a su particular celda.

«Qué extraño tipo —pensó la chica, ya en la intimidad de su habitación—. Es tan hermético como enigmático, tan divertido como inestable y tan efusivo como asfixiante. Un físico como el suyo es un atractivo sin mérito alguno

para alguien adiestrado como lo era Cristina, o como lo soy yo misma, pero esa forma de comportarse, de hablar, de mirar, esa mente atormentada bajo la fachada de oro pulido... Tras esos ojos parece rugir un tempestuoso mar tratando de desbordarse. Cada día cuesta más mantener la distancia cuando una se cree acero inflexible pero tiene delante un potente imán que te atrae sin que puedas evitarlo».

No volvieron a los ordenadores tras la cena; habían decidido tomarse la noche libre para descansar de tanto trabajo y poder dormir más horas, aunque la costumbre en el horario impedía a Davina quedarse dormida. En lugar de eso, permanecía observando el techo de su habitación mientras oía sus pensamientos y el arrullo de los copos de nieve que se desintegraban al tocar el cristal de la ventana. Necesitaba ser como ese cálido cristal, capaz de eliminar cada copo que lanzase Alfil contra ella, debía permanecer inalterable ante las armas del chico. Claro que había un problema, algunos copos comenzaban a cristalizar, enfriando el vidrio de la ventana; y es que, al final, tras recibir durante minutos, horas o días un ataque indiscriminado, resistir se volvía cada vez más difícil. Pensó en cerrar la persiana y las cortinas, pero estaba acostumbrada a dormir así para que el alba interrumpiese su sueño y aprovechar al máximo la mañana. Se había criado de ese modo, y no precisamente por gusto, la habitación que compartía en su niñez junto a sus dos hermanas y cuatro hermanos no tenía cortinas ni persianas. El halo y los destellos que producía la nieve iluminada por las farolas creaba un grotesco baile de sombras sobre las paredes del dormitorio, pero no era ese el motivo principal de su insomnio, ni tampoco su costumbre de acostarse tarde; una causa mucho más poderosa la mantenía despierta a pesar del cansancio acumulado.

«No puedo bajar la guardia. No puedo cometer un error y menos con un tipo así. Cristina lo hizo y eso le costó la vida. Alfil es un objetivo, un cabo suelto, un despiadado asesino. Cuando todo esto termine, solo uno de los dos seguirá con vida».

2

El sonido llegaba con muchas interferencias debido a que el temporal de nieve que azotaba a toda Europa estaba interrumpiendo y dificultando las comunicaciones. En un despacho y biblioteca con paredes forradas de

librerías desde el suelo hasta perderse en su alto techo, el fuego de una chimenea hacia aletear las caricias de luz cobriza de sus llamas por los lomos de piel de los antiguos libros, mientras en la mesa de despacho, un anciano con gesto huraño perdía la paciencia al no localizar a dos de sus agentes ni poder comunicarse con un tercero con fluidez.

—Esta maldita tormenta ralentizará la búsqueda, y casi no logro oírte.

—Le repito que Sergei y Marc deben de haber sido eliminados. La guardia costera de Mykonos informó de un gran incendio en alta mar pero no encontraron nada al llegar, lo que fuera que se estuviese quemando era grande y se había hundido. No tenían ningún barco registrado en aquel cuadrante y ninguna embarcación ha desaparecido de los registros oficiales de ningún puerto, así que no se molestarán en invertir recursos para bucear tan profundo e investigar. Oficialmente lo han catalogado como incendio y naufragio de alguna embarcación pirata. No cabe duda, se trataba del yate que habían alquilado junto a su señuelo, ese jugador de ajedrez retirado. Si el barco ha desaparecido y ellos dos no han dado señales de vida en estos días, es que han sido eliminados.

—¡Maldita sea, es solo un tipo sin formación militar! ¿Cómo es posible que esto haya ocurrido? No quiero que ese objetivo ande por ahí sabiendo las cosas que Cristina le pudo haber contado. Y hablando de andar por ahí, ¿qué sabemos de Davina? Sigue desaparecida y quiero que se destinen más recursos a su caso, ¿entendido?

—Sí, señor. Mandaré un aviso a todos los agentes de limpieza para centrarnos en los casos de Alfil y de Davina.

El crujido incómodo del auricular cesó al terminar la llamada y el silencio quedó, de nuevo, invadido por el suave e hipnótico crepitar de las llamas en la chimenea. Le Conn se mostraba visiblemente nervioso, su agencia llevaba más de treinta años sin cometer ni un solo error y en los últimos meses parecía que todo se estuviese viniendo abajo como un enorme castillo de naipes. La discreción e invisibilidad, tanto de su organización como de sus agentes y mandatarios, era vital, pero ahora se habían visto amenazados por un molesto insecto que debían aplastar.

Capítulo 4

El directo de derecha que acababa de encajar a duras penas con la frente le recordó que su concentración no estaba siendo la que acostumbraba. La visión de los oscuros y tristes ojos de Davina se fusionaban con su sonrisa aniñada y cargada de hoyuelos en las mejillas, justo bajo una pequeña constelación de pecas, para desviar sus pensamientos y monopolizar un instante en el que debía prestar atención o acabaría besando la lona del *ring*.

La luz era la justa y olía a sudor y a calcetines usados, todo ello en un ambiente con tanta humedad y calor que convertían el gimnasio Arian en una sauna. Sobre el *ring*, situado al fondo de aquel espacio diáfano sembrado de danzarines sacos de boxeo y bajo la atenta mirada de una docena de púgiles *amateurs* y aficionados que observaban el regreso del hijo pródigo, este retomaba una de sus grandes pasiones, dar una paliza al oponente de turno. Alfil se había acercado para saludar y castigar un rato el saco (su forma de evadirse favorita), pero había acabado convenciéndose a sí mismo para ponerse a prueba y tratar de olvidar la última semana. Necesitaba pensar con fluidez, pero su nueva situación, encerrado día y noche en un zulo informatizado, no era el mejor ambiente para concentrarse. Mientras trataba de tumbar en ese séptimo asalto a su compañero Iván, que había subido considerablemente de nivel durante aquellos meses de ausencia, y procuraba no ser él quien mordiera el polvo, todo su ser se afanaba en vaciar de pensamientos su cerebro para volverse instintivo y dejar cualquier resquicio de racionalidad al margen. Si lograba hacerlo, Miguel pasaría un mal trago, a la vez que Alfil lograría un estado mental perfecto para sus intereses.

Tres asaltos más tarde se dio por finalizado el combate, en el que ninguno de los dos había conseguido doblegar al otro, pero ya estaban demasiado agotados y doloridos como para seguir lanzándose golpes. Un abrazo y la promesa de repetirlo en pocos días acabó con un viaje a la ducha y la vuelta al piso de Chueca donde Davina no le recibiría con muy buena cara.

Entró en el recibidor, se quitó el chaquetón y luego la sudadera, había mantenido su rostro oculto bajo los gorros de ambas prendas, y se adentró en el salón del piso. Allí le esperaba una conversación que no le apetecía lo más mínimo mantener, así que trató de reducirla o evitarla siendo él quien tomase la iniciativa. Intentó recordar todas las clases sobre retórica y dialéctica impartidas por su abuelo que le sirvieran de ayuda para lograr su objetivo.

—Sé lo que me vas a decir: los agentes que nos persiguen conocen mi gimnasio y mis rutinas, y seguro que lo tienen todo vigilado, y un largo etcétera.

Ella no contestó, se limitó a cruzar los brazos ante el pecho y mirarle con un «si lo sabías, ¿para qué has ido?».

—Pero piensa —añadía Alfil— que es difícil que me esperen en un sitio tan obvio, ellos no pensarán que soy tan estúpido.

—Que conste que te lo has llamado tú solo.

—Necesitaba hacerlo, necesitaba ordenar pensamientos, vaciar la mente; necesitaba salir de aquí y relajar el cuerpo o me volvería loco. Ojalá nunca veas lo que ocurre cuando me vuelvo loco...

—Podías haber bajado a la calle de madrugada y desahogarte dándole una paliza al primer tipo que te encontrases, eso sería menos llamativo.

—¿A un desconocido? ¿Sin formación alguna? Eso no tiene la más mínima emoción, sería demasiado fácil y rápido como para lograr que eliminase la tensión. Además, ¿por quién me tomas? No le haría daño a un desconocido.

Ella no contestó, ni movió un músculo de su cara, solo se giró y continuó buscando en el ordenador. Alfil sabía que había perdido la conversación aun pronunciando las últimas palabras. La chica era buena y le había conducido hacia donde había querido en solo unos segundos. Ambos sabían que más de media docena de chicas inocentes habían muerto en sus manos solo para que él progresase en su trabajo; pegarle una paliza a un tipo (o a varios) en la calle no era nada comparado con aquello. Ni siquiera vio venir el rápido y contundente golpe dialéctico. Fue a su dormitorio para guardar la mochila y, en silencio, volvió al salón para sentarse a su lado y ayudarla en sus tareas de búsqueda.

—Seis días y aún no tenemos ni nombres ni ubicaciones. Esto empieza a ser desesperante.

Con un horario europeo implantando casi desde su adolescencia y las costumbres de la chica, cenaban a la hora de siempre, a las ocho y media. Y mientras Abbey Lincoln les deleitaba con su voz a través de unos altavoces sobre la repisa del fondo, aquel par de solitarios aprovechaban su momento favorito del día para mantener una conversación.

—Ya te dije que esto iría despacio. Necesito mucho tiempo para burlar la seguridad de los servidores, después debo descodificar la información y separar los mensajes de los agentes que nos interesan de los de otras agencias y sicarios que buscan otros objetivos y misiones. Y por si no fuese suficiente, está el problema añadido de que esa información nunca habla de lugares de origen ni da nombres, salvo errores en las transcripciones; y ya sabrás que no suelen cometerse errores en este oficio. Con esa información tan sesgada y poco concluyente, debo crear conjeturas y esperar para cotejar con otros mensajes futuros, así establecer nombres de posibles agentes, rutas de movimiento y tratar de adelantarme a su siguiente jugada. En este momento me ayudas a seguir a tres agentes por Europa, aún no sé sus nombres ni dónde están, pero sé hacia dónde se dirigen. En una semana, quizás dos, tengamos un punto de partida.

—Ese tiempo se hará eterno... —Alfil dio un sorbo a su copa de vino.

—Pero luego, si somos listos y jugamos bien nuestras cartas, podremos avanzar más deprisa. Necesitaremos capturar a los agentes vivos para sonsacarles la información que tengan sobre otros operativos y sobre posibles lugartenientes de Le Conn.

—¿Hablas de torturar?

—Bueno, no me mires así, recuerda que conozco tu historial. Pero no te preocupes que no será necesario, usaremos suero. Es fácil de conseguir en ciudades grandes como Madrid.

Un silencio invadió aquel espacio que actuaba las veces de cocina, comedor y sala de operaciones. Alfil no sabía qué podría aportar en la lucha contra una organización de agentes experimentados y adiestrados en unas artes que él desconocía. Hasta ese momento había tenido suerte y su improvisación le había valido para salir airoso de los dos enfrentamientos que había mantenido con Cristina y luego en el yate. Pero esas experiencias eran diferentes a lo que debía encarar ahora. Cristina era una agente que se había enamorado de él, confiaba en él, puso su vida en sus manos y él las apretó con fuerza sobre su cuello mientras dormía. Ese pensamiento le hizo sentir como un cobarde, como siempre que recordaba a sus víctimas. Antes de conocer a Cristina no pensaba en ellas, quedaban aisladas o perdidas en el más profundo

olvido. Durante el desenlace en el yate también jugaba con ventaja; mientras el agente Sergei creía controlar la situación bajo su tapadera, él había descubierto que todo era una encerrona. Lo único que tuvo que hacer fue disparar primero y hacer blanco, aunque el alcohol no se lo puso nada fácil. Lo que nunca le diría a Davina es que aquella noche había ido a jugar la partida de ajedrez sin pensamiento alguno de salir con vida del barco. Estaba cansado de una vida de remordimientos, sin metas y arrastrando unos macabros recuerdos que no le permitían conciliar el sueño. Fue el momento de la competitividad, el instante en que su vida se ponía en peligro y el reto de la supervivencia los que activaron su mente en el último instante (gracias también al alcohol) y le hicieron tomar la decisión de vencer, de salir con vida de allí, de acabar con todos ellos. Su instinto de supervivencia había tomado el control como cada momento de su vida en el que lo había necesitado.

Los retos formaban parte de su ADN, metas complejas, un motivo para esforzarse, una línea en la distancia a la que llegar exhausto y tras un esfuerzo inhumano, y todo para establecer una nueva línea aún más lejana y complicada. Ya no competía en el sector moda, ya no haría más fotos ni lucharía por ser el mejor, pero había logrado establecer un reto aún más difícil de lograr. Asesinar a los integrantes de la agencia sería, quizás, una empresa que le quedaba demasiado grande. Por primera vez en su vida tenía dudas con respecto a sus posibilidades. Todo lo anterior casi no tenía el más mínimo mérito, burlar a la policía era sencillo si uno establecía unas normas básicas durante sus asesinatos, y matar a una pobre chica en una habitación de hotel mientras duerme no es algo para presumir. Había llegado el momento de jugar de un modo diferente, debía disparar, y debía hacerlo más rápido y certero que sus oponentes, personas que no conocía ni sabía dónde estarían esperándole o buscándole, quizás a cien metros de distancia y tras un rifle con mira telescópica o disfrazados de mendigo y apuntando con un arma a dos centímetros de su nuca. Ya no controlaría los tiempos, ni tendría estudiada la zona donde debían ocurrir los enfrentamientos ni conocía a sus adversarios.

Esos pensamientos tras la cena iban a volverle loco, necesitaba salir de allí, dar un paso bajo la nieve. Davina hizo un mohín de enfado e incredulidad cuando él se lo comentó, pero no podía retenerle contra su voluntad y en el fondo sabía que el chico necesitaba sentirse libre y no agobiado durante todo el día. Ya de noche y con esa nevada, sería difícil que le localizaran. «No vayas a ningún sitio habitual e intenta moverte por calles pequeñas. Con tu experiencia no te será difícil evitar las cámaras de calles, cajeros y locales. Trata de ir a sitios donde no hayas estado nunca». Los consejos de la chica

habían dado al traste con su idea de acercarse al estudio y comprobar si su llave aún podría permitirle entrar. Le apetecía volver a verlo bajo la penumbra de puntos led que había instalado él mismo cuando lo reformó para convertirlo en un lugar de referencia de su sector. Deseaba permanecer sentado en su antiguo sillón de escritorio o sobre alguno de los sofás de la sala de espera, en silencio, simplemente recordando y dejándose llevar por las vibraciones que el lugar siempre le había transmitido. «¿Habrá hecho Leyre algunos cambios en la decoración?», pensó, y ese pensamiento dio la solución a sus dudas.

—¡Dios mío! Cuando has dicho que eras tú por el telefonillo, he pensado que se trataba de una broma de Marcelo. No me puedo creer que hayas venido a verme. Pero no te quedes ahí, pasa, estás en tu casa. ¡Vaya! Vienes empapado, quítate ese abrigo.

Leyre, su antigua estilista, vivía en un ático del barrio de Malasaña, a unos quince minutos andando desde el piso que compartía Alfil con su nueva aliada. La temperatura era tan baja y la nevada tan intensa que casi no se había cruzado con nadie durante el trayecto, claro que la nula visibilidad impedía ver nada ni a nadie a más de dos metros de distancia, casi ni se apreciaban los neones de los escaparates de las tiendas y restaurantes. Madrid y el resto de Europa seguían sumidos en una tempestad como no habían vivido en muchas décadas.

—Estaba por la ciudad y se me ocurrió visitar a mi estilista favorita.

A pesar de la voz estridente de la chica y de las rencillas en el pasado, Alfil guardaba buenos recuerdos de ella, le producía ternura y se alegraba de volver a verla. Ella también parecía muy feliz por aquel improvisado encuentro.

—Creo que es la primera vez que vienes a mi casa; y qué vergüenza, la tengo hecha un asco. Pasa a la cocina un minuto mientras recojo y ordeno un poco el salón, iré preparando también algo para beber, o si lo prefieres, podemos salir a tomarlo a un local nuevo que han abierto en...

—No importa, prefiero quedarme aquí y entrar en calor. Así podemos ponernos al día sin tener que gritarnos al oído en un sitio oscuro.

—Vaya... —Leyre le miró con entusiasmo, atrás había quedado aquel semblante melancólico y cargado de problemas personales que arrastraba cuando él se despidió de todo el equipo—. Me muero de ganas de saber qué has estado haciendo todo este tiempo.

—No mucho, he estado navegando y descansando.

—No, por favor. Miénteme y dime que has estado organizando las fiestas más salvajes que nadie haya visto, con orgías de supermodelos y yates de diseñadores italianos. —Volvía a ser la de siempre, con su energía y frivolidad, riendo sin parar mientras hablaba—. No quiero la verdad, ya sabes que solo los tristes y los aburridos dicen la verdad.

—Eso me halaga. No imaginarías la cantidad de mentiras que te he contado desde que te conozco. —Le guiñó un ojo con complicidad.

Ambos rieron. Ella acababa de preparar dos *gin-tonics*, el suyo cargado como el de un inglés en Benidorm, para no perder la costumbre.

—Creo que nunca te lo he dicho —dijo Leyre mientras volvía al sofá y le entregaba la copa.

—¿El qué?

—Siempre he pensado que había una doble vida en ti, que eras algún agente secreto del gobierno o que por las noches te divertías de algún modo ilegal, peligroso y muy interesante. O quizá lo pensaba porque te veía demasiado aburrido y obsesionado con el trabajo, y no creo que eso sea sano.

—Vaya, es cierto, nunca me lo habías dicho. —Mantenia la sonrisa para no mostrarse sorprendido ante las palabras que acababa de oír, después de todo, había dado en el blanco—. Te veo diferente, cambiada.

—No te creas, sigo siendo la misma loca que se mete en problemas cada dos por tres. Los locos y los «balas perdidas» no cambiamos nunca. Y aún no me has dicho qué te trae por Madrid, espero que no vengas a pedirnos que te devolvamos el estudio, porque nos viene de fábula la pasta que le sacamos por alquilarlo a terceros. No sabes lo que pagan los fotógrafos extranjeros por usarlo cuando vienen a trabajar a la ciudad.

—No, tranquila. Solo estoy de paso, me quedaré unos días o semanas para solucionar algunos asuntos personales y luego me marcharé. Aunque no descarto pasarme algún día a echarle un vistazo y recordar batallas. Espero que lo tengáis limpio, solo hace unos meses que me marché y conociéndote...

—Bueno..., tú avisa con tiempo cuando vayas a venir. Y hablando de avisar, ¿por qué no me has llamado para decirme que venías? Así habría preparado algo para picar y habría limpiado y recogido la casa.

—Estaba en la calle cuando pensé en acercarme, y el móvil se quedó sin batería. Espero no haberte pillado en mal momento.

—Anda ya, nunca es mal momento para verte. Por cierto, ¿quieres ver mis últimos trabajos? Hice el mes pasado una portada de Vogue que te encantará.

—No sé si me apetece ver fotos de Marcos.

—Ja, ja, ja. ¿Sabes que trabajo para él? No me lo puedo creer, no se te escapa nada.

—Que no esté no significa que no pueda seguimos la pista.

—Ya veo.

La chica se había bebido su copa de tres largos sorbos y se levantó para prepararse otra. Alfil aún tenía intacta la suya y temía el momento de probarla, conocía de sobra las proporciones entre ginebra y tónica que gustaban a su amiga. Ella sonreía mientras cortaba una rodaja de limón, se notaba su alegría por esa visita inesperada, y él también agradecía haber tenido la idea de acercarse a su casa. Nunca pensó que necesitase un baño de nostalgia y las risas que le estaban devolviendo esa noche parte de la humanidad perdida. Durante la pasada década pensó que Madrid era la ciudad en la que tenía un hogar en forma de estudio de fotografía, pero ahora comprendía que su hogar se encontraba allí donde estuviesen las personas que le importaban y cuyos sentimientos eran correspondidos. Aquel salón desordenado, pero decorado con el buen gusto de una diseñadora y estilista de tanto nivel, era parte de ese hogar, lo que hizo que se arrepintiese por no haberlo visitado antes. El olor intenso del perfume que usaba Leyre, su ropa siempre estridente y la luz indirecta que emanaba desde detrás del sofá y del mueble del televisor, creaban una atmósfera acogedora y familiar, como si se encontrase en casa después de regresar de una ausencia demasiado prolongada.

La chica volvió al sofá junto a él y se atusó el flequillo, ese mes había optado por un tinte blanco en la corta capa de cabello que caía por la derecha de su rostro, en el lado izquierdo lucía un rapado al cero. Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesita, al lado de su copa, no eran más que un mero complemento, ni siquiera tenían cristales. Eso hizo sonreír a Alfil, sabía que la chica nunca cambiaría, ni tendría por qué hacerlo, las personas auténticas deben permanecer siempre fieles a sí mismas.

Tras dos horas de charla, se despidió con la promesa de verse más a menudo. Allí parados en la puerta, frente a frente y con una sonrisa despreocupada, el chico comprendió que era posiblemente la última vez que vería sus estilismos y peinados inclasificables, y su cuerpo menudo, casi de adolescente, dando saltos por la sorpresa de volver a ver a su jefe, quien le cambió la vida apostando por ella y soportando sus innumerables e insoportables defectos. Se dieron un fuerte abrazo y Alfil salió para enfrentarse nuevamente al frío y la humedad de la nevada, y contra la soledad

de aquel piso alquilado que compartía con quien sabía que acabaría por convertirse en un poderoso enemigo.

Capítulo 5

¿En qué piensa un asesino en serie cuando ha dejado de matar? El teniente Pablo Aguilar se hacía preguntas nuevas sobre un caso que se extendía más que ninguno anterior en su memoria, pero esa en concreto era la que más le importaba, era la que revelaría una posible pista sobre el paradero del asesino. ¿En qué piensa un asesino en serie cuando ha dejado de matar? Si es que lo ha dejado realmente, claro. El fantasma podría acumular un centenar de víctimas si se había salido de su *modus operandi* y comenzado a matar a desconocidos usando métodos diferentes en cada uno de ellos. Un impulso tan poderoso como para incitar a una persona a acabar con la vida de otras, y hacerlo en repetidas ocasiones, no se elimina de la mente de un perturbado con sesiones de psicólogo ni con ningún tratamiento, Pablo estaba completamente seguro de ello. Solo una cadena perpetua o una bala en la cabeza terminan con el reguero de muertes que deja un monstruo como el que persiguió oficialmente unos meses atrás y en la actualidad de forma extraoficial.

Aún volvían a él, especialmente cuando lograba dormir unas horas, los recuerdos de la habitación en el hotel de la Alameda de Hércules, rememoraba la penumbra y el aroma antiséptico producido por el abuso de confianza, y de engaños y miserias escondidas tras un más que seguro disfraz de belleza y éxito. Recordaba con todo lujo de detalles la lúgubre huella de la muerte, sombría como el último estertor que habría salido de la boca de aquella chiquilla con una vida por delante que ya no disfrutaría. Sentía de nuevo el frío suelo sobre el que terminó el cuerpo de quien no era más que un número para el asesino, para la Policía, para el Ministerio, para la prensa, para sus lectores y para todos... menos para él. Y no es que para Pablo fuese algo personal, ni siquiera tenía un vínculo afectivo con el caso; simplemente, se había aparecido en su camino de ascenso, de éxitos profesionales, y lo había hecho como una piedra en la que tropezar y frenar todas sus ansias de

progreso. La séptima víctima del asesino en serie más famoso de la historia del país había caído en sus manos y no había sabido aprovecharlo.

Atrás habían quedado cientos (quizá miles) de horas de trabajo, docenas de noches sin dormir para analizar los datos del caso, innumerables llamadas y correos electrónicos a la central de Madrid para conseguir las pruebas e interrogatorios de los demás asesinatos del criminal y un viaje para fotocopiar y recopilar por sí mismo todos los documentos que le faltaban. Se había dejado su salud física y mental tratando de atar cabos y crear conjeturas e hipótesis que lograsen establecer un punto viable en la investigación, o lo que es lo mismo, buscar un fallo entre tanta perfección. El asesino había ganado, le había vencido en su terreno y estaría riéndose de él por su torpeza, pero más aún por su vanidad y orgullo. Estaría en algún lugar del país o del mundo, siendo consciente de su poder, de su capacidad para hacer todo lo que desease, incluso quitar una vida, docenas de ellas, sin que nadie pudiera impedirlo, ni siquiera el pomposo y engreído teniente tan admirado y condecorado de Sevilla.

Pablo se encontraba en casa, eran las dos de la madrugada y permanecía sentado en su sillón, inmóvil, mientras oía cómo la lluvia azotaba con violencia las persianas cerradas de la habitación. El invierno estaba siendo de los peores que recordaba, seguro que en plena crisis supondría un varapalo para la ciudad; el turismo siempre se resiente en un lugar que vive de la temperatura y el sol. Claro que eso a él le importaba menos que nada, había perdido peso, notaba que su mente no trabajaba a la velocidad acostumbrada y el respeto y admiración de sus compañeros y colegas de la comisaría habían desaparecido para convertirse en burlas. «Putos inútiles calienta-sillas que solo llevan la placa para tener un sueldo de funcionario a fin de mes. España es el paraíso de los delincuentes gracias a una policía tan incompetente, llena de atocinados agentes y oficiales enchufados y retrasados mentales». Sin duda, se estaba consumiendo y lo sabía. Ya ni siquiera perdía la mirada en el mural que conocía de memoria y que permanecía sin cambios desde hacía meses. Un mural lleno de fotos de víctimas y de lugares, chinchetas de colores, cordeles que relacionaban sucesos, anotaciones con hipótesis... Un tiránico y enfangoso jeroglífico cuya solución se escondía bajo capas y capas de razonamientos que él no había sabido tener. Esas últimas noches se limitaba a esperar allí sentado a que apareciese dicha solución durante un sueño o una revelación divina, lo que llegase primero.

No sabría decir si era de noche aún o ya había amanecido, pero estaba seguro de haber oído el portero automático llamando varias veces. Esa mañana había decidido no ir a la comisaría, así que si no se trataba de su ayudante, debía de ser el cartero o alguien que se equivocaba de botón. Se olvidó de la llamada. «Que le abra la puerta otro vecino», pensó, y aprovechó para levantarse y desentumecerse por haber vuelto a dormir sentado en el sillón. Entró en la cocina y preparó un café soluble, quería tomarlo antes de meterse en la ducha, no quería tener un accidente. Podría ser despistado en algunos aspectos o algo descuidado en otros, pero tras la trágica pérdida de su padre por un resbalón en la ducha, procuraba tomar todas las medidas posibles para no sufrir un descuido fatal y tener que rendirle cuentas a su progenitor por su torpeza allá donde volviese a verle. Mientras el vaso de leche daba vueltas en el interior del microondas, el portero automático volvió a sonar, eso era ya demasiada insistencia para tratarse del cartero y muy raro para ser su ayudante, que le habría llamado al móvil o mandado un mensaje.

—¿Quién es? —preguntó a sabiendas de que sería alguien que se había equivocado de número.

—¿Pablo Aguilar? ¿Teniente Pablo Aguilar? —La voz, ronca y con un leve acento extranjero, dejó sin palabras a Pablo durante dos segundos—. ¿Sigue usted ahí?

—Sí, ¿quién es?

—Interpol, es por el caso de el fantasma —eso último fue poco más que un susurro—. ¿Podríamos hablar? Puedo esperarle aquí o en el bar de enfrente.

—Mejor suba.

En menos de un minuto, el agente, vestido con un traje negro y a medida, camisa blanca y corbata también negra y fina, como un agente del FBI de una película americana, había aparecido ante Pablo y ya entraba con su metro noventa en el recibidor del piso.

—Permita que me presente, Hollow, Jack Hollow. Estaba ansioso por conocerle. —Le estrechó la mano con firmeza y mostró una sonrisa cordial.

—No le comprendo —balbuceó Pablo—. ¿Conocerme?

—En la agencia hemos estudiado su procedimiento en el caso de el fantasma, es el único material que merecía la pena y que se acercaba a la pista del asesino.

—Disculpe, quizá sea porque acabo de despertar pero, no comprendo una sola palabra.

—Sí, tiene razón. No he debido ser tan impulsivo. En la agencia, la Interpol, seguimos con el caso abierto de el fantasma, como lo llamaron desde España el año pasado. Pedimos los informes a Madrid y recibimos toneladas de documentación que, después de analizarla, comprobamos que se limitaban a dar... ¿cómo suelen decirlo ustedes? ¿Palos de ciego? —Pablo asintió con la cabeza—. Pero entre todo el caos y reiteraciones destacaban unos informes con investigación bien ordenada y sin caer en los típicos errores de policías holgazanes, que clasifican todo para quitarse de encima un caso complicado o que deben ceder a otra comisaría. Me refiero a sus notas y suposiciones; nos han servido de mucha ayuda. Supongo que también considera que el fantoche que se entregó hace unos meses no puede ser el mismo asesino, usted es un policía de verdad y ese tipo de detalles no se le escaparán.

—Perdone que le haga subir y también esperar unos minutos, pero aún debo terminar unos asuntos. —Pablo estaba sobrepasado por la verborrea del agente, y no comprendía esos halagos ni sabía de dónde había sacado la información para localizarle sin haberle llamado antes por teléfono, pero decidió guardar esas dudas para más tarde y hacerle pasar al salón; no quería mantener una conversación delicada en un lugar donde los oídos afinan su sensibilidad hasta extremos impensables. La intimidad de su casa era más adecuada para ese menester. Tampoco pudo evitar un escalofrío al saber que había sido contactado por un agente del cuerpo de policía al que aspiraba a pertenecer en un futuro, si es que lograba encauzar la senda de éxitos que había supuesto su primera década en el oficio.

El oficial caminó hasta el fondo del salón y se sentó sobre un sillón. Portaba una complexión atlética, quizá demasiado musculada. El pelo rubio y los ojos azules acotaban las posibilidades sobre su procedencia. Pero toda aquella fachada y parafernalia, por no llamarla peloteo, tampoco logró que Pablo se olvidase de que no le había enseñado sus credenciales.

—Puedo ofrecerle un café soluble —añadió el sevillano—, no tengo nada más en casa. Necesito darme una ducha y estaré listo por si desea que vayamos a algún lado donde pueda desayunar en condiciones.

Otro detalle que tampoco pasó por alto el teniente, aunque su dominio del inglés brillase por su ausencia, fue el extraño apellido que tenía el agente (*hollow* es una de las formas de decir fantasma o invisible en inglés). Quizá fuese un nombre en clave de los que usan en los cuerpos internacionales, pensó no muy convencido.

—No quiero nada, gracias, ya desayuné hace varias horas —respondió el agente.

Pablo seguía sin tener ni idea de qué hora era, quizá ya fuese el momento de almorzar. Vivía un descontrol absoluto en su horario, y en su tren de vida en general. Como el agente parecía afable y solo tardaría unos pocos minutos en ducharse, le dejó a solas en el salón. Fue rápido a la ducha, tras haberse bebido de un sorbo el café, aún demasiado caliente, que le produjo una quemadura en la garganta que le duraría todo el día. Se duchó todo lo deprisa que pudo, entre nervios y pensamientos variados, como adivinar lo que vendría a pedir o a ofrecer un agente de la Interpol, ¿en qué podría él ayudar o beneficiarse en la investigación? ¿Qué sacaría de aquella conversación o de una posible colaboración? Su mente voló entusiasmada mientras trataba de tardar lo menos posible y no hacer esperar a su invitado. Al salir del baño, ya vestido, se sorprendió al no encontrarle en el salón, había desaparecido pero seguía notando su presencia en la casa. La soledad y el silencio que siempre embargaban aquellas paredes parecían testificar la presencia de un extraño entre ellas. La primera habitación del pasillo, de la que estaba completamente seguro de haber cerrado la puerta, como cada día, ahora estaba abierta y con la luz encendida. Jack «el invisible» permanecía en el centro de la estancia que era su santuario más privado y secreto, al lado de su butaca, observando con atención, como memorizando con frialdad, el mural que había confeccionado solo para sus ojos.

—Espero que no le importe.

—Bueno, creo que me debe una buena conversación antes de husmear por mi casa.

—Siento que le haya molestado, me aburría y... ya sabe, el oficio siempre le hace a uno demasiado... ¿cómo lo dicen ustedes? ¿Cotilla?

—Sí, esa palabra es correcta. Y no se lo tendré en cuenta. Posiblemente yo hubiese hecho lo mismo en su casa.

—Tiene usted muy avanzada la investigación, aquí están todos los datos, los lugares de los crímenes, las relaciones entre sí, los momentos, las pruebas..., pero falta algo importante, lo más importante de todo.

—El dato más importante de una investigación de homicidios siempre es el nombre del asesino.

—Correcto —Jack Hollow se acercó despacio a la mesa de la derecha y, tras rebuscar entre el desorden, cogió un rotulador rojo y un *post-it*, escribió algo sobre el pequeño pedazo de papel y luego lo pegó en el centro del mural, justo sobre la interrogante dibujada por Pablo—. Ahora su investigación está completa.

Se apartó de la pared y permaneció mirando al teniente con una mueca que este no sabría si definir como media sonrisa o invitación a acercarse a mirar. Eso último quemaba su estómago y sus pies, no podía esperar un segundo más por ver el dato que acababa de escribir el agente en el centro de su mayor investigación, la que suponía su talón de Aquiles, su Némesis. La presencia de aquel desconocido en su santuario había pasado a un segundo plano, casi desaparecido de su mente, ahora que el pequeño cuadrado de papel amarillo monopolizaba sus pensamientos. Al primer paso sintió que sus pies fuesen de plomo o estuviesen sumergidos en una ciénaga de denso lodo, pero, poco a poco, fue acercándose y las letras escritas con tinta roja se fueron haciendo más nítidas, hasta poder leer aquel jeroglífico compuesto por dos palabras que, en principio, no tenía el más mínimo sentido para él.

Pablo no sintió tanto frío en la calle como el que había sufrido en Madrid, pero parecía que fuese a llover de un momento a otro; una masa de nubes negras se arremolinaban sobre su cabeza mientras oía el cascabeleo de un carruaje cercano que estaría paseando a algún atrevido turista cerca de allí. Decidió que no era buena idea sentarse en las mesas de la calle con esa previsión de lluvia, así que pasó, precedido por el agente, al interior de *La Manuela*, donde el olor a bollos le hizo gruñir unas tripas que llevaban sin tomar nada sólido desde el almuerzo del día anterior. Las gafas se le empañaron por la diferencia de temperatura y se las quitó para limpiar el vaho mientras se dirigían a sentarse en la mesa de la esquina, desde la que podían ver pasear a turistas y nativos por las concurridas calles Pagés del Corro y Covadonga.

—Un lugar poco discreto, ¿no?

—Esto es Andalucía, aquí la discreción es como un plato de *fish&chips*, que tal vez algunos sepan lo que es pero nadie se dignará a probarlo. No se preocupe, nada de lo que oiga ningún turista o parroquiano, mientras toma un café a nuestro lado, acabará luego en un periódico o televisión.

El agente de la Interpol no parecía convencido del todo, pero no tenía más remedio que confiar en sus palabras y lanzarle allí mismo, mientras le veía devorar unos pasteles que acababan de servirle, la oferta por la que había viajado hasta la capital andaluza. Las demás mesas del local permanecían vacías salvo una al fondo con dos parejas jóvenes. No había ruido ambiente alguno, pero el volumen de la música flamenca que sonaba a través de los

altavoces provocaba tener que levantar la voz hasta un límite que incomodaba claramente a Jack.

—Está bien. Ya supondrá por lo que le he dicho que mi visita y los datos que pueda revelarles están relacionados con el caso que ha estado investigando durante meses, un caso que para nosotros no está cerrado aún.

—Eso es lógico, pero si ustedes saben quién es, ¿para qué me necesitan?

—Vaya, eso ha sido muy inteligente.

—¿El qué?

—Que no me haya preguntado el motivo de que una agencia internacional busque a un asesino que ha actuado en España y que, supuestamente, fue encarcelado.

—Bueno, ya suponía que uno de los motivos de la ausencia de más muertes en España podría deberse a que hubiera actuado en otros países. Y mejor dejemos ese asunto de que el asesino fue encarcelado... Pero no me ha contestado a la pregunta. ¿Para qué me necesitan? —Tenía las comisuras de los labios manchadas de merengue y crema, pero su semblante serio y su inquisitiva mirada deshacían el momento cómico hasta lograr, incluso, aumentar la tensión entre ambos.

—Sabemos quién es pero no dónde está. Nos hemos puesto en contacto con usted para pedir su colaboración, sabrá que es algo habitual cuando consideramos que agentes de policía pueden ser de utilidad. Como también sabrá que estas colaboraciones acaban por ser bastante valoradas de cara a ascensos o para acceder a nuestra agencia.

Pablo, que tras otro café y el azúcar de los dulces ya había recuperado el cien por cien de su capacidad mental, no se dejó llevar por el caramelo que le ofrecía: la identidad de el fantasma; como tampoco por sus estériles intentos de hacerle babear con la posibilidad de entrar en la Interpol. Así que se mostró frío y continuó con la entrevista.

—Sigue habiendo demasiados flecos sueltos, y el principal es: si saben quién es, ¿por qué no lo detienen? No creo que me necesiten para encontrarle.

—Aparte de su localización, tampoco tenemos ninguna prueba, ni siquiera meros indicios con los que poder ir contra él. Ya supondrá que conocer su identidad resulta inútil ante este panorama. El tipo tiene recursos de sobra y es lo bastante inteligente como para volverse invisible, viajar sin registrarse en ningún momento, esquivar cámaras... Podría estar ahora mismo en Singapur o en el bar de al lado.

—Bueno, eso cuadra con su perfil. Pero siempre podrían lanzar una orden internacional, es la forma de actuar de la Interpol, ¿no?

—Sin duda, y ya la hemos lanzado, aunque sin éxito. Ya conoce la eficiencia de la mayoría de cuerpos policiales nacionales. Por eso quisiéramos saber si podríamos contar con los servicios del oficial que más eficientemente se ha acercado a...

—Espere —interrumpió Pablo—. Quiero saber cómo están tan seguros de la culpabilidad del sospechoso si no cuentan con pruebas ni meros indicios.

—Eso es una información clasificada.

—Entonces acaba usted de contestar a su propia pregunta —dijo el sevillano mientras se levantaba y dejaba su servilleta sobre la mesa—. Espero que aproveche el tiempo hasta que coja su vuelo de vuelta. Le recomiendo visitar la Catedral y la plaza de España. Buenos días señor Invisible.

—Espere, no se marche —el agente se levantó visiblemente contrariado por la reacción del policía—. Entienda mi postura, hay datos que no estoy autorizado a dar.

—Entienda usted la mía. Después de haber estado husmeando sin permiso en la habitación de mi propia casa, ahora me está haciendo perder el tiempo y la paciencia con promesas de colegial que no se tragaría un agente con la placa aún de papel.

—Está bien, está bien... Siéntese y le responderé a sus dudas, pero le pido algo encarecidamente, es algo vital en esta investigación.

—¿El qué?

—Que espero que la información no salga de aquí. Supimos que en todas las ciudades donde actuó el asesino hubo filtraciones a la prensa desde la propia policía.

—Lo sé, y es una pena que esas cosas sucedan, a pesar de que en comisaría se tratan de evitar por todos los medios. Lo único que puedo ofrecerle es mi palabra.

—Supongo que tendrá que servirme.

—Supone bien. ¿Y ahora me dirá de dónde sacó ese nombre que ha escrito sobre mi pared?

El agente pareció dudar unos instantes, pero después de mirar a Pablo a los ojos decidió darle el voto de confianza y exponerle unos hechos y datos que el teniente sevillano trataría de memorizar para añadir a su mural en pocas horas.

—Hace unos meses el asesino actuó en Roma, allí logramos aislar una imagen parcial, y de buena calidad de su rostro, de la grabación de una cámara de seguridad, aunque no mostraba más de un treinta y cinco por ciento. Con todos los datos que teníamos, obtenidos en colaboración con la

comisaría central de Madrid, empezamos a elaborar un perfil lo más detallado posible de él. Ahora le diré lo que ya sabe: alta capacidad económica, ya que es capaz de desplazarse sin problemas; dispone de mucho tiempo libre; puede moverse sin dejar rastro en aeropuertos; es muy atractivo, por lo que es capaz de convencer en segundos a una chica para que le acompañe donde sea; y sin duda es un tipo de cultura, educación y capacidad económica a la altura de su físico. Después de analizar a más de cinco mil millonarios en todo el mundo, que tuviesen una edad entre veinticinco y cuarenta años, eliminamos a aquellos que no tuviesen una altura entre metro ochenta y metro noventa (esa información la sacamos de los vídeos de las discotecas, observando al tipo que se marchaba con las víctimas), añadimos una complexión atlética, pelo castaño oscuro; eliminamos aquellos que parecían gigolós baratos de playa y el resultado quedó en treinta y siete candidatos. Pusimos en marcha nuestros ordenadores para saber dónde pudo estar cada uno de ellos en las fechas de los homicidios, haciendo especial hincapié en los cuatro españoles de la lista, ya que los primeros siete casos fueron aquí. Y dimos con un candidato final que cumplía todos los requisitos y cuyo rostro se aproxima al 99,9 % al capturado por la cámara en Roma.

Jack no paraba de hablar ante la atenta e impasible mirada de Pablo, que a pesar de no llevar mucho más de una década como policía, ya había desarrollado un sexto sentido para adivinar cuándo le estaban mintiendo, aunque lo hiciesen tan bien como aquel tipo que tenía delante.

—Metimos en su entorno a una agente infiltrada para ganarse su confianza —continuó Jack—, y cuando tuvimos informes favorables sobre su culpabilidad, y nuestra agente ya había descubierto todos los detalles de sus actuaciones en conversaciones directas con el asesino, nuestra infiltrada desapareció. De hecho, seguimos sin saber nada de ella a día de hoy, así que nos tememos lo peor.

Pablo hizo un largo silencio tras el cese de la exposición. Un silencio incómodo e intencionado para observar detenidamente y analizar el comportamiento y mirada de su interlocutor, algo aprendido en sus sesiones de interrogatorio. Todo el mundo, tras lanzar un alegato, acaba mostrando la veracidad o falsedad del mismo si se le deja unos segundos en silencio y siendo observado detenidamente. Jack aguantó unos largos veinte o treinta segundos con la cara de póker, luego no pudo evitar desviar la mirada hacia el ventanal de la calle y perderse entre los pocos turistas que se atrevían a pasear por el centro bajo esa temperatura. Pablo reprimió una sonrisa.

—Vaya, así que el asesino perfecto cometió un error por fin. O varios. Se dejó grabar en Roma y luego confió sus secretos a una agente infiltrada tras ganarse la confianza de alguien tan metódico y hermético. Eso es todo un éxito, a pesar de no contar con pruebas.

—Sin duda, se trata de una de nuestras mejores agentes. Entonces, ¿podremos contar con su ayuda? Siento ser tan impaciente, pero el tiempo apremia y deberíamos partir hacia Madrid para comenzar con la búsqueda cuanto antes.

—Déjeme pensarlo durante el día de hoy, tendría que pedir unos meses de excedencia si necesito estar viajando. Quizás todo sería más fácil si la Interpol pidiera un traspaso o cesión en mis funciones.

—No creo que eso sea posible —le interrumpió—, mis superiores han dejado claro que no quieren crear una alarma social. Si en la comisaría se filtrase que la Interpol está tras el asesino que ustedes llaman el fantasma, la prensa notificaría que el arresto del culpable que cumple condena pudiera tratarse de un fallo y todos acabaríamos pagando por ese error nefasto.

«Claro, aunque también podéis pedir el traslado hacia otro caso ficticio y así mantener el secreto. Esto cada vez es más sospechoso. Por no hablar de que no sabes que el condenado fue encontrado muerto en la cárcel hace una semana». A Pablo todo aquello le olía demasiado mal, demasiadas mentiras y demasiados secretos. Se despidió cordialmente del agente con la promesa de darle una respuesta ese mismo día al número de móvil que este le entregó.

Sevilla no veía mejorar el clima. Las vistas que ofrecían las ventanas del piso de Pablo mostraban una noche eterna, regocijada por tener secuestrada la débil luz de un sol que apenas aparecía para saludar. Parecía que la ciudad, carente de su luz y calor habituales, no quedaría liberada hasta que aquella tempestad, sumida en una tiniebla de pecados, descargase toda su rabia y dolor. El teniente no podía permanecer un minuto más entre aquellas paredes, necesitaba avanzar en su investigación y salió del piso a toda prisa tras haber escrito en sus notas la detallada información que el agente de la Interpol le había proporcionado, sin creer una sola palabra. Necesitaba una conversación que activase sus células grises y le inundase de lógica.

—Buenas tardes, teniente. —Miguel Carabías estaba extrañado, mirando en todas direcciones, ante la insistencia de su jefe por quedar en un restaurante que no era el habitual donde almorzaban cuando estaban de servicio, y que solían elegir casi todos los policías de la comisaría. También

estaba confuso porque había recibido la orden de encontrarse con quien le había dicho que permanecería todo el día trabajando desde su casa. Más aún por el tono urgente que había notado en la voz de su jefe al recibir aquella extraña llamada.

Pablo llevaba quince minutos esperándole desde una mesa al fondo del restaurante, meditando y decidiendo cuánta información debía dar a su ayudante de confianza. Al final decidió contar todo lo sucedido, después de todo, Jack Hollow (o como se llamase) había mentido sobre la investigación y las pruebas. Aquello era muy extraño y necesitaba una opinión lo más meditada posible por parte de Miguel, así que este debía conocer todos los detalles. Después de todo, el caso estaba cerrado y no habría nada nuevo que contar; y sabía que Miguel nunca filtraría nada, ni siquiera a los propios compañeros de la comisaría. Tras la espera, por fin le tenía frente a él. Necesitaba con urgencia su apoyo, opinión y consejo.

—Siéntate y pide un menú, hoy invito yo.

—Ya le notaba raro por teléfono, pero ahora ya es una pasada, jefe. Usted invitando a comer y en un sitio más caro que el habitual, y además sentado al fondo en vez de al lado de la ventana. Ha pasado algo, ¿verdad?

—Necesito tu palabra de que nada de lo que hablemos aquí saldrá por la puerta del restaurante.

El semblante sombrío del teniente bastó para hacerle enmudecer y asentir con la cabeza. Pablo comenzó a detallar a su ayudante todo lo que había ocurrido en las horas previas: la conversación privada con el agente de la Interpol y la información clasificada que había obtenido, aparte de la propuesta de colaboración; dejando de hablar cuando se acercaba alguno de los camareros, hasta que terminó su argumento y quedó a la espera de conocer la opinión de Miguel.

—Eso no hay quien se lo trague —respondió el agente tras meditar unos segundos la información.

—Eso mismo pensé yo. Aquí huele a perro mojado y yo quiero saber por qué.

—Ese fantasma es demasiado listo para cometer tantos errores de repente, no hay agente infiltrado que haya podido sacar de él una confesión, eso es imposible.

—¿Y...?

—Lo de la colaboración no tiene sentido, ellos tienen a los mejores, sin ofender, jefe, como para buscar apoyo en un policía de Sevilla.

—¿Por qué crees que me han contactado entonces?

—No lo sé, quizá quieran tener un comodín.

—¿Crees que quieren usarme como cabeza de turco?

—Es posible, ¿quién sabe? Tal vez necesiten ayuda de verdad, pero les viene bien tener a alguien cerca que cargue con el muerto si todo sale mal y hay tiroteos, crímenes, ya sabe.

—No lo había pensado, lo reconozco. Con esa posibilidad la cosa se complica.

—¿Entonces, le seguirá el juego a ese tipo?

—Por el momento sí, quizá pueda acercarme al fantasma aprovechando la información y los recursos que ese tipo tenga a su disposición.

Los policías almorzaron, cambiando de tema hacia cuestiones más distendidas, aunque Pablo permanecía algo asustado ante la posibilidad de que todo saliese mal y se hundiese un poco más en el fango. Ninguno de los dos sabía en ese instante que el supuesto agente de la Interpol estaba oyendo esa conversación desde la distancia gracias a un micrófono minúsculo oculto en la solapa del abrigo del teniente. Y algo aún peor, con su confesión acababa de involucrar a su ayudante y eso le iba a condenar a muerte. A Miguel le quedaba menos de una semana de vida.

2

Eran las cinco de la tarde cuando Pablo volvía a entrar en su piso, en el que notó algo extraño al cruzar la puerta, una atmósfera diferente, una presencia que ya había sentido al salir del baño y no encontrar al agente en el salón. El supuesto Jack Hollow no emitía ningún aroma de perfume, colonia o desodorante, pero su simple presencia había impregnado su templo de meditación contaminando el lugar con su inquisidora mirada y sus más que turbias intenciones, cargadas de mentiras, que fabricaron un muro de desconfianza; el cual iba a ser difícil de derribar entre ambos.

Cerró la puerta y, como un *zombie* que camina sin saber por qué, atravesó el pasillo y el salón para entrar en la habitación en la que guardaba su investigación, aquella que Jack había profanado sin permiso. Encendió la luz, pues las persianas seguían bajadas, y vio de nuevo el *post-it* que había dejado el infame intruso, aquel pequeño trozo de papel que había monopolizado su atención como un pequeño sol, emitiendo una luz cegadora y una atracción

gravitacional que le empujaba de nuevo hacía allí. «¿Qué significaban estas palabras?», pensó.

Agarró el trozo de papel y lo leyó por enésima vez:

ALFIL – MADRID

Capítulo 6

El rugido de los motores casi era eclipsado por los vítores de las docenas de entusiastas que se habían acercado al polígono industrial de Leganés, y también por el de los altavoces de una furgoneta verde tuneada que martilleaba los oídos con música tecno a todo volumen. Solo hacía unos instantes que había finalizado una carrera ilegal que había hecho merecer la pena a todos los asistentes por acercarse un día de intensa lluvia como aquel. Y aún olía a goma quemada tras la brutal frenada que los cuatro participantes habían protagonizado tras rebasar la línea de meta, a pesar de que tres de ellos no habían tenido opción de victoria y habían entrado minutos después que el vencedor. El coche estrella de la ciudad, el que llamaban ahora *el Desaparecido*, había vuelto. Duquesa y su anónimo piloto habían vencido una vez más en su feudo. Todos allí se preguntaban dónde podría haber estado durante esos meses y si su regreso significaba que volverían a ver al invicto Audi TT-RS de nuevo por Madrid.

—¿Qué tal todo, hermano? —Willy, el organizador, saludaba a través de un dedo de cristal abierto en la ventanilla del conductor.

—Me alegro de verte, todo va perfecto. Y veo que por aquí todo sigue igual —contestó Alfil tras entregarle su porcentaje por la organización de la carrera.

—Si llego a saber que venías, te hubiese conseguido coches y pilotos de tu talla. En la ciudad hay muchos que te esperan desde hace meses para retarte y pagarán lo que sea por correr contra ti, aunque el dinero no te haya importado nunca. Si me das tiempo puedo organizarte algo muy grande, hermano.

—Tal vez en otra ocasión.

—¿Pronto?

—¿Quién sabe? Es posible que sí.

Tras una sonrisa, el cristal volvió a subir y el coche salió del lugar para perderse entre la lluvia y la oscuridad de la noche.

Dos horas después regresaba en taxi a la calle Fuencarral. Había llevado la recaudación al buzón de donaciones del convento de San Sebastián de los Reyes (hecho que le trajo recuerdos amargos) y luego el coche a su garaje de la zona norte de Chamartín, ignorando durante el trayecto las peticiones de un par de chicos que habían tratado de retarle por la M-40. También se había llevado el susto de la noche, o momento tenso, cuando una patrulla de policía había surgido de una esquina y se había cruzado con él. Por suerte, los agentes hablaban entre ellos y no prestaron atención al silencioso coche negro, sin matrícula y con cristales tintados ilegalmente, que tenían a dos metros de distancia. Tentado estuvo de volver en moto, pero no tenía garaje donde guardarla en su nueva casa y no sabía si su llave aún serviría para entrar en el garaje de su antiguo estudio de fotografía. La lluvia, por su parte, tampoco invitaba a un paseo en moto por las calles adoquinadas del centro.

Davina ni siquiera se giró al oírle entrar en el salón. Alfil sabía que ella conocía, o al menos intuía, sus movimientos nocturnos. Conociendo su insomnio, ella prefería que se marchase a divertirse antes que quedarse en casa acumulando una tensión que pudiera volverle peligroso y que no le serviría para concentrarse en la búsqueda en la que ya llevaban doce días inmersos. La chica trabajaba sin descanso desde el amanecer hasta bien entrada la madrugada, sumida en la habitual penumbra en la que se encontraba la sala, donde la luz artificial de unos apliques dominaba sobre los escasos rayos que conseguían cruzar las persianas y estores de los ventanales durante los pocos días de sol; de ese modo perdía la noción del tiempo y se concentraba mejor en su tarea. Y no debía de ser mala idea, ya que en ese breve tiempo había conseguido localizar a su primer objetivo.

—¿Cuándo partimos?

—No será necesario ir a ningún sitio, el objetivo está en Madrid.

—¿Aquí? ¿Han conseguido dar conmigo?

—Aún no. Por la información que he podido descifrar de sus mensajes, el agente considera probable encontrarte si comienza la búsqueda aquí, pero todavía no sabe nada. Por ese motivo se ha hecho con un colaborador local, alguien también especializado en búsquedas, aunque no especifica nada más, puede que se trate de algún detective o cazarecompensas.

—Tendremos que anticiparnos a sus movimientos para no ser sorprendidos. Si tienes algún dato sobre el agente, pásame la información y esta noche, mientras duermas, adelantaré todo lo que pueda para localizarlo.

—No me has dicho aún lo que has estado haciendo ahí fuera. ¿Te divertiste?

—No pensé que te interesase —Alfil estaba extrañado ante ese cambio de conversación y el interés que ella mostraba ahora por sus escapadas—. Salí a dar una vuelta con el coche.

—¿El coche?

—Tranquila, es imposible de rastrear. La policía lo busca desde hace años y aún ni se han acercado. Necesitaba algo de adrenalina, aunque los competidores de la carrera de hoy no estuvieron a la altura.

—Según el informe que detalla todos tus movimientos, y ya lo conoces —su tono era ahora frío y hablaba como si leyese palabra por palabra aquel informe—, el coche negro que apodan Duquesa está asociado a tu persona, un Audi TT-RS rectificado y de color negro mate con cristales completamente tintados. Si hay uno o más agentes de tráfico en Madrid que lo hayan visto, a esta hora ya habrán informado de tu carrera y nuestros perseguidores ya sabrán que estás en la ciudad. Nos has puesto a los dos en el punto de mira.

—Que sepan que estamos en Madrid no significa que nos tengan localizados. Nadie me ha seguido cuando volvía a guardar el coche ni después, cuando regresé aquí en taxi.

—¿Lo comprobaste?

—Sí, la foto de la licencia sobre el salpicadero se correspondía con el chico que conducía el taxi. Y no creo que fuese un agente.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Me dijiste que el único miembro español de la agencia era Cristina. El taxista tenía un fuerte acento sevillano.

El zumbido de los ventiladores de los ordenadores que tenía ante sí se intensificaba en el silencio de la madrugada hasta hacerle sentir como si hubiese un helicóptero cerca de él pero sin saber exactamente dónde. Alfil comenzaba a notar cómo el cansancio ganaba la batalla contra el insomnio. Miró el reloj en la pantalla y se sorprendió de que fuesen las cinco de la madrugada. Se prometió aguantar una hora más y continuó tras la pista de una carpeta de archivos que parecía haber enviado a la central el agente al que perseguía. Usaba todas las técnicas enseñadas por Davina en materia de

descifrar contraseñas a través de descryptadores diseñados por ella. Mientras tanto, permanecía alerta a nuevos movimientos en los canales de información que usaban los sicarios, agentes y otros seres del submundo al que él mismo pertenecía. A esas horas de la madrugada en Europa había más movimiento que a ninguna otra, aunque era demasiado complejo saber quién emitía cada uno de esos cientos de mensajes y quién los recibía. Estaba buscando diminutas agujas dentro de un enorme pajar digital, y por cada aguja que encontraba, había perdido la posibilidad de encontrar otras cincuenta, entre las que podía estar la que necesitaba realmente.

Los apliques de luz estaban apagados y solo una tira led de la cocina, a su espalda, iluminaba la estancia, consiguiendo un efecto bastante similar al que disfrutaba en su estudio meses atrás. Un lugar que echaba de menos, aunque no para hacer sesiones de fotos, eso podía suplirlo con darse un largo paseo y analizar el paisaje, los edificios y las personas; sabía encuadrarlos, componer y disparar con su mente. No necesitaba organizar una sesión de moda para una revista con un equipo de quince personas, pero el espacio, aquel espacio que compró, diseñó y amuebló por sí mismo, formaba parte de su propio ser, de su alma.

En el monitor apareció una carpeta abierta, el programa había terminado de descryptar las contraseñas y por fin mostraba su contenido. Alfil abrió las fotos y, tras estudiarlas en el más absoluto silencio, se levantó y fue a por su pistola automática, comprobó que estaba cargada y enroscó muy despacio el silenciador. Luego tomó una silla incómoda y se sentó a esperar frente a la puerta de la entrada. Todo el sueño que acumulaba había desaparecido por completo.

Allí permaneció, mirando un punto infinito a través de la madera y consultando su reloj de pulsera en la penumbra, hasta que pasaron unos cuarenta minutos. Y entonces lo sintió. Fue como un hormigueo en la nuca, un casi inaudible rumor desde el otro lado de la puerta. El tipo era, sin lugar a dudas, más sigiloso que él mismo. Pero ahora tendría que abrir la puerta, y ese ya era un paso innecesario en su misión de eliminar al exfotógrafo y a su socia.

Dos silbidos atravesaron el silencio como las dos balas lo hicieron en el punto exacto de la puerta; crujidos y susurros en la madera que fueron más que suficientes como para despertar a una Davina que dormía siempre con un oído y un ojo abiertos. Y no solo el crepitar de la madera, también el ahogado grito del agente desde el otro lado, aparte de su cuerpo al caer sin vida sobre

el suelo (un elefante no habría sido más ruidoso) provocaron que la chica estuviese allí en pocos segundos.

—¿Pero qué...? —Llevaba su pistola con silenciador en la mano, sobresaltada y alerta, descalza y enfundada en una camiseta de tirantes y una braguita que no habrían dejado mucho a la imaginación de Alfil si este la hubiese mirado, pero estaba ocupado abriendo despacio la puerta.

A pesar de la oscuridad en el pasillo, ya que Alfil no quería delatar su posición ante otros posibles sicarios al encender las luces de la casa o del portal, se apreciaba claramente la figura del agente tumbado en el suelo en una postura imposible. Vestía ropa negra y un pasamontañas, cerca de la mano reposaba una brillante ganzúa, y la solapa abierta de su americana mostraba los destellos de un arma automática enfundada a la altura de su axila. Sobre el suelo de blanco mármol comenzaba a extenderse despacio una mancha oscura que certificaba su muerte. Alfil se acercó y le propinó una patada en el estómago que hizo sobresaltar a la chica, la cual aún permanecía alerta con su arma entre las manos.

—¿Por qué hiciste eso? —susurró.

—No me fio de que siga muerto.

—Ha perdido dos litros de sangre o más. ¿Qué esperabas?

Alfil no contestó, en su lugar, se agachó al lado de la cabeza del asesino.

—¿Adónde vas? ¿Qué quieres hacer?

—Quitarle el pasamontañas, quiero verle la cara.

Su sorpresa fue mayúscula al estar más cerca y comprobar que no había pasamontañas alguno. El asesino era negro. La cara de Alfil mostraba preocupación por primera vez desde que la chica le había conocido.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo que no es quien esperaba.

—¿Cómo que quien esperaba? ¿A quién esperaba?

—Al taxista.

Jamás habían pensado que se podía pasar tanto frío en España. Esa madrugada el termómetro mostraba doce grados bajo cero, toda una tortura que hacía desear a los dos policías sevillanos volver cuanto antes a su cálida Andalucía. Pablo Aguilar y su ayudante Miguel permanecían ateridos en el interior del taxi que usaban de tapadera desde hacía tres días; pasaban la noche con sus dos conversaciones habituales, las ganas de volver a casa y padecer lo que días antes habían llamado frío insoportable, pero que no

pasaba de primavera tibia y paraíso celestial en comparación con el calvario que su misión les obligaba a sufrir; y el hambre que asolaba constantemente a Miguel, que era incapaz de permanecer más de dos horas sin llevarse algo a la boca.

La parada de metro de Tribunal, por donde transcurrían las líneas uno y diez, ya cerrada y abandonada desde hacía horas por sus usuarios, era testigo de su impaciencia y desesperación. Pablo observaba, cada vez que lanzaba una mirada al retrovisor de su izquierda, la antigua discoteca Pacha (hoy teatro Barceló), y su mente trataba de eliminar cualquier pensamiento o meditación sobre lo poco que había salido de fiesta en los últimos cinco años, debía mantenerse alerta ante una posible señal o comunicación con su socio Jack, que se mantenía oculto en la entrada de un portal frente al inmueble donde residían Alfil y Davina. Quizá el agente fuese nórdico y estuviese acostumbrado a temperaturas más gélidas, pero sin duda le había tocado la peor parte del plan. El operativo había sido complejo pero había merecido la pena. Disponían de un taxi conducido por Pablo y con información falsa, después de todo era su corazonada tras leer el informe de Jack: «El fantasma, ese tal Alfil, no se resistirá a hacer algunas carreras ilegales». Solo había que esperar a que algún seguidor de esas carreras subiera un *tweet* o foto a Facebook o Instagram con los *hashtags* adecuados (que vigilaba el teniente cada cinco minutos). En caso de conseguir su objetivo, debía interceptar a Alfil, para lo cual necesitaba anticiparse a sus movimientos. Pablo sabía que si el asesino corría siempre en la zona sur de la ciudad, guardaría su preciado coche, y es posible que también tuviese su vivienda, en la otra punta para alejar a los curiosos y a la policía. Así que no tuvo más que circular por la zona de Plaza de Castilla, Bravo Murillo y Avenida de Burgos el tiempo necesario para ver el bólido negro y seguirlo desde la distancia.

Su tesón en la vigilancia dio resultado el tercer día. Encendió la luz verde de la señal luminosa en el techo y circuló despacio mientras se acercaba al tipo atlético y vestido de negro que salía del callejón en el que, dos minutos antes, se había sumergido un Audi TT que se correspondía con la descripción. Así que no tardó en llevar en el asiento trasero de su taxi falso, con las pulsaciones a ciento ochenta por minuto, al supuesto asesino al que tanto tiempo había estado buscando, o, al menos, a su máximo sospechoso. Un tipo que podría acabar con su vida, en cuestión de segundos y sin poder hacer nada por evitarlo, si no permanecía atento a sus manos, perdidas en la oscuridad del coche y del espejo retrovisor central. Quizás aquel tipo alto, guapo y con voz grave hubiese burlado a todos los cuerpos de policía del Estado, pero no le

había convencido a él. Pablo sabía que podría ser disparado, acuchillado o estrangulado en cuestión de segundos y sin que pudiese hacer nada por defenderse, por eso sopesó con cuidado su arma bajo la cazadora en cuanto recibió a su cliente (y volvía a hacerlo cada dos minutos de trayecto), tratando de mantener la calma y contener sus impulsos, mientras le llevaba a Chueca y luchaba por sacar una conversación típica de taxista aburrido de la que su pasajero intentara escabullirse como pudiera; si se trataba del asesino, sería demasiado listo como para descubrirle si su actitud no se asemejaba a la de un taxista real.

—Menuda noche para salir de fiesta, amigo.

—¿Cómo dice?

—Va usted al centro, ¿no? A esta hora suele estar bien, pero con este tiempo, no sé, no sé... Menuda está cayendo.

—Gracias por el aviso.

—Es usted de pocas palabras, amigo. Le entiendo, es tarde para aguantar al taxista pesado de turno. Es un defecto de la profesión, pero ya me callo, no se preocupe.

Cada minuto y kilómetro que pasaba, Pablo estaba más seguro de que el tipo era el que había estado buscando de forma enfermiza, su objetivo primordial en la vida, su némesis, pero durante todo el trayecto no hizo nada por detenerlo o arrestarle. Permaneció bloqueado ante la situación sin saber el motivo. Tal vez fuese el aura sombrío que intuía en él, denso y oscuro, a la par que sigiloso hasta hacerle desaparecer. El falso taxista llegó a pensar en varias ocasiones que no llevaba pasajero, en otras creyó tener un espectro sentado en el asiento trasero.

—¿Estás seguro de eso? ¿Estás completamente seguro de que era él? —le preguntó Jack minutos después, en cuanto llegó con Miguel a la parada de Tribunal en la que habían acordado montar el operativo de vigilancia.

—¡Joder! No soy gay y aún así me gustaba y todo. Ese tipo tiene algo; entre el rollo sombrío y el físico que calza, hay algo que te enciende todas las alertas cuando estás cerca de él o le oyes hablar. Y no me cabe duda de que era el que conducía el Audi negro de la carrera de Leganés.

—Entonces, si estás tan seguro de que es el asesino que buscamos, le vigilarémos durante toda la noche.

—Podríamos irrumpir en su casa.

—No, es demasiado peligroso, no sabemos si está acompañado o las armas con las que cuenta, es mejor abordarle en la calle, cuando menos se lo espere.

Jack permanecía frente a la puerta del edificio por donde había entrado el sospechoso mientras Pablo y Miguel aguardaban dentro del falso taxi unos cien metros más arriba de la calle, justo en la zona donde estaba el punto de fuga principal: la estación de metro de Tribunal y el punto más cercano en que se podía aparcar un coche sin resultar sospechoso. Claro que durante la madrugada eliminaban la opción del metro.

—¿Por qué no encendemos el motor y ponemos la calefacción? — preguntó Miguel.

—Porque llamaremos la atención toda la noche aquí metidos con el motor en marcha. Para eso trajimos los plumas.

Miguel, ataviado también con gorro de lana y guantes, se desesperaba por el frío, el hambre y el aburrimiento. Cada pocos segundos suspiraba y volvía a frotar los cristales para quitar el vaho.

—¿Nos hacemos unas pajillas?

Pablo miró a su ayudante con cara de pocos amigos.

—No me puedo creer —añadió Miguel— que seas el único policía español que no hace esa broma cuando está de vigilancia, y el único al que no le hace gracia. No pareces sevillano, cojones.

—Quizá no me haga gracia porque lo llevas diciendo cada noche desde que hemos venido a Madrid.

—Es lo que tiene el aburrimiento.

—Pues si te aburres, conversemos. Elige un tema de conversación. No, mejor lo elijo yo, hablemos de Torrente.

Miguel le miró asombrado, no creía que Pablo hubiese dicho eso en serio.

—¿Sabías —continuaba— que Torrente es un personaje quijotesco? Basado fielmente, además, en la novela de Cervantes.

—¿Me estás vacilando?

—En absoluto, solo tienes que analizar sus películas. Es un tipo que se cree policía (como el quijote se creía caballero); va tratando de solucionar problemas del mundo, pero lo cierto es que solo busca su beneficio (del mismo modo que el quijote trataba de disfrutar de las aventuras que su monótona vida le había privado); siempre va acompañado de algún retrasado o desecho social (su fiel Sancho Panza particular); en todas las películas verás que hay una Dulcinea (chicas que suelen tener mala vida pero que el protagonista ve como princesas); y en todas acaba fracasando en sus misiones, aunque al planificarlas en su mente saliesen a la perfección. Torrente no es más que un quijote moderno, un personaje algo perturbado y

desfasado para su época que trata de vivir unas aventuras creadas a partir de su mente y sus deseos de libertad.

—Madre mía.

—¿Te ha sorprendido ese análisis?

—No, lo que me ha dejado a cuadros es tu capacidad para transformar una saga de películas divertidas y trochas en algo académico y aburrido.

—¡Vete a la mierda!

Mientras el falso inspector de la Interpol esperaba a tener una confirmación visual de Alfil o de Davina, e ideaba la forma de abordarle para entablar contacto o dispararle directamente, el portal del edificio recibió una visita que no esperaba. Eran las cinco de la madrugada cuando vio llegar a un viejo conocido, un agente llamado Emmanuel, exmilitar de Nigeria, con el que había trabajado dos años atrás en una misión y que sabía con seguridad que pertenecía, al igual que él mismo, a la agencia Trouver. Podría haberle llamado para ofrecerle un acuerdo en el que repartir los beneficios de la recompensa por la eliminación del «paquete», podría haberle liquidado por entrometerse en una misión que tenía más avanzada que él. Podría haber hecho muchas cosas pero decidió, quizá movido por el consejo de la experiencia o quizá por estar agarrotado por el frío, dejarle actuar y observar lo que ocurría. Su sexto sentido le gritaba a voces que era una temeridad lo que estaba haciendo su viejo compañero, que no sería eficaz un ataque directo como ese contra un hueso duro como el tal Alfil. Informó a Pablo y a Miguel sobre la visita de un desconocido, para cubrir sus espaldas en previsión de que hubiese un tiroteo, y quedó a la espera de lo que tuviera que suceder. Los minutos pasaron y tuvo la certeza de haber obrado bien. Había pasado demasiado tiempo como para saber que su excompañero estaba muerto, veinte minutos eran demasiados para una rápida incursión como aquella.

Pero, ¿y si Emmanuel había liquidado a Alfil? ¿Y si le pisaba el contrato y la recompensa después de tanto trabajo? Jack lo tenía claro, acabaría con el agente y le haría desaparecer; luego acapararía el mérito de la captura. Lo que estaba claro es que el tiempo invertido en ir a buscar al policía de Sevilla había merecido la pena, había logrado localizar a la presa en poco más de cuarenta y ocho horas con solo haber estudiado sus costumbres. ¿Qué haría con Pablo y con Miguel cuando hubiese liquidado a Alfil y Davina, o lo hubiese hecho Emmanuel por él? Los sevillanos estaban allí para ayudar y para comerse el marrón con la justicia en caso de surgir problemas, también como tapadera para desviar la atención de su huida cuando todo terminase. Tendría que liquidarles, no le gustaba la idea de que esos dos policías

hubiesen visto su cara. Hacía dos días que ya tenía decidido cómo hacerlo. Les llevaría a un piso que acababa de alquilar con nombre falso: Pablo Aguilar, en pleno barrio de Chueca y donde había colocado gran cantidad de revistas y películas porno gay, aparte de juguetes y trajes varios de látex. Les convencería para ir allí a examinar las pruebas de un piso abandonado por Alfil y, una vez dentro, dispararía en la boca a Pablo y en el pecho a Miguel, luego les colocaría en la posición adecuada para que la policía y los forenses atasen cabos en el informe preliminar de la escena: claro crimen pasional y suicidio posterior. Burdo, terriblemente cutre, pero distraería durante unos días, quizás una semana, a la policía y él tendría vía libre para salir del país sin prisas.

Solo habían pasado unos minutos pero ya no quedaba rastro alguno de sangre en el suelo del rellano del portal, y el cuerpo del sicario ya se encontraba embalado en plástico para evitar que manchase el interior del piso. Alfil estaba a punto de partir para buscar su coche y hacer desaparecer el cadáver cuando ella le frenó.

—¿Estás loco? No puedes exponerte con tu coche, pronto amanecerá y te puede detener la policía con un cuerpo en el maletero.

—¿La policía? ¿Es una broma? No se acercarán siquiera.

—No sobrevalores tus posibilidades. Puedes tener un fallo mecánico o eléctrico, pinchar una rueda o quedarte tirado en la autopista; puedes tener un accidente provocado por otro coche o puedes ser atacado por otro agente que trabaje junto a este y que no veas venir. Recuerda lo que ocurrió en Grecia. Nunca controlamos el cien por cien de la situación cuando dependemos de nosotros mismos, mucho menos cuando dependemos de un vehículo, arma o terceras personas. Esa es una regla fundamental para seguir vivo en este oficio. Y si te asignan un helicóptero de seguimiento, estás perdido.

—Pero no podemos seguir en el piso con el cuerpo de este tipo en medio del pasillo de la entrada.

—Eso déjalo de mi cuenta. Alrededor de mi oficio existe todo un submundo clandestino que desconoces aún.

Davina tomó el teléfono para encargarse del asunto mientras Alfil fue al ordenador de nuevo para revisar todas las fotos que había en la carpeta descriptada. Frunció el ceño y se levantó de nuevo para esperar a que la chica terminase de enviar un mensaje de móvil.

—Debemos salir del piso lo antes posible, y de la ciudad.

—Ya lo imagino, este agente debe de contar con colaboradores que esperan sus noticias o que estén vigilando abajo.

—Puedes apostar por ello. Anoche conseguí abrir la carpeta de información enviada por el agente que nos persigue y al que nosotros perseguíamos.

—¿Y...?

—La carpeta contiene fotografías del colaborador externo con el que trabajaba. Se ve que trataba de cubrirse las espaldas o de enviar información para que otros pudieran eliminar pistas y cabos sueltos si algo salía mal.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso reconociste al tipo de las fotos?

—Sí, pero no es este de aquí. El de las fotos es el sevillano del taxi que me trajo hasta aquí.

—Joder, y puede que siga ahí fuera.

—Es lo más seguro. Pero eso no es todo.

—¿Hay más? Suéltalo ya, te veo preocupado.

—Según uno de los envíos de información interceptados, el falso taxista es un teniente de la policía de homicidios.

Davina solo necesitó dos segundos para asimilar esa información y planificar la fuga de la ciudad. Si un oficial de policía estaba ayudando al agente, ya fuese engañado o a sueldo, podría haber docenas de policías en los alrededores de la calle.

—En quince minutos debemos tenerlo todo recogido. Haré una copia de seguridad de todo lo que tenemos y quemaré los discos de los ordenadores. La ropa y demás objetos importantes deben estar guardados en maletas, de eso me encargo yo. Tú coge un arma y sal a la calle para robar un vehículo rápido. Luego ven a buscarme en ese plazo a la puerta del edificio. Dispara si es necesario a quien te aborde por la calle, aunque sea quien menos imaginas, un anciano o niño, y aunque solo te pregunte la hora, ¿entendido? Debemos desaparecer ya.

—Pero el cuerpo...

—Una empresa especializada en limpiezas vendrá en menos de diez minutos. Cuando hayan terminado, no habrá rastro alguno y nadie podrá inculparnos. Además, estaremos ya lejos de esta ciudad.

—Una empresa de limpieza..., entiendo.

—No es barato, así que perderemos una parte importante del efectivo que tenemos, pero es necesario hacerlo así.

—Perfecto, voy a buscar un coche. Te espero abajo en catorce minutos exactos. Podemos pasar por Barcelona y conseguir dinero en efectivo de mi

abogado sin responder a preguntas, o podemos vender mi reloj.

—Ya estudiaremos esas opciones cuando la necesidad nos apremie.

Alfil salió del edificio con naturalidad y sin que se apreciase a simple vista que había analizado en solo unos segundos toda la oscura calle. Por su forma de caminar relajada, casi distraída, nadie diría que había visto al tipo escondido y observándole desde el portal de enfrente; ni que sentía en sus huesos el frío que azotaba la noche antes de ser aniquilada por el alba, ni que un temblor acompañado de sudor frío recorrían su espalda al ser consciente de que esa noche debería matar a más personas, ni que había pasado de largo ante la calle Augusto Figueroa, en la que tenía pensado robar un coche, para continuar caminando hacia la siguiente, más oscura y sin cámaras, la calle Farmacia. Se sorprendió a sí mismo por la rapidez, frialdad y eficiencia ante esa situación, y más aún cuando seguía sintiendo la carga de los nervios por haber asesinado a un hombre minutos antes. Tras torcer la esquina de la calle Farmacia, corrió todo lo rápido que pudo durante los metros que le separaban de la tiniebla que el umbral del restaurante Casa Hortensia le proporcionaría. Allí oyó el eco en la noche de los pasos de su perseguidor, notó con claridad cómo se detenía en la esquina al comprobar que había perdido su rastro y también sus pasos acelerados para lograr alcanzarle. También escuchó su respiración calmada a pesar del frío y la carrera (sin duda era un profesional) al pasar ante él sin verle. Y por último, oyó el sonido de su cuerpo al caer al suelo con dos disparos silenciados en su espalda.

Un Volkswagen Golf negro frente a él pareció guiñarle el ojo en una insinuación que no pasó por alto, era el coche discreto y perfecto para marcharse con Davina de la ciudad. Cuando denunciaran el robo del mismo, ellos estarían ya lejos y en otro vehículo.

—¡Joder! Menos mal que dijiste catorce minutos exactos. ¿Qué has estado haciendo? Un Golf se roba en veinte segundos.

—Ya te lo contaré, sube de una vez.

La chica metió una bolsa de deportes y dos maletas con las pertenencias de ambos en el maletero y se montó en el asiento del copiloto. Subió unos grados el climatizador y encendió la radio, pero no fue música lo que oyó, sino el estruendo y estallido del cristal delantero tras un disparo sin silenciador.

—¡Alto, Policía! —El grito de Miguel Carabías resonó en el silencio de la noche casi más fuerte y comprometedor que el estrépito del disparo. El joven,

todo un atleta, había llegado en tiempo récord al lugar.

Alfil y Davina le vieron llegar corriendo calle abajo y abandonaron el coche de un salto al unísono, refugiándose en los umbrales de la calle que tuvieron más a mano, a ambos flancos del vehículo. Cuando sacaban sus armas para defenderse, las mortecinas ventanas de los edificios comenzaron a cobrar vida, anunciando que los vecinos de la calle estaban ya despiertos y alarmados ante el grito y el disparo del policía; era el presagio de su inminente detención. El aporte extra de luz ayudaba a ver con claridad al chico joven vestido de paisano que bajaba corriendo y en solitario por la calle Fuencarral. Dos balas acabaron con la carrera y con la propia vida del policía, dos siseos amortiguados que le hicieron caer de bruces contra el mojado y frío suelo ante la sorpresa de Alfil. El sonido de su cuerpo al desplomarse y golpear con la cabeza la calzada en el silencio de la noche fue tal, que Alfil supo que perduraría en su mente como un eco que se resiste a desaparecer.

La incertidumbre y el miedo repentino ante la situación solo duraron un segundo, el tiempo que tardó Davina en volver al coche y gritar a Alfil un: «¡Sube, rápido!». Este no necesitó otro aviso, saltó al interior del vehículo y, aprovechando el motor ya encendido, hizo protestar a los neumáticos para salir a toda velocidad mientras trataba de mantener la calma por la escena que había contemplado. Dos disparos desde el exterior les anunciaron que había, al menos, otro policía o agente más en la calle; una de las balas hizo estallar el parabrisas trasero mientras el coche tomaba la curva hacia la calle Augusto Figueroa.

—¡Para, tenemos otra sombra! —gritó la chica.

—Nada de eso, no sabemos desde dónde dispara, podría estar apostado en un balcón y matarnos sin que le veamos siquiera.

—¡Joder! Nos han encontrado en un santiamén, y ni siquiera los hemos visto venir. No podemos permanecer en esta ciudad ni un día más, y olvídate de tus aficiones nocturnas.

—Está bien, lo entiendo, pero ahora cállate. Estoy tratando de encontrar otro coche fácil de robar antes de salir a la Gran Vía o la calle Alcalá. La policía nos detectará en el acto si vamos sin parabrisas delantero ni trasero, eso si no morimos antes de una pulmonía.

—Podemos estar en Barcelona antes de las once de la mañana —sugirió Davina.

—No, nada de Barcelona. Cruzaremos a Francia por el País Vasco o Navarra y allí desapareceremos unas semanas en algún pueblo pequeño.

—¿Y el dinero?

—Ya lo solucionaré, pero hay demasiada gente tras nosotros como para permanecer más tiempo en España.

Pablo llegó corriendo hasta donde descansaba el cadáver de su ayudante. Los nervios por la situación y el sonido de los disparos le tenían sumido en un estado más cercano a un sueño que a la realidad. El corazón le latía como si fuese a explotar mientras contemplaba el cuerpo de Miguel tumbado sobre un charco de su propia sangre, aquello era algo para lo que no se había preparado. Lo acunó entre sus brazos y comprobó con nerviosismo sus constantes vitales. Sus mayores temores se confirmaron, estaba muerto. Dos disparos certeros en el pecho habían acabado con su corta vida y con una prometedora carrera en la policía. Un final cruel del que Pablo se hacía plenamente responsable. Sus órdenes eran claras, no debían salir del coche ni abandonar su posición, no debían disparar sus armas estando bajo una excedencia laboral salvo para defenderse de un ataque, no debían acercarse a la acción sin llevar chalecos antibalas y, lo más importante, Miguel no debía estar allí. Aunque el chico se lo pidiera, no debió autorizarle a acompañarle en una misión tan peligrosa. Pablo desconfiaba del supuesto agente de la Interpol y aceptó la compañía de su ayudante para sentirse respaldado y tener a alguien de confianza a su lado. Pero la misión era suya, era su corazonada, su obstinación, su locura personal, y debió dejar a Miguel al margen.

Ahora alguien tendría que pasar el duro trago de informar a unos padres destrozados y llorosos que su chaval de tan solo veintidós años había muerto en la madrugada de una calle fría y húmeda de Madrid.

Todo había ocurrido tan rápido... Llevaban demasiadas horas dentro del coche y, ya casi al amanecer, habían decidido salir a respirar algo de aire no viciado del interior del taxi. La calle Fuencarral se mostraba desierta ante sus ojos hasta más de la mitad de su recorrido, justo donde comienza el vértice de la curva que la conduce a la Gran Vía. Al cabo de dos minutos vieron en la distancia a Jack en persecución de una sombra, o creyeron verlo, la intensa nevada seguía mostrando una cortina traslúcida. Dicha sombra regresó conduciendo un coche, y no había rastro del agente de la Interpol. Pablo y Miguel decidieron acercarse y comenzaron a descender la calle con temor a las posibles represalias por no obedecer la orden de seguir en el coche. Miguel debió de tener una corazonada espontánea, eso pensaba Pablo, porque se lanzó a correr como alma que lleva el diablo hacia el coche aparcado en

mitad de la calle. Pablo trató de detenerle gritando, pero ante la desobediencia de su ayudante, salió corriendo tras él.

Llegó demasiado tarde.

El teniente acunó entre sus brazos el cadáver de Miguel, sintiéndolo aún caliente y maleable, como si solo estuviese dormido. Era la primera vez que tenía ante él un cuerpo recién muerto, por lo que no pudo reprimir sus instintos...

—¿Qué has visto? Eran dos, ¿verdad? ¿Viste al fantasma? ¿Es el tipo que había venido en el taxi conmigo? No me confirmes eso, no quiero saber que pude acabar con él o detenerle y ahora estaríamos rellenando papeles en comisaría o celebrándolo en alguna tasca de mala muerte que continuase abierta por la zona. No quiero ni imaginar que tu muerte se podía haber evitado con algo más de valentía por mi parte.

»Tú no deberías estar aquí —continuó tras tragar saliva y contener las lágrimas—, no deberías haberte inmiscuido en algo así. Soy yo el que debería estar muerto, el que debería cargar con los errores de la investigación. ¡Maldita sea, Miguel! ¿Por qué saliste corriendo calle abajo? Desobedeciste mis órdenes porque eres un policía de verdad, no como yo, que no supe actuar cuando era el momento adecuado. Le tuve, le tuve a menos de un metro. Le tuve en el taxi, encerrado, a mi merced. Le tuve a tiro de pistola. Le tuve y no hice nada... Le tuve.

Le tuve...

Las sirenas se oían en la distancia, Pablo levantó una mirada velada de lágrimas y apretó los dientes con furia contenida. A su alrededor observaba los rostros anónimos escondidos tras cortinas y persianas, algunos de ellos estarían grabando con el móvil, incluso con cámaras de vídeo. Estaba perdido y lo sabía. La excedencia le impedía llevar el arma, usarla y también realizar investigaciones criminales; cuando sus superiores supieran que estaba buscando a un asesino que oficialmente ya se había encarcelado y juzgado, sería el fin fulminante de su progresión en la policía. Se vería implicado en el caso del asesinato de su ayudante y arrinconado como un paria el resto de su vida, eso si no perdía la placa. Toda su existencia había perdido su razón de ser en ese instante y, a pesar de todo, lo único que tenía fijo en su mente, aquello que monopolizaba sus sentidos y encendía un fuego que le quemaba las entrañas, era la cara del hombre que había llevado en el taxi. Sabía, su sexto sentido se lo decía, que era el mismo que conducía el golf robado al que había disparado dos minutos antes mientras huía con la asesina de su ayudante. Ese tipo era el asesino en serie que había estado buscando durante

el último año y le había tenido a tiro solo unas horas antes. Un error imperdonable que le martirizaría de por vida.

Las sirenas de la policía resonaban y un parpadeo azul se hacía visible desde el final de la calle, en menos de un minuto estarían sobre él y tendría que responder demasiadas preguntas. No, no era tiempo de preguntas, ni de dar explicaciones, eso llegaría luego, cuando entregase la placa y el arma junto con el corazón arrancado del malnacido al que iba a encontrar y matar. El tiempo apremiaba y no podía dejar que los asesinos saliesen de la ciudad, o del país, para escaparse de la justicia, de su justicia. No iba a quedarse a responder preguntas y rellenar formularios cuando dos asesinos abandonaban la ciudad.

Pablo se levantó del suelo y se perdió en la oscuridad antes de que los haces azules y las sirenas llegasen al lugar.

Capítulo 7

Un cielo grisáceo y oscuro, a pesar de haber amanecido dos horas atrás, castigaba sin piedad a la ciudad de Burgos con una espesa nevada. El termómetro digital del salpicadero indicaba dieciséis grados bajo cero, aunque ni esa temperatura ni la escasa visibilidad impedían circular al BMW X5 gris oscuro que tomaba en ese momento el desvío hacia la carretera BU-800. Evitarían cruzar la ciudad y tener contratiempos en su viaje hacia la antigua frontera francesa; no podían arriesgarse a quedar atascados en una calle mientras toda la policía del país les buscaba. Davina pensó que había sido un acierto seguir la idea de Alfil y cambiar el coche por otro con más espacio, más cómodo y con mejor tracción a la hora de afrontar el temporal en dirección al norte.

Después de abandonar el Golf con los parabrisas rotos por un Seat León blanco, volvieron a cambiar en Alcobendas por otro capaz de cruzar la nieve, incluso por los Pirineos, con facilidad; y también para despistar a patrullas de la policía. El caótico y peligroso momento vivido horas antes en Madrid había dado paso a una tranquilidad desconcertante, el silencio que caracterizaba a la pareja había regresado. Tanto Alfil como Davina iban inmersos en pensamientos sobre lo que iba a suceder en las próximas horas y haciendo cálculos para afrontarlo con éxito. No pensaban en lo ocurrido, eso formaba parte del pasado, que todo había salido bien era lo único que importaba.

—Quizás tengamos que parar en breve —apuntó el chico, haciendo que ella le mirase extrañada.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? El depósito de gasolina está a la mitad y no es momento de parar a comer.

—No se trata de eso, llevo mucho sin dormir y la subida de adrenalina de hace tres horas se ha agotado. No me reconozco a mí mismo diciendo esto, pero necesito dormir.

—Puedo conducir yo.

—¿Con esta nevada y yendo por carreteras secundarias llenas de curvas y baches? No paro de hacer contra-volante para evitar que nos salgamos de la carretera. ¿Te atreverías a conducir en estas circunstancias?

—Si me lo describes así... quizá sea mejor parar unas horas, aunque no me gusta dejar de moverme mientras la policía me persigue.

—Solo serán unas tres o cuatro horas, luego estaré como nuevo. En el coche no creo que pudiera pegar ojo con este traqueteo, con tanta curva y sabiendo que podemos despeñarnos por un barranco. Espero que no te haya molestado la duda, es que no sé cómo conduces. Y por la policía no te preocupes, con este temporal estarán muy ocupados por atender a los accidentados en cada ciudad y pueblo, todo se colapsa en España cuando nieva. Tenemos tiempo de sobra para llegar a Francia sin tener contratiempos.

Davina no respondió, permaneció mirándole como si estudiase su rostro, como si analizase esas palabras buscando algo más en ellas, un trasfondo de peligro o de desconfianza, quizá simple sueño como él decía, quizás algo que no deseaba contar.

—¿Quieres hablar de algo? —preguntó por fin.

—¿Cómo? No, no pasa nada, en serio, solo es sueño acumulado.

—No hemos comentado nada de lo que ha pasado hace unas horas. ¿Te sientes mal o quizá...?

—Después de haber leído mi historial, no creo que pienses que matar sea algo que me pueda afectar. Además, defendía mi vida, no siento remordimientos por haber matado a esos dos tipos. Y el policía que venía corriendo calle abajo no debió cometer esa imprudencia. Tú hiciste lo que debías hacer.

—¿Dos tipos?

—Es lo que iba a contarte cuando el policía apareció. Tardé unos minutos más de lo previsto en robar el coche porque otro agente me esperaba en la calle, tuve que encargarme de él.

—¿Cómo sabes que era un agente y no un policía?

—Créeme, no tenía aspecto de policía. Después de lo del barco en Grecia y del tipo en la puerta de casa de esta noche, parece que comienzo a diferenciarlos por su forma de caminar, de actuar, de mirar, incluso su olor.

—¿A qué huelen los agentes? ¿A qué huelo yo?

Alfil apartó los ojos de la carretera para mirarla durante un instante y no pudo evitar una leve sonrisa.

—No oléis a nada. Eso es lo extraño. Ni perfume, ni colonia, ni desodorante, ni gel o champú, ni comida ni sudor. Nada.

—Es una obligación para ser aún más invisibles.

—Ya lo imaginaba.

—¿Te diste cuenta?

—Sí. El tipo de la foto, el taxista que me llevó hasta el piso, no es uno de los tres que han muerto esta noche. Si los informes que interceptamos le hacen justicia, será un hueso duro. Hemos eliminado a dos agentes pero hemos incorporado a uno nuevo a la cacería, y por lo que aparecía en el informe, será peligroso.

—¿Por qué lo dices?

—Está motivado, con eso te bastará para asimilar la relación que pueda tener conmigo.

Alfil no quiso decirle a la chica que en el informe, que pudo leer detalladamente después de eliminar al agente nigeriano, especificaban que Pablo es un oficial condecorado de la Policía Nacional, el que más se acercó a atrapar al asesino en serie conocido como el fantasma y que sigue empeñado en seguir buscándolo a pesar de estar el caso cerrado.

—¿Motivado? Sí, eso es peligroso, pero no pienses en eso ahora. Debemos buscar un hotel a pie de carretera donde podamos registrarnos sin que hagan preguntas ni pidan el DNI. Y que tengan algún aparcamiento donde el coche no se vea con claridad desde la carretera.

El vehículo avanzó entre la ventisca durante cuarenta minutos más, tras los cuales Alfil ya no lograba mantener los ojos abiertos ni con la conversación que la chica sacaba de él, hasta que lograron encontrar el primer motel de carretera que se adaptaba a sus exigencias. Un arco semicircular de piedra actuaba como gran puerta de entrada en el Motel Riopico, un enorme edificio de una sola planta y pintado completamente de blanco, camuflándose entre la nieve con gran éxito. El aparcamiento era visible desde la carretera, pero aquello es lo que había, no podían elegir. Confiaron en que no pasase ningún policía por la carretera buscando el vehículo o que la propia nevada les impidiera verlo. Dentro del establecimiento el ambiente era muy acogedor, tanto por la diferencia de temperatura como por la luz cálida y tenue sobre la decoración de muebles de madera color miel. En el recibidor, a la derecha de la estancia, les esperaba un señor que debería estar jubilado desde muchos años atrás y que parecía ser, además, el encargado de la limpieza por el hedor a lejía que desprendía. Gracias a una propina más alta que el propio precio de la habitación, evitaron las preguntas y tener que hacer un registro con sus nombres reales; luego subieron a la habitación, que pidieron con vistas a la carretera para vigilar una posible sorpresa desagradable. Davina encendió el

televisor, buscó una emisora de noticias y puso el volumen al mínimo. El cuarto se podría definir perfectamente con la palabra funcional, y esa función principal, la de dormir, fue la que puso en práctica Alfil en cuanto entró, sin quitarse la ropa siquiera. En el noticiario informaban del tiroteo en la famosa calle principal de Chueca. Daban unos pocos detalles sobre la muerte de un joven policía sevillano que estaba de permiso y de otro tipo indocumentado y también acribillado por la espalda en una calle cercana. Del agente del ático no comentaron nada. La empresa de limpieza había hecho bien su trabajo.

Alfil no necesitó el murmullo del televisor ni el suave sonido de la nevada al acariciar la ventana de la habitación para caer dormido en el acto. La chica permaneció en la butaca observando las noticias y lanzando algunas miradas de reojo a la cama.

2

Bajo un gorro de lana negro y enfundado en un plumas que cubría otras cuatro capas de ropa, el Teniente Javier Balmaseda se frotaba las manos enguantadas ante su cara, aprovechando la nube de vaho que salía de su boca al respirar para tratar de conservar ese calor corporal que le abandonaba. En todos los años que llevaba como policía en Madrid, no recordaba haber visto cortada la calle Fuencarral. La situación estaba siendo una tortura para los vecinos que necesitaban ir a trabajar, para la policía por las presiones de la prensa y de la alcaldía al tratarse de un posible homicidio homófobo, y para los comerciantes de la calle. Y si todo aquello pintaba un panorama desolador, aún debía añadir el temporal; parecía que el amanecer no hubiese querido hacer acto de presencia esa mañana para dejar la ciudad inmersa en un alba perpetuo y sostenido por las grises nubes que no avanzaban ni un milímetro sobre sus cabezas, al menos mientras les quedase nieve con la que castigarles.

Una lona de plástico azul, a modo de gran tienda de campaña, protegía de la nieve y de los ojos curiosos el cuerpo sin vida de Miguel Carabías, a la espera del levantamiento del cadáver; y otra idéntica se alzaba sobre el desconocido que yacía a dos calles de allí. El juez de instrucción se retrasaba por la nevada y por el atasco monumental que sumía todo el centro de la ciudad. Si se demoraba más, encontraría los cuerpos completamente congelados, a pesar de las numerosas mantas térmicas que habían colocado

sobre ellos después de que los agentes de la Policía Científica tomaran todos los datos y muestras.

Un agente de uniforme atravesó el cordón policial, que un día como ese era innecesario, ya que no había más mirones en la zona que los pocos vecinos asomados a sus balcones, portando un vaso de cartón humeante con lo que debía ser el tercer café que su teniente tomaba en la mañana, y aún no eran las nueve y media.

—No se va a creer quién era este agente, señor —dijo mientras le tendía el vaso.

—¿Han llegado datos de la central?

—Sí, y seguimos sin saber nada del otro, pero hemos averiguado que este tipo era el ayudante de un teniente.

—Pablo Aguilar —contestó sin pensarlo siquiera, en un murmullo distante y mientras lanzaba una mirada fugaz al cuerpo del joven en el suelo.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Según su DNI, el chico es sevillano, y yo solo conozco a un teniente en Sevilla.

—Pero apuesto a que no sabe que hace una semana ambos pidieron una excedencia de tres meses sin aportar motivos, y desaparecieron de su ciudad.

—Y yo te apuesto a que el tipo que los testigos vieron junto al cadáver tras el tiroteo, y que huyó antes de que llegásemos, era el propio teniente.

—¿Y qué sentido tiene todo eso, señor?

—Ni puta idea.

Javier bebió de un sorbo el café y agradeció más la temperatura que aportó a su cuerpo que su sabor y la cafeína que necesitaría ese día. Se apartó de su ayudante y sacó el móvil del bolsillo para hacer una llamada, esperó más de diez tonos pero nadie descolgó al otro lado. Mientras guardaba el móvil de nuevo, hizo un chasquido con la lengua y un gesto sombrío nubló sus ojos.

—Llevad a los testigos a la comisaría para tomarles declaración, aquí hace mucho frío y comienza a haber demasiado ruido; y si seguimos con la calle cortada media hora más, tendremos que soportar a la alcaldesa pidiendo explicaciones durante una semana.

—Recibido, señor.

—Una cosa más. Necesito que intentéis localizar al teniente Pablo Aguilar como sea, pedid sus datos de contacto a la comisaría central de Sevilla; si en veinticuatro horas sigue desaparecido, pedid una orden judicial para iniciar su

búsqueda y arresto. ¡Y decidme de una puta vez que el juez de instrucción está al llegar, no quiero pasar más tiempo helándome los huevos aquí!

Los agentes a su alrededor partieron a cumplir las órdenes, dejándole solo en medio de la escena del crimen. Javier miró el cadáver y no pudo reprimir la rabia ni el pensamiento que brotó como de un volcán:

«¿Qué coño hacíais esta madrugada por aquí? Desde luego no estabais de fiesta. Joder, Pablo, en menudo lío te has metido. Y apuesto a que todo esto está relacionado con la búsqueda de el fantasma».

Justo al lado de sus pies, las marcas de neumáticos que el Golf había dejado al huir y los cristales rotos estaban siendo analizados por dos agentes bajo la atenta mirada del oficial, que esperaba encontrar el vehículo y hallar huellas que revelasen la identidad de los dos que huyeron dentro después de matar, como mínimo, al joven policía. Menudo enigma se planteaba ante él: dos asesinatos (una de las víctimas era un policía de baja y el otro un tipo sin identidad), luego tenía a un posible teniente de policía de baja que huye de la zona antes de que lleguen los agentes y un coche robado con una pareja de asesinos que escapa.

«¿Quién es quién en esta historia? ¿Qué coño ha sucedido aquí esta noche?».

3

La luz caía densa y pesada, como si arrastrase la condena de cargar con la humedad del aire en el crepúsculo; un aire que portaba el intenso y característico aroma del mar en esa zona de Barcelona que suele oler a esqueletos de flores, fría piedra y tierra humedecida por lágrimas de olvido. El cementerio de Poble Nou mostraba un paisaje de lápidas y estatuas encendidas de cobre por la fina lluvia que dotaba de destellos de ocaso aquella desierta ciudad de calles y casas en miniatura por la que Alfil caminaba sin pensar en su destino, a sabiendas de que sus pies le guiaban hacia las tumbas de sus padres y abuelos. Hacía más de una década que no visitaba el lugar y una mueca de sonrisa macabra surcó su semblante al comprobar que nada había cambiado.

Se detuvo ante los vestigios de su estirpe y comprobó que recordaba las lápidas más grandes y limpias en su mente. Sobre ellas, ramos de flores ennegrecidas se desintegraban con la lluvia y sus restos parecían ir en busca

de la tierra para sumergirse y saludar a sus moradores. Ese pequeño rincón del mundo le convertía en humano, en aquel lugar no había máscaras que usar para tapar al monstruo, este desaparecía o quedaba a las puertas del camposanto mientras el chico permanecía en su interior. Claro que eso no suponía consuelo alguno, su rostro era un libro abierto para las cuatro personas que le observaban, sin juzgarlo, desde la profundidad de la tierra, y todo ello a pesar de afligirse al conocer las atrocidades que su pequeño Alfil había realizado.

Se encontraba en el mejor lugar donde podía estar pero el único donde no deseaba hacerlo.

Desde la distancia sentía una presencia familiar. Unas cuencas sin ojos le observaban bajo la llovizna, se trataba de un rostro que siempre evitaba mirar. Desde muy pequeño había temido al ángel caído que sostenía con su cuerpo de esqueleto, cual piedad de Miguel Ángel, al moribundo que reposaba arrodillado sobre la lápida a su espalda. Aquella estatua tan famosa del cementerio le seguía erizando la piel con su simple presencia, y ese atardecer lo hacía con más intensidad. El brillo del inmaculado mármol blanco, gracias a la lluvia y a la luz del ocaso, le confería una vida y movimiento que connotaban intenciones no muy amigables. Cuando era un niño y visitaba con sus abuelos las tumbas de sus padres, notaba cómo se le erizaba el vello al pensar que aquel demonio alado fijaba la mirada en su nuca mientras él rezaba y trataba de saludar a las almas de sus padres.

De súbito, el caído apartó su rostro del muerto y miró a Alfil dibujando lo que parecía una macabra sonrisa. Dejó caer el cuerpo que sostenía, rompiéndose este en mil pedazos contra la lápida en el suelo, y se irguió en todo su esplendor, abriendo las alas bajo una lluvia que se hizo intensa y cargada de agua tan negra como el alquitrán. Los destellos púrpura del cielo le conferían un aspecto que hizo paralizar de miedo al muchacho. Cuando quiso reaccionar, comprobó que no podía levantar los pies del suelo; miró hacia abajo y vio las huesudas y podridas manos que surgían de la tierra para aferrarse a sus tobillos. El ángel de tinieblas alzó el vuelo en silencio y se dirigió hacia él, exhausto por tratar de liberarse de las garras de sus antepasados y frotando sus ojos para eliminar la brea que caía sin cesar y que sentía caliente recorriendo su piel bajo la ropa mojada.

—¿Qué quieres de mí? ¿Mi alma? ¡Quédatela!

Alfil sentía arder los ríos de lágrimas que surcaban su cara, mientras veía acercarse lentamente a su verdugo, a sabiendas de que no podría escapar de

él. Ni lo deseaba. Y ya sin luchar por zafarse de las tenazas de sus pies, se abandonó a su suerte.

Todo iba a terminar allí, aquel era su destino y su castigo, y los asumía gustoso.

El ángel se detuvo tan cerca de él que pudo sentir su fétido aliento de muerte, medía más de dos metros y su rostro parecía fingir un dolor que su víctima no merecía en absoluto. Extendió sus manos, acunando el rostro de Alfil con dedos gélidos e impregnados en desesperación, a la vez que sus alas le rodearon en un abrazo maternal pero definitivo. Alfil estaba relajado, se sentía en paz consigo mismo; sin oír, por primera vez desde que él recordase, las voces de su interior gritando por luchar. Se abandonó al arrullo de sus brazos y fue entonces consciente de la oscuridad que lo había invadido todo, como si hubiese viajado en el acto al interior de su propia mente moribunda. Ya no llovía, y la única luz que podía observar provenía de los destellos rojos como la sangre que parecían llegar desde algún punto lejano al final de las cuencas vacías de la Parca. Esos ojos emisarios de su final emanaban un calor que le reconfortaba.

El ángel acercó su rostro hacia el suyo, de un modo maternal y parecido al gesto que llevaba décadas interpretando ante la estatua que había dejado caer minutos antes, y susurró algo, un nombre ya casi olvidado.

Alfil despertó de su sueño.

La habitación del hotel seguía en penumbra, solo iluminada por la luz que emitía el televisor y la que se filtraba a través de la cortina de plástico gris que había colocado Davina para ayudarle a conciliar mejor el sueño. La chica permanecía en la butaca pero ya no observaba las noticias, le miraba fijamente.

«¿Aún sigo soñando?», se preguntó al sentir la respiración entrecortada y el olor a moqueta que le traía amargos y no demasiado lejanos recuerdos. Seguía desorientado, como si en su propia mente hubiese encontrado ecos de sucesos nunca ocurridos.

—¿Quién es Clara? —se interesó la chica con un susurro.

—¿Cómo dices?

—Has dicho ese nombre en sueños, Clara, y luego te has despertado en un sobresalto.

—Es alguien que quedó atrás hace mucho tiempo.

—¿Fantasmas que salen del armario?

—Eso mismo.

—¿Te visitan a menudo?

—¿Los fantasmas?

—Las personas que has matado.

—Alguna que otra pesadilla he tenido, pero no suele ser algo habitual. Cuando duermo no suelo soñar.

—Los malos recuerdos nos persiguen sin necesidad de llevarlos con nosotros. Ahora lo comprendo.

Alfil la miró intrigado, la chica mostró una mueca de sonrisa.

—¿El qué comprendes?

—Que duermas tan poco o que no desees dormir. Te has acostumbrado a dormir poco o nada para no tener que enfrentarte a tus miedos, a esa parte de ti que surge en los sueños profundos y que te castiga por los pecados que arrastras. Esa parte de ti es el niño que mantienes encerrado para no mostrar debilidad, el niño que grita horrorizado ante tus actos, el niño que no ve con buenos ojos al hombre en el que te has convertido.

—Menudo sermón psicológico me acabas de soltar.

—En este oficio es bueno asistir a psicólogos, lo difícil es cambiar tus historias para no contarles la verdad y que te denuncien en el acto.

—Ya imagino.

—Aún sigues temblando, es por la tensión que permanece en tu cuerpo. Debes soltar esa tensión.

Capítulo 8

La penumbra de la habitación y el embarazoso momento tras el sueño surrealista impidieron que Alfil notase el cabello mojado de la chica y que solo estaba cubierta por una pequeña toalla blanca. Davina, que hasta ese momento había permanecido pintando sus uñas de los pies para hacer tiempo, se levantó y dio dos pasos hasta quedar frente a los pies de la cama, mostrando la mirada cargada de seguridad que solo porta quien sabe que logrará enmudecer con su siguiente gesto. La toalla cayó al suelo y su silueta quedó definida por la caricia de luz del televisor sobre su piel aún húmeda.

Alfil no supo qué decir, se limitó a deleitarse con una visión que trajo recuerdos de sus años como fotógrafo de moda, inmortalizando la búsqueda de perfección en modelos que hubiesen sacrificado una mano por tener la figura que permanecía ante él en un silencio obscuro y mágico.

—Que conste que lo hago porque te necesito al cien por cien de tu capacidad, solo por eliminar esa tensión que supone una carga para ambos en este momento.

Alfil sonrió, aceptando el juego del ratón y el gato que había comenzado su compañera. Se quitó la camiseta y la arrojó al suelo, sin pasarle desapercibido el brillo en la mirada de Davina al observarle.

—Ya veo el sacrificio que haces. Descuida, trataré de estar a la altura.

Las palabras dieron paso, tras saltar ella sobre la cama, a un largo beso y un fundido y cálido abrazo. A pesar de la frialdad en la relación que llevaban manteniendo desde hacía casi dos semanas, recelosos el uno del otro por miedo a caer en una trampa mortal, parecía haber ido creciendo una tensión sexual entre ellos que se puso de manifiesto en ese mismo instante en que comenzaron a apaciguarla bajo las sábanas. La pareja dio rienda suelta a sus instintos hasta terminar agotados y afligidos ante la idea de abandonar el calor de la cama para seguir afrontando su viaje bajo el temporal.

—Por mucho que nos cueste, debemos salir. Esta situación es perfecta. La tempestad bloquea los seguimientos por satélite e impide salir a los helicópteros, lo que nos beneficia porque a estas horas ya estarán buscando el coche nuevo —dijo Davina.

—Eso no quita que nos merezcamos un descanso en condiciones.

—Ya tendremos tiempo de descansar cuando nos perdamos entre los suburbios de París, allí lograremos ser invisibles de nuevo.

—Podríamos pasar unos días en algún pueblo francés.

—Ya estudiaremos eso, no podemos fiarnos de llamar la atención. En los sitios pequeños, los vecinos suelen fijarse demasiado en los forasteros.

La chica se vestía ante la atenta mirada de Alfil, que aún permanecía desnudo sobre la cama, perezoso ante la idea de enfrentarse de nuevo a la carretera. Había dormido tan solo cuatro horas, pero saldrían del hotel siete después de haber llegado. El clima no había mejorado y la noche se cernía anunciando lo que sería un viaje complicado hacia los pueblos de Navarra que les proporcionarían la invisibilidad que necesitaban para cruzar al país vecino. Una carretera desconocida, llena de curvas y cubierta de nieve, bajo la noche y la densa nevada, sería el ingrediente principal de un reto muy complicado.

—Si vamos a estar otras seis o siete horas sin parar en la carretera, al menos mantengamos alguna conversación —sugirió ella cuando acababan de acomodarse en el interior del coche.

—¿De qué quieres hablar? ¿De los trabajos que hemos tenido a lo largo de nuestra vida? ¿De lugares visitados?

—Así no se conoce a una persona. Quiero saber de ti, quiero conocer tu infancia, cómo fue tu adolescencia y esas cosas que avergüenzan a quienes las cuentan.

—No sé si me sentiría cómodo hablando de eso. Nunca he compartido esos detalles con nadie.

—Yo tampoco, pero siempre hay una primera vez para todo.

—¿Será un *quid pro quo*? Cada vez que te cuente una anécdota o historia, quiero otra de igual intensidad o bochorno.

—¿Quieres convertir esto en una competición? Pasen y vean el espectáculo... Descubriremos esta noche los más oscuros y recónditos recuerdos de dos mentes torturadas por una infancia trágica.

—Ja, ja, ja, más o menos.

El vehículo salió del *parking* del hotel, tras quitar la capa de hielo y nieve de los cristales, y puso rumbo por la nacional 120 hacia Logroño.

Capítulo 9

El asesinato de un policía siempre es un motivo de revuelo en la comisaría encargada del caso, especialmente cuando el agente pertenece a otra provincia y desde allí presionan cada día para obtener toda la información posible, necesaria para realizar su propia investigación extraoficial. El caso de Miguel Carabías era más complicado aún por la ausencia de móvil, por la presencia de otro cadáver sin identificar ni relación aparente con el policía y por no poder localizarse al teniente con el que el agente fallecido se había marchado de Sevilla tras pedir una excedencia semanas antes. Los dos cuerpos encontrados habían sido asesinados con diferentes armas, y a eso había que sumar la presencia de las tres personas huidas de la escena del crimen, dos de ellos en un coche que apareció ardiendo a cinco calles de allí y que eran los responsables de, al menos y según los testigos, uno de los dos asesinatos; la tercera persona parecía ser el compañero del policía, el teniente Pablo Aguilar, según se podía deducir de los testimonios recogidos por los agentes en el propio lugar de los hechos.

La prensa ya había hecho sus propias conjeturas, dejándose llevar por el sensacionalismo que más espectadores y lectores consigue, y habían bautizado el suceso como «Gay-cop», inventando toda clase de escabrosos detalles y los motivos por los que el policía sevillano pudiera estar de madrugada en el famoso barrio de Madrid.

En la comisaría central, el teniente Javier Balmaseda se enfrentaba a una ronda de interrogatorios que le ocuparía todo ese día y, quizás, el siguiente también. Pero su semblante preocupado no se debía a ese hecho, sino a la completa seguridad de que su homónimo sevillano era esa tercera persona desaparecida. Descubrir su implicación y por qué disparaban a esa pareja era lo que más le preocupaba. Sentía pánico ante la idea de descubrir pruebas que demostrasen que el asesino conocido como el fantasma seguía libre. Desde el Ministerio exigirían responsables y dimisiones por haber encarcelado a un

inocente por error, cuando precisamente fueron ellos los que decidieron dar por zanjado el caso y usar al pobre diablo que se entregó, con la idea de obtener unos minutos de triunfal fama, asumir el mérito de la captura y colocarse medallas que acallaran a la prensa nacional e internacional, dedicadas aquellos días a mostrar su incompetencia. La prensa y los ciudadanos serían implacables acusando a la policía de la muerte en la cárcel del condenado por error.

—... y ya le digo que el barrio va cada vez peor... —Una señora de más de ochenta años, vestida con lo que Javier pensó que sería su vestido de los domingos, gesticulaba y hablaba sin parar sobre el deterioro humano del barrio en el que llevaba viviendo gran parte de su vida.

—Señora, cíñase a responder a las preguntas. Aún quedan otras ocho personas más por entrevistar y el tiempo apremia.

—¿Ocho más? ¿Quiénes? Porque no me extrañaría que fueran maricones; está la calle plagada, no se puede dar un paso sin verlos agarrados de la mano y dándose besos. Luego se quejan cuando vienen los sidas esos que les salen en el culo por guarros. Sodoma y Modorra es esto. Y nos quejábamos cuando Franco... pero no se veía ni un maricón ni gente deseable por las calles. Una guerra tendrían que haber vivido todos esos... Cartilla de racionamientos, los grises dando palos y el Nodo en lugar de esas porquerías que salen ahora por la tele. Mire usted...

Mientras la mujer se perdía por la serranía de Ronda en busca del recuerdo de algún bandolero de tronío y respeto por las tradiciones, el teniente observaba su libreta sobre la mesa, perfectamente alineada junto a un boli Bic azul que no había usado aún. Llevaba treinta minutos de charla para acabar pensando que la señora se había apuntado como testigo con el único fin de hacer algo diferente esa mañana.

—Disculpe que la interrumpa de nuevo, doña Herminia, pero necesitamos detener a los culpables de estos asesinatos. Necesito saber si vio la cara, la ropa, alguna señal distintiva de los presuntos culpables.

—¿Verles? Pues claro que sí, ya se lo dije al principio. Me despertaron con un tiro, no sabe usted el ruido que hacen los tiros y lo que me recordaron a la entrada de los nacionales cuando terminó la guerra...

—Señora...

—Sí, tiene usted razón. Pues le decía que me despertaron con un tiro y me asomé a la ventana, parecía que estuvieran rodando una película de esas modernas con tantos tiros y bombas, que yo nunca veo porque me dan dolor de cabeza. Ya no se hace cine como el de antes. Recuerdo que mi difunto

Juan me llevó, cuando aún estábamos de novios, al cine Miraflores en los jardines de...

—Por favor, estábamos con el rostro de los culpables.

La señora le miró como si fuese un niño maleducado que la hubiese faltado al respeto. Frunció el ceño y continuó a regañadientes.

—Pues claro que les vi, no estoy ciega.

—¿Y podría reconocerlos o darnos datos para hacer un retrato?

—Uy, es que yo de cerca, todo lo que quiera, pero de lejos solo veo manchas. ¿A quién ha dicho que van a hacer un retrato? Porque hace ya mucho que no me hacen uno a mí. Fíjese que me viene a la mente cuando vino un señor con una cámara enorme de madera al pueblo, en las fiestas de Villaviciosa...

Javier quitó el capuchón al bolígrafo y apuntó en su libreta: «Primer testigo ¿?: Herminia Cifuentes, nada de nada» y rodeó varias veces con círculos esas tres últimas palabras. Luego buscó el momento en que la señora tomase aire para interrumpirla y poder despedirla, rezando para que el siguiente testigo fuese más productivo.

Herminia se colocaba el abrigo y la bufanda al lado del mismo perchero, a la izquierda de la puerta del despacho, en el que los había dejado al entrar. Mientras, no paraba de repetir que podrían contar con ella cada vez que lo necesitasen, ya que ella era, y había sido siempre, muy fiel al régimen y colaboraría con la policía en todo lo que estuviese en su mano. Javier le abrió la puerta y un chico joven y delgado, con el pelo teñido de rubio platino, entró como un vendaval, despojándose de un voluminoso y llamativo abrigo de color fucsia mientras Herminia aún no había salido del despacho. La señora lanzó una mirada asesina al muchacho y un gesto cómplice al teniente, como si Javier no hubiese visto al chico al entrar y ella le indicase que se fijara en él y en sus pintas, queriendo hacerle saber que cuando se refería a la gentuza de su barrio, estaba hablando de chicos así. Claro está, todo ello bajo la confidencialidad que su educación y modales le conferían.

—Que pase buen día, señora Herminia, tenga cuidado con la nieve al caminar por la calle. —Javier ya no sabía cómo deshacerse de ella.

La señora se marchó de malos humos para dejar al teniente por fin a solas con el siguiente testigo, al que ofreció un café y este aceptó. Tras las presentaciones y cuando hubo esperado el tiempo suficiente para que probase el brebaje que llamaban café allí en la comisaría, fue al grano para compensar el tiempo perdido con el anterior testigo.

—Vivo en un primer piso, justo delante de donde estaba el chico joven tendido, ya sabe..., el muerto. El primer disparo nos despertó a mi chico y a mí, los dos vimos lo mismo, así que él se ha ido a trabajar porque no creo que tener dos testigos iguales les sirva de mucho. Yo ahora no trabajo, pero estoy esperando a que me llamen de un garito donde necesitan...

—¿Pudo verles bien la cara a todos? —cortó Javier para evitar caer en el mismo pozo del que había salido a duras penas con Herminia.

—¿A todos?

—Me refiero a los asesinos, aparte de a la víctima u otras personas que hubieran estado por allí. —El teniente contaba con que hubiesen visto a Pablo Aguilar.

—Sí. Cuando nos asomamos a la ventana, en ese mismo momento, un coche estaba en medio de la calle con las dos puertas delanteras abiertas, en el portal de enfrente había una chica que salió solo un segundo y le pegó dos tiros al chico que corría calle abajo. Pobre niño, parecía tan mono...

—¿Iba sola?

—¿Quién?

—La chica que disparó. Otros testigos han apuntado que iba acompañada de un hombre.

—Y qué hombre... ¡Bastante potente! Era alto y guapo, llevaba unos vaqueros que le sentaban... Mi chico le hubiese dicho que era del montón, pero es que es una celosa y siempre menosprecia a la competencia. Pero ya le digo yo que era un buen semental.

—Bueno, pero, ¿pudo verle bien?

—Ese nos daba la espalda durante todo el rato, pero sí llegamos a verle al final; claro que no tan bien como a la chica. Luego, después de matar al chico delante de nuestros balcones, se montaron en el coche y salieron a toda velocidad. Era como estar en el cine. En ese momento llegó el otro muchacho corriendo, pegó varios tiros al coche mientras escapaban y luego fue a ver al que estaba muerto en la calle. Claro que nosotros no sabíamos todavía que estaba muerto, como en las películas te pegan diez tiros y sigues con vida.

—Sí, claro, las películas. Tengo una fotografía que quisiera enseñarle, por si reconoce a esa tercera persona. —Javier abrió un cajón de su escritorio y sacó una hoja de papel del interior de una carpeta de cartón.

—Llevaba un gorro de lana y un plumas, además, estuvo inclinado sobre el muerto casi todo el tiempo, pero... creo que sí... sí, estoy seguro. Alto y con esa nariz... sí, es inconfundible, estoy casi seguro.

—Es importante que lo recuerde bien.

—Con los dos disparos nos asustamos mucho, ya sabe, pensamos que iba a formarse allí un tiroteo de esos que acaban con balas en todas las casas y con muertos colaterales de esos. Pero cuando vimos que todo se calmaba, salimos al balcón de nuevo, a oscuras y muertos de miedo y frío, y le vimos arrodillado y abrazando al chico, como si fuese un buen amigo, nada de rollito entre ellos, ya sabes, no le dio ningún beso, ya me entiendes, como un hermano o algo así. Nos dio una pena..., luego echó a correr en cuanto oyó las sirenas de la policía.

—Entonces, me confirma que era esta persona con seguridad, ¿verdad?

—Sí, aunque para estar seguros podemos verlo en el vídeo.

—¿Perdón?

David, el chico que acababa de hacer enmudecer y paralizar a Balmaseda con esas palabras, se levantó de la silla para sacar su cartera del bolsillo trasero del pantalón y de esta extrajo una tarjeta de memoria SD que puso sobre la mesa del despacho. Los dos quedaron unos segundos en silencio, mirando el pequeño trozo de plástico que reposaba sobre la madera.

—En Chueca se ve de todo, o casi, ya me entiende; pero un tiroteo en la puerta de casa no es algo normal, así que cogimos la cámara de vídeo de la mesita de noche. La tenemos siempre ahí porque... a veces la usamos para...

—Sí, sí, entiendo.

—Y grabamos lo que vimos, aunque estando la calle tan oscura, no sé si podrán sacar nada.

—¿Le importa que haga una copia en el ordenador? Es para que pueda llevarse la tarjeta a su casa, solo tendrá que firmar una declaración jurada. De otro modo tendría que dejar la tarjeta aquí durante meses o años, como prueba de un crimen.

—Está bien, pero guarde solo el último archivo, los otros son personales.

—Sí, ya le comprendo. No se preocupe, solo copiaré el último archivo.

Los interrogatorios se sucedieron durante toda la jornada, aunque no hubo nada que pudiera superar el momento vivido con el testigo perfecto que había aparecido en su despacho por vez primera en su carrera. Si todos los casos contasen con un testigo así, no habría criminales en las calles. Cuando todos los agentes del turno de día se habían marchado, Javier aún se encontraba a solas en su despacho, con las persianas venecianas giradas para sentirse aislado. En la pantalla de su ordenador permanecía desde hacía horas una captura de imagen de un vídeo pausado con la ampliación de un rostro más

que conocido por él, a pesar de la poca luz que provocaba mucho grano en la imagen. Era el de Pablo Aguilar.

—¿Qué demonios hacías en esa calle y a esas horas, compañero? No sé si estabas detrás del caso del siglo y tenías al fantasma a tiro de pistola o se te ha ido la cabeza por completo, pero no te culpo, ahora estarías retenido y serías el principal sospechoso en un caso de homicidio del que no serías culpable; tendrías las manos atadas y tu sospechoso se habría escapado y estaría en la otra punta del mundo. Al menos, espero que si te encuentras en apuros serios, cometas el buen juicio de llamar para pedir ayuda.

2

Tres cucarachas parecían frotarse las manos ante el festín que acababan de obtener. Pablo les había colocado, cerca del rincón donde se ocultaban, unas migas sobrantes de su bocadillo. La pensión en la que descansaba y ponía en orden sus prioridades era poco más lujosa que el sótano de un orfanato descrito por Dickens. El camastro tenía muelles que provocarían la mayor de las sonrisas a cualquier quiropráctico en un futuro inmediato y el olor a humedad quedaba disimulado por el del moho y restos de comida en descomposición. Y el sonido que las tuberías le obsequiaban al trepar desde la taza del váter hacia una planta que no sabía que tuviese el edificio, monopolizaba la que ahora era la banda sonora de su vida.

Una bombilla pequeña y polvorienta, colgando de un cable en el centro de la habitación, oscilaba creando sombras tenebrosas en la pared de papel pintado en la que, sentado ante una mesita destartada, Pablo consultaba su ordenador portátil. Se había desconectado de sus cuentas de correo y usaba un sistema de navegación segura para no ser rastreado, conocía la forma de trabajar de sus compañeros y debía ser cauto para evitar que le atrapasen en cuestión de horas y diesen al traste con la mayor investigación de su vida. Más ahora que había dado el paso definitivo hacia el abismo o la gloria.

Acababa de ducharse en el baño común para toda la planta, ya que en la habitación solo disponía de una taza de váter, pero el agua caliente no le había hecho recuperar la temperatura tras la noche de pesadilla que acababa de vivir. Aún sentía el temblor en cada una de sus articulaciones y sabía que ya no podría achcarlo al frío; la única parte de su cuerpo que parecía mantener la serenidad eran sus ojos, en ese momento fijos en la pantalla del ordenador.

Su mirada desalmada y algo distante marcaba el rastro de su objetivo, como un perro de presa queda inmóvil, usando cada hueso y músculo de su cuerpo, ante el camino hacia su inminente víctima.

—¿Adónde has ido, hijo de puta? No importa lo rápido que vayas o los medios que tengas, te acabaré encontrando y terminaré contigo.

Aunque fijaba la vista en las dos ventanas abiertas de la pantalla, a la derecha un mapa de la península y a la izquierda un bloc de notas donde apuntaba cada pensamiento e idea que surcaba por su mente, su cerebro solo veía al tipo que había llevado como pasajero en su taxi-tapadera. El sonido de las cisternas de los otros inquilinos o sus discusiones maritales, que solían acabar igual a golpes que tras gemidos, no le impedían seguir almacenando la imagen del asesino que había estado a medio metro de distancia en el taxi. Si le hubiese disparado en ese momento, o tratado de detener, ahora su ayudante estaría vivo y él recibiendo felicitaciones; o quizá encarcelado por homicidio. Aquella posibilidad fue lo que le detuvo, lo que impidió que siguiese su instinto, lo que le mostró, aún a sabiendas de que definía su cobardía, el límite de su capacidad como policía. Tomó una decisión y salió mal. Desde que el fantasma había vuelto a su vida, todo había salido mal. Su presencia, su mera existencia, implicaba poner de manifiesto las carencias del teniente. Por eso Pablo lo odiaba. Por eso lo encontraría y le mataría.

En el bloc apuntó cuatro palabras: España, Portugal, Marruecos y Francia. Luego permaneció pensando durante un largo rato.

—No, no te quedarás en España, eso significaría que te escondes y los dos sabemos que tú no te esconderás de nadie. Sea lo que sea que estés haciendo ahora, lo que has hecho en Chueca, seguiré su rumbo. Y si debes salir del país sin pasar por un aeropuerto, la mayoría cerrados por el temporal, ni por un puerto marítimo, todos cerrados por el mismo motivo, estás obligado a hacerlo en coche o tren, ese último demasiado vigilado. Pero para llegar a Marruecos hay que pasar por la frontera, donde habrá policías que te esperen a ambos lados del estrecho, aparte de soportar una cola infernal de vehículos parados en un atasco sin posibilidad de huida. Descartado. En Portugal no hay nada, absolutamente nada, salvo que tengas un objetivo allí. Le doy un quince por ciento de posibilidades, demasiado pocas como para jugármela. Debes de estar camino de Francia, donde es fácil cruzar por algún pequeño pueblo navarro o vasco, allí solo encontrarás alguna patrulla ante la que pasarás desapercibido o que podrás eliminar sin el mayor esfuerzo ni consecuencias para ti. Una vez en Francia, tendrás todo el continente para moverte, desaparecer, actuar, volver a matar... Sí, apostaré por Francia.

Pablo apartó la vista de la pantalla del ordenador y la giró hacia ti, sí, hacia quien lee estas palabras ahora.

—Todo sería más fácil con tu ayuda. Tú sigues los pasos de Alfil desde que mataba chicas inocentes en hoteles. Tú has leído sus intenciones y sabe hacia dónde se dirige, sus próximos pasos. Sería tan valioso contar con apoyo en este momento.

»Echo de menos a Miguel. Cuando uno se acostumbra a tener compañero en el trabajo, es difícil acostumbrarse a la soledad y a no tener con quien consultar opiniones. Claro que no soy tan egoísta como para pensar en él solo para obtener su ayuda, pero me hace sentir menos culpable por su muerte y quizá logre olvidar la imagen de su cuerpo aún cálido entre mis brazos. No merecía un final así, ninguna buena persona lo merece.

»¿Sabes que el método para seguir y encontrar a un asesino pasa por estudiar el comportamiento de los anteriores en la base de datos, además de usar la intuición al ponernos en la piel de ellos? Así es, la forma de pensar de un asesino no es diferente a la de un policía o un administrativo de banca. Simplemente, ellos han cruzado la línea psíquica que les hace cometer un crimen. De hecho, cualquier de nosotros podría cometerlo, incluso tú, si los estímulos son lo suficientemente fuertes como para provocar semejante respuesta.

»No sé qué habrá llevado a ese tal Alfil a cometer sus asesinatos, pero ese no es mi trabajo. Yo me limito a tratar de entender cómo funciona su mente para adelantarme a sus pasos y poder capturarlo. Si es que el estímulo de la muerte de Miguel no produce en mí la respuesta necesaria para meterle dos balas en el pecho, además de otras dos a su compañera.

Pablo se levantó de la silla y arrojó el abrigo que llevaba sobre los hombros a la cama, estaba desnudo bajo la prenda. Se vistió y salió a la calle, allí buscó una cabina de teléfonos de las que pudieran quedar aún por Madrid. Tras entrar y comprobar que no estaba rota ni trucada por algún mendigo, introdujo una moneda de un euro y esperó a recibir el tono, carraspeó mientras marcaba el primero de los dos números que había apuntado con un boli en su mano y esperó la respuesta. Trataba de recordar la habilidad que le hizo muy popular en su instituto, la de imitar la voz de personajes famosos de la política, televisión o farándula. No se le daba nada mal en aquel entonces imitar voces y ahora necesitaba recuperar esa destreza.

—Comisaría central de San Sebastián, departamento de homicidios. ¿En qué puedo atenderle?

—Buenas tarde, mi nombre es Javier Balmaseda, teniente de homicidios en la central de Madrid. No sé si habrán visto las noticias.

—Sí, señor, conocemos el caso. En el barrio de Chueca, ¿verdad? Un agente del cuerpo, lamentamos...

—Gracias, nosotros también —le cortó con impaciencia—. Les llamo porque necesitamos con urgencia su ayuda. Sospechamos que los asesinos puedan huir por la antigua frontera de algún pueblo del Pirineo. —Le costaba disimular su acento andaluz pero no le importó demasiado, posiblemente aquel agente con el que hablaba no había conversado nunca con Javier (ni con muchos andaluces).

—Ya recibimos un aviso hace horas, las patrullas de la zona están prevenidas por si ven a alguna pareja joven tratando de cruzar a Francia. También hemos lanzado un aviso a los compañeros del otro lado, ya sabe, a la gendarmería francesa.

—Sí, ya lo imaginaba. Pero les llamo para ampliar la información sobre los sospechosos. Son una pareja, el chico tendrá entre treinta y treinta y cinco años, metro ochenta y cinco de estatura, complexión atlética, pelo corto castaño y ojos oscuros, bien parecido y bien vestido. La chica tiene pelo largo y castaño, delgada, metro setenta y dos aproximadamente y ojos oscuros. Viajarán en algún vehículo habilitado para los puertos de montaña y la nieve, algún todoterreno o todocaminos; seguramente grande y de alta gama pero de color neutro. Ah, y por cierto, apostarí a que tratan de cruzar durante la noche.

—Gracias Teniente, apunto la nueva información y la envío a los puestos de las localidades de la zona.

—Recuerde que son muy peligrosos y que van armados. Dispararán si se ven en una encerrona.

—Descuide, por esta zona sabemos cuidarnos.

—Espero que sea así y les sepáis dar una buena bienvenida, porque se trata de dos asesinos como no habíamos visto en mucho tiempo —Pablo sintió que se extralimitaba en sus funciones al tiempo de decirlo—, ya me entiendes, esa gentuza...

—Si les vemos, le daremos una recepción que no olvidarán, descuide.

—Una cosa más, sé que puede parecer algo poco ortodoxo pero le daré un número de móvil al que me gustaría que me llamase cualquier policía, ertzaina o guardia que pudiera verles. O mandarme un simple mensaje, eso sería de gran valor para mí. Estoy fuera de la central y de ese modo tendré una

conexión más rápida con cualquier movimiento o información que surja con respecto a los fugitivos.

Pablo le dio el número de una tarjeta prepago que había comprado. Sabía que podrían rastrearla en cuanto llegase ese mensaje o llamada, pero se arriesgaría y tendría tiempo de sobra para salir del país antes de ser arrestado. Colgó el teléfono y volvió a llamar, esta vez al segundo número, la Policía Foral de Navarra, para repetir la misma conversación. Volvió a la pensión y recogió sus cosas, pensaba partir hacia el norte en un coche robado, así el suyo, en caso de que lo estuvieran buscando, no sería interceptado en un control. Permanecería a la espera hasta conseguir noticias de los fugados. Estaba decidido a que nada le detuviera en su camino.

3

Los días avanzaban y Le Conn seguía sin tener atados los dos cabos sueltos que necesitaba solucionar por el bien de su agencia. Las últimas noticias procedían de dos agentes por separado, cada uno de ellos confirmaba el dato demoledor que le había hecho perder el sueño durante esos días: los dos fugitivos que buscaba se habían aliado y no parecía que estuviesen huyendo. Eso dejaba claras sus intenciones, estaban colaborando para lanzar un ataque contra la agencia. Por mucho que aquello significase una lucha desigual y suicida contra Trouver, al menos desde el punto de vista de sus colaboradores y agentes, los datos que pudiese conocer Davina podrían darles una ventaja, una oportunidad en un enfrentamiento contra él. Por ese motivo (y porque no se fiaba nunca de las estadísticas) había llamado a todos sus agentes y contratado a los sicarios externos que solían colaborar con ellos puntualmente. Necesitaba acabar lo antes posible con la amenaza.

Las noticias del canal internacional hablaban de la aparición de dos hombres asesinados en Madrid, un policía y otro hombre sin identificar. Le Conn sabía que ese segundo cadáver correspondía a uno de los dos agentes que habían informado aquella noche sobre sus avances positivos en la localización de las dos presas. La ausencia de comunicaciones con ellos era señal inequívoca de que habían fracasado y estaban muertos. Posiblemente, el segundo agente hubiese sido «limpiado» como ellos mismos hacían en sus misiones con los cadáveres. La mano de Davina se adivinaba tras ese hecho. Dos agentes habían fallecido ese día y otros dos sicarios en la operación de

Grecia. La situación se tensaba demasiado. Las comunicaciones se habían reducido al mínimo y se encriptaba cada mensaje con códigos nuevos para evitar que la chica pudiese interceptarlas, aunque Le Conn dudaba de la efectividad de ese sistema. Los fugitivos estaban en paradero desconocido y eso les podía situar demasiado cerca de él.

—¿Qué sabemos de las dos mascotas para el regalo de cumpleaños de mi nieta? —preguntó por teléfono a uno de sus dos lugartenientes.

—Aún no las han traído a casa, son algo agresivas y puede que tengan la rabia. Así que he enviado a todos los veterinarios con los que contamos para que solucionen el problema.

—Un asunto desagradable, los perros con rabia deben ser sacrificados por el bien de sus amos. Debemos proteger a la familia.

—En eso estoy, le informaré cuando sepa algo más.

Colgó el auricular del teléfono con una mueca de desagrado, no tanto por la información como por el hecho de tener que usar un medio de comunicación tan poco seguro. Le Conn se encontraba en su casa, donde también mantenía de cara a su familia la tapadera de librero y especulador de libros exclusivos y raras ediciones. Permanecía sentado en el sillón del despacho que tenía en la biblioteca de la vivienda (que no se diferenciaba demasiado del que tenía en la sede de Trouver), con paredes forradas de roble y estanterías repletas de libros, una gran chimenea siempre encendida, con dos butacas frente a ella, y su mesa de trabajo a un lado de la estancia.

Después de dos semanas de pesadilla por culpa de Davina y del cabo suelto de Alfil, sus rasgos afilados, que le daba el aspecto de una astuta comadreja, se estaban suavizando bajo el semblante agotado que lucía en la actualidad. Trató de recomponerse antes de salir del despacho, forzó una sonrisa que no engañaba a nadie y se dirigió al salón, donde le esperaban para cenar su mujer y su nieto.

Capítulo 10

Los faros del vehículo solo lograban atravesar unos pocos metros entre la espesa nevada que caía sobre la carretera N-121-B antes del cruce de Elizondo. La noche sumía en la oscuridad todo a su alrededor y aconsejaba mantener un ritmo prudente a la conductora del Seat León rojo que avanzaba por un tramo desierto a esas horas de la madrugada, a pesar de conocer la zona mejor incluso que los actuales pensamientos de su acompañante. Solo en algunas curvas cerradas, en la que se había formado una capa de hielo sobre la calzada, se veía obligada a poner a prueba sus habilidades al volante. A su izquierda, el rumor del río Baztán, que abraza todo aquel valle como un férreo cinturón negro, quedaba amortiguado hasta desaparecer bajo la conversación que se producía en el interior del coche.

—Menudo día de perros.

—Menuda semana de perros.

—No entiendo por qué debemos patrullar si no hay un solo vehículo a estas horas por la carretera. ¿Quién estaría tan loco de atreverse a conducir ahora por aquí?

—Son órdenes de la central de Pamplona. Creen que los asesinos de Madrid pueden tratar de salir por esta carretera hacia Francia.

—Eso son suposiciones, pueden estar en cualquier sitio escondidos, o salir por mar desde la costa, o...

—Son órdenes, Mikel, así que nos jodemos y las cumplimos.

El agente no discutió más y acató tanto la orden como la posición de mando de la sargento, limitándose a maldecir en sus pensamientos, por enésima vez en los últimos meses, la mala suerte que le había llevado a ser destinado como compañero de la que consideraba una trepa con influencias en la central; y que, con un poco de suerte, ascendería a teniente en pocos años, consiguiendo mejor destino lejos de él. Sería maravilloso librarse de semejante inconsciente. No podría definir de otro modo a quien patrulla a la

una de la madrugada por un lugar tan peligroso cuando las posibilidades de cruzarse con el BMW X5 que informaban en el parte oficial eran inferiores a las de encontrar una aguja en un pajar.

En momentos como aquel, siempre recordaba la incontenida y estúpida sonrisa que brotó de él al conocer en persona a la sargento el día que le notificaron su destino. Una belleza rubia de grandes ojos azules, cuerpo pequeño pero apretado y con las curvas justas, sonrisa de ángel... Todo lo que percibió en ella, y que nunca olvidaría, se disipó en cuanto observó su frialdad, sus modales, su autoridad (aunque, después de todo, era su superior) y sus enfermizas ansias de conseguir un caso importante.

En esos momentos regresaban de la antigua frontera de Dantxarinea, recorriendo el camino, pueblo a pueblo, por el que se cruzarían con los asesinos en caso de que estos hubieran elegido aquella ruta de escape. El agente Mikel Orturro iba tocando madera para tener una noche tranquila y que los fugitivos circularan por otra carretera, o estuviesen ya en otro país. A su lado, muy a su pesar, la sargento Oiana Antón estaría rezando por todo lo contrario. Es lo que detestaba Mikel de ella, la ansiedad por tener un caso de esos que solo salen en las películas.

Un destello anaranjado apareció ante ellos para sacarles de sus pensamientos, pero no se trataba de ningún vehículo, sino de las farolas que alumbraban las calles de Elizondo.

—Podríamos parar en el *Sobrino* y tomar unos cafés.

—Para entrar en el pueblo hay que salir de esta carretera, no me arriesgaré.

—Es poco probable que los asesinos pasen por esta ruta, menos aún que lo hagan esta noche y casi imposible que dé la casualidad de que lo hagan justo cuando nos tomamos un café. Además, ¿nos pasaremos toda la noche circulando arriba y abajo sin descansar? ¿Ni siquiera unos minutos?

—¡Joder, Mikel, vas sentado en un coche en el que ni siquiera conduces y con la calefacción a toda potencia! ¡Deja de quejarte de una puta vez! El próximo día te traes un termo de café con magdalenas.

La sargento Antón puso rumbo a Lecároz, dejando a su izquierda la rotonda de entrada a Elizondo y a su derecha el mal humor del inútil compañero que le habían asignado, por desgracia, hacía unos meses.

Aún recordaba, especialmente en noches y misiones como aquella, el fatídico momento en que le habían notificado quién sería su compañero en el destino asignado. Aquel niño de sonrisa fácil, acostumbrado a hacer babear a las chicas de su pueblo con un machismo y verborrea ridículos, estaba frente

a ella con cara de pensar: «Has tenido suerte, princesa, aquí está tu príncipe azul para solucionarte la vida». Odiaba a los patéticos machitos que presumían de las muescas de sus revólveres, aquellos que frenaban las posibilidades de mérito y ascenso de las mujeres en el cuerpo gracias a la simpatía que despertaban en sus superiores atocinados, aquellos que veían en esas nuevas generaciones a los policías que creían haber sido ellos en el pasado.

—Legasa, ese pueblo sonaba bien, debimos parar para descansar unas horas —protestó Davina.

—Es mejor pasar a Francia de noche, ahora habrá menos tráfico y menos patrullas. Debemos aprovechar la noche y esta nevada; será más fácil desaparecer en estas condiciones si nos descubren o tenemos que huir de una persecución, no podrán usar helicópteros de seguimiento.

—En Francia es más difícil reservar habitación de hotel sin dar documentación, ya verás como luego te arrepentirás.

—No subestimes el poder de una buena propina, además, el coche es lo suficientemente cómodo como para dormir unas horas aparcando en un saliente de una comarcal, y luego tomar un desayuno en cualquier cafetería que encontremos más al norte, en algún pueblo pequeño donde los moteles no sean tan puntillosos con la legalidad del registro.

—Explícame de nuevo el motivo de tomar esta ruta, es más larga que la del País Vasco, está llena de curvas y no se ve nada en absoluto más allá de dos metros.

—La antigua frontera de Irún estará más vigilada, tiene una carretera más rápida, más transitada y con un puerto de mar cercano, es donde más se centrarán en buscarnos.

—¿Y es necesario que vayas así de rápido? ¿Acaso conoces la zona?

—No, pero así es más divertido y me mantengo despierto durante más tiempo. Aunque no dejes de rezar para que no nos salgamos de la carretera. Si caemos al río, no encontrarán nuestros cadáveres en meses. —Las ruedas del coche protestaban en cada curva, ante la sonrisa de Alfil, que disfrutaba del momento, y la tensión de Davina, que se aferraba con ambas manos al asiento del vehículo o al asidero sobre su ventanilla.

—¿Tienes miedo? —añadió.

Alfil nunca había visto a la chica tan afligida. Se regocijaba ante ese momento en el que mantenía el control sin que ella fuese consciente de que

estaba más a salvo de lo que podría imaginar.

—Apuesto a que no fue tu abuelo el que te enseñó a conducir, le hubiese dado un ataque al corazón al pobre anciano.

Alfil sonreía mientras usaba el freno de mano en las curvas más cerradas. Llevaba el coche al doble de velocidad permitida en esa carretera nacional, a pesar del asfalto cubierto de hielo y de la oscuridad y la pesada nevada que atacaba los parabrisas del vehículo. Solo contaba para seguir su camino con las cuchillas de luz que los faros taladraban entre copos de nieve del tamaño de pelotas de tenis, y que caían tan lentamente como si estuviesen suspendidos en el espacio y el tiempo. Un leve resplandor hizo enmudecer la conversación y poner al cien por cien alerta al piloto del todocaminos. La curva cerrada llevaba de regalo una sorpresa en forma de coche en dirección contraria, el primero con el que se cruzaban en las últimas tres horas. No había distancia ni tiempo para frenar. Alfil hizo lo que su instinto le indicaba, seguir en la misma trayectoria y a la misma velocidad. El otro coche les esquivó de un volantazo y se perdió a la derecha, hacia la oscuridad de la ladera del río.

—Vaya, espero que los árboles lo hayan frenado para que no acabe sumergido en el río —dijo el chico.

—Podíamos habernos estrellado contra ellos —respondió la chica aún muy nerviosa por el momento vivido.

—No te preocupes, estaba todo controlado. Cuando ves llegar un coche hacía ti, debes mantenerte en la trayectoria o podrías girar el volante hacia el mismo lugar que el otro coche.

—¿Y si el otro conductor hace lo mismo?

—Ja, ja, ja, interesante respuesta. Reconozco que me has pillado. He apostado y ha salido bien, ¿no? Y nos hemos librado de esa patrulla de la Policía Foral, quizá nos esperaban.

—Está bien, pero intenta ir más despacio y tendremos más opciones de llegar con vida a Francia.

Al recuperar la consciencia, vio que uno de los faros del Seat León parecía seguir encendido, como un rayo de luz que tratara de resistirse a la oscuridad, cortando la noche e iluminando los copos que caían lentamente sobre el agua del río, ahora bajo un silencio sepulcral. El otro faro había desaparecido dentro del amasijo de metal del capó cuando este había abrazado al árbol que consiguió detener en seco el vehículo. Oiana se frotó los ojos y

notó el intenso frío que llegaba a ella a través de los cristales rotos, al igual que el pitido de sus oídos tras el estruendo del accidente, un dolor agudo en su nariz y lo más desagradable: esa saliva espesa que se forma en la boca cuando estamos muy nerviosos o alerta ante (o después de) un suceso importante. Poco a poco, a medida que iba recuperando la consciencia de lo que acababa de ocurrir y el rumor del Baztán activaba sus sentidos cantando de forma monótona a menos de dos metros, logró hacer balance de su situación y comprobar que no tenía ningún hueso roto, solo cientos de pequeños cristales en el pelo y dentro de la ropa. Observó ante ella, a pesar de la oscuridad, el volante abierto y con la bolsa blanca desinflada y manchada de sangre que había salvado su vida. Aturdida aún, miró a su compañero, que sangraba por la nariz pero parecía respirar sin dificultad. Ella se tocó la cara y comprobó que la sangre de su airbag también era de procedencia nasal. Llamó a Mikel por su nombre varias veces mientras le zarandeaba con golpes cada vez más fuertes, el agente gruñó sin parecer que estuviese aún despierto del todo. Ya sabiendo que su compañero estaba vivo y que recobraría la consciencia en unos pocos minutos, Oiana trató de salir del coche, aunque le costó mucho abrir su puerta, deformada por el impacto. Al instante, en cuanto puso los pies fuera del vehículo, supo que no había sido una buena idea. Resbaló en la pendiente de hierba mojada y aterrizó con el trasero a menos de un metro de la orilla, había estado a punto de cometer un error que le hubiese costado la vida; el agua estaría poco menos fría que el hielo. Sin levantarse del suelo, a pesar del frío y la humedad que le calaba el pantalón del uniforme, sacó su teléfono móvil y buscó en las últimas llamadas al comisario; pero no llamó. Recordó en ese instante que había recibido un número de móvil del oficial al mando del caso en Madrid. Se levantó y caminó con cuidado los seis pasos que le separaban del coche, entró y buscó en la guantera el trozo de papel donde lo había apuntado. Su compañero ya parecía estar consciente del todo y la miraba extrañado.

—¿Qué haces?

—Informar de lo ocurrido. ¿Estás bien?

—He tenido mejores días.

—Dame un minuto.

—Los que quieras.

Oiana apenas veía los números apuntados a bolígrafo, pero aún así logró marcarlos y hacer la llamada. Desde el otro lado se oyó el sonido hueco y residual de un manos libres dentro de un coche.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Sargento Oiana Antón de la Policía Foral de Navarra. ¿Hablo con el Teniente Balmaseda?

—... Sí..., soy todo oídos.

—Estamos de servicio en la nacional N-121-B a tres kilómetros pasado Legasa en dirección Francia. Un todocaminos de marca BMW se ha cruzado con nosotros a gran velocidad y sin bajar las luces largas, hemos tenido que apartarnos para no ser embestidos. Sospechamos que podrían ser los fugados de los asesinatos de Chueca.

—¿Han visto modelo y color?

—Solo la forma de los faros y el frontal antes de esquivarlos, ahora mismo estamos accidentados y vivos de milagro.

—Vaya, espero que las asistencias aparezcan pronto, lamento su situación.

—Gracias, teniente.

—¿Antes ha dicho Legasa? ¿Eso es País Vasco?

—Casi, es Navarra. Con este clima podrían llegar en treinta minutos a la antigua frontera y desaparecer.

—Deben impedírselo, usen el dispositivo policial que sea necesario pero corten su avance como sea.

—Me temo que eso será difícil, señor. Nosotros tenemos el coche destrozado contra un árbol y no hay más patrullas que la nuestra por esta zona, solo puedo dar un aviso a la gendarmería del pueblo francés más cercano, Ainhoa.

Pablo pensaba todo lo rápido que podía ante ese contratiempo. El silencio incómodo de varios segundos hizo impacientarse a su interlocutora.

—¿Sigue ahí?

—Sí, disculpe. Avise a la policía francesa y luego llamen para pedir auxilio, no será agradable estar una noche como esta dentro de un coche accidentado.

Pablo colgó antes de recibir respuesta alguna, bajó la ventanilla a media altura y sintió en la cara el frío de la nieve golpeando con furia, arrojó el móvil a la cuneta y volvió a subir el cristal para refugiarse en la calefacción del coche que había robado. Ahora sus perseguidores, la Policía Nacional, ya sabían que iba camino del norte, como también sabrían en pocos minutos que la Policía Foral de Navarra había detectado el coche de los fugados de Chueca. Iba tan concentrado en la conducción de noche por la carretera nevada que había olvidado disimular con eficacia el acento andaluz, pero no le importaba, sabía que esa sargento que había llamado no habría hablado en

su vida con el teniente Balmaseda, y era frecuente que muchos policías nacionales acabasen destinados en zonas muy lejanas a su lugar de nacimiento.

A riesgo de sufrir un accidente, pisó el acelerador y concentró los cinco sentidos en llegar lo antes posible al Pirineo Navarro. Acababa de pasar Burgos en su ruta hacia San Sebastián y ahora debía desviarse hacia Navarra, pero antes de llegar a Miranda de Ebro necesitaba cambiar de coche o no tardarían en interceptarle en algún control de carreteras.

Capítulo 11

No necesitó más de diez minutos para lavarse la cara con agua fría que lo despejase del todo y ponerse ropa de abrigo. Cogió las llaves de su casa y las del coche, su cartera y su arma reglamentaria, haciéndose una súplica a sí mismo para no tener que usarla. Miró el paquete de tabaco sobre la repisa de la entrada e hizo un chasquido con la lengua de desaprobación por haber sucumbido a fumar después de ocho años de abstinencia. Cuando abrió la puerta, un guiño familiar frenó sus pasos. Desde el espejo de la entrada le observaba el policía que le hubiese gustado ser, le observaba el reflejo perdido de los ideales a los que renunció por un ascenso y un leve aumento de sueldo. Ese reflejo le resultaba familiar, pero no era el de costumbre; allí, frente a él, exhibiendo una sonrisa burlona, ya no estaba su propia imagen, sino Pablo Aguilar, mostrándole al policía que debió haber sido esos últimos años y el que debía ser ahora para poder solucionar el caso.

Javier Balmaseda aceptó el reto.

Su reloj de pulsera marcaba las dos de la madrugada cuando abandonaba Madrid en su Suzuki Vitara con destino a Navarra, los aeropuertos permanecían cerrados por la tempestad de nieve y Javier solo pudo pensar que deberían haber cerrado también las carreteras, ya que su todoterreno apenas podía avanzar con seguridad a más de ochenta por hora sobre la autopista; ráfagas de viento racheado, cargado de nieve, empujaban constantemente el coche y le obligaban a estar alerta para no salirse de la carretera. Ese estado de concentración para no tener un accidente en la noche no le impidió hacer balance de las noticias que acababa de recibir desde la Policía Foral: «Tenemos la sospecha de que el vehículo de los fugados tras los crímenes de Chueca ha provocado el accidente de uno de nuestros coches patrulla a tres kilómetros de Elizondo, en dirección hacia Ainhoa, Francia. Hemos notificado también por mensaje de móvil al teniente Balmaseda como él mismo nos pidió unas horas antes».

La noticia supuso un despertar equivalente a recibir un cubo de agua helada sobre la cara. Estaba dormido y no podía creer que le llamasen a esas horas al móvil del trabajo, hasta que recordó que esperaba noticias importantes del caso. Lo que no imaginó es que le informarían de movimientos que supuestamente había realizado él mismo a cientos de kilómetros de su casa y mientras dormía. No cabía duda de que Pablo estaba haciéndose pasar por él para tener apoyo logístico de otros cuerpos de Policía, y además les había adelantado trabajo al descubrir por ellos el lugar por el que estaban huyendo los homicidas del caso *Bill Murray*^[1]. Odiaba pensar en el nombre con que el comisario había bautizado el caso en cuanto supo de la implicación del teniente sevillano. Parece que la burla hacia él continuaría con más fuerza tras los últimos acontecimientos, a pesar de ser el único que parecía estar haciendo los deberes.

A una velocidad convencional, le quedarían más de seis horas para llegar a la antigua frontera navarra, pero en esas condiciones no sabría precisar si llegaría antes de diez; así que tenía tiempo de sobra para pensar en los pasos que daría y las decisiones que tomaría con respecto a Aguilar. Se debatía entre cumplir las órdenes y arrestarlo, si lograba acercarse lo suficiente, o hacer lo que le sugería su instinto de policía, que creía dormido o muerto desde hacía años, y seguirle la pista para que el mejor policía que había conocido le llevase ante el verdadero asesino de las chicas de los hoteles. Meditar en la noche siempre le hacía patinar sus pensamientos hacia su lado sentimental, eso le daría más opciones y un buen margen de tiempo a Pablo.

El parpadeo de luces anaranjadas inundó la zona como una visión celestial y salvadora. Se trataba de la grúa de rescate enviada por la central de Pamplona desde algún pueblo cercano. Esta acababa de frenar en el borde de la cuneta, tras lo cual se oyó, en el silencio que provocó su motor apagado, como salía alguien del vehículo y comenzaba a gritar a todo pulmón.

—¿Sargento? ¿Sargento Antón?

Oiana sonrió y miró a su compañero, cuya visión la hizo sobrecogerse. Imaginó que ella tendría ese mismo aspecto, con sangre oscura y congelada en la cara, mechones de cabellos cubiertos por pequeñas perlas de hielo, piel pálida y labios morados debido a la hipotermia; aparte de un temblor incontenido en la mandíbula, que provocaba un repiqueteo de sus dientes, y los brazos abrazando con toda la fuerza posible su pecho. Hacía ya muchos minutos que la luz del faro de su coche patrulla había muerto, junto con la

batería que les suministraba también algo de calefacción. Casi no le salía el habla por los minutos que había pasado en silencio y acumulando rigidez en su mandíbula y lengua, pero reunió fuerzas que desconocía que aún tuviera, en vista de que su compañero casi no tenía consciencia para gritar y de que su vida dependía de que el operario de la grúa la oyese.

—¡Aquí, estamos aquí abajo! —Por suerte la nevada no emitía ruido alguno, como hubiera sido el caso de una intensa lluvia, porque el hilo de voz no fue mayor que un susurro.

El cuerpo del técnico de la grúa, delante de los faros de la misma, proyectaba una enorme y tétrica sombra sobre la pantalla formada por los árboles del otro linde del río. Pero a Oiana aquello le pareció una visión más reconfortante que la de Papá Noel en plena Nochebuena. Era algo casi místico, pensó la chica; durante unos segundos llegó a creerse las historias de magia y mitología que contaban las abuelas para dormir a sus nietas. Su salvador, después de encender de nuevo el motor de la grúa, agarró el gancho del cabrestante y bajó hasta ellos aferrado al mismo para no resbalar y caer pendiente abajo.

—¿Se encuentran bien? —preguntó al llegar hasta el coche accidentado.

—Nada que un caldo y un baño caliente no puedan curar, respondió Mikel con un hilo de voz temblorosa.

—Voy a enganchar el chasis del coche y subiré por el cable para activar el motor del cabrestante, así podré tirar de vosotros. Es más seguro que permanezcáis dentro y con los cinturones de seguridad puestos, aunque el viaje será muy movido; porque no creo que estéis en condiciones de trepar agarrados al cable, ¿verdad?

—No, jefe. Aquí manda usted —respondió ella. Luego entró en el coche y trató de cerrar su puerta para que no actuase como un ancla y acabara enganchada a algún árbol mientras subían de nuevo a la carretera.

Cuarenta y cinco minutos más tarde se encontraban a salvo en la comisaría de Elizondo, donde la calefacción central no daba más de sí y tuvieron que acercarles algunas pequeñas estufas y envolverles con mantas para que entrasen en calor. La nieve caía con más intensidad que nunca, o al menos eso pensaba Oiana al mirar por los grandes ventanales de cristal que daban a la plaza en la que habían aparcado la grúa y el destrozado coche patrulla. Las farolas emitían amarillentas esferas de luz evanescente,

inundando el lento descender de copos ahora más pequeños pero en más cantidad.

Habían llamado a la central de Pamplona para avisar de que estaban bien y que necesitarían otro coche patrulla para dirigirse hacia Dantxarinea, querían cotejar con la gendarmería francesa el posible paso del vehículo de los fugitivos. Mikel miraba a su jefa con ojos de cordero degollado, no tenía la más mínima gana ni intención de meterse en otro coche y adentrarse en ese infierno de curvas, oscuridad y nieve a la búsqueda de asesinos que ya en el primer encontronazo les había dado una lección que no olvidarían nunca.

—Bueno chicos, os dejo y me marchó. Esta noche no tenía turno y mi mujer estará preocupada —se despedía el amable conductor de la grúa—. Fue una suerte que describieran tan bien la curva exacta donde se habían accidentado, si hubiese tardado media hora más en encontrarles... ¿Quién sabe? Con esa temperatura y sin calefacción en el coche, quizá no estarían aquí ahora para contarlo.

—Era la curva donde atropellaron a Daniel Erriba hace doce años, lo recuerdo cada vez que paso por ella, a diario —respondía Oiana—. Perdón, ¿ha dicho que no está de guardia?

—Nadie más quería ir con este temporal y me llamaron al móvil.

—Pues no sabe cuánto se lo agradezco, nos ha salvado la vida. —La sargento se levantó y le dio un fuerte abrazo, aún temblaba de frío.

—No lo agradezca, simplemente no podía dejarles morir allí. Nadie más morirá en esa curva si yo puedo impedirlo.

—No le entiendo.

—Daniel Erriba era mi hijo.

Oiana rompió a llorar y el técnico la dejó a solas, ya que Mikel parecía haberse quedado dormido frente a las estufas. La chica se apartó de él, sentándose en el otro extremo de la sala y mantuvo el llanto y la rabia hasta que pudo frenarlos para tratar de reunir las fuerzas necesarias con las que emprender de nuevo la persecución. Mientras iba en busca del teniente de la comisaría, solo podía pensar en el extraño karma que había provocado el milagro de esa noche, el padre de Daniel Erriba acababa de salvar la vida, en el mismo punto donde murió su hijo, a la hija del conductor que lo había atropellado doce años atrás.

Durante toda su vida se había reído de las historias, la mitología y las supersticiones místicas que los ancianos contaban a sus nietos para dormir, sobre la magia y la influencia que algunos seres del valle, y el propio valle en

sí, ejercían sobre las personas. El río, la niebla, los sonidos... Nunca había creído en todo aquello, hasta esa noche.

—No deberíais moveros de aquí hasta que estéis recuperados, y cuando eso ocurra, os marcharéis a casa a descansar hasta pasado mañana, como mínimo —apuntó Luis Irurzun, teniente de la comisaría del pueblo. Luis mantenía un parecido asombroso con Mikel, cualquiera diría que eran familia, ya que compartían el pelo castaño, ojos color miel, metro ochenta de estatura y complexión delgada. Si ambos vistieran de uniforme, solo el rango les diferenciaría.

—Esos hijos de puta ni se desviaron un milímetro de la trayectoria, podíamos haber muerto de frío en el río o incrustados en el motor de su coche. No quiero dejarles escapar.

—Lo siento Oiana, pero aunque esté completamente de acuerdo contigo, ambos sabemos que ya deben de estar lejos de nuestra jurisdicción. La gendarmería está avisada y nos informarán sobre todo lo que ocurra allí. Ahora es un caso suyo y solo podemos esperar sus noticias. Tocaremos madera para que puedan detenerles.

—Si me dejases un coche patrulla, Luis, nunca te he pedido ningún favor... Allí podemos ir como ciudadanos europeos, y aunque no podamos detener a esos cabrones, siempre podemos ayudar.

—Si te pillan allí con el arma o investigando un caso que se ha convertido en suyo desde el momento en que han cruzado a su territorio, te pueden expulsar del cuerpo. Entiendo que hables en caliente, pero tú no eres así. Cálmate y mañana por la mañana te ayudaré en lo que decidas hacer. Te lo prometo.

Mikel no dormía, permanecía en silencio, oyendo a sus dos superiores y rezando para que la sargento se calmase y decidiese seguir con su rutina habitual y tranquila de poner multas por la zona, olvidándose de aquella pesadilla que habían vivido.

El reloj del móvil de Oiana marcaba las cinco menos diez cuando el Toyota Land Cruiser negro entró en la plaza frente a la entrada de la comisaría. Los faros del vehículo iluminaron la sala en la que aún descansaba con su compañero y la curiosidad hizo que se acercase a los ventanales. La sargento se extrañó de que nadie bajara del coche. Tras unos segundos, el

vehículo comenzó a maniobrar torpemente en aquel estrecho lugar y sobre una capa de más de un metro de nieve. Un impulso empujó a la chica a coger el abrigo, observar a su compañero dormido en una butaca al fondo de la sala y salir corriendo para bajar las escaleras y salir del edificio. Saltando torpemente sobre la nieve blanda, que le llegaba hasta la cadera, logró acercarse a la ventanilla del coche, que estaba a punto de salir del lugar, sentía sus pulsaciones al máximo. Golpeó el cristal cubierto de vaho con la mano y una cara borrosa apareció observándola con asombro desde el otro lado.

Pablo Aguilar bajó la ventanilla con su mano izquierda mientras sostenía su arma reglamentaria con la derecha. No sabía quién era aquella chica, seguramente una policía que había salido de la comisaría; no pensaba dispararle, pero sí usar el arma como medida disuasoria si pretendía detenerle.

—¿Quién es? ¿Puedo ayudarle?

—Soy el teniente Javier Balmaseda. —Ni siquiera sabía por qué había dicho eso, pero era un buen salvoconducto que merecía la pena tratar de usar.

—¿Teniente? Llevo toda la noche esperándole. Llamé hace dos horas de nuevo a su móvil pero me respondió la señal de ocupado o fuera de cobertura.

—Mi teléfono sufrió un accidente y ahora estoy algo incomunicado de la central.

—¿Por qué no ha entrado en la comisaría? Tome un café y podrá usar el teléfono para informar a Madrid.

Pablo dudó unos instantes, miró por el espejo hacia el moderno edificio que quedaba a su espalda, desentonando cruelmente con el resto de construcciones del pueblo, y respondió lo primero que se le ocurrió.

—Vi las luces apagadas y pensé que no había nada más que algún agente en labores administrativas. Pensé que estaban todos los agentes de campo persiguiendo al todocaminos de los sospechosos. ¿Lo están?

—Ojalá, con el temporal y las pocas opciones de atraparles antes de perder la jurisdicción, mi superior ha decidido que se encarguen los franceses.

Pablo hizo una mueca de desagrado, luego quedó pensativo mientras la chica seguía temblando bajo la nieve y esperando su reacción.

Hace frío aquí fuera —dijo mientras se abrazaba con fuerza el pecho—, podemos pasar dentro.

—Creo que seguiré hasta la frontera. Quizá los del todocaminos hayan tenido un accidente, pueden haber patinado con la nieve. Tal vez hayan hecho una parada en algún pueblo para esperar el paso del temporal; o incluso puede que se haya cortado la carretera y no puedan pasar. Si existe una posibilidad

de atraparles, no quiero estar calentándome las manos en una sala de espera tomando café, no se ofenda.

—No me ofende, en absoluto. Es más, le acompañaré.

Pablo se alteró al verla cruzar por delante del vehículo y entrar por la puerta del acompañante. Por suerte, guardó su arma antes de que Oiana pudiera verla; la sargento se puso el cinturón y quedó a la espera de que el supuesto teniente Balmaseda partiese.

—¿A qué espera?

—Sí, claro... Es por la izquierda, ¿verdad?

—Sí, gire al final de la calle, justo donde el puente de piedra sobre el río, así saldremos a la 121 de nuevo.

Pablo temblaba ante la posibilidad de tener que disparar a un policía inocente para defenderse de un arresto. Más aún cuando vio que la chica sacó su arma y comprobó el cargador, luego sacó el móvil y envió un mensaje a su compañero para que supiese que se había marchado con el policía nacional, al terminar lo dejó sobre el salpicadero. Pablo debía deshacerse del móvil de Oiana antes de que le enviasen una foto del tercer fugado, él mismo.

Mikel no necesitó leer el mensaje para saber que la sargento se había marchado, ya no dormía. Se había levantado del sillón y acercado a los ventanales de la sala, desde allí observó el coche negro cruzando un paisaje blanco que comenzaba a inundarse de los tonos púrpura con los que el alba empujaba la noche hacia su fin. Permanecía serio mientras el vehículo se perdía en la distancia. Ya estaba despierto cuando su jefa salió de la sala pero no pensó ni por un instante acompañarla en su loca e inútil cruzada.

—Al final acabarás con un balazo en la frente, es lo que buscas y es lo que encontrarás —murmuró.

Capítulo 12

El amanecer y España habían quedado atrás. Alfil y Davina se acercaban a Ainhoa y la pareja sabía que las posibilidades estarían todas en su contra al llegar a esa localidad, el último escollo, casi con toda seguridad, en su viaje a París. A esas alturas, las autoridades españolas les habrían puesto sobre aviso de su llegada y seguro que les estarían esperando en controles de carretera. Y por si eso no fuese suficiente, el tiempo parecía dar una breve tregua, lo que habilitaría el despegue de helicópteros para su localización. Sin decirse una sola palabra el uno al otro, ambos conocían lo dramático de su situación y estaban alerta ante lo que pudiera suceder.

—No localizo ningún camino, sendero o carretera comarcal para evitar pasar por el pueblo y así alejarnos de la carretera por la que nos buscarán en helicóptero en menos de una hora —apuntó Alfil.

—Este paso es el más discreto para cruzar desde España, pero uno de los más jodidos desde el otro lado.

—Tendremos suerte, ya lo verás. Este coche es difícil de embestir, alcanza una buena velocidad y es fiable sobre hielo y nieve. Si nos colocan una banda de clavos o disparan a las ruedas, podremos hacer varios kilómetros antes de que la conducción nos impida avanzar. Ten fe.

—Te noto fatigado.

—Necesito descansar otras cuatro o cinco horas, pero aún aguantaré un rato más. Al menos tengo la espalda como nueva, el coche es cómodo.

Davina le observaba en silencio. En el tiempo que llevaba conociendo al chico se había convencido de que podría ser un agente formidable. Era frío y distante, no empatizaba con nada ni con nadie, poseía un físico diez y unas habilidades en combate, disparo y conducción solo superadas por sus ansias de lograr cumplir su objetivo, fuera el que fuese, sin importar las consecuencias que acarrease. Alfil era lo más parecido a un robot eficaz que hubiese imaginado. Eso le provocaba seguridad ante la misión y miedo ante lo

que ocurriese cuando todo acabase. Si lograban terminar con la cúpula de la agencia, eliminarle como cabo suelto sería más difícil de lo que nunca imaginó.

Esos pensamientos se alejaron en cuanto divisó los tejados del pueblo francés en la distancia y bajo la claridad de aquella mañana de invierno. Aunque la bella estampa gala no fue lo único que se encontraron, un kilómetro después se toparon con un control policial apostado solo unos metros antes de las primeras casas. Dos gendarmes les daban el alto mientras mantenían sus manos derechas en la cadera, sobre las culatas de sus armas.

—No te preocupes, está todo controlado —dijo Alfil—. No se te ocurra sacar el arma.

Ella le miró algo preocupada, como si el chico no hubiese visto la cadena de clavos tendida sobre la carretera que les impedía avanzar.

El vehículo fue frenando despacio y escorándose a la derecha. Los gendarmes parecían confusos ante esa maniobra. Esperaban a un BMW X5 gris que se mostraría hostil y con dos ocupantes armados y peligrosos, pero el todocaminos que tenían delante, y que se correspondía con aquella descripción, se paraba sin problemas ante su barrera, y los ocupantes parecían tranquilos y despreocupados, como meros turistas que paran ante un control rutinario. Eso relajó un poco la tensión de los gendarmes, que se acercaron despacio hacia el vehículo.

Davina se impacientaba, agarrando con fuerza la pistola que llevaba entre la puerta y su muslo. El chico sonreía y susurraba sin mover los labios:

—Tranquila, confía en mí, sonríe como si no supieras lo que pasa, como si esto fuera un mero control de alcoholemia.

Cuando los gendarmes estuvieron a un metro de distancia de las puertas del BMW, Alfil aceleró ante su sorpresa y embistió el Peugeot 308 que les impedía el paso. La enorme diferencia de peso entre los vehículos y la potencia del todocaminos hicieron que el coche francés acabase en la cuneta y se abriese una vía libre en el propio arcén donde estaba aparcado el coche patrulla. Dejaron a la izquierda su mayor amenaza, los clavos, y a la espalda a los gendarmes disparándoles desde la distancia. Ya tenían vía libre hacia el pueblo, que tratarían de rodear con la esperanza de no encontrarse más patrullas, tras lo cual deberían cambiar de nuevo el vehículo y continuar hacia París. En ese momento, con el cielo despejado, la carretera mostraba más visibilidad para ser descubiertos, pero también para que Alfil diera rienda suelta a las posibilidades del potente motor.

—Hemos pasado esta vez, pero la próxima nos dispararán primero, no tenemos muchas opciones. ¿Y si abandonamos el coche para hacer un tramo a pie y despistarles? —Davina no contaba con la confianza que parecía invadir a su compañero.

—Moriríamos en menos de dos horas con esta temperatura. Déjalo en mis manos. Por ahora va saliendo todo bien, ¿no?

En cuanto dejaron el pueblo atrás, Alfil golpeó suavemente el paragolpes trasero de un Volkswagen Polo blanco. Su conductor frenó hasta detenerse en el arcén. Alfil lo hizo justo tras él y se bajó del coche fingiendo preocupación por el posible destrozo provocado por el accidente. El señor que conducía el Polo también se bajó y se acercó a ver los daños, se mostraba algo asustado por el golpe. No hubo tiempo para saludos, había prisa y la pareja debía actuar rápido. Alfil le golpeó en la mandíbula antes de que Davina le disparase, no era necesario matarle. Luego sacaron el equipaje del BMW y lo metieron en el maletero del Volkswagen.

—Monta en el asiento trasero y ocúltate bajo esta manta —ordenó Davina a Alfil tras darle una manta oscura que había sacado de una maleta.

—Lo sé, buscan a una pareja —respondió él, obediente.

Un par de kilómetros más adelante, y cuando empezaban a ver las primeras casas del siguiente pueblo, Espelette, avistaron un segundo control, más férreo y preparado, seguramente ante la información que hubiesen recibido de los dos gendarmes a los que habían despistado.

—Compórtate con naturalidad y muéstrate sonriente —dijo Alfil desde debajo de la manta, oculto en el asiento trasero. Los cristales del coche estaban empañados y eso impedía verle desde el exterior.

Cuatro gendarmes con chalecos antibalas y ametralladoras se acercaron al coche, ella bajó la ventanilla y preguntó en un perfecto francés qué es lo que ocurría. No le respondieron, se limitaron a observarla y mirar dentro del vehículo por si fuese acompañada.

—Abra el maletero, por favor.

La chica pulsó un botón en el mando de la llave del coche y la cerradura del portón trasero emitió el sonido metálico que anunciaba su apertura. Dos gendarmes se colocaron tras el coche y, mientras uno de ellos apuntaba con su ametralladora, el otro abrió el portón.

Mientras tanto, Davina mostraba un pasaporte falso suizo tras la petición de documentarse. El gendarme lo observó y apuntó por teléfono a la central el nombre de la chica: Susanne Morandé. Ellos no sabían los nombres de los dos asesinos que buscaban, pero era el procedimiento habitual.

—Continúe, señorita —le respondió cuando sus dos compañeros hicieron un gesto negativo a la comprobación del maletero.

Ella subió la ventanilla y encendió el motor para salir del lugar con calma pero mostrando algo de curiosidad para convencer aún más a los gendarmes, preguntándoles, mientras retiraban la barrera de clavos, qué estaban buscando. En cuanto vio que el control quedaba atrás, perdido ya en sus espejos retrovisores, aumentó la velocidad a pesar de que Alfil le pedía que parase el coche.

—¿Dónde vas tan rápido? El asfalto aún está congelado y este coche es menos manejable en estas circunstancias, y menos seguro en caso de accidente, que el anterior.

—El cielo está despejado, podrían vernos desde algún helicóptero.

—Si envían helicópteros, lo harán desde ese control y en dirección hacia España. Nadie nos buscará ya por los siguientes pueblos. Lo lógico es que piensen que hemos burlado el primer control y tomado algún camino sin asfaltar antes de llegar al segundo. Además, buscarán el BMW, aún es pronto para que sepan que hemos robado este.

—Por ese motivo debemos cambiar de coche cada hora u hora y media, los dueños notificarán su robo y seremos un blanco fácil.

—Tienes razón.

—Si me hubieses dejado matar al dueño de este, tendríamos un margen de tiempo mayor.

—No quitaremos una vida por ganar veinte minutos, que es lo que tardarán los gendarmes en saber qué coche tenía el cadáver. Porque tampoco disponemos de tiempo para hacerlo desaparecer enterrándolo.

Davina no respondió, se limitó a seguir conduciendo a una velocidad más moderada mientras Alfil se incorporaba en el asiento. Ya habían pasado el tramo más complicado con éxito y eso les daba cierta seguridad. Su objetivo a corto plazo era parar en alguna población pequeña, antes de llegar a su destino, y planificar sus próximos pasos con tranquilidad.

Los gendarmes del control policial en la entrada de Ainhoa no volverían a cometer el mismo error, ahora eran seis los agentes y dos las cadenas de clavos que atravesaban la carretera desde más allá de sus arcones y cunetas; y dispararían a cualquier coche que hiciese un movimiento extraño, no pensaban arriesgar sus vidas. Claro que tampoco esperaban tener más jaleo esa mañana, los del BMW X5 eran claramente los fugitivos a quienes estaban

buscando tras las órdenes recibidas de madrugada, y si ya habían logrado pasar, no tenía el más mínimo sentido que siguiesen allí esperando; así que maldecían la burocracia de sus superiores con respecto a las órdenes recibidas desde arriba. Las horas pasaron y solo cuatro vehículos se aventuraron a acercarse al pueblo tras la tormenta, todos ellos de lugareños conocidos por los gendarmes. Acababan de dar las nueve de la mañana cuando vieron un todoterreno acercarse, a ese no lo conocían.

Dos gendarmes se colocaron en el centro de la carretera con las manos en las armas y los otros cuatro les cubrían desde el arcén. Las barreras de clavos estaban sobre la calzada y el vehículo, un Toyota Land Cruiser, frenaba para detenerse donde le indicaban los agentes.

—Documentación. —No hubo lugar para saludos de cortesía, el gendarme que permanecía al otro lado de la puerta del conductor, tenía el dedo en el gatillo de su ametralladora y el seguro del arma quitado.

Pablo no entendía el francés, pero comprendía lo que ocurría, trató de permanecer en calma ante tantas ametralladoras apuntándole y sacó su placa todo lo despacio que pudo. Allí había terminado todo el periplo y sus ansias por detener a Alfil. Cuando se identificase como Pablo Aguilar, la chica comprendería el engaño y los gendarmes, si habían recibido sus datos desde Madrid, le detendrían por haber huido de la escena del crimen en Chueca. Aunque, por suerte para él, ese mal augurio no se cumplió. Oiana había comprendido su limitación lingüística y, antes de que el teniente mostrase su documentación, se inclinó para mostrarse ante el gendarme.

—*Bonjours François*, si nos entretenéis tanto tiempo, esos dos hijos de puta se van a escapar —dijo en un francés nativo.

—*Oh, mon dieu*, Oiana, no te esperábamos.

Todos los agentes bajaron sus armas al reconocer a la chica que solía acercarse a Ainhoa a visitarles y tomar unos pinchos con cerveza a menudo con ellos. Pablo suspiró tan aliviado como si hubiera vuelto a nacer.

—¿Ha pasado un X5 gris con una pareja dentro?

—Hace tres horas, al amanecer. Esos cabrones casi nos atropellan.

—Ya habéis tenido más suerte que Mikel y yo, a nosotros nos echaron de la carretera y casi acabamos en el río. Estamos vivos de milagro.

—No jodas, ¿y como está ese vago de Mikel?

—¿Qué pregunta más tonta? Ya sabes que está durmiendo. Y siento no poder quedarme a charlar, pero el teniente y yo no disponemos de más tiempo, queremos cazarles antes de que desaparezcan.

—Tres horas es mucha ventaja, Oiana. Y sabes que aquí tenéis que actuar extraoficialmente o nos meteremos todos en un lío.

—Lo sé, ¿ves? —dijo mostrando su pistola y guiñando un ojo cómplice—, llevo el seguro puesto.

—Ten mucho cuidado, esos dos son de los peores que te puedes encontrar.

—¿A qué te refieres?

—A que son de esos que no aparentan lo peligrosos que son.

—Entiendo... —Oiana sabía que esa era la forma que tenía François de describir a quien él llamaba gente bien. Chicos de no más de treinta años, muy atractivos y con estilo. De esos a los que nadie dice no o les impide la entrada en ningún sitio; pero que esconden intenciones nada amigables, llegando a ser más peligrosos que cualquier otro delincuente y sin que nadie lo hubiese esperado tras echarles un vistazo.

—Daré un aviso a los compañeros —añadió el gendarme—, pero no a la central, de que has entrado al país. Te apoyarán, aunque solo sobre el terreno, si te metes en un lío gordo, tendremos que lavarnos las manos y estaréis solos.

—Ya sé cómo funciona, y no olvidaré que hoy es por mí y mañana por ti. Gracias compañeros.

Los gendarmes habían retirado las bandas de clavos y Pablo, que ya respiraba con tranquilidad, arrancó para salir a toda velocidad. El operativo de seguimiento y persecución que habían solicitado desde la central de Madrid parecía que se centrase casi en exclusividad en atrapar a la pareja de asesinos, dejando a un lado la detención del tercer implicado en aquella refriega: él mismo. Pablo veía la mano de Javier tras todo aquello, Balmaseda debía de estar frenando la orden de su detención para darle tiempo a investigar. Sin duda le estaba sorprendiendo, nunca habría imaginado que se jugaría su puesto en un caso de múltiples asesinatos por alguien que solo había visto tres veces en toda su vida. Pero no disponía de tiempo para estar pensando en esas cosas, el reloj corría en su contra y debía ganarle terreno al fantasma y a la asesina que iba con él. Esas horas de ventaja podrían ser decisivas si no apretaba el paso.

Y por si todo aquello no fuese lo suficientemente desalentador, el sueño y el cansancio le tenían completamente vencido.

—Le he visto nervioso en el control de antes. ¿Se encuentra bien, teniente?

—Sí, es solo cansancio por tantas horas al volante, pero puedo continuar un rato más. No te lo creerás, pero en todos mis años de carrera nunca había

visto un control policial tan férreo y con tanta agresividad. Menos mal que ninguno de ellos estornudó mientras nos apuntaban con las ametralladoras.

—Y pudo ser aún peor.

—¿Peor?

—Podimos estornudar nosotros.

Ambos rieron a pesar de sentir el sudor frío en la espalda al pensar que aquello no tenía la más mínima gracia. Luego, cuando Oiana notó ya demasiado cansado a su acompañante, le ofreció un cambio de turno.

—Puedo conducir y así usted podrá descansar. Si esos dos se saltan otro control, me avisarán al móvil.

Pablo miró el teléfono que Oiana señalaba. Ese pequeño artilugio electrónico podía acabar con su operación en cuanto enviasen su foto a todos los cuerpos de policía nacionales y autonómicos, sin embargo, también podía acercarle a la captura de los dos asesinos. Ahora ya no podría deshacerse de él, solo rezar para que la información de los fugados llegara antes que la suya propia.

—Tutéame, no estamos de servicio en este país. Y quizá en un rato necesite aceptar tu oferta, pero por ahora voy bien.

Mentía, nunca antes se había sentido más agotado, pero no podía dejarla conducir y que viese que el coche era robado. Ninguna llave aparecía en el contacto, era extraño que ella no se hubiese percatado aún, pero desde la posición del conductor sí apreciaría los cables empalmados bajo el volante, y no podía permitir que le descubriese aún. Usó toda la rabia que le producía la muerte de Miguel, su impotencia al no haber detenido a Alfil en el taxi y su situación actual como proscrito para sacar fuerzas de donde ni él mismo sabía que aún conservaba.

—¿Se sabe algo nuevo de los asesinos? —preguntó ella—. En el parte que recibimos no aparecía mucha información, y no he visto la televisión desde entonces.

—No sabemos nada sobre la chica, solo que fue ella la que disparó y mató al policía en la calle. Del chico sabemos algo más, sospechamos (se sintió extraño al decirlo en plural cuando solo él confiaba en ese dato) que puede tratarse de un asesino en serie muy peligroso, alguien letal. Mejor no cometer un error ni dudar un segundo ante ninguno de ellos.

—Parece que les conocieses en persona. Al menos cuando hablas del tipo, cualquiera diría que llevas tiempo tras él.

Pablo sintió cómo esas palabras quemaban en su interior. La chica era inteligente, había adivinado que un vínculo le unía al asesino solo con oírle

hablar de él unos segundos. Debía ser inteligente y cauto para no ser descubierto por ella.

—¿Has oído hablar del caso de el fantasma?

—¿El tipo que se entregó el año pasado?

—Imagina que aquel solo fuese un fantoche, un imbécil de esos que ahora surgen de debajo de las piedras buscando su momento de fama; imagina también que el verdadero asesino se hubiese mantenido en la sombra durante unos meses, aprovechando que nadie le perseguía.

—¡Eres andaluz! Menudo acento tienes ahora, antes no te lo había notado.

—Bueno, ya sabes cómo funciona la policía nacional, te destinan siempre al lugar más alejado de tu familia.

—¿Qué me vas a contar? Yo opté por la Foral para quedarme por la zona. Pero disculpa, estabas contándome algo que me interesa bastante. Aquí en Navarra se vivió con intensidad cuando ese fantasma mató a una chica en Bilbao.

—No hay mucho más que decir, el tipo desapareció cuando el otro se entregó en Madrid. Ahora tenemos sospechas de que haya vuelto a las andadas, aunque no sabemos los motivos, ya que no ha muerto ninguna chica con el *modus operandi* que usaba.

—Entonces, el tipo que viaja con la asesina, ¿es el verdadero fantasma?

—Puedes estar segura de ello.

—Pero si el tipo encarcelado y juzgado era inocente, tratándose de una cadena de asesinatos por todo el país, tendría coartadas para varios de esos crímenes.

—El muy imbécil se negó a tener una defensa decente porque quería ser condenado, de ese modo certificaba oficialmente su identidad como el asesino.

—¿Y se hubiera comido veinte años en la cárcel?

—Pensaba confesar y repetir el juicio pasado un tiempo.

—¿Pensaba?

—Lo encontraron muerto en su celda hace menos de un mes.

—¡Joder!

—Hay mucha gente interesada en que los errores institucionales no salgan a la luz, y la vida de un personaje patético como aquel no vale más que una cajetilla de tabaco en una cárcel llena de verdaderos asesinos. Asesinos sin escrúpulos como ese que perseguimos.

—Vaya, te veo muy convencido de su culpabilidad.

—Tanto como para apostar la placa que llevo en el bolsillo y toda mi carrera.

Oiana sintió un escalofrío ante aquellas palabras, y más después de contemplar el semblante mortecino que había adoptado el teniente. No despegaba ojo de la carretera, miraba un punto fijo en el horizonte como si toda su vida dependiese de llegar hasta él. Eso le hizo pensar que todos sus ideales y deseos de cumplir con su deber no llegaban a la suela de los zapatos de aquellos que mostraba su compañero temporal.

A la una del mediodía, cuando el cielo daba por finalizada su tregua y parecía prepararse para descargar de nuevo toda su ira en forma de nieve sobre la región, el coche de Javier Balmaseda llegó a la comisaría de Elizondo. Aparcó en la entrada donde su homónimo sevillano, haciéndose pasar por él, lo había hecho varias horas antes. Necesitaba tomar un café y saber de primera mano lo que la Policía Foral hubiera descubierto durante ese tiempo. Y como no tenía forma de contactar con Pablo, que era el que seguro tendría más avanzada la investigación, tuvo que contentarse con la información que manejasen los forales. Entró en la comisaría y se dirigió al agente que le observaba desde un mostrador de recepción a su derecha.

—Buenos días, o tardes, o lo que sean. Teniente Javier Balmaseda del departamento de homicidios de la Policía Nacional —dijo mostrando su placa e identificación al serio y escéptico agente vestido de rojo y azul marino—, busco al comisario u oficial al mando de esta comisaría.

—Espere un segundo, teniente —obtuvo por respuesta.

El agente, tras llamar por teléfono y susurrar lo más bajo posible, colgó y se dirigió hacia él.

—Pase por esa puerta, le recibirán ahora mismo.

Javier entró en el pasillo que le indicaba y pudo ver a dos hombres que se le acercaban rápido y con caras de preocupación. Uno de ellos era joven y vestía con el mismo uniforme de la foral que el chico de la recepción, el otro, de paisano, fue el que inició la conversación.

—Teniente Luis Irurzun, estoy al cargo de esta comisaría.

—Javier, Javier Balmaseda, de la Policía Nacional, quisiera que...

—Siento interrumpirle, oficial, pero tengo que pedirle que nos muestre de nuevo su identificación.

Javier lo hizo sin comprender lo que pasaba. Los dos policías forales inclinaron el cuerpo para comprobar la autenticidad de la placa y leer al

detalle su *carnet*. El teniente pensó que jamás nadie lo había hecho de esa forma desde que se lo entregasen hacía décadas y tras aprobar las pruebas en la academia.

—¿Ocurre algo que deba saber?

—Nada, teniente. Es que... esto es embarazoso. ¿Tiene un minuto?

—No dispongo de mucho tiempo, ya saben que estamos en medio de una investigación complicada, pero si es tomando un café... Lo necesito.

—Por supuesto, deje que le invitemos a un café y a un tentempié.

No pasaron a la sala de espera sino al despacho del propio Irurzun, donde este le sirvió una taza de su propia cafetera y le dio algo de picar que tenía por los cajones de su escritorio. Sin más dilación, el teniente de la foral comenzó a explicarle el extraño suceso ocurrido con su identidad.

—Hace unas horas, una sargento foral ha abandonado la comisaría y luego nos ha enviado un mensaje para indicarnos que iba en compañía de un oficial de la Policía Nacional para tratar de interceptar antes de la frontera a los fugitivos que todos andamos buscando.

—¿Y...? No comprendo sus caras ni a qué viene la historia que acaban de contarme.

—Según el mensaje de la sargento Oiana Antón, el oficial al que acompaña en estos momentos es el teniente Javier Balmaseda. Comprenderá que...

Lo entendió en el acto. La sargento se había marchado con Pablo Aguilar, que seguía suplantando su identidad para lograr acercarse a los asesinos de Chueca. Entonces supo que había hecho bien en anular la orden de distribuir la foto del sevillano por todas las comisarías, podría utilizar la información y lo que descubriesen Pablo y esa sargento en la persecución, mucho más cercana que la suya propia, de los dos asesinos. Quizá ya estuviesen muy cerca de ellos o a punto de interceptarles.

—No se preocupen, mi ayudante se había adelantado y habrá dado mi nombre a la sargento por si lo reconocía en los *e-mails* que hemos enviado pidiendo su ayuda. Sabiendo eso me quedo más tranquilo.

—Y nosotros también. Nos ha asustado el recepcionista de la comisaría cuando nos ha dado su nombre, nosotros le imaginábamos ya en Francia.

—Hacia allí partiré en unos minutos, aunque antes me gustaría pedirles un favor.

—Lo que necesite.

—Les daré el número de mi teléfono móvil para que me llamen si reciben alguna noticia de su sargento. Prefiero tener la información en el acto que tras

pasar por los recepcionistas de la central de Madrid.

—Eso está hecho.

Javier se marchaba de la comisaría meditando sobre su actuación si llegaba a encontrarse con Pablo. ¿Qué haría si le estuviese frente a frente? ¿Qué haría él? ¿Le dispararía, huiría, se entregaría o trataría de negociar? ¿Implicaría a la policía francesa, cometiendo un delito intracomunitario, por atrapar al fantasma? De todas esas preguntas que se hacía, la última era la que tenía una respuesta más evidente.

Capítulo 13

Un ondulante mar de oscuras tejas centenarias se tornaba escarlata ante los últimos coletazos del crepúsculo. La ciudad de París parecía perderse en la distancia ante los ojos de Alfil, que asomado al balcón de una *suite* del majestuoso Hotel Bastille, había disfrutado de la visión del bello atardecer sobre las torres de Notre-Dame mientras repasaba por última vez su plan. Davina y él habían llegado esa misma mañana, casi al alba, para recoger la documentación falsa que la chica había encargado con antelación a un contacto de confianza y ajeno a su antigua agencia. Ahora, el matrimonio compuesto por Rose y Adam Leduc había podido descansar y dormir tras su llegada de un largo viaje. Atrás quedaron los cinco días de travesía en coche desde que cruzaron la frontera, aunque tres de ellos los pasaron en una habitación de un pequeño hostel en Tours, a doscientos cuarenta kilómetros al sur de París, donde Davina estuvo ordenando información y descifrando nuevos códigos de mensajes en el ordenador portátil. Los grandes descubrimientos que logró allí dieron un vuelco importante y optimista a la misión, había localizado al pez más grande del estanque y debían moverse deprisa para atraparlo. Esa misma noche atacarían con rapidez y partirían de nuevo hacia otro destino. Harían una operación relámpago, como en el sector de Davina llamaban a las incursiones de unas pocas horas; eran las más caóticas por la cantidad de factores que quedaban en manos de la improvisación, pero también las que conllevaban menos riesgo de ser atrapados por sus enemigos o por la policía. El factor sorpresa sería decisivo.

—Tenemos un ochenta por ciento de probabilidad de éxito si todo sale bien. ¿Lo tienes todo claro?

La pregunta de Davina lo extrajo con violencia de sus cálculos y meditación. Tras recuperar el sueño durmiendo durante casi todo el día, la chica acababa de salir de la ducha y permanecía sentada sobre una butaca, envuelta en una toalla a la espalda de Alfil.

—No hay mucho que estudiar, el plan es más que sencillo. Tan solo espero poder vender con facilidad los diamantes tras la operación. El dinero en efectivo es mucho más valioso en nuestra situación. No puedo retirar fondos con facilidad sin delatar mi posición a tus antiguos camaradas.

—Ese vendedor belga te permitirá su devolución sin ningún problema, es de fiar. Aunque perderás un seis o un siete por ciento del importe. Menos es nada.

—Un buen negocio... ganar ese porcentaje en veinticuatro horas lo hace un trabajo bastante productivo. Creo que me equivoqué al elegir la fotografía.

—Dudo que eligieras nada, un niño rico no debe tomar elecciones de ese tipo, son los trabajos divertidos y cómodos los que os escogen a vosotros. Y no creo que fuese el dinero lo que te hizo trabajar sin necesitarlo.

Alfil, que aún permanecía asomado al balcón, se giró y miró a la chica, estaba preciosa con el pelo mojado y peinado hacia atrás, y la suave luz del atardecer que entraba por las ventanas le sentaba de maravilla a su piel bronceada. Sonreía, algo no muy habitual en ella. Alfil sabía que bajo esa sonrisa siempre permanecía el recuerdo del infierno de su infancia, por ese motivo ella no comprendía las quejas que podría tener alguien como él, que se había criado y educado entre los mayores lujos que se puedan tener o desear. Davina no asimilaba que Alfil tuvo de todo menos lo que sí disfrutó ella, el calor y amor de una familia. Él se limitó a llorar por unos padres que se marcharon trágicamente y sin avisar, quedando bajo la tutela de su estricto abuelo y los únicos momentos de cariño que su abuela le proporcionaba. Davina no alcanzaba a comprender que siempre se valora más aquello que no se tiene y que, mientras ella sufrió hambre y frío, él adoleció de otras necesidades igualmente básicas para la vida.

Alfil era consciente de su situación económica, no podía quejarse, y menos aún ante la chica y después de las últimas averiguaciones sobre su difícil pasado. Pero detestaba tener que disculparse por haber tenido una vida fácil en ese sentido.

Salvador, el viejo abogado de la familia, ya retirado de todos sus negocios salvo de aquellos que concernían al niño que había visto crecer después de jugar entre las mesas de los despachos de su bufete, le había pasado el último informe de cuentas mensual hacía solo dos días por *e-mail*. Los dividendos como máximo accionista del *holding* empresarial heredado de su abuelo, sumado a las cuentas corrientes, a la venta de las casas que fueron de sus antepasados y a las ganancias en el mercado bursátil de sus acciones en otras empresas, sumaban un importe de algo más de doscientos setenta millones de

euros. Una cifra mucho más alta que la calculada por el propio Alfil, claro que llevaba más de una década sin prestar la más mínima atención a su patrimonio y nunca antes había leído los informes que le enviaba su abogado. Con dieciocho años creó una cuenta corriente al salir de Barcelona con lo justo para sobrevivir unos meses. En ella ingresaba sus honorarios como fotógrafo y con ella pagaba facturas, sueldos de colaboradores, caprichos y otros gastos varios. Una cuenta que no tendría en la actualidad más de treinta millones y que era la única a la que echaba un vistazo muy de cuando en cuando. Se alegró al saber que no tendría problemas de liquidez durante su nueva diversión: la búsqueda y aniquilación de los jefes de la agencia Trouver, y de todos los agentes y sicarios que enviasen contra él. Tampoco le faltaría dinero para establecerse con comodidad en cualquier parte del mundo que eligiese tras la tarea, si es que salía victorioso y con vida de ella.

—El dinero no me hizo elegir el trabajo —respondió con frialdad—, tampoco creo que tenga que pedir disculpas constantemente por haberlo tenido. Y recuerda que no soy el responsable de tu vida, de tu infancia ni de tus decisiones.

—Disculpa, no he querido molestarte, ya sé que tuviste lo tuyo también.

Davina se levantó y le abrazó, transmitiéndole un calor y humedad con su cuerpo que él recibió con un fuerte abrazo y un largo beso.

—Te noto distante y tenso a la vez. ¿Has vuelto a tener otra pesadilla?

—Algo así, esta noche soñé con una de las largas lecciones de mi abuelo. Cuando tenía trece, o quizás catorce años, me obligaba a mantener conversaciones en las que no podíamos usar una vocal, debía agudizar mi mente, en tiempo real, para lograr continuar con la conversación sin retrasar en ningún momento las palabras que debía elegir con cuidado.

—Madre mía, eso parece una tortura nazi. ¿Cómo se puede hablar sin usar una vocal? A lo sumo, podría decir algunas palabras sueltas.

—No creas, imagina que no pudieras usar la vocal i.

—De acuerdo.

—Entonces te centras en permanecer durante horas hablando al margen de usarla, ¿cómo? Te adaptas buscando aquellas palabras que no la contengan, aquellas cuyo concepto represente algo semejante para mantener la charla y lograr tu meta. Puedes permanecer hablando de esa forma más de lo que se supone que es probable, después de todo, no es más que una mera letra de todo un alfabeto. Creyendo en tu destreza y con la fuerza de la costumbre, lo lograrás en pocas semanas.

—No lo veo tan fácil.

—Pues es lo que he hecho ahora mismo, no pronunciar la vocal i en ningún momento.

Davina permaneció pensando durante unos segundos, no recordaba las palabras que había pronunciado Alfil, así que se quedó con la duda de saber si bromeaba o lo decía completamente en serio. Le dio un rápido beso en los labios y corrió hacia el baño para secarse el pelo, quedaba poco para que pusiesen en marcha su plan.

Alfil solo contó esa parte del sueño, pero había más. A su mente había llegado un fragmento de conversación que creía perdido en los recovecos de su memoria. Un fragmento de una de aquellas soporíferas charlas que mantenía con su mentor y que entonces, siendo un niño, consideraba estériles. Pero que ahora regresaban a él como sabiduría que podría salvarle la vida.

«—Me preguntas por el amor que sienta o pueda sentir hacia tu abuela, ¿lo consideras importante? —Su mentor le miraba con frialdad, como siempre, pero no había decepción ante la pregunta de su nieto, aceptaba cualquier tema de conversación en sus clases de debate.

—El amor siempre es importante, abuelo.

—Me decepciona que lo veas así. El amor te hace débil, te hace bajar la guardia. Ya sea amor verdadero o el cariño que sientas por amigos o familiares.

—Pensaba que el amor y el cariño te arropaban, haciéndote más seguro y fuerte de cara a enemigos, a negociaciones, etc. Al no sentirte solo, tendrías menos preocupaciones.

—En absoluto, el amor es un signo de debilidad. Si amas y quieres a personas de tu entorno, tu mente flotará en un mar irreal que acabará provocando tu naufragio, el amor será un velo que tape tus ojos y te impida ver las olas que te derribarán. Si estás pensando en los seres queridos, no te concentrarás en tus metas, en tus objetivos, ni en cómo lograrlos con todo el potencial de tu cerebro. Por no hablar de los momentos de relax en casa o simplemente a solas. Si tu mente vuela para estar con esos a quienes amas, ¿cómo podrás pensar, planificar, estudiar tus pasos de cara a vencer en tus acciones, en tus propósitos?

—Ya entiendo. Y si el adversario en las negociaciones es una chica que te gusta...

—Entonces peor. Si quieres tener alguna posibilidad de triunfo, debes mantener las emociones al margen. Nunca atacarás siquiera con el setenta

por ciento de tus fuerzas a alguien a quien amas. Imagina que esa persona no siente lo mismo por ti, él o ella podrá luchar contra ti con ventaja. Nunca te dejes llevar por las emociones que el amor te insufla hacia amigos, pareja, familia..., debes ser frío como el hielo si quieres vencer en la vida.

—¿Y si alguna vez me enamoro de una chica?

Su abuelo esbozó una leve mueca de agrado, sabía que su pequeño Alfil se dirigía hacia esa cuestión desde el principio, y lo estaba esperando.

—Tu mente tratará de engañarte en esos momentos. Creerás que todo esto que hemos hablado ahora no era lo acertado, lo lógico o real, ya que va en contra del veneno que el amor estará inyectando en ti. En una relación, el que está más enamorado es el que peor lo pasa, el que lo da todo por el otro es quien acaba perdiendo en la batalla que supone enamorarse. Esa chica podrá hacer contigo lo que desee, no permitas jamás que nadie dirija tus pasos. Nadie.

—Pero tú lo haces conmigo, abuelo.

—Yo te adiestro, te muestro el camino correcto y las piedras que encontrarás al caminarlo. Claro que puedes decidir, cuando tengas la edad adecuada, olvidar todo esto y tomar tus propias decisiones basadas en tu criterio. Entonces comprenderás muchas cosas que ahora te intrigan o aún desconoces, pero que, a su debido tiempo, te atormentarán.

—Gracias abuelo, trataré de recordarlo.

—Más te vale, mi pequeño Alfil, más te vale».

La oscura, fría y húmeda noche le amparaba en su camino hacia la librería Shakespeare & Co. En unos minutos estaría manteniendo una conversación con el líder de la agencia Trouver, sin que este supiera que tenía frente a él a su mayor amenaza. Dentro de menos de una hora, si el plan daba buenos resultados, Davina y Alfil habrían asestado el golpe más duro a su enemigo, habrían dejado sin cabeza a la serpiente. Ese margen de tiempo hasta que se recuperasen podría ser vital si la pareja actuaba rápido y terminaba con el resto de sus líderes.

Podría disparar a su objetivo en la misma tienda y no tener que complicar tanto la operación, pero alertaría al resto de agentes y líderes de la agencia en menos de un día. El plan que habían creado les daba un margen de tiempo mucho mayor al hacerles creer que se trataba de un simple accidente.

Alfil se encontraba a doscientos metros de su objetivo cuando notó que tenía en mente demasiadas cosas, no estaba centrado en su objetivo al cien

por cien. Haciendo regresar el recuerdo de su abuelo. «Necesito dejar de pensar en ojos de miel y cabellos bajo el alba para concentrarme en coartadas y armas, en agentes y documentos, en policías y muerte, y en vías de escape y mentiras que me den la posición correcta para atacar con mi alfil. Necesito ser más frío. Más me vale centrarme, porque esta *partida* es infinitamente más compleja que las que *jugaba* en España, aquí el adversario es letal como yo y sabe jugar mejor que la policía española».

Hacía frío. Subió la solapa de su americana, se aseguró de que su reloj se viese bien y caminó hacia la esquina con decisión. Había comenzado su ataque al rey.

Capítulo 14

Mientras Alfil daba buena cuenta de Le Conn bajo el puente de la Tournelle y partía luego hacia Bruselas con Davina, otra pareja ordenaba conceptos en una habitación de hotel de París.

—Hace cinco días que cruzamos Ainhoa y no sabemos nada de los fugitivos, y no creo que mis compañeros me puedan cubrir más de cara a la comisaría central. —Oiana se mostraba preocupada ante la falta de resultados y la más que posible sanción que le esperaba a su vuelta.

El teniente Luis Irurzun había firmado un parte de baja temporal por enfermedad, falsificando la firma de la sargento y pidiendo un favor al médico de Elizondo, que era amigo de ambos policías. Pero una filtración (sin duda de Mikel) había informado a la central de Pamplona sobre su incursión ilegal en el país vecino. Tendría que dar muchas explicaciones a su vuelta, así que confiaba en regresar con buenas noticias sobre la captura de los fugitivos.

Pablo la veía hundirse día a día, a la vez que el tiempo se terminaba también para él. El margen concedido por Javier estaría llegando a su fin y pronto sería un objetivo más para toda la policía española y, casi con toda seguridad, también para la francesa. La propia Oiana le detendría en el acto tras descubrir que la había estado engañando todo ese tiempo. Al menos ella volvería con un detenido y salvaría su situación, consideraba que la chica lo merecía por su actitud y su compromiso. Algo en ella le recordaba a sí mismo cuando tenía seis o siete años menos y aún no había descubierto los cadáveres bajo la alfombra que ocultaba el sistema. Ahora no era más que una sombra de aquel policía, un tipo acabado que se había dejado engañar por un delincuente miserable y esa mala decisión había acabado con la vida de su ayudante y con su propia carrera. ¿Qué se podía esperar de alguien a quien apodaban Cazafantasmas?

—Deberías regresar. Yo continuaré unos días más, y ya volveré si no obtengo alguna pista fiable.

—No me gusta la idea de dejarte solo. Pero antes de irme me gustaría pedirte algo.

—Cuéntame.

—Nunca quieres hablar de tus motivos en esta misión. Sé que tú tampoco estás autorizado para llevar a cabo una investigación fuera de España, y aún así te veo obsesionado, casi sin dormir cada día y cada noche, en la búsqueda de ese tipo. Oigo la televisión de tu habitación a través de la pared cada noche y no creo que ese insomnio te siente bien. De eso se trata, no alcanzo a comprender qué ha hecho, o qué te ha hecho a ti, ese tipo para crearse un enemigo tan conciencioso.

Ya no había motivo alguno para ocultárselo, sus caminos se separarían en unos minutos y Pablo supo que era el momento de contar la verdad, o, al menos, parte de ella a quien se lo estaba jugando todo a su lado. Respiró hondo y se sentó en el borde de la cama.

—El chico que mató en Madrid era un policía amigo, un chico joven e inteligente como tú y con un gran futuro. Debí impedirle que me acompañase en aquella misión, era algo que debía hacer yo solo, y desde entonces cargo con la culpa de su muerte. Siento no haberte contado toda la historia, tal vez descubras los motivos en breve, en cuanto pises territorio español y tengas contacto con tu comisaría.

—¿A qué te refieres?

—Yo estaba allí, fui testigo del asesinato y no pude hacer nada por salvarle. Lo que me mortifica es que estaba atado de pies y manos por el reglamento... y por mi cobardía. Debí haber actuado por instinto en lugar de seguir el procedimiento, debí...

—Entonces hiciste lo correcto, no deberías martirizarte por ello.

—¿Hacer lo correcto? Eso no quita que me sienta culpable. Un buen policía debe saber cuándo seguir las reglas y cuándo no. ¿Es mejor quitar a un asesino de las calles y perder tu empleo o mantener tu puesto y ver cómo mueren inocentes por tu decisión? Aún perdiendo la vida en la pelea, uno debe luchar sin miedo por lo que considera justo.

—Entiendo.

—No te ofendas, pero dudo mucho que lo puedas comprender. Cuando estás en la etapa en la que te encuentras ahora, todo es reglamento, normas y tozudez, es lo que has aprendido en la academia y el camino que consideras correcto para progresar y para hacer bien tu trabajo. Pero con los años vas viendo que el instinto y actuar de la forma justa es más valioso que los

ascensos, los reconocimientos y que esos estúpidos votos que juramos cuando nos entregan nuestra primera placa.

Oiana no respondió, permanecía observándole como si desease descubrir mucho más de aquel fuego que parecía arder dentro del teniente. Parecía asustada por lo que suponían aquellas palabras pero, a la vez, maravillada por la idea de tener ese carácter, esa firmeza y esa seguridad ante un caso tan complicado, llegando a estar dispuesto a perder el empleo (o la vida) por hacer lo correcto, aunque supusiera desobedecer órdenes y leyes.

—Casi seguro que oirás cosas sobre mí cuando regreses a España y recuperes el contacto con la investigación desde allí. Oigas lo que oigas... quiero que sepas que es todo cierto.

Pablo salió a caminar alrededor del hotel, necesitaba respirar aire fresco y estar un rato a solas; continuar junto a la chica le producía una serie de sensaciones que no controlaba, y eso le asustaba cada día más, ya que cada noche aumentaba su presencia en sus pensamientos. Oiana apartaba el caso de el fantasma de su mente para monopolizarla con una ambigua sensación a medio camino entre lo espléndido y lo ridículo. Una sensación olvidada desde su adolescencia y que le embriagaba entre remordimientos y deseos. Comenzaba a preocuparse y a pensar en cosas que antes nunca habría imaginado: «¿Qué haría Oiana cuando no trabajaba? ¿Le gustaría ir al cine, al teatro, a museos? ¿Leía libros? ¿Qué tipo de libros? ¿Qué películas le gustarían? ¿Tendría muchos amigos, novio, pretendientes? ¿Con quién viviría? ¿De qué color sería su pijama? Es una suerte que no haya visto el mío. ¡Maldita sea! ¿Por qué no traje mejor ropa cuando hice la maleta en Sevilla? ¿Sería Oiana tan simpática y amable con él si en lugar de un teniente de la Policía fuese su...?». Aprovechó para tomar una copa en un bar cercano, hacía años que no probaba el alcohol y su estómago vacío protestó. Fue entonces cuando vio en las noticias en directo el hallazgo del cuerpo sin vida del librero. Permaneció en silencio, tratando de olvidar los enormes ojos azules de la sargento y de concentrarse en traducir todo lo que podía sobre las declaraciones de la gendarmería y de la esposa afligida del fallecido. No conseguía descifrar ni la mitad de lo que hablaban. «Si no domino el inglés, ¿qué voy a saber del francés?», pensó, así que pagó la copa y volvió corriendo al hotel para pedir a Oiana que le tradujese toda la información.

La chica estaba haciendo la maleta con un semblante en su rostro aún más hundido y preocupado, se le notaba la lucha que mantenía en su interior por quedarse unos días más, aún teniendo que aceptar el castigo que el comisario le impondría, fuera el que fuese. Se giró al sentir la puerta a su espalda y su

semblante cambió, alegrándose al ver entrar de nuevo a quién creía ser Javier Balmaseda con esa actitud jovial y excitada, como un sabueso al creer haber vuelto a encontrar el rastro de su presa. Sin decir una palabra, el teniente cruzó a toda prisa la habitación, encendió el televisor y buscó un canal de noticias. Seguían dando la información, a modo de bucle, del fallecimiento más reciente y de impacto en la ciudad. La chica tradujo todo lo que comentaban las autoridades y los testimonios de la viuda. Pablo iba mostrándose cada vez más nervioso y no paraba de tomar apuntes sobre unos folios arrugados que siempre llevaba plegados en un bolsillo.

—Ha sido él, o ellos, seguro. Han sido ellos. —Le temblaban la voz y las rodillas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la chica.

—Todo lo que vemos y oímos compone un mosaico, o llámalo piezas de un *puzzle*. Imagina que esas piezas están todas ante ti, ¿tú qué ves, así por encima?

—Uf, yo veo un infarto de un tipo mientras paseaba y a su mujer llorando ante las cámaras.

—No, no me digas lo que ve todo el mundo, ya que es lo que han oído al presentador de las noticias. Me refiero a todo lo que le rodea, y también a las circunstancias. No te centres en lo que parece solo porque lo ha dicho un tipo de uniforme o un presentador guapo y trajeado. Observa todo el conjunto e investigalo, encaja las piezas del *puzzle* y dime lo que ves.

—Creo que tantos días casi sin dormir, pasando frío y buscando sin parar noticias de esas que tú llamas reveladoras, me han dejado el cerebro bajo mínimos. Me temo que tendrás que ilustrarme.

—Nada.

—¿Cómo? —Quedó extrañada y mirándole con intriga, abriendo la boca lo justo para que Pablo se pusiese un poco más nervioso. Igual que cuando tenía la manía de morderse el labio mientras le escuchaba hablar.

Pablo respiró hondo para centrarse y le respondió.

—Que nada encaja, ni una sola pieza encaja en la historia que tenemos ante nosotros. Esta es la noticia reveladora que buscaba.

—Y ahora viene cuando me lo explicas, ¿no? Porque sigo sin enterarme de nada.

—Debes analizarlo todo desde el origen, desde el comienzo de la historia.

—El momento en que le da el infarto.

—No.

—Cuando sale de la librería.

—Tampoco —Pablo hizo una mueca de desesperación y comenzó a adoptar un tono más condescendiente, cosa que no agradó mucho a Oiana pero que pasó por alto para oír su explicación. Era un privilegio aprender de un policía tan perspicaz, metódico y entusiasta—. El origen está en su casa, su hogar. Ese es el origen de toda persona, nada dice más de ti que el lugar en el que vives.

—Es una casa enorme y muy bonita, ya quisiera yo tener una así.

—Y todo el mundo. ¿Cuánto crees que costará una casa así, como la que se veía mientras la viuda lloraba ante la prensa? ¿Cuatro, cinco millones? ¿Quizá seis?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, supongo.

—¿Te parece lógico para un librero? Aunque venda ediciones a precios prohibitivos y especule con libros de coleccionismo, es mucha casa para un tipo que vende libros a turistas. Pero eso lo dejaremos a un lado, quizá su mujer sea rica o tengan herencias. Como no conocemos esos datos, lo aparcaremos como supuestos indicios irregulares. Claro que una casa así hay que mantenerla con impuestos, suministros, limpieza, climatización, etc., y ahí volvemos a los ingresos que tengan.

Oiana asentía con la cabeza mientras ordenaba la información que Pablo exponía.

—Lo siguiente es el paseo. El tipo termina de trabajar y se marcha a dar un paseo. ¿Lo ves lógico?

—Bueno..., mucha gente pasea de vuelta a casa.

—Sí, pero observa las circunstancias del paseo. Es de noche y hace frío y humedad, es un tipo mayor que estará cansado después de un día de trabajo, su mujer dice que solía volver siempre directo a casa tras el trabajo, su casa está en dirección opuesta al lugar donde ha sufrido el supuesto infarto, su mujer dijo que padecía de reuma, ¿quién pasea por un río de noche y en invierno cuando padece de reuma? ¡Y en dirección contraria a su casa!

—Sí. Visto así, suena todo demasiado extraño. Creo que empiezo a comprenderte.

—¿Has oído dónde ha sufrido el infarto? ¿No te parece demasiada casualidad que haya ocurrido bajo el puente más oscuro de la zona? La gendarmería ha dicho que —Pablo tomó sus apuntes para repetir las palabras exactas—: «Se descubrió el cuerpo de pura casualidad, mientras una pareja de turistas paseaba de vuelta hacia su hotel, ya que la completa oscuridad bajo el puente impedía ver el cadáver hasta que alguien tropezase con él». ¿No te

parece mucha casualidad que te dé el infarto justo en la zona más oscura de todo el río? Ya podría haberle sucedido bajo una de las farolas.

—Fue un asesinato.

—Eso es lo más obvio, no cabe ninguna duda. Pero todo lo que te he expuesto era para que vieses lo demás.

—¿Lo demás? ¿Hay más aún?

—Claro que sí. Lo más importante de todo: que ese tipo tenía de librero lo que tú y yo de vendedores de aspiradoras. Haz un recuento de toda la información. Entre la casa y sus actividades nocturnas, me queda más que claro que el librero escondía muchos secretos.

—Pero el infarto...

—Esa es la parte más fácil de todas. Podría hacerlo cualquier tipo fuerte que le agarrase con firmeza y le impidiese respirar con guantes o un trozo de tela para no dejar huellas.

—Y el forense no se complicaría la vida —añadía ella con entusiasmo—. Un cuerpo sin ninguna señal aparente de violencia, de un tipo mayor, sin testigos que hayan visto a nadie a su lado... Lo achacaría a un infarto.

—¡Premio! A una persona mayor que fallece sin indicios de violencia ni petición de autopsia por parte de sus familiares, no se le realiza ningún examen.

—¿Y por qué tendría que haber sido cometido precisamente por nuestra pareja de asesinos?

—Porque él es un experto en eso de asfixiar o ahogar a sus víctimas, porque lo ha hecho rápido y haciéndolo parecer un accidente, porque ha engañado a la policía, porque están en París, porque el tipo ese que ha muerto es un pez gordo de algo que requiere una tapadera y... y porque se han encendido todas las luces en mi cabeza, la intuición nunca falla.

La chica sonreía al verle tan alegre como un colegial el primer día de las vacaciones.

—Me gustaría pedirte un favor antes de que te marcharas. Ya que controlas tan bien el francés, ¿podrías llamar a las agencias de alquiler de coches de los aeropuertos para preguntar por quien haya alquilado una berlina de tamaño medio y de color gris? Audi A4, Passat, Laguna, Exeo... Aunque mejor céntrate en un Citroën C4 o C5, y en el Renault Laguna o Fluence.

—¿Por qué esos coches y en el aeropuerto? —respondió mientras tomaba el teléfono móvil que Pablo (Javier para ella) había comprado al llegar a Francia.

—El gris es el color más discreto para pasar desapercibido, querrán una berlina para viajar cómodos y con maletero, tener potencia para una fuga y un tamaño y peso suficientes para embestir o soportar la embestida de un coche patrulla. Y el aeropuerto porque es el sitio donde menos se fijan en tu cara los empleados de las agencias de alquiler.

—Vaya, eso es de manual de agente secreto, como mínimo.

—No te imaginas lo listo que es ese cabrón. Es tan discreto que resulta invisible. No te apodan el fantasma por casualidad.

«¿Qué estás haciendo, hijo de puta? Estos no son asesinatos típicos de un depravado como tú. Estás haciendo algo a gran escala y quiero saber qué es. Y no sé si te has vuelto torpe, perezoso o estás improvisando, pero el reguero de muerte que dejas no está siendo tan invisible como crees. Te acabaré cazando aunque sea lo último que haga en mi vida».

Pablo sonreía ante el rastro que acababa de recuperar. Si la chica obtenía un resultado positivo en la búsqueda del aeropuerto, podría acercarse más a Alfil sin que este lo sospechase siquiera. La observó mientras hablaba en francés, haciéndose pasar por gendarme, para consultar por los alquileres que se hubiesen efectuado esa misma noche.

—¿Qué crees que hará esa pareja después del asesinato del librero? —preguntó ella, tapando con su mano el auricular del móvil mientras esperaba a que su interlocutor revisase su registro de alquileres.

—Salir del país.

—¿Estás seguro de eso?

—Fueron a Madrid y acabaron con el tipo del callejón. Ahora han matado al librero, están cumpliendo alguna especie de misión. No son personas elegidas al azar, cada uno está en una ciudad de un país, son personas con tapaderas, el tipo de Madrid iba sin documentación y armado. No sé qué están haciendo ni por qué, pero estoy seguro de que ahora mismo se están moviendo hacia otra ciudad, o incluso otro país.

Pablo evitaba hablarle de Jack Hollow (o como se llamase el falso agente de la Interpol) porque sería imposible mencionar su presencia sin delatarse a sí mismo. Eso significaría perder a la chica como ayudante, además de alejarla definitivamente de su lado. Algo que le angustiaba más a medida que la iba conociendo.

—Pues tendremos que ponernos en marcha rápido para atraparles.

—¿Cómo dices? ¿Ya lo tienes?

—Soy eficaz, después de todo, ¿no?

—Eres mucho más que eso, eres esa maravillosa luz que se ve al final del túnel. A ver...

—Empresa Hertz, en el Aeropuerto Charles de Gaulle, un Citroën C5 gris, alquilado por una chica joven y hermosa que pedía ese modelo en concreto y de ese color o se marcharía a la ventanilla de otra agencia si no disponían de él.

—¿Tienes la matrícula?

—¿Por quién me tomas? Claro que sí.

El guiño de ojos hizo ruborizarse a Pablo. Era la primera vez que se sentía tan atraído por una policía, de hecho, por una chica en general.

—¿A qué esperas? Haz la maleta, tenemos prisa.

—Pero, ¿no ibas a regresar a Navarra?

—¿Estás loco? Un buen policía es aquel que olvida el reglamento para seguir su instinto y actuar de la forma más justa. Eso lo aprendí del mejor policía que conozco. —Oiana sonrió exultante de vida y de ganas por seguir en el caso.

No cabía duda, Pablo se estaba enamorando.

La sargento seguía jugándose un arresto, una más que posible estancia en la cárcel y perder la placa de por vida, aparte de meter a España en un conflicto diplomático, al hacerse pasar de nuevo por gendarme y pedir a la central de tráfico de París el seguimiento del coche en el que se fugaban Alfil y Davina. Aunque los resultados estaban siendo mejor de lo esperado. Escapaban por la A1, así que no cabía duda de que se dirigían a Bélgica. Pablo sabía que no excederían en ningún momento el límite de velocidad para pasar desapercibidos y no tener que enfrentarse con los gendarmes, así que ellos podrían seguirles a más velocidad, arriesgando su situación para ganarles terreno.

—¿Está seguro de que podemos salir de Francia con este coche alquilado? —preguntó Oiana.

—Sí. No te preocupes, ya lo devolveremos a la vuelta o buscaremos una oficina de la agencia de alquileres en Bélgica.

—Siento que el tuyo se estropeease, aunque no debimos dejarlo aparcado en medio de la calle, podíamos haber llamado a una grúa o a un taller mecánico.

—Ya tenía muchos años y estaba pensando en cambiarlo, así que no pasa nada. Ya miraré luego qué hago con él, si es que sigue estando donde lo

aparcamos. ¿Tienes alguna novedad de tráfico?

Pablo desvió la conversación para no hablar más del coche que había robado en Madrid y abandonado a los pocos kilómetros de entrar en Francia. Por suerte, le quedaba bastante dinero del efectivo que el supuesto agente de la Interpol manejaba, y fue más suerte aún que pudiera recuperarlo, cuando huía, del bolsillo de la chaqueta de su cadáver.

—No te lo he comentado —dijo Pablo para tratar de entablar una conversación informal con Oiana, aunque le temblaba la voz—, pero siempre me ha gustado el norte... Ya sabes, tu tierra... aunque no la conozca. Apuesto a que se vive y se come muy bien. No sé si llegaría a acostumbrarme a vivir allí. —Lo había dicho sin pensar y se avergonzó en el acto de ello.

—No sé —respondía ella sin saber muy bien qué decir—. Supongo que el sur tendrá un clima y una gastronomía fantásticas también. Seguro que Sevilla es preciosa.

—No te lo imaginas —respondió rápido y orgulloso—. Si algún día quisieras verla, me encantaría guiarte y enseñarte los rincones más bonitos, los sitios donde comer mejor, darte un paseo por el Guadalquivir en barca y disfrutar de una tarde por el Real de la Feria sobre un precioso caballo.

—Eso quizá no, no me gusta que se usen animales para el ocio. Pobres caballos, allí pasando calor durante horas solo para que el abusivo dueño se lleve un dinero a casa. No pienso montar a caballo nunca. Espero que no te gusten los toros.

—¡Pues claro que no! ¡Qué barbaridad! —respondió Pablo avergonzado y sin saber qué más decir sin meter la pata.

Continuaron el viaje en silencio durante más de una hora.

Las carreteras estaban casi vacías a esas horas de la madrugada y ya no nevaba ni llovía, así que pudieron acelerar después de avisar a la central de tráfico que el Peugeot 208 negro con matrícula DC-591-NH era el que conducían ellos: unos gendarmes de incógnito que perseguían a unos sospechosos de un atraco. De ese modo evitaron ser perseguidos o detenidos en controles de carretera. Pablo tocó madera para poder llegar a Bélgica antes de que comprobasen la mentira y les arrestasen, Oiana también se metería en un lío al haber dado, para conseguir más veracidad, los datos de dos gendarmes de Ainhoa amigos suyos. Si comprobaban esos números de placa con la gendarmería de aquel pueblo, se llevarían una sorpresa al comprobar que los verdaderos gendarmes seguían en la bella localidad del sur de Francia.

A cien metros de distancia del Peugeot del teniente sevillano, un Ford Mondeo blanco con matrícula de España se mantenía a una distancia prudente para no delatar su posición. Dentro del coche viajaban otros dos tenientes, Javier Balmaseda y Luis Irurzun. Horas antes, justo cuando estaban a punto de irrumpir en el hotel donde se hospedaban Pablo y Oiana, Javier consiguió más tiempo suplicando a la central de Madrid. Ahora disponían de unos días más, aunque aquello estaba llegando al límite.

—¿Estás seguro de que no están escapando? Van a más de ciento ochenta por la autopista —apuntó Luis.

—Ya viste los informes desde la gendarmería, persiguen a un Citroën C5 gris. Te dije que tuvieras fe. Cuando los asesinos pasaron por el control de Ainhoa, les sacaban varias horas de ventaja, ahora ya están a su espalda; y eso que encontrar en París a un desconocido debe de ser una odisea, más aún sin conocer la ciudad, el idioma... Este tipo es muy bueno y acabará atrapando a los asesinos.

—Eso no quita que se esté haciendo pasar por ti para engañar a una sargento de la Policía Foral y usarla para cometer el delito de hacerse pasar por gendarme francés. Esto es todo demasiado raro.

—El procedimiento solo se compone de pautas de comportamiento. Un buen policía debe buscar su intuición y elegir su propio camino si con él logra detener a los delincuentes. Con un procedimiento regular, los dos asesinos no serían atrapados en años, quizá nunca. Tú confía en mí.

—¿Yo? Los que confían en ti son los ilusos de la central de Madrid. Sin su apoyo no tendríamos la cobertura de la policía francesa. Ni siquiera me creo que yo haya sido tan idiota de seguirte en esta absurda misión.

—Venga tío, no me digas que estarías mejor en aquella aburrida comisaría de pueblo. Estás viendo mundo y con todos los gastos pagados, no pongas esa cara.

El rostro del teniente Irurzun no podría ser más hostil, aunque una parte de él se alegraba de estar viviendo una aventura que le había sacado de la rutina en la que llevaba estancado los últimos seis años. En ese momento pensó en la cara de su hijo cuando le contase todo aquel periplo.

—Otro mensaje. Déjame ver... Ya tenemos los datos del vehículo al que siguen.

—Perfecto, esperemos que las cámaras de tráfico les vayan situando y controlando durante todo el camino para no perderlos, ni a Pablo ni a los fugados que persiguen.

—Yo lo que espero es que no nos matemos a esta velocidad.

Javier rio al ver a su compañero tan asustado. Se sentía vivo por primera vez desde hacía años, ahora era ese policía de las películas americanas o de los videojuegos que siempre había soñado ser. Y todo se lo debía a Pablo, le debía el haberle abierto los ojos, y tanto era su agradecimiento que puso su placa y su arma sobre la mesa del comisario en cuanto tuvo la oportunidad. Se marcó el mayor farol que podía usar, el de su carrera y su puesto en la Policía. Quería usar a Pablo como agente de avanzadilla en la investigación, dejando que permaneciese huido y usando su identidad, para que el mejor policía que conocía le llevase hacia la pareja de asesinos de Chueca. El comisario no tuvo más opción que concederle unos días, durante los cuales no se filtraría la información sobre la identidad de Pablo Aguilar ni se cursaría su orden de detención a nivel nacional e internacional, dando margen de actuación al encargado del caso, el propio Javier.

—¿Por qué no pedimos una orden de arresto sobre los fugados en el Citroën C5?

—Porque desaparecerían antes de que se acercase ninguna patrulla, esos dos no son aficionados, y no queremos que acaben con la vida de más policías ni de otros inocentes durante la persecución.

—¿Tan seguro estás de que ese policía amigo tuyo logrará capturarles?

—Confío en él, y en lo que a mí respecta, estamos aquí para ayudarlo cuando esté más cerca de ellos. Además, me dijiste que iba con la mejor policía que conocías, así que juntos ganan en opciones. Quizá acabemos aprendiendo de los más jóvenes.

—¿Eso debería hacerme gracia?

Capítulo 15

El suelo amarillo del bulevar De Keyserlei, casi dorado en su afán de mostrar el lujo y esplendor de la famosa calle de los diamantes, quedaba atrás con sus rabinos escondidos tras gruesos monóculos y los turistas babeando ante los escaparates de sus tiendas, cuando la majestuosa Estación Central de Amberes aparecía ante los ojos de Alfil. El reloj del frontal barroco marcaba las ocho y cuarenta y siete de la mañana, el chico giró a la derecha y, allí mismo, en la puerta del Hotel Leonardo Antwerpen, encontró a Davina esperando en el interior de un Mini negro con los cuatro intermitentes encendidos. Parecía que todo iba como lo habían planeado.

La cara de la chica tornó en una mueca de sorpresa al ver pasar de largo a Alfil sin siquiera mirarla, algo raro ocurría. Buscó el motivo de esa actitud en los espejos retrovisores, pero solo pudo ver la espalda del chico mientras se alejaba del coche. Frente a ella, a unos veinte metros de distancia, dos sombras aparecieron tras la esquina, acercándose por momentos a su presa. Volvió a los espejos y observó a Alfil cruzar la calle y adentrarse en la plaza que queda a la derecha de la estación, para acabar luego sumergido en el mar de árboles del parque que da acceso al Zoo, aún cerrado a esa hora. Davina esperó a que los dos perseguidores pasasen por su lado y apretaran el ritmo para perseguir a la carrera a Alfil por el parque. Encendió el motor del coche y giró en la calzada para colocarlo en sentido contrario, allí se apeó y comenzó la persecución de los dos tipos que seguían a Alfil.

Al entrar en el parque, la sensación fue como la de atravesar una puerta entre dimensiones, ya que el silencio, la soledad y la escasa luz que dejaban pasar la densa vegetación y los altos árboles, golpeaba de lleno a quien se adentraba allí antes del horario de apertura del Zoo, que quedaba a la derecha y oculto tras el enorme edificio de la Estación Central. El leve aumento de la humedad y el descenso de la temperatura también afectaban a sus sentidos, como el cantar de cientos de pájaros que transportaban a una jungla en pleno

centro de la ciudad, pero todo aquello no distrajo a Davina ni impidió que viese como los dos tipos, vestidos de negro y a unos veinte metros de ella, se detenían, confusos, al haber perdido la pista de Alfil. Un silbido casi inaudible precedió la muerte de uno de ellos, que cayó al suelo con un agujero de bala en mitad de su frente, el otro sicario asió su pistola con ambas manos y se ocultó tras un árbol. Davina lo seguía observando todo desde la distancia y tras unos matorrales.

El tipo miraba asustado en todas direcciones, no sabía dónde se escondía la que hasta hace dos segundos había sido su presa. Sintió con pesar que habían cambiado los roles. El crujido de unas ramas a su derecha le hizo reaccionar, era un error que Alfil podría pagar con su vida. El sicario apuntó su arma hacia ese lugar pero no vio nada ni a nadie, hasta que sintió el golpe seco en su antebrazo, el arma cayó al suelo y pudo ver que Alfil había aparecido por el lado opuesto al crujido de ramas. Todo había sido una trampa y había caído como un simple novato. Le lanzó un rápido puñetazo a la cara, luego dos más, era imposible que alguien se moviese tan deprisa. A pesar de su formación en combate y de mil peleas por trabajo o placer, aquel chico parecía sonreír mientras le esquivaba sin la más mínima dificultad. Luego todo se nubló. Un directo a la mandíbula le había hecho temblar las muelas del juicio y las rodillas. Y, sin que Alfil lo esperase, se hizo un silencio inesperado.

—¿Qué coño has hecho? ¿Por qué le has matado?

Davina aparecía entre los árboles con su arma humeante en la mano. Acababa de disparar al tipo cuando Alfil ya le había derribado de un puñetazo.

—Solo trataba de ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿En qué momento pensaste que necesitaba ayuda?

—Bueno, yo...

—Le necesitábamos para sonsacarle información. No podemos matar a estos agentes y sicarios sin antes interrogarles.

—Lo siento, no pensé que...

Una bala pasó a milímetros de la mejilla de la chica y se incrustó en el árbol de su izquierda. Alfil y ella se giraron y vieron aparecer a otros cuatro agentes o sicarios, dos desde la puerta del Zoo y los otros desde el interior del parque. La pareja disparó de forma indiscriminada para cubrir su huida corriendo. Llegaron al coche y salieron a toda velocidad hacia el norte.

El tráfico empezaba a intensificarse formando un leve atasco al final de la calle, a consecuencia de ello, los sicarios tuvieron tiempo de montar en dos

coches y acercarse peligrosamente. Giraron a la derecha para tomar la amplia Avenida Carnotstraat hacia el este. Allí, zigzagueando entre los numerosos carriles, el pequeño y potente Mini empezó a ganar distancia. Los dos Audi A5 grises, con algo más de potencia pero mucho más grandes y pesados, iban quedando frenados por el tráfico.

—Vaya, ahora entiendo por qué alquilaste este coche.

—La teoría sobre el tamaño, en cuanto a los coches de carreras, es contraria a lo que seguro estabas pensando. —Alfil parecía bromear, pero se guardaba para más tarde la conversación que inició tras liquidar la chica al agente en el parque.

La siguiente calle a la derecha era Ommeganckstraat, que bordeaba el Zoo y el parque por el lado contrario a la calle de la estación. Allí tenían una recta muy larga en la que sus perseguidores podrían ganar algo de terreno. Esa era la idea, Alfil había callejeado durante toda la mañana por la zona para memorizar cada calle, junto al grado de dificultad y capacidad del coche para girar en cada curva, con el fin de crear una coreografía perfecta en la que ir poniendo trampas a sus posibles perseguidores. No había mucho tráfico, aún así decidió no usar toda la potencia del pequeño John Cooper Works. Al llegar al final de la calle, con los dos Audi tan cerca de su paragolpes que podía distinguir perfectamente las caras de sus ocupantes a través de los retrovisores, tiró del freno de mano y giró a la izquierda, en una curva de horquilla que se adentraba en Provinciestraat. El Audi más cercano se encontró la maniobra de repente y no tuvo tiempo a reaccionar, chocando contra la bella fachada de ladrillos rojos de un edificio estatal, medio vehículo entró a través de un gran ventanal en el edificio, arrastrando consigo a una bicicleta que estaba apoyada en la fachada. El segundo Audi pudo reaccionar y frenar a tiempo para continuar con la persecución.

—Guau, no imaginaba que se podía hacer esto con un coche, y a esta velocidad.

—Quizás algún día volvamos a Madrid y te lleve a dar una vuelta con la preciosidad que tengo allí guardada en el garaje.

Llegó al final de la calle y, sin frenar siquiera, entró de nuevo en la avenida Carnotstraat, pero girando hacia la izquierda para tomarla en sentido contrario, allí estuvo a punto de estrellarse contra un camión de reparto y un turismo. El Audi logró pasar también por la curva sin sufrir ningún accidente y se acercó al Mini. Ambos aceleraron durante unos sesenta metros, los que tardó Alfil en volver a tirar del freno de mano y entrar en Congresstraat. Su perseguidor, atento a sus movimientos, le siguió sin dificultad.

—Ese es mejor conductor que el otro, costará un poco más despistarlo.

—¿Tienes alguna idea? —respondió ella.

—Alguna hay.

Justo al comienzo de la calle, a la izquierda, estaba el *parking* del Congreso. Un policía salió gritando de su pequeña garita en cuanto vio atravesar a los dos coches la débil barrera de seguridad. Sacó su arma pero quedó inmóvil, como quien no sabe cómo reaccionar ante una situación límite a la que jamás se ha enfrentado ni ha pensado que ocurriría en su vida. Dos docenas de vehículos diseminados por el aparcamiento sirvieron para que Alfil se divirtiese con el freno de mano mientras el Audi iba golpeando cada coche y destrozando su carrocería. En el extremo opuesto estaba la salida del lugar, con otro policía que permanecía con la boca abierta mirando como dos locos jugaban a las carreras en una zona restringida y con vigilancia máxima. El Mini atravesó la barrera de madera haciéndola añicos, giró a la derecha en Bisschopstraat y aquella locura de persecución aumentó a un nivel que Davina, agarrada al asiento como podía, ni hubiese imaginado.

Los doscientos treinta caballos empujaban sin piedad al pequeño Mini por una calle en la que circulaban en sentido contrario. Alfil hacía chirriar al límite los neumáticos de competición mientras trataba de esquivar a los coches que, torpe e impredeciblemente, maniobraban al verle llegar hacia ellos. Ni en sueños podría el conductor del A5 acercarse a ese nivel. Pero cuando la pareja se veía ya a salvo, Alfil observó en el retrovisor de su derecha una escena dantesca. El Audi había pasado a la amplia acera y, a los peatones que no lograban ponerse a salvo saltando ante el coche, los atropellaba brutalmente. Y se estaba acercando a ellos.

—Joder, ese tío está loco —gritó la chica al ver cómo atropellaba incluso a niños, cuyos cuerpos saltaban por los aires.

Alfil no respondió, estaba concentrado en su tarea de no chocar de frente con los coches que esquivaba, eso sería mortal. Y por supuesto que aceptaba el reto, si ese asesino despiadado quería jugar al máximo nivel, se llevaría una sorpresa que no esperaba.

Lo que tenía en mente era la última salida contemplada durante su paseo matinal. Hacía unas horas había pasado por allí y había visto aquel pasaje con una sonrisa macabra. «Habría de estar más loco que Victor para usar esta vía de escape, a pesar de eso, me la apunto como última opción», pensó cuando vio aquel lugar. Ahora se dirigía hacia allí con la intención de demostrar quién conducía mejor, quién había elegido el mejor coche, quién estaba

dispuesto a asumir más riesgo por conseguir su objetivo... y quién estaba más loco.

—¿Pero qué coño haces? —fue lo único que pudo decir Davina antes de agarrarse al salpicadero y al techo del coche como acto reflejo, luego gritó como nunca lo había hecho en su vida.

Alfil había llegado a un cruce de calles del que salía un desvío que comunicaba el barrio alto de Amberes con la zona baja, la que se inundaba con las crecidas del mar cada año. Un entramado de calles en un barrio parecido a Montmartre en París, la zona de la famosa basílica del Sagrado Corazón. En medio de aquel descomunal desnivel se abría un acceso en forma de escaleras infinitas y con una gran pendiente, lo más parecido a un acantilado vertical, un camino infernal que atormentaba a los peatones que sufrían de vértigo y que destrozaba las piernas de quienes lo subían peldaño a peldaño. Algo impensable para bajarlo con un coche, al menos si se habla de un conductor cuerdo.

Más de doscientos escalones en tramos de veinte fueron testigos mudos de cómo los dos coches se lanzaban al vacío, dejando que la gravedad les empujase con fuerza y violencia, mientras la inercia de los motores aumentaba aún más la locura en la que se habían metido y la pericia de los pilotos jugaba el papel más importante para salvar sus vidas.

Trozos de plástico y de aluminio saltaban por los aires entre los estruendos que provocaban los coches al golpear cada tramo de escaleras. Tanto el Mini como el Audi iban desintegrando sus carrocerías, deformando sus chasis y reventando los neumáticos en una escena que en nada se parecía a la pantomima que las películas muestran sobre coches que hacen barbaridades quedando intactos tras ellas. Alfil trató de mantener la dirección en todo momento y de permanecer consciente, para eso había desactivado los airbags en el ordenador de a bordo ante los gritos de Davina cuando le vio hacerlo. No les quedaba una sola ventanilla por romperse, por lo que visualizaron perfectamente las caras de los viandantes que se apartaban de un salto al verles, funestas máscaras que quedaron como último recuerdo.

Tras la oscuridad y el silencio, ecos de fondo, como si aún continuasen en un sueño, comenzaron a oírse tras la calma que supuso llegar al final de aquel infernal pasadizo; con un golpe seco que supuso un estruendo tal, que ocultó el sonido de las sirenas cercanas de la policía. Alfil bajó del coche aturdido, el mareo le hacía caminar con dificultad pero era consciente de que no tenía ningún hueso roto. Sacó su pistola con silenciador y disparó dos veces. Los dos agentes o sicarios, que permanecían dentro del amasijo de hierros que

minutos antes fue un Audi, murieron sin saberlo, estaban inconscientes por el golpe de los airbags en sus rostros.

Alfil tardó un minuto y medio, mucho más de lo habitual, en forzar la cerradura de un Seat León rojo que estaba aparcado a su lado y arrancar luego el motor. Aún no había engranado la primera marcha cuando Davina entró y se sentó en el asiento de al lado. Comprobó que la chica sangraba por una herida en su ceja, parecía algo aturdida y se dolía de una rodilla, pero no sería peor su aspecto del que luciría él mismo. Salió de la zona para poner tierra de por medio entre ellos y la policía, o el resto de sicarios y agentes que minaban la ciudad en su busca.

El pitido del oído le impedía casi oír el motor del coche y las sugerencias de la chica, notaba que sus reacciones ante los giros de volante y al pisar los pedales se hacían más lentas de como estaba acostumbrado, pero sabía que pronto esa situación desaparecería. Veinte minutos más tarde habían abandonado el casco histórico de la ciudad para adentrarse en barrios residenciales que contaban con amplios jardines, vacíos de niños y adultos a esas horas de la mañana de un día laboral. Alfil eligió una calle estrecha y completamente desierta para frenar y apagar el motor.

—¡Joder, qué pasada! ¡Estás loco! Jamás en toda mi vida hubiera imaginado que se podría conducir como lo haces tú. Y ese salto por las escaleras sin fin... Ni en la película *Ronin* hubieran soñado Robert De Niro o Jean Reno con una escena así. —Davina parecía recuperada, al menos mentalmente.

—Déjate de chorradas y empieza a hablar o tendré que hacerte daño. —La cara de Alfil mostraba un semblante que ella aún no conocía y que le hizo recordar de golpe el historial de asesinatos a sangre fría que acumulaba el chico.

—¿Cómo? No entiendo —dijo ella a duras penas. La presión de los brazos de Alfil sobre su cuello, su especialidad, la impedía casi pensar.

—¿Por qué lo mataste?

—¿Qué dices? Me haces daño. No sé de quién me hablas.

—El tipo en el parque, tras la Estación Central hace unos minutos, le tenía controlado, desarmado y listo para interrogarle, luego llegaste y le volaste la cabeza de un disparo. ¿Por qué? Pudiste matarle antes con un tiro limpio, ¿por qué no lo hiciste entonces pero sí cuando yo le tenía listo para hacerle hablar?

—Te vi matar al primer agente cuando os seguía —hablaba con mucha dificultad, apenas podía respirar y las lágrimas recorrían su rostro—, luego tuve a tiro al segundo sicario y disparé, pero no pude hacerlo antes, árboles y

matorrales me impedían la visión. Además, dijiste que teníamos prisa por salir de allí y no pensé, solo actué.

—Eso nos lleva a la segunda pregunta vital del día: ¿Cómo llegó un equipo de dos agentes o sicarios, y luego otro más de cuatro, al lugar en tan poco tiempo? Hemos eliminado a Lebrouc y a todos sus escoltas de un modo muy limpio, y solo quince minutos antes había revendido los diamantes que usamos en París. Nadie salvo tú y yo sabíamos dónde estábamos. ¿No te parece demasiado casual?

—Me estás haciendo mucho daño...

—Y no imaginas cuánto más te haré si no respondes a mis preguntas de la forma adecuada.

—Mátame, si es eso lo que quieres, pero te recuerdo que yo también quiero acabar con ellos.

—Eso no me sirve.

—Pudo ser el vendedor de los diamantes. Esos usureros cobran por todo, incluso por actuar de ojos y oídos de los peces gordos como Le Conn o Lebrouc.

—Pero ese vendedor me lo recomendaste tú. —Alfil apretó con más fuerza y notó como los ojos de Davina se inyectaban en sangre, pugnando por salir de sus órbitas; había visto ese efecto muchas veces antes en otras chicas. Ese recuerdo provocó unos deseos que clamaron por volver a tomar el control de sus actos, así que tuvo que librar una terrible lucha por contenerlos y no acabar con la vida de su acompañante.

—Eres Alfil —dijo ella cuando parecía que se desmayaría antes de perder la vida.

—¿Cómo?

—Eres Alfil, no tu abuelo... no eres un monstruo... —Sus ojos se entrecerraron y la presión de su brazo izquierdo cesó sobre el antebrazo del chico.

Dejó de apretarle el cuello al sentir que toda la tensión había terminado y sus manos temblorosas acariciaron las mejillas de la chica, ya inconsciente. Comprobó sus constantes vitales, agradeciendo saber que continuaba con vida y que respiraba sin dificultad. Luego la acomodó en el asiento y quedó helado al contemplar su mano derecha. Davina sostenía su arma, con la que había estado apuntándole todo el tiempo. Podría haberle matado con solo apretar el gatillo, pero no lo había hecho a pesar de perder el conocimiento bajo sus manos. Había preferido morir antes que matarle.

Arrancó el coche y salió de la ciudad.

«—Tu mente tratará de engañarte en esos momentos. Creerás que todo esto que hemos hablado ahora no era lo acertado, lo lógico o real, ya que va en contra del veneno que el amor estará inyectando en ti. En una relación, el que está más enamorado es el que peor lo pasa, el que lo da todo por el otro es quien acaba perdiendo en la batalla que supone enamorarse. Esa chica podrá hacer contigo lo que desee, no permitas jamás que nadie dirija tus pasos. Nadie».

¿A quién se refería su abuelo con «acabar perdiendo la batalla que supone enamorarse»? Porque era Davina la que estuvo dispuesta a morir. Su formación, su mundo, todo su dogma se tambaleaba al comprender que las enseñanzas de su abuelo podían tener varias interpretaciones, puntos de vista, o estar equivocadas...

La oscuridad lo envolvía todo cuando despertó, solo un reducto azulado del crepúsculo entraba por la ventana de lo que parecía y olía como una habitación de hotel. Las sábanas eran muy suaves y la almohada desprendía un aroma mezcla de lavanda con el perfume de Alfil. Eso la hizo sonreír, a pesar de sus últimos recuerdos. Al fondo, y quizá aún fuera parte de un sueño que no la hubiera abandonado del todo, oía el murmullo de gente riendo y del cauce del agua. Al continuar observando lo que la rodeaba, pudo verle allí sentado, Alfil la miraba debatiéndose entre la ternura y la preocupación, esta última pareció desmoronarse al verla abrir los ojos. Ella notó un vacío en su mano derecha, ya no sentía lo último que recordaba, el frío y duro tacto de su nueve milímetros y su lucha por no usarla contra él. Se incorporó con dificultad y apoyó la cabeza en el cabecero de la cama, emitiendo un gruñido de dolor.

—Son consecuencia de los golpes —dijo Alfil—. Las magulladuras tras aquella persecución y la caída final por las escaleras nos pasarán factura durante unos dos días más.

Davina intentó hablar pero solo salió un estertor ante el que Alfil pareció encogerse y hacerse pequeño sobre la silla.

—Me temo que eso es culpa mía —murmuró—. Apreté demasiado fuerte.

—No pasa nada, me lo merecía —respondió ella en un susurro casi inaudible.

No hubo más conversación. La chica cayó durante otras dos horas en un profundo sueño. Mientras, Alfil daba vueltas a esas palabras: «Me lo

merecía». No, no se lo merecía, nadie se merece un castigo físico por sus actos... Davina había reaccionado como un perro al que han apaleado demasiadas veces, eso no era bueno para ella, no es bueno para nadie. Se frotó la cabeza con brusquedad, necesitaba pensar con claridad. Su mente aún seguía sumida en la partida de ajedrez que había supuesto aquel momento en el coche. Ella no le mató a pesar de que él apretó su cuello con intención de acabar con su vida. ¿Por qué no lo hizo?, se preguntaba. Quizá confiaba tanto en el cariño que había logrado de él como para saber que no la mataría, que aflojaría antes del final, pero eso no justificaba que tuviese el arma en la mano. Quizá no pudo matarlo porque sentía algo por él que escapaba a su entendimiento, ya que estaba completamente seguro de que nadie da su vida por otra persona. Eso, al menos, es lo que la experiencia le había indicado con crueldad a lo largo de su vida. Quizás aquello era una prueba. Quizá no tuvo tiempo de quitar el seguro del arma. Quizá...

Durante horas había reflexionado sobre cómo enfrentarse a ella, pero no había llegado a ninguna conclusión, ya que no estaba seguro de su reacción y su inseguridad dominaba sus pensamientos. No sabía cómo afrontar la situación cuando ella despertase, no sabía si mostrarse gentil y lleno de alegría, o agresivo e intimidatorio, o desvalido y suplicante.

«Cuidado Alfil —se dijo a sí mismo—, los muros que levantes para protegerte de ella serán los mismos en los que quedarás encerrado».

Pero Davina, al despertar de nuevo, se limitó a saciar en silencio su apetito con un tazón de sopa que él le fue dando con acogedora y familiar paciencia desde el borde de la cama. Parecía recuperar las fuerzas y el tono rosado de su piel, aunque el cuello seguía mostrando el amargo recuerdo púrpura. Debería taparse con un pañuelo o jersey si no quería llamar demasiado la atención al salir del hotel. Tras terminar la cena, su mirada comenzó a lanzar cuestiones cuya respuesta conocía Alfil.

—Lebrouc está muerto, igual que sus escoltas, también los dos tipos del parque y los dos del segundo Audi; los del primero chocaron pero seguro que les volveremos a ver. Ahora nos queda el segundo lugarteniente y todo habrá acabado. Este lugar es seguro, un hotel de tres estrellas donde no he usado ni siquiera mi identidad falsa ni han puesto pegas a que entrases «dormida» en mis brazos. Eso nos ha costado quinientos euros extra, más otros seiscientos de un coche alquilado, nuevo y rápido, para tener listo en el *parking*. Estamos cerca, pequeña, muy cerca.

Ella lanzó una sonrisa de gratitud que pesó como el hormigón sobre el alma culpable de Alfil. Cerró los ojos y musitó con un hilo de voz ronca:

—En unas horas estaré como nueva y saldremos de aquí.

—No digas tonterías y duerme, no hay prisa. —La besó en la frente y acarició su mejilla.

—No podemos perder tanto tiempo, nos acabarán descubriendo y atacando. Aparte, el número tres podrá escapar y nos llevaría semanas encontrarle de nuevo.

—Eso no importa ahora. Descansa. Es una orden, soldado.

Davina oyó las palabras, aquellas que su padre le decía cuando tenía diez años y jugaban a la guerra, aquellas que le repitió horas antes de morir en un atentado, aquellas que volvió a pronunciar su madre un año después para convencerla de que se prostituyera, siendo aún una niña, y así poder comer y dar alimento a su familia.

Y cayó dormida de nuevo.

La humedad del mar, algo lejana pero aún así presente, entraba por los balcones, altos y mucho mejor engalanados que los del hotel que recordaba vagamente durante su misión en Amberes. El olor a flores y el murmullo del paso de barcas por algún río cercano la reconfortó. Estiró brazos y piernas como una niña pequeña que se despierta tarde tras una siesta de domingo en el sofá y junto a sus seres queridos. Se incorporó y entonces le vio de nuevo, seguía sentado a su lado como si velase por ella, como si expiara su culpa.

—Ya no estamos en Amberes —susurró como si no quisiera despertar a quienes durmiesen cerca.

—Cerca, muy cerca —respondió Alfil.

—Dame pistas —pidió con una sonrisa en los ojos.

—Una ciudad cercana a Amberes y Bruselas, pequeña pero suficientemente conocida, con canales más hermosos que Venecia y más tulipanes que Holanda; y me temo que con demasiados turistas...

—No caigo, pero creo que huele igual que la última vez que visité Brujas.

—¡Sabías dónde estábamos desde el principio y no lo has dicho! —Alfil se lanzó a la cama y la abrazó, ella le correspondió con un sonoro beso.

—Hace unos días, cuando desperté tras el accidente, sentí un sonido... como de agua y de gente riendo y divirtiéndose.

—¿Sí?

—Sí, y lo más curioso es que vuelvo a sentirlo ahora, exactamente el mismo sonido, como un *déjà vu* extraño.

—¿Por qué extraño?

—Porque recuerdo haberlo oído hace demasiado poco... En mi país hay un dicho: «Si los *déjà vu* vienen muy de seguido, es que tu muerte está cercana, y por eso los ecos entre tu pasado y tu futuro se acercan hasta casi encontrarse».

—No hagas caso a las habladurías de las viejas. Y esos sonidos no son más que los enamorados que pasean en barca por los canales. Luego lo haremos nosotros.

—¿Oyes eso que suena ahora? —interrumpió ella, cerrando los ojos para evocar con más claridad recuerdos casi perdidos en su memoria.

—Sí, son palomas en la plaza de ahí al lado.

—No, son estorninos. Nunca podría olvidar ese sonido. Lo oía a menudo desde la casa de mis padres en Istria, los veía volar y hacer extrañas y hermosas formas en el aire desde la ventana de la habitación que compartía con mis hermanos; podía estar horas y horas viendo el baile hipnótico que creía que me dedicaban a mí cada atardecer. Pero llegaba el otoño y siempre desaparecían, así que un año pregunté a mi madre dónde se metían los estorninos en los meses en los que no los veíamos por el pueblo, ella respondió que volaban muy lejos, hacia el sur, cuando sentían que se acercaba el frío invierno y así podrían estar en un lugar más cálido. Desde entonces, cada día de mi vida soñé y deseé ir con ellos al sur, rezaba para lograrlo, marcharme de aquel infierno, volar lejos con los estorninos. Aún no se ha cumplido aquel deseo.

Un incómodo silencio invadió la habitación. Alfil la abrazó y así permaneció, acariciando su cabello, durante más de media hora. Davina parecía recuperada por completo de las magulladuras del accidente de coche y del encononazo posterior con el chico. Esa era la parte positiva de su situación, la negativa era que habían perdido el factor sorpresa y su siguiente y último objetivo conocería el fallecimiento de sus socios y estaría preparado y armado, esperándoles para su defensa o con un plan trazado de ataque.

Debían comenzar desde cero y tocar madera para que sus rivales, los pocos o muchos integrantes de la agencia Trouver que quedasen vivos y no hubiesen desertado al verse sin patrón y atacados por una fuerza exterior, siguieran usando aquellos canales de comunicación que tan bien descifraba Davina; porque Alfil no logró descodificar ningún mensaje en los dos días que llevaban descansando en Brujas.

Capítulo 16

Dos días antes:

—Claro, es que esas son dos cosas de lo más incompatible. No puedes pretender llevar casos de gran magnitud y que te pongan a prueba si no quieres salir de una región pequeña y con un índice de delincuencia tan bajo como Navarra. No puedes esperar que el crimen del siglo suceda en la puerta de tu casa.

Oiana usaba el tenedor para jugar con los restos de su ensalada. La conversación con Pablo le recordó que llevaba muchos días sin ver a su querida sobrina y ahijada, con la que compartía nombre. Era una sensación agrisulce, ya que el cariño por su hermana y su hijita de dos años era un motor importante en su vida, pero también un ancla que la ataba a una tierra que amaba pero que no le ofrecía las ansias de desarrollo que necesitaba en su carrera.

—Al menos, deberías plantearte a medio plazo hacer las pruebas para el cuerpo nacional. Viniendo de la foral y con tu historial de méritos, no creo que te resulte más complejo que invertir un par de meses. Y no te vendrán mal las recomendaciones que tendrás de algún que otro oficial del cuerpo. — El teniente sintió una punzada en el estómago tras decir esas palabras, no recordaba que su carta de recomendación valdría muy poco cuando regresase a España y tuviera que afrontar una dura sanción, o el despido.

Oiana levantó la mirada con timidez y se ruborizó al ver los ojos de Pablo fijos en ella. En esos pocos días había pasado de la admiración por su tesón y eficiencia a sentir un cariño que no había experimentado con nadie desde su etapa de instituto. Su carrera la había absorbido tanto que había permanecido inmune a los compañeros de academia y del cuerpo que habían tratado de intimar con ella en esos años.

—¿Dices en serio que tengo madera para ser inspectora de homicidios? Espero que no me tomes el pelo.

—No sé si te has enfrentado alguna vez a un caso en el que tuvieras que analizar escenas de crímenes, o tener que quedarte a solas con un cadáver para ver qué te dice lo que observas, oyes y hueles a su alrededor, pero seguro que, llegado el momento, lo solventarás sin dificultad.

—Aún no he tenido una experiencia de ese tipo, quizá no valga para ese trabajo.

—Quizá sigues usando excusas para no afrontar que no puedes estar pegada a las faldas de tu hermana por siempre, que ella tiene su vida y tú debes buscar la tuya.

—Sí, tienes razón, aunque cuesta despegarse de los arraigos que una misma se ha creado durante toda una vida. Me alegra que tengas esa fe en...

—¡No me lo puedo creer! —Pablo se levantó de la silla de un salto y fijó toda su atención en el televisor frente a él—. No me puedo creer que nos hayan despistado de esta forma.

Las noticias mostraban imágenes en directo de la ciudad de Amberes, mientras ellos estaban en Bruselas.

—¿Pero cómo...? No tiene sentido, casi no quitamos ojo del coche.

—Ese fue el error. Tenerles a la vista.

—No lo entiendo.

—Cuando seguíamos las indicaciones de las cámaras de tráfico, infalibles porque se basan en la matrícula, era imposible perderles. Al pasar a Bélgica y perder esa información, nos acercamos para seguirles desde unos seis coches de distancia para no llamar su atención, pero esos tipos se las saben todas, son especialistas. En cuanto nos detectaron, solo tuvieron que acercarse a otro vehículo idéntico o similar y dejar que cometiéramos el error. Vimos a un Citroën C5 gris coger el desvío hacia Bruselas y le seguimos porque dábamos por sentado que vendrían a la capital. Siendo tan estúpidos de no comprobar la matrícula, acabamos tras el coche equivocado.

—Claro, venían de París y Madrid, era lógico pensar que irían a la capital.

—Pero la capital solo es su centro político. Amberes tiene, si cabe, más comercio y habitantes aún. Si hubiéramos llevado unos putos prismáticos para cotejar la matrícula en la distancia o nos hubiéramos arriesgado a acercarnos lo suficiente como para verla...

—Eso le puede suceder a...

—No. Eso solo le sucede a los novatos o a los distraídos. Pero nos enfrentamos a dos asesinos contra los que no caben las distracciones. Mira la que han montado en el centro de Amberes y la policía ni se ha acercado a

ellos. Y esos tipos a los que han matado son como el desconocido de Madrid, posiblemente agentes adiestrados como no lo estamos tú y yo.

—Por más que seguimos su pista, no logro comprender cómo un asesino en serie acaba en una trama internacional como la que se está cocinando aquí —musitó Oiana.

—Tengo memorizados los perfiles de sus víctimas en España. Esas chicas eran estudiantes de universidad o trabajadoras de entre veinte y veinticinco años, todas chicas normales con vida social, familiar y laboral de lo más común. Es imposible que ese tipo cumpliera una misión. Salvo...

—Salvo qué...

—Salvo que fuese reclutado por algún organismo especial, tipo Interpol o Europol.

—¿Es una broma? ¿Un órgano policial reclutando a un asesino en serie?

—¿Por qué no? Imagina que necesitas los servicios de un sicario al margen de la ley para entrar y salir de una ciudad, cumpliendo un difícil objetivo sin el apoyo de los de arriba, ¿quién mejor que un asesino sin escrúpulos que solo desea matar y que no te pedirá dinero a cambio? Así le tienes controlado y alejado de su afán por matar a personas inocentes. Y si es atrapado o abatido, es solo un desconocido que no tiene móvil alguno para encontrarse allí ni para querer matar a su objetivo, alguien no vinculado a la agencia.

—Eso suena demasiado a película americana o novela de espías de Ken Follet.

—Y tú debes recordar que la realidad siempre supera a la ficción.

La pareja salió del restaurante mientras la televisión seguía mostrando el caos de la ciudad vecina tras los destrozos provocados por la persecución en coche, además de los cadáveres tapados por mantas doradas que los técnicos sanitarios se llevaban del parque y del interior del Audi A5 siniestrado al final de las escaleras; coches destrozados en las calles por haber tenido que esquivarles, el escaparate del centro provincial, del que ya habían retirado el otro Audi; las declaraciones de los testigos que habían visto cómo entraban en el *parking* del Congreso y las de los que vieron cómo uno de los coches atropellaba a dos docenas de personas por la acera mientras el otro coche al que perseguía iba en dirección contraria por la calzada.

—¿Vamos a Amberes?

—Vamos en esa dirección, y solo tenemos veinte minutos para lograr información de la policía belga. Ya sabes el tipo de coche que buscamos,

debemos volver a investigar en tiendas de alquiler del aeropuerto y de la estación de trenes, tienes tarea por delante.

Cien metros por detrás del coche de Pablo y Oiana, partía el conducido por Javier y Luis en su persecución desde la distancia, acababan de escuchar las mismas noticias por la radio y comprendieron en el acto las prisas que se tomaba la pareja por salir de la ciudad. Un mensaje de móvil al teléfono de Javier le informaba desde la central en España que Oiana había iniciado el mismo procedimiento de investigación que en Francia, haciéndose pasar por policía belga para conseguir apoyo logístico. Desde Madrid habían autorizado a Oiana como agente encubierta en misión internacional, como había ordenado Javier.

—Deberíamos haber contactado con ellos hace días, un grupo de cuatro hace más llevaderas las largas jornadas en coche y tendríamos más posibilidades ante un enfrentamiento con esos dos asesinos —protestó Luis.

—No sabemos cómo reaccionaría la sargento al saber que Pablo le ha estado engañando todo este tiempo.

—Pero no sabemos si él ha confesado ya, quizá conozca toda la situación.

—Prefiero no arriesgarme. Te toca conducir.

—¿Cuánto margen crees que tenemos? —preguntó Luis.

—¿Para alcanzar a los fugitivos? No lo sé, eso depende de la habilidad de Pablo.

—No me refería a eso. Pregunto por el margen que nos queda de apoyo por parte de tus superiores, no nos van a estar financiando una operación que pueda durar meses o años, en la que acaben fugados los asesinos, o peor, muriendo más gente como en Amberes.

—No lo sé, después de lo que dice la radio y del recuento de muertos y heridos en las calles, dudo que dentro de dos horas tengamos vía libre.

Javier se sumió en un silencio que Luis, al volante, no quiso romper. Este último sabía que el teniente se jugaba el todo por el todo, su vida entera estaba puesta sobre la mesa de la ruleta y la bola ya llevaba demasiado tiempo girando, estaba a punto de detenerse. Las probabilidades de triunfo eran muy pocas contra el más que seguro fracaso.

Capítulo 17

La autopista, como una lengua infinita de obsidiana, se extendía ante el coche bajo los destellos que los faros y las farolas provocaban sobre el asfalto mojado. La lluvia arreciaba a esas horas de la noche en que el convoy de dos vehículos había salido de la capital belga hacia Amberes, dirigiéndoles a toda velocidad hacia el norte cuando, a falta de quince kilómetros para su destino, el coche de Pablo y Oiana cambió repentinamente su dirección para tomar el desvío hacia el oeste, en dirección a Gante. El coche perseguidor hizo lo mismo, manteniendo una distancia de más de veinte metros para no delatar su posición.

—¿Gante? ¿Los han encontrado en Gante?

—Aún no lo sabemos, esperemos a ver hacia dónde se dirigen y cuáles son sus siguientes pasos —respondió Pablo.

—Si vuelven a ponerse a tiro de la pareja de fugitivos, deberíamos intervenir. Oiana y tu amigo el sevillano nos apoyarían en la detención.

—Sí, creo que sería lo más inteligente. Aunque tal vez nos aparten del caso o incluso nos destituyan antes de que eso suceda. Debemos darnos prisa.

Luis le miró preocupado, eso último había sonado muy mal.

El vehículo de Pablo y Oiana no entró en Gante, siguió por la E40 hacia Brujas. Luis se mantenía a la espera. Empezaba a tener sueño y no había respuesta a la información suministrada por Javier. Había enviado mensaje a la central con el destino definitivo, ya que esa carretera conducía a Brujas y luego solo quedaba el mar. Si les habían encontrado, el lugar era perfecto para acorralarles y detenerles, ya que aquella ciudad se encuentra rodeada por canales que la convierten en una ratonera.

Faltaban diez kilómetros para llegar a su destino cuando el mensaje de texto apareció en la pantalla del teléfono:

«Estáis fuera del caso, una patrulla de la policía belga detendrá a Pablo Aguilar en los próximos minutos y ellos se encargarán de la persecución de

los fugitivos. Tras los sucesos de Amberes, hemos perdido la posibilidad de seguir al frente en la investigación».

Javier no compartió el contenido del mensaje con Luis, se limitó a llamar a la central, directamente a su comisario.

—Me importa una mierda el motivo de tu llamada —respondió el comisario en cuanto descolgó, sin dar pie a saludos formales o a quejas de su subordinado—. Todo esto es una mierda que se ha descontrolado y nos salpica por todos lados. La policía belga nos responsabiliza por no haber detenido a Pablo a su debido tiempo ni haber informado y dado todas las pistas sobre esos dos fugados de Madrid que la han liado de cojones en su territorio. Dieciséis inocentes muertos, veintidós heridos y cuatro desconocidos sin identificar y armados, sin contar con destrozos por valor de millones de euros. Todo ese desastre se podía haber evitado si no estuvieras siguiendo una puta corazonada de los cojones. Así que te vuelves para casa en el primer vuelo y junto al oficial de la Foral, que también le caerá lo suyo al llegar. ¿Estamos?

—La estamos cagando, Paco, lo sabes de sobra. Si nos volvemos, esos dos se van a escapar.

—No me toques más los huevos, esos dos ya se escaparon de Madrid y luego de Amberes, y se escaparán todas las veces que quieran; pero mientras estén en Bélgica, no pintamos una mierda allí. El problema es ahora de ellos.

—Dame un día más, solo un día, para ver qué puedo observar por allí. Extraoficialmente, dame vacaciones y lávate las manos. Si pasa algo, di que se me fue de las manos, que actué por mi cuenta y riesgo y que el Cuerpo de Policía no es responsable.

—¿Estás tirando tu carrera al retrete por dos mierdas que podría detener cualquier otro? ¿Por dos mierdas que podrían matarte en una calle oscura y fría como al chaval aquel de Sevilla?

—No, estoy haciendo lo que debí hacer desde el principio, estoy haciendo mi trabajo por primera vez en años. Te pido vacaciones porque me lo debes y porque me lo debo a mí mismo. ¡Me cago en la hostia! Porque cuando estaba en el caso más importante de mi vida, el de el fantasma, debí hacer lo que era justo: coger todas las pistas que teníamos y presentarme ante la prensa para que todo el país viera la mierda de policía que somos y los putos políticos corruptos que nos gobiernan. Demostrar que estábamos metiendo en la cárcel a un inocente para lavarnos las manos y para que tu puto culo y el del ministro siguieran ocupando cargos que no merecéis. ¡Joder, no me hagas cabrear! Ni siquiera yo debí continuar con mi puesto. Si quieres mi placa,

perfecto, te la pondré encima de la mesa en cuanto regrese, ¡pero ahora me darás esas putas vacaciones y no volverás a tocarme los huevos en la vida!

Se produjo una pausa a través de la línea telefónica, y para Javier aquello fue como si se hubiese sumergido por completo en una bañera de fría gelatina. Se había quedado sin respiración tras soltar lo que llevaba dentro y el ambiente se había vuelto tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Luis no se atrevía siquiera a mirarle después de todo lo que acababa de escuchar.

—Tienes dos semanas de vacaciones —respondió el comisario. Luego colgó.

Javier sonreía como un niño, ese margen le daba vida.

—He conseguido tiempo, Luis, pero me temo que sea solo tiempo para mí. Supongo que te llegará un mensaje parecido al mío con la orden de regresar.

—Tío, no te pongas tontorrón con lo que voy a decirte, pero... me siento orgulloso de haber participado contigo en esta misión y de haberte conocido, espero que consigas callar las bocas de esos atocinados políticos y de tu comisario. Eres un policía cojonudo.

Javier sonrió con pesar, no sentía el halago lo más mínimo.

—No, Luis, soy un gilipollas. Todas esas muertes podían haberse evitado si hubiese hecho caso a mi instinto, y a las palabras del mejor policía que he conocido: ese que va delante y al que solo le quedan unos minutos de libertad. Un buen policía eres tú también, que has confiado en tu instinto y me has acompañado, y esa sargento que va con Pablo. No te equivoques, de nosotros cuatro, el peor y más atocinado soy yo.

Sirenas y luces estroboscópicas precedieron a los cuatro coches blancos con tres líneas azules en las puertas que adelantaron a toda velocidad a Javier y Luis. El tiempo se había acabado para todos. Menos de un minuto después habían cerrado el paso al coche con Pablo y Oiana, que se veía obligado a frenar y apartarse hacia el arcén. Habían llegado a su destino aunque no con el resultado que esperaban. Los detenidos por la policía resultaban ser ellos en lugar de los dos asesinos.

Alfil y Davina siguieron su rumbo sin dificultades, ajenos a lo que sucedía a sus espaldas antes de llegar a Brujas.

Pablo permanecía incomunicado en un cuarto de interrogatorios mientras el resto batallaba con la Policía Nacional Belga sobre su implicación en los

sucesos ocurridos en Amberes.

—Le repito que el teniente Aguilar no ha tenido nada que ver con los actos criminales de Amberes, él se limitaba a seguir a los sospechosos de dos crímenes sucedidos en Madrid y que, posiblemente, sean los mismos responsables. Sin pruebas suficientes y sin tener jurisdicción, aún no ha decidido actuar o no ha tenido la oportunidad clara de hacerlo, pero sin duda que el teniente es quien más se ha acercado. —Javier Balmaseda trataba de suavizar el trato que dieran a Pablo. Bastante tendría con soportar todo lo que le caería a su llegada a Madrid.

—A ver si lo comprendo, les dimos autorización para perseguir y capturar a dos sospechosos de asesinato en España y, en lugar de detenerles, les han dejado cometer más crímenes. Todo el país está sumido en el caos que han provocado con su incompetencia.

El oficial al mando de la Policía Belga se mostraba hostil y al límite de una paciencia que parecía llevar siglos conteniendo. Sus superiores debían de estar presionándole hasta el punto de mostrar esa falta de solidaridad y de cordialidad hacia otro oficial. Javier sabía que no lograría con excusas ni un solo avance en su intento de proteger a Pablo, mucho menos en su intención de que lo pusieran en libertad para seguir con su investigación.

—No podíamos efectuar una detención en su país sin la orden adecuada, aparte, no teníamos nada contra ellos en firme, ninguna prueba, necesitábamos atraparles cometiendo un delito.

—¿Le parece poco todo lo que hicieron en Amberes?

—Lo que me parece poco —Javier ya estaba cansado de soportar tanta ineptitud— es lo que hizo su policía, ni se acercaron a ellos. Más de media hora de locura, asesinatos, destrozos, persecución en plena ciudad, incluso en el aparcamiento del Congreso, y no lograron estar lo suficientemente cerca ni para ver el modelo de coche que conducían. Mi colega Pablo Aguilar, que ustedes retienen en una celda, fue el único que supo quién lo hacía y que pudo seguir su pista hasta aquí. Los asesinos están en esta ciudad y acabarán por fugarse mientras ustedes solo piensan en nosotros.

—Más le vale permanecer en silencio en esta oficina, junto al resto de sus colaboradores, si no quiere pasar a una sala de interrogatorios como la de su amigo. ¿Me ha comprendido? —El oficial belga abandonó el despacho, dejando a Javier junto a Luis y Oiana, que permanecían susurrando entre ellos la información que cada uno había obtenido por su lado.

—No me puedo creer que me mintiera —dijo ella con un semblante de decepción y cansancio a partes iguales—. Llevo días jugándome mi placa,

investigando codo con codo, siguiéndole por toda Europa, y no ha tenido el valor de decirme que todo era una mentira, que no era quien decía ser.

—No se equivoque, sargento —la interrumpió Javier—. Ha hecho lo que debía hacer, lo que haría cualquier policía del nivel que nosotros no tenemos. Entiendo su decepción por el engaño, pero aquí hay vidas en peligro y la detención de dos asesinos muy peligrosos. Ya vio lo que hicieron en Amberes. Pablo la usó, es cierto, y también es lógico que se sienta ahora traicionada, pero hizo lo necesario para llevar a cabo su misión.

Oiana no contestó, permanecía con los ojos húmedos y un temblor en la mandíbula provocado por una traición que no esperaba de quién había logrado superar unas barreras que iban más allá de lo profesional.

La sala de interrogatorios en la que Pablo Aguilar llevaba más de una hora no era tan acogedora como se esperaba. Un cuartucho de menos de ochos metros cuadrados, con paredes pintadas de gris y no más mobiliario que una mesa y dos sillas de metal atornilladas al suelo en el centro de la estancia. El espejo en la pared de su izquierda y la cámara de vigilancia con un piloto rojo parpadeando le recordaron a las películas americanas que veía en su infancia, las que hicieron que deseara ser policía, aunque jamás se habría imaginado que acabaría siendo el que contestase a las preguntas. Nunca se había fijado en todo lo que transmiten aquellos lugares cuando era él quien entraba el último. Llevaba un rato con ganas de ir al baño, pero sabía que no serviría de nada que lo dijese al espejo o a la cámara, solo le quedaba esperar a que apareciese alguien y que supiese hablar castellano. Se oyeron pasos al otro lado de la puerta, parecía que su situación avanzaría pronto. Pero, ¿en qué dirección?

Un tipo de unos cuarenta y cinco años, vestido con traje gris y corbata negra, aflojada tras lo que sus ojos indicaban que había sido un largo día de trabajo, entró y se sentó en la mesa frente a él sin decir una sola palabra ni mirarle a la cara. Pablo conocía esa técnica desde la academia, no en balde había sacado sobresaliente en la asignatura de interrogatorios; en realidad, no había sacado una nota más baja que esa en todo su adiestramiento, el único expediente con media de diez en toda la historia de la Policía Nacional Española. Ahora tocaba permanecer afable y participativo para lograr avanzar en el control y dominio del policía belga sobre la situación. El caso contrario sería pedir un abogado y hacerse el mudo, así conseguiría enfadarles,

atrasarles el máximo posible su trabajo y provocar el escape de el fantasma y su cómplice de la ciudad.

—¿Se llama usted Pablo Aguilar? —dijo en un correcto castellano el policía rubio de ojos azules que arrastraba un claro acento francófono. Ni siquiera dijo su nombre o rango. Pablo sabía que lo hacía para tratar de intimidarle.

—Mi nombre es Pablo Aguilar, número de placa cuatro, seis, veinte, doce, tres; destinado al departamento de homicidios de la comisaría Central-Uno de Sevilla. Pedí una excedencia en la Policía Nacional Española el día dieciséis de febrero de este mismo año para perseguir a un sospechoso de múltiples asesinatos cometidos en nuestro país. El fotógrafo de moda conocido como Alfil es el sospechoso al que he seguido hasta la ciudad de Brujas, cuando ustedes me han detenido.

—Bastaba con un sí.

—Sí.

El policía belga levantó la vista de su informe y le lanzó una mirada hostil. No le gustaba ese juego, o quizá se sentía descolocado al no encontrar el camino que trataba de seguir. Y casi se había quedado ya sin preguntas tras la retahíla de respuestas de Pablo, que contestaba, casi en el mismo orden, a las cuestiones que pensaba hacerle a continuación.

—¿Fue testigo presencial del asesinato de Miguel Carabías?

—Sí.

—¿Intervino usando su arma reglamentaria?

—Sí, tras el asesinato de mi ayudante, usé el arma para tratar de detener a los asesinos mientras escapaban.

—¿Usó el arma en algún otro momento aquella noche?

—No.

—Existe otro cadáver encontrado en Madrid, el de un hombre asesinado y aún sin identificar. ¿Asegura y testifica que no tuvo nada que ver en su asesinato?

—No llegué a verle. Oí por las noticias que había otro cadáver pero no vi lo que ocurría en esa calle.

Pablo mentía, hablaban del supuesto agente de la Interpol, a cuyo cadáver acudió para sacar el dinero en efectivo que había estado usando durante esos días. Si dijese la verdad y tratase de explicar todo lo ocurrido con aquel tipo, pasaría días en la sala de interrogatorio, y todo para que nadie se creyese una absurda historia en la que aún quedaría peor parado, al haberse dejado engañar por un falso agente de la Interpol. Existía la posibilidad de que

alguna cámara de vigilancia de la calle, de algún cajero o negocio, pudiera haberle grabado junto al cuerpo, pero dudaba de que fuese así, ya que la cámara también habría reflejado el momento en que era asesinado. Si no sabían que él no había matado al falso agente, es que no existía grabación alguna.

—¿Qué le ha traído a este país, teniente Aguilar?

—Como le comenté antes, perseguí a los homicidas de mi ayudante hasta Navarra, una provincia fronteriza de mi país con Francia, luego les seguí la pista través de los Pirineos hasta llegar a París, donde tengo serias sospechas de que asesinaron al librero de *Shakespeare & Company*, como habrán visto en las noticias; aunque allí se haya tratado todo como un fallecimiento sin violencia, un mero accidente. Desde París y con ayuda, quizá no totalmente legal, de la policía francesa, les seguimos hasta Bélgica, donde pudimos ver su rastro de sangre y crímenes.

—¿Cómo podemos estar seguros de su información?

—Mire, oficial... como se llame, gracias a la policía belga de tráfico, que parece funcionar a las mil maravillas, sabemos que llegaron a Brujas hace horas en un Volkswagen Passat gris oscuro, matrícula N-ARR-439, alquilado en un *rent-a-car* de la Estación del Norte de Amberes ayer por la tarde. Esta ciudad no es demasiado grande, podrían buscar a fondo por...

—Cállese. Limítese a responder a las preguntas.

Pablo había rezado para que aquel oficial fuese un buen policía con ganas de atrapar a los asesinos de Amberes y Madrid, pero no era más que un chupatintas encargado del interrogatorio. Alguien a quien solo le importaba cumplir con una orden rutinaria y tener sospechosos o culpables a los que poder entregar para lograr una palmadita en la espalda de algún superior. Conocía demasiado bien a ese tipo de funcionarios, por desgracia.

—No puedo garantizarle mi declaración salvo con mi propia palabra.

—Solo tengo una última pregunta, teniente Aguilar: ¿Por qué no se quedó en Madrid a la espera de la policía cuando asesinaron a su ayudante?

Pablo, contumaz y desesperado ante aquella estéril conversación como nunca antes en su vida, respondió:

—Porque mis superiores me hubiesen impedido seguir a los culpables, aquello hubiese supuesto la desaparición de los asesinos. Desobedecí las normas para evitar males peores. Aunque no pretendo que algo así lo entienda usted. —Esa última frase, que solo hubiera deseado pensarla, salió en un susurro de sus labios sin que pudiese reprimirla.

—Su traslado a España se efectuará en las próximas dos horas. Si tiene algo que decir, dígalo ahora —añadió el oficial belga, que había oído perfectamente su murmullo y le dedicaba una mirada más hostil que nunca.

—Tan solo ir al baño, gracias.

Pablo quedó a solas y pudo relajarse tras el interrogatorio, al menos, todo lo que se lo permitían la visión del espejo con cristal falso, las ganas de orinar, la cámara que seguía con su piloto rojo parpadeando, el hecho de saber que volvería con las manos vacías a España a dar más explicaciones de las que le apetecía dar y, lo más duro de todo, haber perdido a Oiana a todos los niveles. Sorprendiéndose al darse cuenta de que eso último era lo que más le preocupaba. En realidad, era lo único en lo que pensaba en ese momento. Sabía que la chica se sentiría defraudada con sus mentiras y que él no podría justificarlas. También sentía que jamás volvería a verla y eso le mortificaba.

La puerta del despacho donde permanecían Javier, Luis y Oiana se abrió y el oficial asomó la cabeza, miró fijamente a Javier y le pidió salir fuera con un gesto de su mano. Los policías forales se miraron entre sí sin saber qué ocurría. Javier entró en un despacho particular que intuyó era del oficial belga y permaneció de pie en el centro del mismo.

—Siéntese, por favor.

—Llevo demasiado tiempo sentado. Me da la sensación de no hacer otra cosa desde que han aparecido ustedes, estar inmóvil. Si no le importa, permaneceré de pie.

—Como desee —el oficial belga se sentó sin prisas en su silla y desde allí le miró con un gesto mucho más amigable que el ofrecido a Pablo—. Mis superiores me acaban de dar una orden, algo que le interesará saber. Al parecer, su gobierno ha pedido el favor de que le autoricemos en esta operación en calidad de observador y consejero, petición aprobada por mis superiores —hizo un chasquido con la lengua y un gesto claro de desaprobación—. Debo ser sincero y decirle que no estoy de acuerdo con esa decisión, y los resultados de los últimos días avalan ese pensamiento, pero no puedo negarme a una orden de mi gobierno, así que bienvenido a la operación si aún desea seguir con ella.

Javier sentía llegar un oxígeno más puro que nunca a sus pulmones, aunque aún desconocía el grado de implicación que le dejarían tomar los belgas. Más aún viendo la hostilidad que demostraba aquel oficial hacia él.

—A partir de ahora —añadió—, escucharemos sus consejos y le permitiremos estar en la vanguardia de la operación. Otra cosa, como usted comprenderá, es dejarle dar órdenes o seguir las que se le ocurra darnos.

—Mi único deseo es detener a esos dos criminales. Y con todo esto que han montado aquí, dudo que sigan en la ciudad.

—No se muestre tan adverso, teniente. Las órdenes que he recibido son tan ambiguas que podría tenerle aquí en esta comisaría mientras yo persigo por todo el país a esos dos.

—No me muestro hostil, solo trato de hacerle ver que he arriesgado mi puesto y mi vida por detenerles y usted parece que siga viéndome como a un delincuente. Créame, estaría mejor en mi casa viendo la televisión, pero estoy aquí, pagándome casi toda esta operación de mi bolsillo, solo para ver a dos asesinos entre rejas.

—Espero que sea así. Tendrá tiempo de sobra para demostrarlo. Desde su país se han tomado muchas molestias para volver a incluirle en la operación.

—¿Y qué pasará con el teniente Aguilar? Es el que más cerca ha estado y el que mejor puede seguir la pista de los fugados.

—El teniente Aguilar está arrestado y permanecerá aquí hasta que sea escoltado a su país. Y dudo mucho que haya sido tan eficaz a la vista de los resultados. —El oficial se levantó de su mesa y se marchó sin decir una palabra más.

Javier quedó debatiéndose entre pensamientos tan agrisados como el de saber que seguiría en la investigación pero estando solo entre policías extranjeros y desconfiados, mientras quitaban de en medio al mejor investigador y el que más posibilidades tenía de capturar a los dos asesinos. Había hecho todo lo posible por Pablo pero había llegado el momento que tanto temía. Se encontraba solo ante la investigación y sin el mando.

Y no habría vuelta atrás.

Pablo esperaba a su traslado en un cuarto que contaba con un sillón de metro cincuenta donde no podría ni tumbarse a echar una cabezada (ni lo hubiera hecho de estar en el hotel Ritz en ese momento de angustia) y una puerta que daba al pasillo central de la comisaría, con una pequeña ventana por la que veía pasar constantemente policías de un lado para otro. Por suerte, le habían permitido ir al baño, escoltado por dos agentes, y ahora trataba de recuperar la calma y el control de la situación.

—¿Qué será de mi vida cuando regrese a España? Sí, te lo pregunto a ti. No te limites a leer y ser un simple espectador, no me vendría mal ahora tu opinión o consejo. ¿Qué crees que será de mí? Porque yo no albergo muchas esperanzas. Teniendo en cuenta cómo se resolvió el caso de el fantasma, no

me extrañaría que el Ministerio decidiese cargarme el muerto de los asesinatos de Miguel y del otro cadáver. Espero y deseo que Javier no permita algo tan extremo; claro que la suerte de mi colega no será mucho mejor que la mía después de haberme estado encubriendo.

»¿Y esa pareja de criminales? Si los noticiarios belgas han informado sobre nuestra detención en Brujas, seguro que hace horas que ya han salido de la ciudad, y posiblemente del país. ¿Y qué será de Oiana? No puedo dejar de pensar en ella. Espero que se declare engañada por mis mentiras y no le abran un expediente disciplinario, porque eso último le imposibilitaría acceder a la Policía Nacional o intentar ascender en la Foral; quizás, aunque espero que no, la sancionen con una suspensión temporal o una degradación de cargo. ¿Qué pensará de mí? Se ha convertido en alguien importante en mi vida, monopoliza mis pensamientos hasta el extremo de eclipsar los que me provoca ese tal Alfil. Me cuesta reconocerlo, pero me siento atraído por ella como jamás lo había estado por nadie. Estoy enamorado y no solo no he podido decírselo, sino que la he engañado durante todo este tiempo. Lo peor de todo es que ella ha acabado enterándose por terceras personas y en aquellas horribles circunstancias para su futuro profesional.

No había terminado de pensar en Oiana cuando la vio. La chica caminaba por el pasillo, justo al otro lado de la ventana, y se detuvo algo menos de un segundo al descubrirle. Un instante fugaz pero suficiente para que Pablo notase sus ojos vidriosos, que mostraban el dolor y rencor que sentía hacia él. Se hundió por completo, sentado en el camastro, hasta hacerse pequeño y sentirse como el niño que ha roto un jarrón en casa y trata de esconder los pedazos ante la mirada inquisidora de sus padres.

Ahora ya nada le importaba.

Capítulo 18

El tiempo deja de tener importancia para aquellos que son felices, para esas personas que cuentan con todo lo que necesitan en su vida. Del mismo modo que se hace eterno, hasta llegar a sentir que se detiene, cuando el que lo percibe o mide se encuentra en una situación tan embarazosa como la que vivía Pablo Aguilar. El fantasma le había burlado por enésima vez, se encontraba detenido, expulsado del cuerpo, implicado en un caso de homicidio y abandono de un compañero y... y lo único que conseguía ver en ese momento, como una cruel proyección fijada en su mente, eran los ojos llorosos de Oiana a través de la ventana de la puerta. El hambre, la sed, el sueño, las ganas de venganza, de huir de allí, la vergüenza ante el fracaso, todo... todo había desaparecido tras la conexión casi eléctrica que sintió atravesar su cuerpo desde los ojos hasta los dedos de los pies, como una descarga que le hubiese privado de alma. En ese momento era un mero espectro, no llegaba a sentirse ni una sombra de lo que había sido.

Los segundos pesaban como horas, los minutos como días, las dos horas que estuvo allí a solas como una eternidad en el purgatorio. Entonces la puerta se abrió de nuevo y entraron el mismo oficial de la policía belga que le había interrogado, que seguía con la misma cara poco amigable, y Javier Balmaseda. Se alegró de ver una cara conocida, más aún la de quien le había estado encubriendo a riesgo de perder su empleo. ¿Lo habría perdido? Se preguntó Pablo mientras Javier decía algo al oído del belga, es lo único que le faltaba por oír ese día. Javier se acercó a él y, en silencio y con cara de pocos amigos, le agarró por una axila y tiró hasta levantarlo y encararse con él, luego le miró fijamente a los ojos y susurró en un hilo de voz:

—Cuando lleguemos a la puerta donde está el belga, di que tienes que ir al baño. —Ni siquiera le miró, solo pronunció esas palabras.

Pablo, muy desconcertado ante la petición de Javier, se levantó frotándose las muñecas, los grilletos le estaban haciendo unas marcas que pronto

comenzarían a sangrar. Nunca imaginó lo molestos que podrían llegar a ser cuando los llevaban otros, sobre todo cuando están apretados y se sufren durante varias horas. Siguió a Javier hacia la puerta y cumplió con su cometido.

—¿Otra vez? Has ido al baño hace un rato. ¿Tienes incontinencia? —respondió de malos modos el belga.

—No importa —interrumpió Javier—, yo también debo ir, así que le escoltaré.

Los dos tenientes cruzaron el pasillo en silencio, cruzándose con varios agentes hasta entrar en una sala ya familiar para Pablo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el andaluz.

—Espera. —Javier entró en uno de los cubículos y cerró la puerta, luego orinó.

—No me jodas que me has traído aquí, susurro confidencial en la celda incluido, porque te estabas meando.

—No, joder, es que me han entrado ganas de repente. Espera que ahora te cuento.

—Por cierto... ¿Sabes si la sargento Oiana...?

—Eso en otro momento. Ahora sígueme, tenemos poco tiempo. Camina a mi espalda y con naturalidad.

Javier salió por la puerta del aseo y tomó un camino distinto al que habían seguido para llegar hasta allí. Pablo le seguía en silencio, ocultándose tras su espalda y aún sin saber con seguridad lo que se proponía hacer su colega. Pasaron por varios pasillos donde se podían ver a los agentes y oficiales belgas trabajando al otro lado de paredes de cristal como la de su propia comisaría en Sevilla, del mismo modo se cruzaron con agentes que charlaban en francés sobre el caso que estuviesen investigando o sobre temas personales. Llegaron a una puerta de emergencia que Javier abrió después de asegurarse de que no había nadie observándoles en el pasillo. En un gesto rápido, que tomó por sorpresa al sevillano, sacó una pequeña llave de su bolsillo y le quitó las esposas.

—¿También le has robado las llaves a...?

—¡Corre, joder, corre! —gritó el madrileño.

Pablo no necesitó que se lo repitiesen. El brusco azote de la noche, con un frío y humedad inusitados, le puso alerta hasta comprender que estaban a unos metros de un *parking* en plena calle, con coches patrulla y también de incógnito y particulares. Javier entró en el suyo propio y, tras sumarse a él su compañero, arrancó para salir de allí a toda prisa. Por los retrovisores pudo

comprobar cómo salían en estampida una docena de agentes que se dirigían a toda prisa a sus coches patrullas para interceptarles.

—¿Te la estás jugando de nuevo por mí? ¿Estás loco? Después de esta no habrá quién te libre de perder la placa, y lo más seguro es que acabemos en una cárcel belga.

—Sí, estoy como una regadera. Quiero atrapar al fantasma y a la que le acompaña al precio que sea, y tú eres el único que puede ayudarme a hacerlo.

—¿Y qué haremos luego si les atrapamos?

—Bueno, supongo que buscaré a algún socio que quiera montar una agencia de investigación privada. ¿Conoces a algún expolicía que quisiera apuntarse? —dijo con una sonrisa.

—Tú lo has dicho... como una regadera. Por cierto, necesitaremos cambiar de coche en menos de dos minutos o nos atraparán.

—¿Sabes puentear un coche?

—Depende del modelo, métete en ese callejón y ve apagando las luces.

Menos de dos minutos después, tras agenciarse un Skoda Fabia verde, partían hacia una salida comarcal que había encontrado Pablo entrando en Google Maps con el teléfono móvil de Javier, poco más que un camino de barro que salía de un barrio cercano para cortar la extensa pradera en dirección al sudeste. Tardarían una eternidad en salir de la ciudad y del país, pero por esas carreteras no habría controles ni buscarían ese coche hasta que por la mañana denunciasen su robo, para entonces ya irían en otro. Lo único que les preocupaba era que el teléfono de Javier pudiera estar intervenido por la policía belga, pero no lo usarían más durante el trayecto para no delatar su posición.

—Qué fácil se cruza la barrera —murmuró Javier con una amarga mueca de sonrisa.

—¿Cómo dices?

—Acabo de recordar algo que creía olvidado desde hacía muchos años. El padre de mi mejor amigo, cuando yo no era más que un adolescente, un crápula con dos docenas de antecedentes penales, se cruzó conmigo a las pocas semanas de conseguir la plaza de agente de policía y aún vestía, obviamente, de uniforme. No sabes lo orgulloso que me sentía con él, pero qué te voy a contar a ti... El caso es que hacía siglos que no le veía y tampoco es que les guardase mucho cariño a él y a su hijo, pero me acerqué a saludarle y obtuve una frase similar a esa cuando le tuve frente a mí. Me miró de arriba abajo con la misma cara con la que olería un balde de pescado podrido; a

punto de vomitar parecía, pero se limitó a escupir al suelo, ante mis pies, para luego añadir: «fíjate que fácil se cruza la barrera que marca la ley».

—¿Por qué te dijo eso?

—Aquello venía por algo sucedido unos años atrás, cuando yo aún era un adolescente. Su hijo Daniel y yo siempre nos metíamos en líos, aunque Dani era un caso extremo.

—¿Gamberradas de críos?

—Casi siempre sí. Pero una vez, tendríamos unos catorce años, entramos a hacer una trastada en el taller del barrio, donde siempre nos gruñía el mecánico al pasar, un capullo que nunca nos inflaba el balón ni las ruedas de las bicicletas. Mientras yo tiraba todas las herramientas del taller al suelo para que el tipo tuviese que recogerlas y ordenarlas al día siguiente, Dani se entretuvo en cortar los cables de la presión hidráulica de los bancos de trabajo, luego forzó la caja de caudales y se llevó unos doscientos euros (en pesetas de entonces). Nos detuvieron a los dos minutos de salir por la puerta y nos llevaron a comisaría, donde yo confesé lo que había hecho pero no lo que hizo mi amigo, encubriéndole. Él, en cambio, me delató como autor de todos los destrozos y del robo. Luego supimos que había una cámara de seguridad que lo había grabado todo y el juez del tribunal de menores me castigó a un arresto domiciliario de un mes mientras metían seis meses en el reformatorio a Dani. Tanto él como su padre nunca volvieron a dirigirme la palabra, me culpaban de lo ocurrido.

—No jodas. No te imaginaba como delincuente o gamberro juvenil. Pero me impacta más el rechazo y acusación de tu amigo a pesar de haberte delatado como un chivato y de haber sido el culpable del robo y los destrozos.

—No me crie en un barrio fácil, pero conseguí estudiar la carrera de empresariales y opositar a la policía. Ahora comprendo al padre de Dani. Esa fina barrera que diferencia lo legal de lo ilegal es tan fácil de cruzar como hemos visto esta noche.

—A veces lo legal no es lo justo, aunque aquel tipo no creo que lo dijese por ese motivo.

—No, sin duda.

Se hizo un largo silencio, solo roto por el sonido de rodadura del vehículo en el camino de tierra y piedras, como si estuviesen bajo una intensa granizada.

—No tenemos —añadía Javier— más que una salida si queremos salir de esta con alguna posibilidad de evitar la cárcel.

—Atrapar a los asesinos fugados de Madrid y Amberes.

—Exacto.

Pablo hacía el turno conduciendo durante la madrugada. La carretera, por llamarla de algún modo, seguía en un estado desastroso y no podían avanzar a más de sesenta o setenta kilómetros por hora, eso en los mejores tramos; también debían frenar cada pocos minutos para consultar un enorme mapa que desplegaba el sevillano y volvía a plegar de nuevo, no quería arriesgarse a consultar de nuevo el Google Maps. Entre eso y los baches, no comprendía la habilidad de Javier para quedarse dormido a ronquido vivo. Los bramidos, cual alce en celo, no le molestaban, pero sí la duda que le carcomía desde que salieron como fugitivos de la comisaría. Necesitaba consultarle algo que le quemaba por dentro, pero que le avergonzaba solo con pensarlo, aunque debía hacer de tripas corazón y lanzarse en cuanto su compañero despertase.

Ya eran las cinco de la madrugada, y como Pablo no se caracterizaba por la paciencia, buscó el bache más grande que vio en el camino y se dirigió a él a toda velocidad, aún a riesgo de romper una rueda y fastidiar toda la operación suicida que había emprendido. Ambos saltaron hasta golpear con sus cabezas el techo del vehículo, aunque por suerte el golpe y el estruendo no impidieron que el coche siguiese en funcionamiento; eso sí, con una leve tendencia a escorarse hacia la izquierda y una vibración insoportable pero casi disimulada por los baches.

—¿Qué ha pasado? ¿Nos han disparado o hemos caído por un barranco?
—preguntó Javier, asustado y mirando en todas direcciones.

—No, es que el camino está fatal, había ahí detrás un bache del tamaño de una plaza de toros.

—¡Joder con la exageración de los andaluces!

—Hablando de andaluces..., o de navarros, eso tampoco tiene mucha importancia —Pablo tragó saliva y no miró a Javier, se mantuvo tenso y especialmente pendiente de la carretera a pesar de que el tramo parecía ahora sin baches y él no pasaba de veinte kilómetros por hora—. ¿Qué sabes de la sargento de la Foral que me acompañaba? Espero que no le caiga un expediente disciplinario, ella no sabía...

—Ya, ya, no te preocupes por eso. Y no sé mucho más. Sus superiores también le pedían que volviese a la central a dar explicaciones. Supongo que le tocará rellenar una tonelada de papeleo cuando llegue, y soportar una bronca. Nosotros nos libraremos de eso porque pasaremos directamente al calabozo. Espero que allí se pueda dormir mejor que en este asiento.

—Esto... y... ¿pudiste hablar con ella? No sé, sobre el caso, sobre todo esto..., ya sabes.

—¿Te pasa algo? Estás muy raro. Me recuerdas a mi exmujer cuando quiere pedirme más dinero.

—Nada, es que la chica estuvo más de una semana acompañándome en la misión y me preocupó por lo que...

—Por lo que habrá pensado al saber que la habías estado engañando. ¿Es eso?

Pablo le miró por primera vez en la conversación, no se sentía cómodo pero debía admitir que esa era la verdad. La había engañado y era lógico que estuviese enfadada con él.

—¿Pudiste hablar con ella en la comisaría?

—Me dijeron que partirían en el primer avión a Pamplona. Media hora después apareció una dotación policial para escoltarles hasta el aeropuerto. Pero antes de eso...

—¿Qué? —Estaba nervioso por saber algo de Oiana y Javier lo notó, al menos lo suficiente como para jugar con él a hacerse de rogar.

—No sé... me dijo algo raro sobre ti.

—¿En serio? ¿Algo raro? ¿El qué?

—Es broma tío, lo siento. Estoy viendo que tienes algo personal y no estoy teniendo tacto, perdona que te haya gastado la broma.

Pablo no respondió, quedó mudo y con la mirada fija en la carretera, cambió de marcha y comenzó a acelerar para recuperar la velocidad perdida. Durante unos segundos permaneció así, mientras Javier se iba haciendo consciente de lo que ocurría en la mente de su compañero.

—Joder, qué idiota he sido, no me he dado cuenta. Perdona, tío.

—No sé de qué me hablas.

—Venga, hombre. Hay confianza y nos sobra tiempo para hablar, para sincerarnos y soltar eso que llevamos dentro y que nos quema por salir.

—No llevo nada dentro, en serio.

—Pensaba que habías tenido algún rollete, que habíais compartido habitación en hoteles..., ya sabes. Pero ahora empiezo a comprender que es algo más fuerte, te has enamorado de ella y yo ni me he dado cuenta.

—¿Pero qué dices? —Pablo estaba rojo como un tomate.

—No seas tan reservado, no pasa nada. Es normal, es joven, guapa, inteligente, con carácter; ha estado contigo más de una semana sin separarse en ningún momento. Debí sospechar que se había creado un vínculo entre vosotros. ¿Ves? Sigo siendo peor policía que tú.

—No digas tonterías. —Pablo no le miraba, trataba de mantenerse frío y mirando el camino por el que llevaban horas sin cruzarse con ningún otro vehículo, y ya debían de estar acercándose a la frontera con Holanda.

—Venga, tío. Ya hay confianza suficiente entre nosotros como para contarnos esas cosas. De aquí no saldrá ni una palabra —hizo una pausa de varios segundos, pero Pablo seguía sin responder—. Me he jugado mi puesto y he tirado mi carrera por la borda dos veces por ti y no eres capaz siquiera de decirme que te has enamorado de una chica. ¡Vamos, hombre, no seas infantil!

—Bueno, quizá me guste... un poco.

—Está bien, aceptaré eso, por el momento.

—¿Sabes si estaba decepcionada conmigo? —Volvió a mirar a su compañero, aunque solo un instante. Seguía muy ruborizado.

—Se sorprendió al conocer al verdadero Javier Balmaseda, a pesar de mi físico envidiable; eso sí, le duró poco el susto, ya que pronto la informaron sobre las responsabilidades que el Cuerpo de la Policía Foral debía depurar tras vuestra operación ilegal y las consecuencias de lo de Amberes. Siento decirte esto, pero se vio muy decepcionada y preocupada por su puesto.

—Espero que no la expedienten. Cuando volvamos, si es que volvemos, la exoneraré de toda culpa.

—¡Joder, eso ha sonado fatal! Espero que volvamos, ya sea para recibir una medalla o para que nos esposen, pero al menos habremos regresado.

Capítulo 19

Cinco días después en Berlín:

El humo de las chimeneas creaba una cortina traslúcida que ocultaba y ponía a salvo a Alfil de las balas de sus perseguidores mientras corría sobre la azotea de un gris edificio. El frío de un invierno que se negaba a dar paso a la primavera entumecía sus músculos, pero a su vez favorecía el consumo de calefacción que en esos momentos le estaba salvando la vida. Los cuatro tiradores expertos que enviaba Hans Schäfer, último lugarteniente de la agencia Trouver, tenían una puntería digna de competición olímpica, por lo que el chico corría como alma que lleva el diablo para tratar de esquivar una muerte segura.

Era casi de noche y podía ver a su derecha, mientras corría, los destellos ocres que reflejaban las copas de los árboles en el Grober Tiergarten, el pulmón verde del centro de Berlín. Una bala rozando su sien le hizo recobrar la concentración y tomar carrerilla para saltar desde esa azotea a la siguiente. No recordaba el tiempo que llevaba sin salir a correr, posiblemente desde que lo hiciera por las callejuelas de Mykonos. Lo que trajo a su memoria momentos de una época más tranquila aunque carente de emociones y metas, exceptuando aquel en que conoció a Davina. ¿Dónde estaba la chica? ¿Se encontraría ya en el lugar acordado? Más le valía a Alfil que sí, su vida dependía de ello.

Hacía dos días que habían llegado a la capital alemana para hospedarse en uno de los más lujosos hoteles de la ciudad, sin escatimar en gastos como restaurantes, ópera, tiendas de ropa de lujo y los servicios de un Rolls Royce proporcionado por el propio hotel. El plan era exhibirse de forma abierta, pero sin dar sus verdaderos nombres, para que el último cabecilla de la agencia (su último objetivo) les descubriese; picando el anzuelo y siendo él quien les

atacase a ellos en lugar de esperar perpetrado en su fortaleza. Dos días en los que la pareja había podido relajarse y olvidar las experiencias de Bélgica, dejar atrás las desconfianzas y continuar con una relación aún más consolidada.

En lo referente a su misión, Davina había descubierto una serie de rápidas y caóticas comunicaciones, justo desde los sucesos de Amberes, entre varios puntos de Europa y con un destinatario en común. Ya desde Brujas, mientras terminaba de recuperarse, pudo descifrar mensajes de agentes y sicarios que trataban de informar y comunicarse con Le Conn y con el lugarteniente liquidado por Alfil en Amberes, y que obviamente no habían sido respondidos. Los integrantes de la agencia estaban preocupados ante la falta de información y las pruebas que demostraban que la agente desertora estaba consiguiendo liquidar a la cúpula de Trouver y a los agentes y sicarios enviados contra ella. Entre esas comunicaciones pudo descifrar el lugar donde se ocultaba el último cabecilla, una fortaleza inexpugnable en pleno centro de la capital alemana. Antes de poder acceder a ella, debían eliminar el mayor número posible de agentes. Para eso se exhibieron públicamente, debían atraerlos y liquidarlos.

La policía alemana estaba en alerta máxima después de haber recibido la información belga sobre el posible destino de los asesinos de Amberes. Sus programas de reconocimiento facial a partir de las cámaras de tráfico trabajaban todos en la búsqueda de la supuesta pareja homicida, aunque no contaban con que Alfil y Davina estaban usando maquillaje que alteraba sus rasgos, ensanchando la nariz, ampliando el tamaño de labios, espesor de cejas, color de ojos, etc. El trabajo como fotógrafo de moda había servido al chico para saber que los modelos pueden cambiar muchísimo sus rasgos y registros en base al maquillaje que lleven, hasta llegar a burlar incluso a conocidos o familiares que estuvieran ante ellos.

El Gobierno Español había enviado también a las autoridades de los países comunitarios una disculpa en caso de que se vieses interrumpidos por dos ciudadanos exoficiales de la Policía que estaban tratando de capturar a los fugitivos bajo su propia cuenta y riesgo, sin contar con autorización ni apoyo de su país. En la misiva se indicaba también que los cuerpos policiales podrían obrar como estimasen oportuno en relación con ellos dos, ya que eran fugitivos de la justicia española y belga.

Alfil oía las lejanas sirenas de la policía y sabía que había llegado el momento de dar la vuelta a la situación. Solo quedaban unos metros para llegar a la azotea en la que Davina debía tenerlo todo dispuesto. Saltó desde la cornisa los más de cinco metros que le distanciaban de su objetivo y cayó sobre una mullida colchoneta colocada estratégicamente para evitar que se rompiese las piernas. La chica estaba cumpliendo con su cometido. Se incorporó lo más rápidamente posible, quitó el colchón y se ocultó entre las sombras de las torres de ventilación y chimeneas del edificio. Había anochecido y Davina se había encargado de disparar a las farolas de la calle y a las bombillas de la azotea en la que estaban para sumir la zona en una tiniebla de dolor y muerte. Era el momento decisivo, el de saber si el plan daría resultado o, por el contrario, acabarían muertos.

Sus cuatro perseguidores llegaron tras él y se lanzaron a través del abismo de seis plantas de altura para caer sobre la boca del lobo. Tras quitar Alfil la colchoneta, arrojó un cubo lleno de erizos de metal y cristales rotos, sobre los que cayeron los cuatro agentes. Los gritos fueron desgarradores tras los cortes y varias piernas rotas. Desde la oscuridad surgieron dos sombras y, con tres silbidos de silenciador, acabaron con tres de ellos. El que más se lamentaba por los daños fue el elegido para someterle a un interrogatorio.

Davina no había podido conseguir una dosis de tiopentato sódico, un derivado del pentotal algo más refinado, así que trataba de mantener la mirada y el estómago ante la paliza que Alfil estaba propinando al sicario enviado por Schäfer contra ellos. La chica sabía que el entrenamiento al que se sometían esos tipos era bastante duro, tanto como para resistir durante horas, aunque perdiesen dientes o acabasen con la nariz y la mandíbula rotas. Solo contaban con unos pocos minutos antes de que la zona se llenase de policías, por ese motivo Alfil se empleaba a fondo, no llevaba ni un minuto y ya le había roto la nariz y hecho saltar tres dientes al asesino. Ella trató de acelerar el proceso con algo de disuasión psicológica.

—Eres un agente muy duro, sabemos que no sacaremos nada de ti a golpes, pero puedes darnos la información que queremos a cambio de salvar tu vida. Luego podrás desaparecer, estás entrenado para hacerlo. Tu cliente morirá esta noche, nadie te reclamará el contrato no finalizado ni sabrá que le has vendido. Nosotros estamos fuera de este sector y también desapareceremos en cuanto hayamos cumplido esta misión.

El sicario conocía esas estrategias para hacerle hablar, como también sabía que la situación de los dos fugitivos era límite. Tanto su patrón como toda la policía europea les perseguía. Quizá tuvieran razón, es posible, tal vez

hubiese una oportunidad de salir con vida de allí. El sicario decidió aceptar el trato que le ofrecían. Las sirenas de la policía sonaban ya demasiado cerca, estarían entrando en el edificio en pocos minutos; si no hablaba pronto, estaría muerto; así que sería mejor responder a sus preguntas y ahorrarse el resto de la paliza. Si existía una posibilidad de salir con vida de allí, debía aferrarse a ella.

—Está bien, está bien, hablaré. —Escupió bastante sangre al suelo y luego les dijo lo que querían oír.

Un minuto después Davina le disparó en la cabeza.

A las once de la noche, mientras la policía seguía buscando a los responsables de la matanza de la azotea del Tiergarten, como llamaban al suceso desde los noticiarios, Alfil y Davina se encontraban cenando en el restaurante Fackel, en la otra punta del centro de la ciudad. Desde sus grandes ventanales en la planta doce de un edificio en Columbiadamm, cercano al parque Volkspark Hasenheide, donde Alfil hizo tres años atrás una sesión de fotos para la revista Harper's Bazaar, podían ver con todo lujo de detalle la finca en la que vivía, al otro lado de la calle, Hans Schäfer, su último y mejor perpetrado objetivo.

Varias decenas de agentes vestidos con trajes negros, como los cuatro que habían liquidado dos horas antes, vigilaban por toda la finca repartidos por el perímetro, en cada rincón de los jardines y sobre la azotea del palacete que el supuesto respetable hombre de negocios y filántropo tenía en la ciudad. Miles de vatios de luz iluminaban cada metro cuadrado de la zona, así como una docena de cámaras de vigilancia monitorizadas. Sin duda les estaban esperando.

—El sicario tenía razón, ahí debe de haber treinta agentes como mínimo, eso sin contar los que estarán dentro de la casa y no les vemos. Y a estas alturas ya deben de saber que su avanzadilla ha fracasado —apuntó Davina mientras grababa con una videocámara y trataba de mantener el pulso con el *zoom* al máximo.

—Sí, y nosotros ya sabemos que hicimos mal los cálculos. No habría seis o siete agentes tras nosotros y otros tantos en la casa. El premio gordo está mucho mejor vigilado de lo que hubiéramos imaginado. No podremos entrar por la fuerza, hay que idear un plan alternativo, algún tipo de ataque desde la distancia.

—Y no será cuestión de horas ni de dos días. Nos llevará tiempo dar con esa sanguijuela.

—Al final no ha servido de mucho la carrera por las cornisas de los edificios.

—Bueno, te ha servido para ponerte en forma, ¿no?

Ambos rieron y continuaron con su cena distendida.

Ataviado con un traje de seda gris claro y un batín sobre él, Hans Schäfer deambulaba visiblemente nervioso de un lado a otro de la mansión, no paraba de dar órdenes y de esperar a que su jefe de seguridad le confirmase que todo iba bien cada diez minutos. Salir a dar sus paseos por el jardín de la propiedad se había convertido en un lujo que ya no podía permitirse y eso le enfadaba sobremanera; aquel miedo al asesino de sus socios estaba mermando considerablemente su calidad de vida y no se sentía más que malhumorado en los últimos días.

Caminaba inmerso en mil pensamientos por un pasillo de la primera planta cuando su nieto de cuatro años apareció tras una puerta, propinándole un susto de muerte. Maldijo para sus adentros en varios idiomas para suavizar sus palabras antes de regañar al niño, luego siguió su camino tratando de recordar lo que estaba pensando antes de ser interrumpido. Acabó por acordarse, se decía a sí mismo que llevaba más de treinta años en aquella casa y nunca se había sentido tan extraño en ella como esa noche. El recuerdo de su longevidad le hizo sonreír al comprobar que a sus setenta y ocho años conservaba la mente en mejor estado que cuando era un chaval. Otra puerta se abrió ante él y su esposa apareció para darle otro susto tremendo.

—¡Maldita sea, no puede uno pasear tranquilamente por la casa sin que le provoquen un infarto!

—Llevaba un rato buscándote. El cocinero se retira a su habitación, así que tendrás que recalentar algo si tienes hambre.

—¡A la mierda la cena! ¡He dicho mil veces que no quiero comer, solo que me dejéis en paz!

—¡Qué hombre! Nunca te había visto tan alterado, no comprendo ese humor que llevas esta semana, casi ni comes ni pasas un minuto en compañía de tu familia. Y no comprendo que tengamos tantos guardaespaldas solo porque se acerquen las elecciones presidenciales de Estados Unidos.

—Toda Europa está en alerta terrorista. ¿Acaso no ves las noticias? Vete a dormir y déjame en paz.

La anciana se marchó murmurando algo casi inaudible y Hans quedó a solas en el silencio de la noche, un silencio amortiguado aún más por las paredes forradas de madera, suelos enmoquetados y alfombras que había hecho colocar hacía más de tres décadas sobre un palacete reformado que perteneció a algún antiguo pez gordo nazi. Aquel silencio iba a acabar con su paciencia. Su mente funcionaba a las mil maravillas, pero su corazón... su corazón estallaría si no le comunicaban de una vez el fallecimiento de esos dos asesinos que habían estado aniquilando a sus socios de la agencia.

La penumbra producida por los cálidos apliques que salpicaban las paredes, imitando la luz de los pasillos del Ritz París que había visitado y envidiado en su juventud, daba la sensación, mientras paseaba por el corredor circular que recorría toda la planta de los dormitorios, que todo permanecía en calma, que no pasaría nada aquella noche. Pero él sabía que los cuatro cadáveres encontrados en la azotea dos horas antes eran los cuatro sicarios que había enviado a eliminar a esos dos miserables que estaban acabando con su salud y sus nervios con la misma facilidad que había terminado con sus dos socios.

«No entiendo cómo fuiste siempre tan estúpido, Le Conn, tenías tanta confianza en tu tapadera que nunca usaste guardaespaldas. Menudo imbécil. Claro que Robert fue aún más inútil y confiado que tú. Sabiendo que irían a por él, solo contaba con una dotación mínima de defensa. Ahora solo quedo yo y estoy dispuesto a salir de esta, la agencia tendrá por fin el líder fuerte que siempre ha necesitado. Cuando acabe con esos dos molestos insectos, cambiaré toda la estructura y jerarquía. No habrá más fallos».

Capítulo 20

—No me puedo creer que no hayamos intervenido. Fíjate la que han armado esos dos otra vez; debimos actuar, para eso estamos aquí.

—¿Estás loco, Pablo? Esos tipos eran cuatro asesinos profesionales por un lado y súmales los dos a los que perseguimos, aún más peligrosos. Si hubiésemos disparado, tendríamos a seis tiradores expertos contra nosotros dos.

—A mí no se me da mal disparar.

—Como si eres el puto Clint Eastwood, estábamos a más de cien metros, en la oscuridad y contra seis tipos vestidos de negro. Solo hubiese servido para delatar nuestra posición.

—Tal vez cuando estaban en plena persecución; pero luego, cuando liquidaron a los tres tipos aquellos y empezaron a darle la paliza al cuarto. Creo que pudimos esperar unos minutos más y no salir huyendo al oír las sirenas de la policía.

—No conocíamos la zona. Si nos hubiesen arrestado allí (y no descarto que nos hubiesen disparado antes de preguntar) junto a cuatro cadáveres, estaríamos encerrados y acusados de asesinato hasta que balística comprobase nuestras armas. Y en el mejor de los casos, tras soltarnos, iríamos de cabeza y esposados de vuelta a España.

—No puedo dejar de pensar que he vuelto a desperdiciar otra oportunidad valiosa de acabar con ese asesino.

Pablo y Javier se encontraban en una pensión en la cuarta planta de un edificio más que ruinoso de la zona este de Berlín. Por las condiciones de salubridad e higiene, el establecimiento debía de ser ilegal, pero no les hicieron preguntas al pagar en efectivo la habitación y sin hacer registro alguno; y ellos tampoco estaban en situación de exigir algo mejor. Javier estaba tumbado sobre uno de los dos camastros que ocupaban el único espacio de la habitación, vestido y sobre la colcha para no tentar a la suerte de

meterse bajo las sábanas. Pablo se sentaba en el lateral de la otra cama y, con los codos sobre en las rodillas, apoyaba la cabeza sobre las palmas de las manos tratando de mentalizarse de los movimientos que debía hacer a continuación.

—Les has descubierto en tiempo récord, menos de dos horas desde que entramos en la ciudad, hace solo dos días. Podrás encontrarles otra vez —le consolaba Javier.

—No, eso ha sido demasiado fácil. Les encontré porque se exhibieron como cebos para atraer a esos tipos. Ni siquiera sabemos si siguen en Berlín aún, si han localizado y eliminado a su objetivo o si tratarán de hacer alguna nueva incursión en otro punto de la ciudad.

—Seguro que sí.

—¿Cómo estás tan seguro?

—En París eliminaron a un viejo millonario y en Amberes a otro. Aquí solo han eliminado a cuatro agentes, aún no han informado los noticiarios de la muerte, accidental, violenta o casual, de ningún pez gordo.

—Pero no sabemos si en el momento en que les interceptamos venían de eliminar a su pieza principal. Quizá esta vez se deshiciesen del cuerpo y los noticiarios nunca lo puedan anunciar.

—No lo creo, no nos hemos separado de ellos en estos dos días, lo hubiésemos visto. En fin —dijo Javier tras lanzar un suspiro que denotaba su cansancio—, ponte a trabajar. Cada segundo cuenta. Yo mientras bajaré a la sala de abajo, a la recepción, para buscar en la televisión las noticias sobre millonarios que puedan haber fallecido de forma trágica o accidental estos días.

Pablo levantó la mirada, pero sus ojos seguían perdidos en algún punto fuera de aquella habitación. Su compañero notó que algo pasaba.

—¿Quieres contarme algo? ¿Estás pensando otra vez en Oiana? Seguro que está bien, como mucho le habrán dado un tirón de orejas. Con la cagada que ha supuesto toda esta operación desde que cruzamos los Pirineos, seguro que el Ministerio evita hacer ruido y lo soluciona todo de forma interna.

—No pensaba en ella —seguía observando un punto que ya no parecía alejado en la distancia sino en el tiempo—. Le tuve a tiro, a menos de medio metro.

—¿A quién?

—A ese asesino, al tal Alfil. Sabía que era él. Estuve acariciando la culata de mi pistola en el bolsillo del chaquetón mientras le llevaba como pasajero en un taxi.

—¿No intentaste detenerlo?

—Aquello sucedió cuando Miguel y yo estábamos de incógnito junto al tipo que creímos de la Interpol, pero que seguramente fuese un agente de esos que salen desde debajo de las piedras.

—¿Un falso agente de la Interpol? ¿Lo dices en serio?

—Lo del tal Jack es una historia muy larga que prefiero no contar, por eso no te he hablado del operativo de Madrid. En fin, a lo que iba: acabábamos de empezar la misión y el objetivo era localizarle y seguirle hasta conseguir que nos condujera a su cómplice: la chica que luego mató a Miguel. Todo ocurrió muy deprisa, aquella misma noche, solo unas horas después de tenerle a tiro en el taxi, horas en las que me mortificaba por mi cobardía. La chica, su compañera, mató a mi ayudante sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Cumplías una misión, además, ese tipo no es de los que se detiene con facilidad, hubieras tenido que dispararle antes de preguntar.

—A eso me refiero, debí matarle, lo pensé durante el largo trayecto que lo tuve en el taxi, pero tenía miedo, miedo a fallar y que me matase —Pablo hizo una pausa y trató sin éxito de tragar saliva—. Aparte, nunca habiéramos adivinado el paradero de la chica; pero eso entonces me daba igual... Hubiese salvado la vida de Miguel.

—Nadie sabe lo que hubiera pasado si hubieses tomado otra decisión. No puedes mortificarte por ello. Como tú mismo has dicho, ese tipo te podía haber matado antes de que le disparases.

—Es lo mismo que dijo ella.

—¿Ella?

—Oiana. Eso mismo dijo cuando le conté esta historia.

—Pero es la verdad. Estando detrás de ti, tenía toda la ventaja para matarte.

—Mejor yo que Miguel. Era mi misión. Yo le llevé allí y acabó muerto en medio de una calle fría y mojada, bajo la nevada y docenas de miradas extrañas desde los balcones.

—Bueno tío, eso forma parte del pasado, y es algo a lo que todos nos arriesgamos cuando decidimos trabajar como policías. Ahora debes enmendar todo aquello, debes hacerlo por Miguel, por Oiana y por nosotros dos. No quiero ser un fugitivo.

Pablo no pronunció una sola palabra más en toda la noche, permaneció ante el ordenador hasta bien entrada la madrugada. Hasta que Javier despertó y se sorprendió al descubrirle en la misma postura.

—Tío, ¿has dormido?

—Ya habrá tiempo para eso —respondió sin levantar la vista del portátil.

—Pues para lo que no habrá tiempo luego es para darnos una ducha. Toca madera para no pillar hongos y coge una muda de ropa, que hay que recorrer ese pasillo congelado hasta el baño del final de la planta. ¿Crees que habrá agua caliente? Yo en este lugar me espero casi de todo.

—Por favor, ve tú primero. No me concentro si no paras de hablar.

Javier iba conociendo el humor que solía gastar su compañero en las mañanas, sobre todo cuando dormía poco o, directamente, no había dormido. Necesitaba máxima concentración para sumergirse en ese mar de datos que ofrecían las noticias independientes de internet y las que publican los usuarios en redes sociales y blogs. Había desarrollado una habilidad innata para encontrar pistas o indicios con los que seguir a una persona basándose en palabras de búsqueda determinadas, palabras que aparecían en su mente como por arte de magia gracias a su intuición. Claro que el máximo rendimiento lo sacaba de piratear un canal de comunicación con la policía alemana. En la actualidad, los servicios policiales europeos tienen canales de comunicación automáticos y de envío de información, casi siempre para enviar perfiles de criminales que puedan abandonar un país y así favorecer su detención con rapidez en cuanto llegan al aeropuerto o estación de trenes de otro país. Sabiendo usar esos canales, y Pablo lo hacía con soltura, podía hacer peticiones oficiales de pequeños datos aislados que no delatasen su identidad, y nunca repetía nombre o destinatario de su petición para evitar sospechas o que le localizasen. A veces se limitaba a pedir datos estadísticos para estudios de criminología, que obviamente eran ficticios. En ese momento cotejaba las últimas informaciones recibidas. Sabiendo que Alfil usaba dos tipos de coches: berlinas discretas para sus desplazamientos entre ciudades y coches ratoneros (pequeños y con mucha potencia) para moverse por la ciudad, como el caso de Amberes, había pedido un listado de aquellos que se hubiesen alquilado esa semana y también de los que se hubiese denunciado su robo. Los ratoneros eran coches muy difíciles de conseguir, con ventas meramente simbólicas para las marcas. Así que solo catorce vehículos aparecían ante él, los apuntó en una nota y fue haciendo descartes:

- Ford Fiesta ST rojo (demasiado llamativo y no muy potente)
- Ford Focus RS azul (demasiado llamativo y grande)
- 3 Volkswagen Golf R (demasiado grandes)
- 2 Volkswagen Scirocco R (el negro es una opción, el rojo no)
- Volkswagen Scirocco GTS gris (posible opción)
- Seat León Cupra negro (demasiado grande)

- Opel Corsa OPC Amarillo (demasiado llamativo)
- 2 Seat Ibiza Cupra (posibles opciones)
- Abarth 695 biposto negro mate (opción más viable de todas)
- Volkswagen Polo GTI rojo (demasiado llamativo)

El siguiente paso de Pablo fue pedir todos los datos sobre el Abarth, que era su primera opción. Había sido alquilado a una empresa especializada en vehículos de competición para apasionados del motor que deseaban ponerlos a prueba en la Autobahn, la red de autopistas sin límite de velocidad de Alemania. Llamó al número de teléfono de la empresa y tocó madera para que el recepcionista hablase castellano.

—*Guten Morgen. Racing Cars. Was kann ich helfen?*

—Buenos días, ¿hablan castellano?

—¿Español? ¿Es usted español?

—Bendito turismo...

—¿Cómo ha dicho, señor?

—Nada, olvídalo. Le llamo desde la oficina central de la Interpol en España y necesitamos hacerle unas preguntas con respecto a un coche que han alquilado ustedes esta semana. Más bien necesito información sobre el cliente que lo alquiló.

—Me temo que esa información es confidencial. Yo solo le informo del procedimiento legal. Claro que si nos mostrase alguna credencial aquí en persona...

—Yo estoy a varios miles de kilómetros, pero puedo enviar a un compañero alemán de la agencia. El caso es que estamos contra reloj, ya habrá oído las noticias sobre los asesinatos de Madrid, Amberes y Berlín; si el tiempo que perdiésemos con usted resultase vital para la detención de los asesinos, y estos cometen más crímenes, abriríamos un expediente a su empresa por posible complicidad en los asesinatos. Yo solo le informo del procedimiento legal.

—Está bien, no sabía que era relacionado con algo tan horrible. Dígame en qué puedo ayudarle.

—Se trata de un Abarth 695 Biposto negro mate. Según mi informe fue alquilado hace dos días a las once cuarenta y cinco de la mañana...

—No sabes lo fría que sale el agua aquí, casi me da un infarto en la ducha. —Javier entraba por la puerta y quedaba mudo ante la cara, a mitad de camino entre sorpresa, complicidad y «te mataré luego» que le lanzó Pablo.

—Sí, ese coche es una maravilla —su interlocutor no parecía haber oído a Javier—, parece poco potente por llevar solo ciento noventa caballos y ser tan

pequeño, pero es una bala en circuito, ese juguete pesa menos de mil kilos y lleva un chasis tan rígido que...

—Lo siento pero esos datos no me interesan. Querría saber las características físicas del cliente y cualquier cosa que recuerde de ese momento, quizás un comportamiento que le llamase la atención.

—Le puedo decir el nombre con el que registró el vehículo.

—No, me temo que sería un nombre falso y ese dato no me serviría. Cuénteme cualquier otro dato sobre el cliente.

—Fue hace poco, así que recuerdo bien que era un tipo alto, fuerte y moreno de piel y cabello. Vestía y se comportaba elegante, y sabía lo que quería. Pidió expresamente ese modelo. Intenté que alquilase un Porsche 911 turbo o un M4, que son los que nos dan más beneficios y los favoritos para ir a la autopista. Pero ese tipo los rechazó en el acto, dijo que quería un coche más manejable, más *racing*, ya me entiende. Fue raro.

—¿Raro? Explíquese.

—Los coches *racing* no son para entrar en la Autovahn, sino para circuito, en cambio, no preguntó por ningún circuito cercano y eso que se notaba que no era alemán, su acento le delataba. Pensé que era algún piloto *amateur* que quería disfrutar de pasar el rato con la conducción extrema y que ya había corrido en los circuitos de la zona en otras visitas anteriores a la ciudad. Espero que lo devuelva en buen estado, el coche lleva pocos meses en la empresa. Perdona... ¿Ha dicho usted que ese tipo podría estar relacionado con los asesinatos del centro?

—Es posible. —Pablo no pudo evitar una sonrisa malvada al pensar en el estado en que había quedado el Mini de Amberes. Si Alfil usaba el Abarth para el mismo fin, en la empresa de alquileres no volverían a verlo nunca más.

—*Mein Gott...*

—No se preocupe, es más probable que el vehículo haya sido alquilado por cualquier usuario convencional y no el criminal que buscamos. Seguro que lo devuelven en perfecto estado —mintió Pablo.

—Eso espero. ¿Podría ayudarme en algo más?

—Nada, ha sido usted muy amable.

Colgó el teléfono y puso al corriente de sus investigaciones a Javier, que permanecía expectante a las noticias. A continuación debían localizar el coche, nada sencillo en una ciudad tan grande. Pero antes, Pablo tuvo que ducharse tras oír por segunda vez que empezaba a oler como una cuadra. El agua estaba helada, pero no parpadeó siquiera, volvía a tener una pista de su

objetivo y no permitiría que escapase tras una tercera oportunidad. Le dispararía en cuanto volviese a tenerle delante, sin dudarlo ni importarle las consecuencias, como tampoco temía fallar y que le mataran. Que le condenasen luego por asesinato era un precio que pagaría gustoso.

Lo que Pablo no sabía es que solo faltaban cinco días para cumplir su tan ansiado deseo. En cinco días dispararía mortalmente a Alfil. Aunque no lo celebrase por muchos años que recordaría aquella noche.

Capítulo 21

El reloj de Alfil marcaba las once y veinte de la noche, quedaban diez minutos exactos para entrar por el sector oeste en la mansión de Schäfer, uno de los dos puntos elegidos para su plan de asalto, uno de los más desprotegidos, si es que se podía llamar desprotegido al edificio más parecido a Fort Knox que se encontraría esa noche en el mundo. En el sector sureste, justo sobre la cascada de agua de la piscina, se encontraba la chica a la espera de la hora convenida.

El día anterior, nuevamente desde el restaurante Fackel:

—Menos mal que solo nos queda un objetivo en la lista, si sigues reduciendo el tamaño del coche que usamos en las huidas, acabaremos en un triciclo. Ya puestos, podíamos haber robado una moto.

—Las motos son peligrosas si te embisten con un coche, aparte de no poder llevar mucho equipaje con nosotros o disparar con comodidad en caso de necesitarlo.

—No creo que en ese coche que te has agenciado quepa mucho equipaje ni que resista la embestida de un coche grande.

—No lo subestimes, no tiene asiento trasero así que lleva más espacio de maletero que una berlina, es más rápido que el de Amberes y mucho más robusto, ya que cuenta con una jaula antivuelco por si tenemos que repetir un descenso de escaleras o soportar la embestida de un Audi.

—No me digas que tienes pensado hacer otra locura como aquella. — Davina le miró visiblemente asustada, aún le dolía mucho una rodilla tras el accidente. Quizá tuviese secuelas durante toda su vida.

—Deja de quejarte, no permites que me concentre.

—Por mucho que lo intentes, no hay mucho que hacer. Llevamos todo el día estudiando los movimientos de los guardias y la zona es inexpugnable,

nunca dejan un metro cuadrado del jardín fuera de su campo visual.

Alfil sonreía, no miraba a Davina mientras le hablaba, se limitaba a seguir observando.

—Eso sin contar las cámaras de vigilancia —añadía ella—, no dejan un solo punto ciego en el perímetro.

—Ten fe, no es tan difícil.

—No, si ya sé que no es difícil. Es imposible.

—Te centras en lo que se ve a simple vista, pero debes pensar con fluidez. Debes dejar de observar a cada agente en solitario y su zona de vigilancia para observarlo todo en conjunto, como un ente con vida propia que se mueve, respira y siente. Saramago decía que el caos es un orden aún por descifrar, aquí contemplamos algo ordenado a la perfección, solo debemos trastocarlo en el punto exacto para convertirlo en el caos que nos interesa.

—¿Sabes que me estás dando miedo?

—Concéntrate y verás que es sencillo, hacerse invisible estando rodeado de personas no es tan complejo como parece. Cada agente es un punto y su recorrido en la vigilancia es una línea que se dibuja por todo el recorrido del jardín. Todos los agentes se mueven creando un circuito único por el que pasan todos en fila. De ese modo no se habitúan a una zona pequeña y pueden estar más atentos, no se duermen durante la noche, permaneciendo en constante movimiento y alerta. Ese recorrido contempla en todo momento cada árbol, fuente, banco, perímetro del muro, etcétera que haya en la zona.

—Pues eso digo. ¿Cómo entras sin ser invisible?

—Fácil. Aprovechando los puntos débiles del sistema.

—Que son...

—Que no hay puntos débiles, por eso nadie espera que entremos. Ellos estarán protegiendo a su patrón de un ataque externo con rifle francotirador. No contemplan la posibilidad de que entremos físicamente en medio de un sistema tan infalible, y eso les hace vulnerables.

—¿Vulnerables?

—Claro, no nos esperan, por eso usaremos ese sistema, para aprovecharnos del factor sorpresa. Aunque el rifle con mira telescópica sea la opción más segura, no esperarán esta.

—Pero si reconoces que es la opción más segura, ¿por qué no la usamos?

—Porque ese tipo no saldrá de su casa en meses, y dentro está a salvo tras muros y cristales de seguridad. No disponemos de tanto tiempo hasta que la policía alemana y la Interpol se nos eche encima y nos detenga. Tarde o temprano alguna cámara de tráfico o de un cajero nos localizará.

—Entonces, si queremos terminar rápido, solo nos queda esta opción que planteas.

—Eso es, entraremos en la finca. Usaremos su propia coreografía contra ellos. Entraremos por las dos zonas que tienen algo menos de iluminación, aunque sean las más complejas y por eso no nos esperarán por allí.

—Pero las cámaras...

—No se mueven, por eso hay tantas. Puedes optar por cámaras de movimiento para tener unas seis o siete en todo el perímetro o las dejas fijas y tienes unas diecinueve, como es nuestro caso.

—Entiendo, diecinueve monitores no son tan fáciles de vigilar como seis o siete.

—Correcto, y menos aún si no esperas que te ataquen en tu fortaleza inexpugnable. Un vigilante puede estar atento a seis cámaras móviles, pero para vigilar diecinueve deben contar con varios técnicos.

—Que suelen estar de cháchara.

—Eso es.

—Aún así sigue siendo difícil.

—No lo será tanto, y una vez dentro del jardín, no será necesario ser tan sigilosos como si los guardias estuviesen quietos, sus propias pisadas al caminar ocultarán nuestros movimientos.

—Tú lo has dicho, una vez dentro. Primero hay que entrar sin ser vistos.

—Lo sé, por eso llevo horas buscando dos puntos en los que la coordinación de los agentes y la oscuridad de las cámaras propicie los lugares más idóneos por los que entrar. Si te fijas bien, cada agente tiene una visibilidad fantástica de un tramo del jardín, pero muchos de ellos no ven al agente de delante durante algunos momentos ni, lógicamente, al de atrás mientras avanzan. Si elegimos dos puntos adecuados de entrada en la secuencia, podremos introducirnos en el recorrido e ir aniquilándolos de uno en uno en silencio, con cuchillo o silenciador, y limpiar la zona para avanzar al siguiente nivel. Aunque debemos ser rápidos, no suelen perderse de vista entre ellos más de dos o tres segundos.

La chica sonreía con complicidad, comprendía que Alfil estaba sobre la fórmula que les permitiría alcanzar su objetivo o, al menos, acercarse mucho. No había más que proponerle un reto lo más difícil posible para que se volviese una obsesión para él. Solo esperaba que no se equivocase. Al principio no hubiese dado un dos por ciento a las probabilidades de éxito de la misión, una vez oído el plan le concedía un sesenta si todo salía como estaba

planeado, aunque fue cauta y bajó al cincuenta, después de todo no sabía lo que se encontrarían dentro de la casa.

Las cámaras de vigilancia se centraban en observar el muro por su parte superior y el perímetro exterior de la finca, mientras los agentes de campo vigilaban el interior del lugar. Alfil, enfundado en un traje negro de neopreno y placas de teflón, miró su reloj y esperó al momento en que mostrara las once y media, saltó por la zona más alta, la menos lógica para un intruso, y por lo tanto alejada unos metros de la cámara más cercana, en el sector oeste. Ya sería mucha casualidad que el agente, o los agentes de seguridad, que vigilasen los diecinueve monitores estuviesen en ese mismo instante observando esa en concreto para ver la pequeña sombra que había saltado en la oscuridad durante una fracción de segundo. Dejó un delgado garfio de titanio, no más largo que su dedo índice, en la parte alta del muro para descender por una fina cuerda de piano los más de veinte metros de altura que le separaban del jardín. Ante sus ojos apareció el primer agente, le disparó a la cabeza y comenzó su recorrido en sentido contrario al que usaban los vigilantes que había estudiado a fondo, avanzando para encontrarse de frente a cada uno de los que llegasen detrás del que acababa de liquidar.

Davina se sentía aterida a pesar del neopreno de su traje, no diseñado para submarinismo en aguas heladas sino como regulador térmico en misiones militares. Había logrado descender por la pared de piedra de la cascada de la piscina en el sector oeste, pensando en quién sería el imbécil que tenía conectado el flujo de agua una noche de invierno como aquella. Aún no se había repuesto de la sensación de frío cuando ya tenía a un agente ante ella, este sacó su arma al verla pero no logró disparar primero. Se había centrado en defenderse en lugar de gritar para dar la alarma y eso favoreció el curso de la misión. Pensó que aquello subía al sesenta y cinco por ciento el éxito. Respiró hondo para centrarse y emprendió su camino hacia el siguiente agente que aparecería en un instante frente a ella.

En dos minutos y cuarenta segundos, Alfil y Davina debían terminar su parte del recorrido y estar frente a la puerta de acceso que cada uno usaría para entrar a la mansión. La chica llegó a la ventana señalada, miró el reloj y esperó a que fueran las once y treinta y dos minutos con cuarenta segundos; esa era la hora exacta. Quedaban seis segundos para disparar a la ventana y entrar en la casa arrasando con todo lo que se moviera a su paso. La luz se cortó en toda la finca, era la señal de que Alfil había llegado a su punto de

acceso, donde estaban los cuadros eléctricos, y estaba a punto de entrar. Tendrían cuarenta segundos a partir de entonces para eliminar, aprovechando la oscuridad y el factor sorpresa, a todo agente o civil que vieran a su paso. La chica lo tenía más claro que Alfil, fuesen ancianos, niños, cocineros o doncellas, no dejaría un testigo con vida en el lugar.

Tras disparar a la ventana y saltar a través de ella, llegó corriendo hasta lo que debía ser el recibidor principal de la casa, disparando a la cabeza de cuantas personas salían a su paso; no se fiaba de los agentes que fuesen con chalecos antibalas, ella misma llevaba un traje especial que la protegía de armas pequeñas y automáticas, aunque no de rifles o armamento pesado y granadas. Cuando la luz se hubo restablecido gracias al generador auxiliar, ya llevaba seis bajas y había cruzado tres estancias de la vivienda. Debía ser más rápida y cauta ahora que todos estaban alerta y con visibilidad. Desde algún punto lejano pero dentro de la casa, mientras recargaba sus armas escondida tras una columna, oía los disparos de los agentes que se enfrentaban a Alfil. Esperaba que el chico no tuviese problemas, el disparo no se le daba tan bien como la conducción o el combate cuerpo a cuerpo, aunque no fuese ningún novato.

Dos agentes aparecieron frente a ella con ametralladoras y la obligaron a saltar sobre un mueble a su derecha. Al caer, reptó unos metros y apareció donde no la esperaban, desde allí observó cómo hacían trizas la madera del mueble donde se pensaban que ella seguía escondida. Aprovechó una pausa en el fuego para salir, disparar y acabar con ellos. Estaba exhausta a la vez que excitada, nunca se había enfrentado a una misión tan complicada, a eliminar a un tipo tan férreamente custodiado. Nunca había expuesto su vida de un modo tan suicida, claro que era la única forma de volver a tener una vida en la que no necesitase estar constantemente mirando hacia atrás. Aquella noche se decidiría todo, vivir en libertad o morir.

El pasillo por el que avanzaba era estrecho y oscuro, a pesar del lujo con el que estaba decorado, sabía que era la zona en la que podría estar su objetivo, las alcobas principales. De repente, quedó paralizada ante un cadáver en el suelo que había abatido ella misma, era un policía alemán de uniforme, eso lo complicaba todo. Volvió a recuperar el control cuando escuchó en la distancia los gritos «¡Polizei, Polizei!». Había una dotación policial en la casa para apoyar la defensa. ¡Maldita sea! Aquello implicaba helicópteros y un perímetro de seguridad alrededor de la zona. Veinte por ciento de probabilidades de éxito. La decisión que tomó en ese momento fue

muy dura, pero era la única que le daba alguna opción de salir de allí con vida.

Davina volvió corriendo sobre sus pasos. Huyó de la mansión dejando solo a Alfil, y abandonando el plan que ambos habían elaborado con exactitud.

El chico estaba acorralado entre tres fuegos enemigos y la pared de su espalda, solo un recio sofá tapizado con seda color burdeos, que usaba como parapeto, le separaba de una muerte segura. No tenía opciones ni esperanzas de salir con vida del cruce de balas que silbaban sobre su cabeza o impactaban en la endurecida madera del mueble. Su suerte había cambiado y el final le aguardaba, salvo que apareciese Davina a la espalda de sus atacantes. Entonces comprendió que todo aquello le venía grande, que la seguridad en sí mismo le había jugado una mala pasada en la planificación del asalto y que la chica había tenido razón todo el tiempo. La misión era imposible de cumplir con éxito. Alfil se había arrojado de cabeza a una empresa suicida como si algo en su interior le hubiese empujado hacia un final que llevaba años sabiendo que llegaría. Estaba acorralado, le quedaban segundos de vida y no quería invertirlos en lamentar sus fallos. Prefirió pensar en ella, que habría corrido una suerte similar a la suya por su culpa, por su arrogancia. Debió hacerle caso y tratar de asesinar a Schäfer usando un rifle desde la distancia, una bomba de precisión o esperar unos meses a que todo se hubiese calmado y la dotación de vigilancia fuese diez veces inferior.

¿Y si fuese todo culpa de Davina? Sin duda sentía algo especial por ella y, como le habría dicho su abuelo, su mente se habría vuelto débil y funcionando a una capacidad mucho menor de la habitual. La falta de concentración le había podido provocar la pérdida de la batalla. ¿Tenía razón su mentor? ¿Había cometido un fallo por dejarse llevar por emociones que no caben en la mente de un soldado eficaz?

De repente oyó los mismos gritos que habían supuesto el terror para Davina: «*¡Polizei, Polizei!*», pero para él eran melodía de dioses. Si los policías eran corruptos, estaría muerto en un instante, pero si se trataba de una dotación enviada para defender el ataque hacia una persona que tenía una tapadera de cara a la opinión pública como hombre de negocios intachable y filántropo, como era el caso de Hans Schäfer, cabía la posibilidad de que le detuviesen y llevasen a comisaría. Era una carta a la que debía jugar y apostar todo: su vida, ya que era lo único que le quedaba, y que sería aniquilada si permanecía más tiempo a la ofensiva. Esa partida de ajedrez

había terminado en un claro jaque en contra, pero aún podría convertirlo en tablas.

Aprovechó un momento en que no disparaban contra él para arrojar sus dos pistolas al centro del salón en el que se parapetaba, gritando que se rendía, varias veces y en alemán, a la policía que acompañaba a los sicarios y guardaespaldas de Hans Schäfer. Tras aquel gesto, una bala atravesó el tresillo e impactó contra una de las placas de teflón de su traje, a la altura del pecho, salvándole la vida. «¿Por cuánto tiempo?», pensó. Un vistazo en calma hacia su cuerpo le mostró que llevaba más de veinte impactos de bala deformando las placas de la coraza que Davina logró conseguir a tiempo para la misión, y eso sin poder ver los que llevaría a la espalda. Todas las cartas estaban echadas sobre la mesa; si no oía pasos caminando hacía él sobre la moqueta, estaba muerto. Una vez más, la suerte le sonrió. Escuchó las pisadas sobre los casquillos que inundaban el suelo, eran dos personas al menos las que se acercaban a él. Salió de detrás de mueble de madera maciza con las manos en alto y tan despacio como pudo. Mientras siete agentes y sicarios le apuntaban con sus pistolas, tres policías con gruesos chalecos antibalas se acercaron para reducirle en el suelo y esposarle. Los hombres de Schäfer se miraban entre ellos, desconcertados al comprender que no podrían liquidarle sin matar luego a los policías. Alfil fue arrojado al suelo de malos modos, a pesar de no oponer resistencia, y le esposaron. Era lógico, le trataban como al criminal asesino que había matado, solo en aquella casa, a más de dos docenas de personas, entre ellas varios compañeros policías. Uno de ellos le dio una fuerte patada en las costillas y el chico sintió el dolor agudo al romperse el hueso. Cuando le sacaban a rastras por el pasillo, oyó cómo uno de los guardaespaldas, entre cuchicheos, informaba a su jefe sobre la imposibilidad de eliminar al objetivo por culpa de la intervención policial. Durante unos pocos segundos, su mirada se cruzó con la del anciano, enfundado en una bata de seda y con un chaleco antibalas negro como el de sus guardias. Una mezcla de sensaciones, entre odio, suficiencia y satisfacción, cubrió el semblante de Schäfer al ver cómo se llevaban a su enemigo. Casi al instante, un niño de unos siete años salió del dormitorio y le abrazó mientras gritaba «¡*Opi, opi!*!».

Aquella mansión, el abuelo en bata, el nieto asustado llamándolo, los disparos... Alfil regresó de súbito a un momento perdido de su infancia, a un recuerdo olvidado o sueño de su niñez que de repente cobraba vida y se mostraba como una realidad que, en su infancia, no quiso almacenar en su memoria como tal.

Tendría unos nueve años, ya vivía en la mansión de sus abuelos, y jugaba al escondite al atardecer de un miércoles cualquiera. Su abuela y el mayordomo debían encontrarle cuando decidió entrar en la habitación prohibida, allí nunca podrían descubrirle y ganaría el juego, ya que sus perseguidores tampoco tenían permiso para entrar a esas horas. Sabía que su abuelo estaba ocupado atendiendo a una visita en el salón recibidor del ala oeste, había oído sus voces hacía tan solo unos minutos. Entró en la pequeña biblioteca privada de su abuelo y mentor, donde solo podía entrar con él y para jugar las partidas de ajedrez de los martes y jueves, y se ocultó bajo la mesa del escritorio. Tras unos minutos confiando en que su idea había sido magnífica, ya que no le localizaban, oyó cómo se abría la puerta y entraban su abuelo y otro hombre más que no conocía, debía de ser el visitante. Aquello era extraño porque nadie salvo su abuelo, él mismo y la doncella que limpiaba por las mañanas, podían estar en aquel lugar. Su abuelo cerró la puerta y rodeó el escritorio bajo el que se ocultaba, aterrado ante el castigo que le impondría el anciano si le pescaba allí. Por suerte no se sentó en el sillón, o le hubiese descubierto ante sus piernas. Respiró tranquilo mientras veía, al otro lado del escritorio y frente a la chimenea, los pies del desconocido. El anciano no le ofreció bebida alguna ni palabra cortés, fue al grano.

—¿Qué es lo que quieres?

—Dinero. Es lógico, ¿no?

—¿Quieres vender a una familia? ¿A un niño pequeño con algo que le traumatizaría?

—Ahórrese el melodrama. Todo el mundo sabe que es usted un tiburón y que arrasa con todo lo que tiene delante. Y también sabemos todos que ha pagado millones por ocultar el verdadero origen del accidente de su hijo y su nuera. Si quiere tener la caja negra del avión con las transcripciones y cerrar definitivamente ese capítulo, tendrá que pagar cien millones de pesetas.

—¿Cómo sé que podrá sacarla del almacén de pruebas de la policía sin que le vean ni sospechen de usted? No creo que sea un objeto fácil de mover sin llamar la atención.

—Trabajo allí como operario de limpieza desde hace ocho años y todos confían en mí. El caso está cerrado y esa prueba se quedará cogiendo polvo durante décadas hasta que la incineren cuando necesiten más espacio. Nadie la echará en falta. Además, los perros de vigilancia del depósito solo me ladrarían si llevase fardos de dinero o drogas, un artefacto metálico pasará inadvertido dentro de alguno de mis cubos de fregona.

—¿Y los controles de metal?

—Esos controles solo están en las comisarías y en edificios gubernamentales, en el depósito no hay más que una garita en la entrada del *parking*.

—Estoy teniendo una duda, ¿por qué debería pagarle por algo que acabará siendo destruido?

—Porque si no la robo para usted, lo haré para la prensa, aunque ellos me paguen mucho menos. Por eso prefiero vendérsela a usted. Sé que acabará pagando, los dos lo sabemos.

El pequeño Alfil notó el gruñido de contrariedad que lanzó su abuelo, como solía hacer cuando una opinión o actitud de otra persona no se adaptaba a sus deseos. Aquel tipo le había enfadado, aunque su tono en la negociación seguía siendo el de ir ganando la contienda, su abuelo siempre tenía un as en la manga. El niño permaneció escuchando y aprendiendo.

—¿Y cómo sé que puedo confiar en que no haya contado esto a nadie? No quiero tener más chantajistas alrededor.

—Tiene mi palabra y deberá confiar en ella. Con ese dinero podré retirarme a una casita modesta en la playa y olvidarme de estar oliendo a lejía y limpiacristales mientras limpio la mierda de otros. No soy tan estúpido como para confiar mi secreto y mi única baza para salir de la miseria a otros y que se aprovechen de ella, jodiéndome la idea.

—Bueno, señor Núñez, entonces no tengo más remedio que confiar en su palabra y cerrar aquí y ahora este capítulo tan desagradable para mi familia.

—El abuelo de Alfil abrió un cajón del escritorio, sacó un revólver con un silenciador y disparó tres veces sobre el pecho del chantajista.

El niño, aterrorizado, salió de su escondite gritando al ver caer el cadáver ensangrentado del desconocido. Se giró y vio a su abuelo con el rostro lívido y apuntándole a la cara, este dejó el arma sobre la mesa y corrió hacia él. No pudo llegar a abrir la puerta, su abuelo se lo impidió, abrazándole al mismo tiempo que susurraba a su oído para calmarlo.

—Tranquilo, mi niño. Todo esto no ha sucedido. Debes relajarte y tranquilizarte, has aprendido a hacerlo. Debes mantener la mente fría, mi pequeño Alfil. Todo ha sido un sueño, esto no es más que una pesadilla sobre tus padres, y la olvidarás en pocos días, ya lo verás. —Su abuelo le sostenía con fuerza por los hombros, incluso le hacía daño.

Tras unos minutos de angustia, en los que el niño era incapaz de apartar de su mente la imagen del cuerpo sin vida del desconocido cayendo sobre la alfombra, y del silbido emitido por el silenciador del arma, su abuelo tomó su

pequeño y lloroso rostro entre sus manos delgadas y sarmentosas y le miró fijamente a los ojos, con la cara a centímetros de la suya. A Alfil le faltaba el aliento y no podía controlar el temblor de su cuerpo, miró de reojo y comprobó el efecto hipnótico de la sangre oscura como el alquitrán al extenderse despacio bajo el cadáver y sobre la alfombra. Su abuelo volvió a hablarle y él sintió el hedor del *brandy* que emitía al respirar.

—Si algo debes recordar de este momento, que no es más que un mal sueño, es que hay que deshacerse de los enemigos, de los que pongan en peligro tu vida o la de tu familia. Nunca permitas un chantaje o una extorsión. ¿Me has oído? Elimina a cualquier adversario que te amenace con un jaque mate.

Tras aquel extraño y revelador recuerdo, Alfil perdió el conocimiento mientras le trasladaban a la comisaría en un furgón policial. Al despertar aún sentía el estruendo de disparos a su alrededor, el olor de la sangre y de la madera noble al volar en pedazos, el traje incómodo que había llevado como armadura, sentía también que le faltaba un miembro (debía tratarse de la ausencia de Davina a su lado); aún podía oír en la distancia, como a través de un túnel, a los policías gritando «*¡Polizei, Polizei!*», al niño asustado llamando a su abuelo en aquel pasillo y el hedor del *brandy* de su mentor en el paladar. Trató de incorporarse pero fue en vano, estaba atado de pies y manos, y sus ojos, tras adaptarse a la luz, le informaron de su situación. Estaba en una habitación de hospital, donde le habrían colocado aquel aparatoso vendaje que lucía en el tórax, y dos policías alemanes con cara de pocos amigos le observaban mientras uno de ellos susurraba por radio que el detenido ya había despertado.

Capítulo 22

Unas horas antes de la operación de Davina y Alfil:

En la Policía, Pablo había aprendido que, al igual que en la vida, la suerte no existe, que todo se basa en trabajar, en estudiar a tu asesino, en analizar y ordenar las pistas y en tener un don especial para lograr ver la luz al final del lejano y lúgubre túnel. Esa suerte, carisma o habilidad de los policías de las películas americanas, que descubren al asesino a los dos días y de pura casualidad, no pertenece al mundo real. Claro que ese pensamiento estaba basado en las experiencias personales de Pablo hasta ese día.

Hasta ese día.

A las cinco de la tarde, el teniente sevillano recibió un mensaje de texto que no esperaba y que le hizo volverse jovial como un niño desenvolviendo su regalo más ansiado el día de su cumpleaños. El trabajador de la empresa que le había alquilado el coche a Alfil le había dejado una pregunta que hizo que se le cayese el móvil al suelo por los nervios.

«Buenos días, agente. Olvidé decirle que, para evitar robos, ya sabe, por malas experiencias anteriores, colocamos un localizador GPS oculto en cada coche que alquilamos. ¿Desea que le dé la posición del Abarth 695 o ya no buscan el vehículo?».

Esa información inesperada demostraba que no se pueden hacer conjeturas definitivas sobre nada; que cuando uno menos lo espera, salta una alarma en nuestro cerebro o a nuestro alrededor que nos avisa de un peligro inminente, nos indica el camino a seguir o nos susurra sobre una buena elección. Y aquí tenemos el ejemplo más significativo de esa teoría. Una pequeña empresa de alquiler de coches había provocado el primer error del metódico asesino que nunca cometía errores, del astuto e inteligente criminal que controlaba todos sus pasos al milímetro. Claro que todavía no había confirmado que el localizador mostrase su ubicación, quizás hubiera sido descubierto y destruido por Alfil. Quizá Pablo estuviera cantando victoria

antes de lo que debía. El teniente se dispuso a contestar al mensaje, temblando y rezando para tener algo de suerte por primera vez durante el caso, mientras pedía por favor esa información.

A las once y cuarto de esa misma noche, el Abarth llegaba a las inmediaciones de la vivienda de Hans Schäfer, aparcando en posición para salir lo más rápido posible tras su misión por una calle oscura y sin tránsito. Desde la distancia observaban Javier y Pablo, para detenerles, dispararles o seguirles en cuanto saliesen de nuevo de la mansión. Se habían agenciado un Mercedes GLA blanco y se mantenían a la espera a pocos metros de distancia en la misma calle.

—Deberíamos llamar a la policía alemana.

—Ni pensarlo. En cuanto apaguen el motor del coche, acelero para cortarles el paso y les apuntamos para detenerles. Si ves que pestañean, dispara a discreción, con esos dos no se puede fallar, no habrá un segundo intento.

—Pero ¿no viste esos abrigos negros y las mochilas, seguro que llenas de armas, que llevaban cuando salieron del hotel? Esos van a armar una bien gorda en esa vivienda. Era como ver a Neo y Trinity^[2] antes de liarla bien.

—Eso no es problema nuestro, este lugar tiene muros como un castillo y está plagado de cámaras, de vigilantes armados y de policía, ya lo has visto al venir hacia aquí. Si nos metemos ahí dentro, nos matarán, o peor aún, nos arrestarán y enviarán a la cárcel, te recuerdo que somos proscritos.

Javier notaba el temblor en sus manos, nunca había tenido tanto miedo. Claro que las veces que había usado el arma había sido de forma espontánea, para defenderse de un ataque y siempre contra criminales comunes. Esos dos que perseguía eran asesinos de primer nivel, con unas habilidades y puntería que él no podía igualar. Observó a Pablo y le vio tranquilo, aunque eso no le hizo mejorar su estado. Después de todo, Pablo estaba loco, no como los que se creen Napoleón, sino como los que están dispuestos a morir sin pestañear por conseguir su objetivo. Javier quería ser un buen policía, quería redimir errores del pasado, pero no a costa de perder su vida en una pelea dos contra dos en la que no tenía la más mínima oportunidad de salir victorioso.

Alfil y Davina salieron del coche y se quitaron los abrigos, mostrando trajes negros ajustados que cubrían incluso su cara, en aquella calle desierta y bajo la luz anaranjada de las farolas, eran sombras en tres dimensiones que se movían con determinación y velocidad. Los dos policías quedaron sin saber qué hacer ni decir ante esa visión.

—No me jodas... ¿Qué coño es eso?

—Van a terminar su misión, por eso van así vestidos.

—Pero, ¿les estás viendo? Esos tipos juegan en otra liga. Seguramente llevan blindaje de teflón de ese que nos informaron en comisaría en un seminario, solo la CIA los tiene. Yo te apuesto lo que quieras a que esas placas que se ven por el cuerpo de esos dos son blindajes, son como los putos Batman y Robin.

—No podemos dejar que maten a otro inocente.

—No me jodas, Pablo. ¿En qué momento te ha parecido que esos tipos a los que matan son personas inocentes? Aquí se cuece algo entre agencias secretas y se están exterminando entre ellas. Esos viejos multimillonarios como el de París y Ámsterdam tenían muy mala pinta; y mira el palacio en el que van a entrar. Te apuesto lo que quieras a que ahí no vive un albañil.

—Lo sé, pero dijimos que les dispararíamos la próxima vez que les tuviéramos a tiro.

—Pero no están a tiro, deja de comerte el coco. A esos dos hay que cogerlos por sorpresa, de espaldas y, a ser posible, desnudos.

—No ha tenido gracia.

—Un poco sí, pero ¿tengo o no tengo razón? Estamos aquí para detenerles y es lo que haremos, claro que este no es el momento y no puedes discutirlo. ¡Mira, se han separado y él comienza a trepar por el muro!

Alfil subía con rapidez gracias a un accesorio de clavos para escalada que había acoplado a sus botas y manos. Segundos antes había disparado a la farola más cercana para sumir esa zona en la oscuridad y poder trepar antes de que la cámara del perímetro de vigilancia se adaptase a su modo de infrarrojos.

—¿Has visto lo que llevaba ese tío a la espalda? —Javier se confirmaba en la buena decisión de no haber salido a enfrentarse con ellos.

—Esos dos van a liarla esta noche. He contado, aparte de las dos nueve milímetros con silenciadores que lleva cada uno en las caderas, unos veinte cargadores extras en sistemas automáticos y retráctiles de carga ultrarápida en la espalda de cada traje.

—Has contado bien. Y ese sistema de carga no es fácil de conseguir. Al otro lado del muro debe de estar Donald Trump en plena orgía, como mínimo.

Pablo no hizo caso a la broma. Se mordía el labio con fuerza por estar nuevamente ante su archienemigo sin poder enfrentarse a él. Debía esperar. Una vez más, debía esperar. Recordó entonces el refrán de su padre: «Dios recompensa a los que saben esperar». Aunque nunca tuvo muy buena relación con su padre en los pocos años que compartió con él y su madre. Él murió

teniendo Pablo once años y ella desapareció dejándole con sus abuelos maternos.

«Ahora que estoy en el momento más importante de mi vida, resulta que me pongo a pensar en alguien que se fue tras un cómico resbalón en la ducha».

—¿Qué hacemos? —preguntó Javier.

—Esperar, tienen el coche aquí, si salen con vida de donde quiera que se estén metiendo, volverán al coche. Quizá salgan heridos, con poca munición o desarmados, o mejor aún, sin contar con que les estemos esperando. Pero bajo ningún concepto llamaremos a la policía alemana.

—Tú mandas, espero que sepas lo que haces.

Veinte minutos más tarde aparecía Davina corriendo, parecía asustada y casi sin fuerzas, entró en el coche mientras Javier, a veinte metros y aún en el interior del Mercedes robado, sujetaba con tesón a Pablo para impedirle salir a por ella. «Es la asesina de Miguel», intentaba gritar el sevillano con furia. Javier le miraba sorprendido y excitado por la situación, sobre todo tras oír la cantidad de disparos de armas automáticas que llevaban oyendo sin cesar, y ahora su compañero iba a fastidiar la misión por dejarse llevar por sus instintos, sus deseos y sus frustraciones. Javier le lanzó una mirada de calma y trató de serenarlo y que entrase en razón.

—Ella no es el pez gordo. Relájate. Debemos seguirla.

—¿El pez gordo? Seguramente hayan matado a Alfil, ¿no has oído los disparos? Eso ha sido un infierno del que no saldría con vida ni el mismísimo Rambo.

—Aún se oyen disparos. La chica le ha abandonado. Eso es más que extraño —respondió Javier.

—¿Qué tiene de extraño? En un sitio así, yo también te dejaría a tu suerte.

—Sí, pero tú no eres esa chica, ni ese que está ahí dentro suele ser abandonado a menudo, según tu propio informe. La seguiremos para averiguar hacia dónde se dirige.

—¿Y si esperamos un poco más? Quizá él consiga salir también.

—¿Oyes las sirenas? Pronto nos arrestarán y nos implicarán en lo que hayan hecho estos dos.

—Nosotros no nos hemos movido del coche. No hemos hecho nada.

—Pero somos fugitivos y estamos en la escena del crimen, sabíamos que algo iba a pasar, vimos a los asesinos de Amberes y no llamamos a la policía.

Estamos en un coche robado y vamos armados. ¿Quieres quedarte para explicarles todo eso?

Pablo arrancó el motor y salió en su persecución desde la distancia y con las luces apagadas. La chica conducía sin exceder el límite de velocidad, con discreción, aunque el sonido del tubo de escape era muy llamativo a altas revoluciones, así que mantuvo una velocidad que no sobrepasó los cincuenta kilómetros por hora hasta llegar a las inmediaciones de su hotel. Los dos tenientes no se acercaron demasiado para no llamar su atención, después de todo, el localizador seguía dentro del coche y podrían volverlo a encontrar si les despistaba.

—Es una suerte que hayamos echado todo lo que tenemos, ropa, ordenador y demás, al maletero —apuntó Javier.

—¿Por qué lo dices?

—Te apuesto a que la chica sale en menos de diez minutos con una maleta y desaparece de Alemania.

Pablo no respondió, quedó pensativo y con la mirada fija en la puerta del hotel, alumbrada por un cartel luminoso no muy grande y algo deteriorado. Su objetivo era Alfil y no quería marcharse de allí sin capturarlo o saber que le habían detenido. Tal vez Javier tuviese razón y le hubieran liquidado en la mansión. Jamás había oído tantos disparos, no quería ni imaginar el infierno que se habría escenificado en aquel lugar.

Capítulo 23

Quedaban tres horas para el traslado definitivo de Alfil hacia Madrid. Después de que Bélgica y Alemania pugnaran por el derecho a juzgarle por los crímenes cometidos en sus territorios, el Gobierno Español zanjó la cuestión alegando que el primer lugar donde actuó el asesino fue en Madrid, con ello zanjó la disputa y se llevó el dudoso honor de juzgarle y encarcelarlo. No de buena gana, la canciller alemana y el presidente belga tuvieron que acceder ante algo tan incuestionable. No deseaban que el criminal que había ocasionado el caos y tantas muertes en sus países fuese juzgado por un país con leyes de las más suaves de la Unión Europea, pero tampoco podían provocar un conflicto político internacional. El traslado estaba previsto, inicialmente, para las siete de la mañana en un avión especializado en el transporte de presos muy peligrosos y con gran riesgo de fuga, pero al no tener tanta autonomía como para llegar a Madrid sin escalas, ni los aeropuertos franceses podían garantizar el nivel de seguridad que la policía alemana les exigía, estuvieron buscando alternativas hasta conseguir un helicóptero del ejército que pudiera llegar hasta Toulouse sin repostar. Allí, en una base militar francesa, podrían hacer escala y continuar hasta dejar al detenido en Pamplona, desde donde finalizaría su viaje bajo la supervisión de la policía española.

El techo sobre la cama del detenido, compuesto de plaquetas de escayola, tenía diecinueve marcas de desgaste, un resto de telarañas en una esquina y un siete pintado a lápiz cerca de la ventana, la cual lucía gruesas rejas de metal tanto por fuera como por dentro del traslúcido cristal. En los días que llevaba allí, también había memorizado cada detalle de cada uniforme de los seis policías alemanes que le custodiaban día y noche y de los doce policías más que les hacían las sustituciones en las guardias de ocho horas. Echaba de menos el trabajo de fotógrafo, el tener que usar su percepción visual hiperdesarrollada para buscar fallos durante las sesiones de fotos: un pelo

sobre la cara de una modelo, una mota de polvo o una simple arruga sobre una prenda, y luego indicar a su equipo que lo solucionasen; la misma percepción visual que usaba para retocar las fotos, siendo capaz de identificar marcas en la piel, restos de maquillajes, tonos mal conseguidos o sombras donde no debiera haberlas. En su nueva situación se conformaba con analizar al detalle lo que había en aquella habitación de escasos quince metros cuadrados en los que, como un reloj suizo, aparecía una enfermera cada dos horas para leer sus constantes vitales en el monitor y apuntarlo en una libreta, y cada cuatro horas un médico que le preguntaba cómo se sentía del dolor por la costilla rota y del golpe en la cabeza que también recibió de un guardia durante la detención (aunque eso último no lo recordaba). En ambos casos, los seis policías permanecían apuntándole con ametralladoras todo el tiempo que cada sanitario estuviese dentro de la habitación. Teniendo en cuenta que estaba fuertemente amarrado de pies y manos a la camilla, no le cabía duda de que le consideraban bastante peligroso.

Peligroso pero vivo, aún seguía vivo y, teniendo en cuenta todo lo sucedido en las últimas semanas, desde Mykonos y la cantidad de gente que había eliminado, agentes entrenados y profesionales, había acabado con docenas, había matado a dos magnates de una agencia internacional, había puesto patas arriba a todo el continente, no alcanzaba a comprender cómo había podido lograr todo aquello y estar allí para contarlo, con una simple costilla rota. Pensar en semejante empresa le hacía sentirse vivo, especial. Sonrió de forma espontánea, luego comenzó a reír hasta no poder controlar las carcajadas que brotaban de su interior. Los seis guardas alemanes le miraban pero no se inmutaban ante su gesto. Entonces comprendió que no se estaba riendo realmente, lo hacía en su interior, lo hacía el monstruo que llevaba dentro y que se había estado alimentando de toda la sangre derramada.

Y recuperó la cordura.

La inactividad durante los tres días que llevaba allí encerrado le había sentado mal. Su mente volaba hacia su niñez y revivía el trato con su abuelo, que incluso después de catorce años muerto aún le sorprendía. «Es asombroso cómo ha influido su persona y su educación en mí, en crear al monstruo», pensó. El primer día había oído hablar a los policías sobre la búsqueda por todo el país de Davina, así que se alegró de que no hubiese muerto en el asalto, había logrado escapar y no la culpaba por haberle dejado allí. Hubiese sido un suicido tratar de ayudarle. Durante el primer día y medio se preguntó cuándo entrarían para interrogarle, para preguntarle por el paradero de la chica, por sus motivos para haber puesto patas arriba esas ciudades o,

simplemente, para hablar del tema. Después de la espera comprendió que sería otro cuerpo policial, seguramente el español, el que tendría la jurisdicción para esa tarea, así que no se molestarían en facilitarles o adelantarles el trabajo.

«¿Qué será ahora de mí? ¿Cuánto tardará la prensa en descubrir mi nombre y apellidos y vincularlos con las empresas familiares? Será el fin de todo, las empresas quebrarán en bolsa y más de diez mil familias se verán en el paro. Dios, qué desastre. A mí me caerán más de veinte años y no saldré de prisión antes de quince, no creo que pueda sobrevivir encerrado más de dos meses, ni soportar esa disciplina. Espero, al menos, seguir siendo fuerte y mentalizarme para lograr establecer metas nuevas, ¿quién sabe? Podría ser interesante planificar una fuga de la cárcel. Uf, qué mal me veo, llevo aquí solo tres días y ya estoy divagando con tonterías».

La noche anterior había soñado con la cárcel. Su celda tenía un metro ochenta de largo por un metro veinte de ancho, y la mitad la ocupaba el camastro. Debajo del mismo tenía un orinal y al otro lado una mesa pequeña y destartada de madera donde escribir, con varias hojas de papel arrugadas y sucias y un lápiz ya casi consumido, todos sus pensamientos, una autobiografía, una confesión o cualquier cosa que se le ocurriese. La bombilla que colgaba de un cable solo permanecía encendida hasta las nueve y media de la noche, así que su insomnio tenía que saciarse contemplando (o imaginando, más bien) el techo en la oscuridad. Oía los gritos y lamentos de fondo de los demás presos, durante años encerrados, que clamaban por una libertad casi olvidada. Añoraba el cielo azul, la brisa del mar en su rostro y la suave piel de Davina bajo las yemas de sus dedos. Un día despertó y supo que ya llevaba un año encerrado. Se miró en el espejo de los lavabos donde se duchaban todos los presos cada mañana y se sorprendió al ver lo delgado y mayor que parecía. Luego, a solas en su celda, lloró al pensar que aún le quedarían otros catorce o quince años más en aquel infierno.

2

Sentados al fondo del *Green Dwarf*, un oscuro *pub* irlandés en el centro de Amnéville, Pablo trataba de llevar sin derramar dos rebosantes pintas de cerveza a la mesa que compartía con Javier. Llevaban un día en la pequeña

localidad del norte de Francia, cerca de las antiguas fronteras con Luxemburgo y Alemania.

—Si nos distraemos demasiado, la chica nos despistará.

—No lo hará, se quedará aquí hasta que las noticias alemanas informen sobre el traslado de Alfil a España.

—Muy seguro te veo de que intentará su rescate, pero aún no hemos visto nada que demuestre tu teoría.

—¿Cómo que no? Todo lo que hace está indicando sus pasos. Podía haberse marchado al otro extremo del mundo pero permanece en la zona en la que la siguen buscando. No para de seguir todas las noticias, y dudo que sea para saber si aparece un retrato suyo, está esperando a ver los movimientos de traslado de Alfil.

—Pero atacar un convoy militar o un helicóptero de la policía con escolta es una locura.

—¡Joder, Javi! Parece que no hayas estado allí conmigo, al otro lado de la tapia donde estos tipos entraron y mataron a treinta y ocho agentes bien entrenados y cuatro policías, saliendo ilesos; incluso ella escapó sin problemas. ¿Has visto las imágenes de la ciudad de Amberes? Aquello parecía Japón después del tsunami. Asaltar un furgón o helicóptero con una dotación policial o militar de una docena de soldados o policías es pan comido, solo debes elegir el punto exacto en que menos lo esperen y que propicie mejor la huida posterior.

—Está bien, seguiremos vigilándola. Pero termínate ya la cerveza y salgamos, no quiero que vuelva a cambiar de coche y nos despiste.

—Su hostel está justo enfrente de este *pub*, desde aquí se ve la puerta, si saliese... —Pablo enmudeció y agachó la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué pasa si saliese?

—Cállate, viene hacia aquí —susurró.

Javier no respiró siquiera cuando vio por el rabillo del ojo a la chica entrando por el extremo opuesto del local. Observó cómo se sentaba y oyó que pedía un *whisky*, hablaba un francés perfecto y se comportaba como una dama frágil y educada, con una discreción asombrosa. Antes de sentarse ya había inspeccionado el local sin invertir más de un segundo y no tener que girar el cuello lo más mínimo. No cabe duda, pensó Javier, era una profesional bien adiestrada y peligrosa. Los dos tenientes temían que aquella aparentemente débil dama sacase una pistola o una ametralladora y convirtiera el local en un infierno de sangre y muerte. Por suerte para todos, se mantuvo en calma. Davina se bebió el vaso de un trago, escuchó unos

segundos las noticias y dejó un billete de diez euros sobre la barra antes de salir. Javier juraría que la había visto lanzando una mirada furtiva hacia ellos justo antes de marcharse, pero eso sería imposible, estaban lejos y en una zona demasiado oscura del *pub* como para haberles descubierto.

—¿Me lo ha parecido o nos acaba de invitar a seguirla?

—No te montes películas, Javi. Si supiera quiénes somos y nuestras intenciones, no estaríamos vivos.

—Sea lo que sea, se mueve, así que salgamos tras ella.

Mientras el televisor del *pub*, que los dos expolicías ya no podían ver, seguía dando la noticia sobre el traslado a Toulouse en helicóptero del terrible asesino que había conmocionado a toda Europa, Davina salía de la ciudad hacia el sur del país en un Seat Exeo gris. A una distancia suficiente como para no ser detectados, iban Pablo y Javier en un Citroën C4 negro que habían robado horas antes en el callejón de atrás del *pub*. Lo tenían listo para salir tras ella y para no ser detectados por las cámaras de tráfico, ya que habían usado cinta aislante negra sobre las matrículas para convertir un 3 en un 8 y una I en una T; un sistema muy chapucero pero que funcionaría si se cruzaban con gendarmes en las próximas horas o días y que les garantizaba más margen de tiempo antes de tener que robar otro.

Davina mantuvo la velocidad legal en la ciudad pero aceleró hasta ciento cincuenta por hora en cuanto entró en la autopista y puso rumbo a Nancy y luego a Dijon. Se notaba que tenía muy estudiados sus pasos hacia el siguiente punto, por eso sus perseguidores no la perdían de vista. Condujeron durante casi dos días sin parar, hasta que la chica entró en un motel de carretera cerca de Albí, a falta aún de setenta y ocho kilómetros para llegar a Toulouse, donde se produciría la escala del helicóptero militar que transportaba a Alfil. Aquel parecía el punto elegido por la chica para un ataque sorpresa. Si la información dada por las noticias era exacta, el transporte aéreo saldría de Alemania en solo dos horas, así que Davina no disponía de más de seis horas para descansar y dormir si quería llegar a Toulouse antes que los militares.

Javier y Pablo habían escuchado las noticias por la radio del coche y sabían el destino de la chica. Podrían haber seguido hasta la ciudad francesa sin detenerse, ya que habían hecho turnos para conducir y dormir durante el trayecto y estaban más frescos que ella, pero decidieron seguir manteniendo la confirmación visual para no perder el plan que Davina tuviese pensado para

la fuga de Alfil. Si lograba escapar, podría desaparecer para siempre y dejarles en medio de la nada, sin opciones. Si no escapaba e intentaba un rescate, pero fracasaba y no lograba su objetivo, podrían intentar detenerla y entregarla para lograr a cambio un indulto por sus delitos. Quizá no recuperasen sus puestos en la policía, pero al menos quedarían en libertad. No sería gran cosa, pero cada uno de ellos, como oficiales con años de trabajo en sus comisarías, conocían los suficientes trapos sucios de sus superiores como para negociar un trato que les librase de la cárcel.

El agua caliente de la ducha sentó como un revitalizador bálsamo a la maltrecha espalda de Davina y le permitiría conciliar el sueño que acumulaba. Aunque aprovechó el momento, durante solo unos minutos, para repasar mentalmente su plan y revisar, al salir del baño de la habitación, la munición y armas que había logrado comprar tras la operación de Berlín. Había tenido que cambiar su «traje de batalla» por uno nuevo al comprobar que tenía más de veinte impactos de bala comprometiendo su estructura y efectividad. Casi no le quedaba dinero de la reserva que Alfil administraba para la misión, pero lo usaría todo en la loca empresa de rescatarle de la policía; y si fuese necesario, robaría en varios establecimientos, como restaurantes, locutorios, gasolineras o similares, para lograr algo más de efectivo. Comenzaba a tener sueño de nuevo y eso le recordó el calor y el tacto duro y firme del cuerpo de Alfil sobre ella, le echaba de menos. Echaba de menos las descargas eléctricas que sentía al recibir sus besos en los rincones más íntimos de su anatomía, echaba de menos sus caricias, echaba de menos hacer el amor y sentir cómo era embestida con fuerza durante horas, llevándola a otra dimensión; echaba de menos aquel suave aroma almizclado y sentir el juego de sus dedos entre sus cabellos o recorriendo la curva de su espalda hasta quedarse dormida sobre su cálido cuerpo; echaba de menos su voz, sus miradas, sus sonrisas de seguridad; incluso echaba de menos su brusquedad cuando estaba concentrado, agobiado o enfadado. Llevaba demasiados días sin él y se preguntaba cómo estaría, si también la echaría de menos o si tendría su propio plan de fuga, si se sentía abandonado por ella al marcharse de la mansión durante el tiroteo... Lo único que sabía de él, de lo único que estaba segura, es que no tiraría la toalla. No se rendiría tan fácilmente.

Tanto le necesitaba que recurrió a la sutil caricia de las yemas de sus dedos entre los muslos para ayudarse a recordar su presencia, su olor y su

sabor. Tras llegar al clímax, y a medida que su respiración entrecortada iba calmándose lentamente, quedó dormida bajo una sonrisa.

Despertó con un sonido familiar retumbando en su mente, una voz que creía ya lejana u olvidada en su memoria. «Vamos, zorrita perezosa», dijo la voz que se perdía a mitad de camino entre el tiempo, la vergüenza y el asco. «Es hora de trabajar, vamos, vamos, vamos», decía a continuación Livia, la señora a cargo de las niñas que sobrevivían en el Dorință^[3], en pleno centro de Bucarest, en un piso de mala muerte en la cuarta planta de un edificio ruinoso y lleno de estiércol, tanto vegetal como humano, pero que generaba buenos ingresos a la vista de los ropajes y el coche que lucían los dueños. Nada comparable a la miseria que entregaban cada semana a las niñas para enviar a sus familias como ayuda económica. «Vamos, zorritas. Solo queréis dormir y comer; comer y dormir, ja, ja, ja. Comer os hará gordas y dormir... ¡ya dormiréis cuando seáis viejas como yo! ¡J, ja, ja! Mover esos culitos flacos para que los clientes no se marchen a otro lugar. ¡Vamos, zorritas!».

Cada noche debía satisfacer a un mínimo de diez hombres o sería expulsada de aquel privilegiado lugar donde encontraba comida, alojamiento y la forma de ayudar a su familia a sobrevivir. O mejor dicho, lo que ellos llamaban comida, que eran restos de cubos de basura o pequeños bocadillos de embutidos en no muy buen estado; alojamiento: un cuarto para veinte niñas apiladas como sardinas en lata sin calefacción y sobre camastros de madera sin mantas.

Solo era una niña de doce años cuando tuvo que soportar que hombres mayores, de aspecto y olor repulsivos, hicieran con su cuerpo cosas que aún hoy le provocaban unas ganas indescriptibles de acabar con su vida. Cada lunes por la mañana Livia las obligaba a tomar una pequeña pastilla blanca, cuyo importe les descontaba de su sueldo por tratarse de un favor, ya que esa pastilla, según decía la señora, les impediría quedarse embarazadas y perder el trabajo. Lo que nunca les dijo es que el tratamiento las esterilizaría de por vida.

Aquel infierno la hizo pensar en el suicidio (e intentarlo) casi todas las noches tras entrar llorando en la cama y casi sin poder andar, pero cada una de las mañanas siguientes pensaba en sus hermanos y su madre y se prometía a sí misma aguantar un día más. Y fueron pasando los días, luego las semanas y los meses, y los interminables años. Hasta que fue midiendo el tiempo por el sonido, a través de las ventanas del burdel, que hacían los estorninos al emigrar al sur en otoño o regresar de nuevo en primavera. Sin poder hacer la

cuenta de los hombres que habían pasado sobre ella para satisfacerse y dejar una impronta de veneno, almizcle y rencor.

En ese sueño había visto a Alfil. Ella era pequeña y él estaba igual de guapo que siempre, pero no había querido hacerle el amor. Él la miraba con dulzura, acariciaba su pelo y tomaba una manta para cubrir su cuerpo desnudo de niña, luego la abrazaba con ternura. Tras aquello se acercó a su oído y le susurró: «Vámonos, vámonos lejos, donde los estorninos disfrutan del calor en verano. Vámonos de este infierno para nunca volver. Ven conmigo a playas de arena blanca, calor y agua turquesa que te alejarán de los escalofríos y de los gritos. Deja atrás el invierno, deja atrás el dolor, el hambre, el frío, el miedo... Ven conmigo al Paraíso».

Tras esas palabras, que oyó en su oído como si las susurrase el propio Alfil en persona, se despertó sobresaltada y miró a su alrededor. Estaba sola y sentía frío, como casi toda su vida. Se levantó desnuda, tal como se había acostado, sin mirar el reloj, y volvió a darse una ducha muy caliente, al punto de ebullición. Bajo el agua estuvo llorando durante más de media hora. Luego se vistió, volvió a comprobar las armas y salió hacia su destino.

Desde la distancia, y con menos comodidades que las del motel donde había descansado la chica, dos hombres esperaban entre gruñidos de cansancio, bocadillos de embutido y dolores de espalda.

—Se marcha, corre o se nos escapará.

—Ya estoy, espera a que haya salido del *parking* del motel o será muy sospechoso. Démosle una ventaja de unos metros o nos descubrirá.

Capítulo 24

Los noticiarios televisivos y radiofónicos españoles comenzaban la jornada con especulaciones y conjeturas absurdas cuando no tenían nada que decir sobre la noticia de moda del momento. Tertulianos de programas de cotilleo daban opiniones inventadas sobre los sucesos de Amberes y Berlín, a la vez que jugaban con el morbo al definir, sin pudor alguno, los motivos de los culpables y las fechas y lugares de traslado de los mismos. La prensa escrita no lo hacía mejor, tratando la noticia en función de la ideología política de sus patrocinadores. Oiana se revolvía en el sofá de su casa, en Oharriz, y destrozaba el mando a distancia arrojándolo contra la pared al escuchar tantas sandeces. Echaba de menos a Pablo (Javier, para ella), echaba de menos la acción y el trabajo de campo que había tenido en París y, sobre todo, echaba de menos todo lo que se había perdido y que ahora era la noticia de la década en los noticiarios europeos. Atrás quedaban su sanción, el papeleo y el qué dirán de docenas de estúpidos compañeros que la señalaban con el dedo a su paso. Necesitaba acción, necesitaba sentirse viva, sentirse policía, sin importar lo que pensarán o las consecuencias; obrar con el instinto que la empujó a elegir una profesión donde el bien sometiese al mal. Era una idealista y eso le labró desde sus comienzos la animadversión de muchos compañeros, que la acusaban de no socializar con ellos tras la jornada de trabajo, cuando, en realidad, lo hacía para no aguantar bromas machistas o flirteos patéticos de quienes habían apostado a ver quién conseguía llevarla a la cama. Todo aquello, que mejoró un poco al ser ascendida a sargento, acabó empeorando (y mucho) cuando apareció Mikel y se hizo el rey de la fiesta en la zona.

Recordar esa época la puso más furiosa aún, así que sacudió su cabeza para tratar de borrar malos pensamientos y, como no podía soportar un minuto más entre aquellas cuatro paredes, se levantó para buscar su arma, limpiarla y reunir toda la munición que tuviese en la casa. Se vistió con ropa de abrigo y

cogió todo el dinero en efectivo que tenía. «Es demasiado poco», pensó. Salió a la calle y montó en su coche patrulla, a pesar de estar fuera de servicio por una suspensión temporal, y arrancó para dirigirse a la frontera de Francia. Antes paró en un cajero automático. Algo la impulsaba sin poder definir qué era, quizás el instinto, quizá la mente de Pablo (que seguía desaparecido para las autoridades), quizá su propio destino.

Una densa niebla caía sobre el valle del Baztán. A pesar de ser mediodía, no se podía ver nada más allá de dos metros de los faros del coche. Conducía despacio, aun conociendo bien la carretera y de llevar su ventanilla abierta unos centímetros para poder oír los pitidos de los coches que circulasen en sentido contrario, y para sentir el aire frío en la cara que despejase por completo su mente. Para cualquier persona, un día así supondría quedarse en casa a esperar que arreciara la niebla, pero para los que habían nacido allí y arrastraban generaciones hasta el olvido, aquel era un día agradable en el que no habría que llevar un paraguas consigo. A su derecha podía oír el rumor del río Bidasoa, allí llamado Baztán, como el valle, antes de su llegada al País Vasco. Debía bajar casi desbordado por las últimas lluvias. El sonido era tan hipnótico como las suaves sombras que proyectaban los robles y las hayas en la niebla, con sus ramas mecidas por el suave viento, como si trataran de abrazarse entre ellas.

Durante unos minutos perdería la referencia del cauce del río para rodear Elizondo y seguir su camino hacia Dantxarinea. Varios coches en sentido contrario, con los que intercambiaba ráfagas de luces y pitidos de claxon, la mantuvieron en alerta. Una vez pasado el pueblo, el resto del camino estaría menos transitado y la altitud de las montañas haría que la niebla fuese quedando atrás.

De repente, aparecieron luces azules parpadeando en la distancia, debía tratarse de otro coche patrulla en un control rutinario o en alguna misión. No esperaba encontrarse con ningún compañero esa tarde, aunque tenía preparada una excusa por si le preguntaban por el uso del coche oficial estando fuera de servicio. Al llegar a la rotonda que da entrada a Elizondo por la calle de Santiago, la silueta del Volkswagen Tiguan rojo se dibujó a menos de diez metros, Mikel apareció en su ventanilla en cuanto ella detuvo el vehículo en el arcén.

—Sacar el coche oficial sin estar de servicio es un asunto feo, jefa.

—Entonces estarás disfrutando del momento, y más lo harás cuando rellenes y envíes el parte a la central. —De todos los compañeros con los que podía cruzarse, su ayudante era el único que podría meterla en un apuro.

—No se equivoque, sargento. Yo también intento ser un buen policía, si no quise seguirla a Francia fue porque existen unas normas, unas leyes y una jurisdicción que no podemos saltarnos como si esto fuese una película americana.

—Mikel, lo siento pero no tengo tiempo para esto. Haz lo que tengas que hacer y dejemos la charla para otro momento.

—No. Ya llevamos demasiados días evitando esta conversación y, aunque no sea el lugar ni el momento apropiados, debemos soltar lo que llevamos dentro.

Oiana le miró con ira, veía ante sus ojos a lo peor del cuerpo y del ser humano en general, a una persona que representaba los valores contrarios a los que había visto en Pablo durante la semana que había compartido con él. Si hubiera ido a Francia con Mikel, hubiera tratado de llevarla a la cama cada día y cada noche, habría estado saliendo de fiesta sin parar y no se hubiera acercado a los sospechosos por evitar un encontronazo o tener que trabajar. Llevaba demasiado tiempo conteniendo las ganas para no explotar.

Ya no tenía más fuerzas ni deseo de seguir haciéndolo.

—Está bien... Mira Mikel, siento ser demasiado sincera, pero creo que eres uno de esos policías que por desgracia abundan demasiado en estos tiempos, de esos que escurren el bulto cada vez que pueden y que han elegido este trabajo porque no serían buenos o admitidos en ningún otro. Uno de esos que pasea el traje y cobra a fin de mes, mientras reza para que no ocurra nada y así no tener que dar un palo al agua. No te lo digo por el caso de los fugados de Chueca, sino por los largos meses que te he sufrido como ayudante. El traje que llevas supone una responsabilidad, no es para infundir miedo o ligar con las chicas. En Francia hice lo que creía que debía hacer, sin más. No me importó salir de mi casa, pasar días y noches en moteles de carretera, gastar mis ahorros, jugarme la vida contra asesinos o arriesgarme a que la gendarmería francesa me detuviese en su país. Y no me importó hacer nada de aquello precisamente por el respeto que tengo al uniforme y a mi cargo.

Mikel estaba pálido y su mirada reflejaba el dolor que provocaban las palabras que Oiana le dedicaba. Suspiró hondo, y con un hilo de voz respondió:

—Yo pienso... —carraspeó con notable dificultad y continuó—, que usted vive para trabajar, cuando debería trabajar para vivir, aunque supongo que es algo normal en policías tan vocacionales. Siento no estar a su altura y no ser el ayudante que quiere ni merece, por eso pedí un cambio de compañero o traslado de destino. Y espero que le asignen algún agente que se

adapte a lo que espera de un buen policía. Quería hablar con usted y sincerarme porque no deseaba que tuviese una mala imagen de mí, aunque para eso... creo que he llegado muy tarde.

Oiana se sintió fatal por haber sido tan dura, había soltado lo que llevaba dentro sin filtro alguno. Ahora no se encontraba liberada, sino incómoda ante su metedura de pata y ante la cara afligida del agente.

—Y querría decirle dos cosas más —añadió—. La primera es pedirle perdón por mi comportamiento y la segunda que dentro del coche la está esperando el teniente Irurzun.

Vaya, la cosa se complicaba aún más, no solo la habían pillado con el coche oficial dirigiéndose a Francia, sino que había sido el mismísimo Mikel, con el que acababa de meter la pata. Y para coronar el pastel, su superior quería hablar con ella. ¿Qué más podía pasar?

Oiana se bajó del coche y sintió el golpe de frío y humedad del ambiente en sus ruborizadas mejillas, aparte de la incomodidad de pasar rozando a Mikel, mientras este sostenía la puerta del vehículo. Sintió su mirada fría taladrándole la nuca mientras le dejaba atrás y se acercaba decidida al destino que suponía aquel todoterreno rojo.

—Da la vuelta y entra —fue lo único que dijo Luis, tras bajar la ventanilla un segundo y volverla a subir luego.

La sargento entró despacio, sin agradecer el cálido abrazo de la calefacción, estaba demasiado tensa por la charla (y la más que posible sanción) que le caerían a continuación.

—Mi teniente, puedo explicarlo...

—¿Llevas el arma?

—No, solo daba un paseo.

—Deja de titubear y de decir tonterías. ¿Llevas el arma o no?

—Sí.

—Perfecto. Ponte el cinturón.

Oiana iba a abrir la boca cuando notó que el portón del maletero se abría, vio que Mikel echaba algo dentro y luego lo cerró de un golpe seco. Luis no dijo nada, solo apagó las luces de emergencia del techo y partió hacia el norte.

—No entiendo...

—Pues está muy claro, no pienso dejarte ir sola, lo que sea que tenga que ocurrir, nos ocurrirá a los dos. Y ya es tarde para echarse atrás.

—Pero mi equipaje y la munición...

—Mikel ha sacado las cosas de tu coche y las ha metido en este.

Ella no respondió, solo contuvo la sonrisa.

—Bueno, sargento. Teniendo en cuenta la infracción que estamos cometiendo (de nuevo), creo que podemos olvidar los rangos. Después de todo es usted la que tiene más posibilidades de acertar con la misión, así que dígame cuál es el plan a seguir.

—¿Yo? ¿Por qué piensa que tengo más posibilidades?

—Usted estuvo más de una semana con el teniente Pablo Aguilar, apuesto a que tiene un mejor perfil psicológico de los asesinos que yo. Además, se la veía muy dispuesta a volver al caso hace unos minutos, así que tendrá alguna corazonada o intuición, algún dato que quiera compartir conmigo, ¿no?

—Pues empecemos entonces por dejar de decir sargento y teniente. A partir de ahora seremos Luis y Oiana. Y creo que cuando lleguemos a Ainhoa sabremos el siguiente paso. Algo me dice que no necesitaremos llegar a Toulouse para estar dentro de la acción.

—¿Sabe algo del teniente Pablo Aguilar?

—¿Javier? Vaya, no me acostumbro al nombre de Pablo. No, no tengo noticias tuyas, me temo que sigue desaparecido junto al verdadero Balmaseda. Aún no comprendo cómo el Estado ha logrado silenciar a la prensa y que no informen sobre los dos oficiales que huyeron de la comisaría en Alemania.

—Bueno, tiene mucho sentido, ¿imaginas cómo quedaría la imagen de la Policía, y la del Ministerio del Interior, si se filtrase algo así? Al menos, todo sucedió cuando ya nos habían trasladado al aeropuerto; porque algo me dice que, de haber ocurrido aquella locura estando aún con Javier y Pablo, nos encontraríamos ahora los cuatro en algún punto de Francia y con el agua al cuello.

Ella le dedicó una sonrisa cómplice. Había olvidado ya, o quizá comprendido, la mentira de Pablo, al que aún seguía viendo como un ejemplo a seguir. La sonrisa se aplacó cuando pensó que no habría posibilidades de volver a cruzar sus caminos, ni siquiera confiaba en poder estar algún día frente al asesino que solo ella y Pablo conocían como el fantasma. Lo único que tenía claro es que su instinto de policía la dirigía hacia aquel camino aún sin saber los motivos, como si una fuerza extraña, o incluso mística, tirase de ella hacia aquel lugar del mismo modo que empujaba las nubes cada mañana para formar la niebla sobre el valle.

El helicóptero militar que transportaba a Alfil, escoltado y vigilado en todo momento por seis soldados, aterrizó en el aeropuerto de Toulouse en medio de un fuerte temporal. El protocolo de aterrizaje de emergencia se activó ante las posibilidades de un accidente, no había combustible para volver a otro aeródromo ni para mantenerse más de unos pocos minutos en el aire. Tras ese contratiempo llegó otro aún mayor. Ante la tormenta, solo tenían dos opciones, esperar al día siguiente y ver si se podría despegar en aquellas condiciones o usar un vehículo terrestre de transporte de tropas para cruzar por carretera el Pirineo Navarro. Tras ver la previsión nada halagüeña sobre la borrasca, decidieron terminar con su misión lo antes posible.

Davina observaba con un pequeño telescopio terrestre desde el otro lado de la alambrada del perímetro del aeropuerto. A sus pies había todo un arsenal de armas y unas tenazas para abrirse paso al interior. Con su mono de neopreno y teflón puesto, había visto aterrizar el helicóptero y estaba expectante por ver cómo se producían los siguientes acontecimientos, ya que sabía que no podrían despegar de nuevo y debían tomar decisiones de última hora. Si algo había aprendido de sus años como agente, es que un militar es muy efectivo cuando sigue un plan detallado y estudiado, pero suele cometer errores cuando improvisa.

Las horas pasaban y el neopreno estaba dejando de ser eficaz, bajo la intensa llovizna y el cruel viento que la azotaba en aquel llano, al tiempo que su paciencia se agotaba. Estaba perdiendo el momento perfecto. Tenía a Alfil más cerca que nunca y un plan al que había calculado un cincuenta y dos por ciento de éxito, suficiente para intentarlo. Tomó las tenazas y comenzó a cortar el alambre, el frío no afectó a su pulso, eso ya lo había previsto, como en otras tantas operaciones, con un Diazepam que había tomado minutos antes. Su puntería a media y corta distancia sería letal.

Cuando estaba terminando su tarea, mientras estudiaba los movimientos de la policía militar del aeropuerto, vio aproximarse un camión. «¿Más soldados de escolta?», se preguntó. Pero era absurdo que necesitasen tantos efectivos para llevar a un hombre esposado de pies y manos y con una herida en el costado (los informativos no habían especificado más sobre ese dato). Quizá se tratase de un destacamento de apoyo en previsión de un posible rescate, era una posibilidad que había contemplado, eso bajaría las opciones de éxito al cuarenta y cuatro por ciento. Seguía siendo un riesgo asumible, teniendo en cuenta que no podría hacer nada por él cuando estuviese en una cárcel española. Del camión no bajó nadie, pero todos los ocupantes del helicóptero comenzaron a trasladarse, incluyendo a Alfil y una docena de

bolsas oscuras que debían ser armas, munición y equipaje ligero. Davina dejó escapar una sonrisa al ver el operativo, se había equivocado en sus conjeturas, esto que veía era mejor, mucho mejor. Guardó las tenazas en su mochila y volvió al coche a toda prisa, murmurando:

—Sesenta y siete por ciento, la cosa se pone interesante.

Moderadamente cerca de Davina, y también en el perímetro del aeropuerto, dos sombras se ocultaban tras unos matorrales.

—¿Qué hubiéramos hecho si la chica hubiese entrado? No podíamos haber intervenido en ese lugar, estaba lleno de militares que nos hubieran disparado también a nosotros. ¡Joder, eso es una base militar!

—Lo sé, no me pongas más nervioso. Tengo el presentimiento de que tendremos oportunidad de participar en esto. Solo hay que saber esperar al momento exacto.

Javier y Pablo habían estado más de dos horas observando a Davina desde unos cien metros de distancia. Los chubasqueros negros les habían ocultado a sus ojos pero no lograron tanta eficacia con la densa lluvia, continuarían el viaje empapados en el coche y con la calefacción a toda potencia empañando los cristales. Apenas podían perseguir a la chica por la casi nula visibilidad y por la velocidad que Davina imprimía a su coche robado.

—Ya no la veo —dijo Javier, preocupado.

—No te alarmes, sé hacia dónde va.

Capítulo 25

El paso de la frontera por Dantxarinea estaba despejado en todos los sentidos, no había tráfico y lucía un espléndido y limpio sol de primavera sobre un cielo azul tan intenso como la aterradora temperatura bajo cero que parecía morder la piel bajo el viento helado a esa altitud.

El camión militar que transportaba a Alfil llegó escoltado por dos vehículos todoterreno a la hora prevista. La Policía Nacional les esperaba desde hacía más de una hora para hacerse cargo del traslado en un furgón blindado hasta el aeropuerto de Pamplona, donde harían la última parada antes de tomar un avión con destino a Madrid. Habían elegido un terreno amplio a las afueras de la localidad, con buena visibilidad en todas direcciones para evitar cualquier intento de fuga o ataque externo para su rescate.

Muy cerca de allí, Javier y Pablo tomaban un café con tostadas en el Restaurante Venta Patxi, desde donde podían observar con claridad, al igual que otros cientos de vecinos más, toda la operación gracias a sus prismáticos. Aquel despliegue había provocado que casi todo el pueblo estuviese allí, expectante, para curiosear y opinar sobre la eficacia policial, lo malvados que son algunos delincuentes, lo que hubiera hecho Franco o lo que se ahorrarían si fueran independientes y pudieran colocar fronteras.

—¿Estás seguro de que no atacará ahora? —preguntaba Javier en voz baja—. Entiendo que tengas hambre después de que no cenásemos anoche, yo también me muero por probar bocado, pero podríamos fastidiarlo todo si a esa chica se le ocurre montar una de las suyas mientras tomamos un café.

—Relájate, hombre. De todos los momentos posibles para intentar el rescate, este es el menos probable. Hace una hora podría haber atacado a los militares franceses, dentro de una hora tendrá a tiro a los policías españoles, pero en este instante tendría que enfrentarse a todos a la vez y en una zona de máxima visibilidad en la que sería fácil verla aparecer. Necesitaría un

lanzacohetes para eliminar a todos los efectivos que se despliegan por ese descampado, y mataría al chico con las explosiones. Además, ni siquiera está en el pueblo, a no ser que haya cambiado de coche y no lo creo.

—¿Cuándo crees que lo intentará?

—Recuerdo cuando recorrí este trayecto hace semanas pero en sentido contrario. Se trata de una carretera complicada, llena de curvas cerradas y con cortinas de altos árboles, barrancos, ese río tan oscuro, montañas escarpadas con una densa vegetación...

—Sí, yo también lo recuerdo, iba tras de ti. Recuerdo que era un sitio complicado y con un clima difícil.

—Eso es. El clima es perfecto. Aunque aquí está despejado, en cuanto bajemos de las montañas nos meteremos de lleno en una intensa niebla que favorecerá la emboscada, y con tantas curvas cerradas la chica tendrá cientos de puntos donde preparar una trampa a la policía sin correr los riesgos de un enfrentamiento directo.

—Oye, nunca había visto tostadas tan grandes como estas, parecen raquetas de tenis. Estos del norte se cuidan bien.

—Ya te digo. Echo de menos una buena ración de pescaíto frito en *Casa Manolo*, frente a la comisaría; o unas puntillitas y adobo en el *Mahareta* de la Alameda de Hércules. Pero tengo que reconocer que en el Norte también saben comer muy bien.

Eran las ocho de la mañana cuando el convoy formado por el furgón blindado y dos coches patrulla partía hacia Pamplona con una escolta extra, la de los dos extenientes, que se habían aprovisionado de bocadillos y botellas de agua para el camino. Las vistas del valle, con una nube baja que producía la característica densa niebla de la zona, provocó un mohín de intranquilidad al conductor del furgón y una maliciosa sonrisa a Pablo, que cada vez estaba más convencido de que sería allí, bajo aquel infierno blanco provocado por el descanso de una perezosa nube, en el que el sentido más desarrollado del ser humano quedaba anulado, donde la chica trataría de rescatar a Alfil.

—La chica es muy inteligente. Lo peor para un policía es enfrentarte a alguien así, no involucionado.

—¿Pero qué dices? ¿A qué viene eso?

Pablo ni le miró, pero continuó con sus pensamientos en voz alta.

—El ser humano lleva estas últimas décadas involucionando. Nos ha tocado vivir en la era en que se ha producido el punto de inflexión del

razonamiento y la inteligencia humana.

—Creo que el frío te está sentando mal, necesitas volver a Sevilla con urgencia.

—No te lo tomes a broma. ¿Sabes por qué el ser humano ha atrofiado sus dedos meñiques y la capacidad prensil de los dedos de los pies? Porque no los usa desde hace miles de generaciones. Por eso cada vez tenemos menos vello en el cuerpo y la cabeza, porque disponemos de ropa de abrigo y calefacción para evitar el frío. El ser humano aumentó su inteligencia a fuerza de usarla, la necesitaba para prender fuego, cultivar, buscar y cazar animales..., sobrevivir, a fin de cuentas; solo los más inteligentes sobrevivían, selección natural pura y dura. Eliminando a los menos aptos, cada generación superaba a la anterior, se adaptaba mejor al medio, como diría Darwin. Ahora todo lo tienes en el supermercado (incluso te lo llevan a casa), pulsas un botón y tienes calefacción, giras un grifo y tienes agua. El ser humano ya no tiene que usar su cerebro, así que este se va atrofiando. Observa a tu alrededor, mira cómo se comporta el mundo. Compara a los adolescentes y los estudiantes de hoy con los de hace sesenta años; sus gustos, aspiraciones, deseos... La gente no ve programas culturales en la televisión, ya no quiere cultivarse y crecer, solo quiere entretenerse y olvidar sus problemas del día. Dentro de poco más de cien años seremos un animal de nuevo, instintivo más que racional, volveremos a competir con el resto de pobladores del planeta, si es que hemos dejado alguno con vida.

Javier le miraba preocupado, pero no dijo nada. Permaneció en silencio durante unos incómodos minutos, hasta que Pablo volvió a hablar:

—Comprueba las armas.

—¿Otra vez? Ya lo hicimos esta madrugada al salir.

—Hazlo de nuevo. En menos de una hora las estaremos usando.

Javier le miró y un escalofrío recorrió su espalda.

A unos kilómetros de distancia, sumida en una irreal, albina y fría atmósfera que casi podía atraparse con las manos, y que se respiraba como si se tratase de algodón de azúcar, se encontraba Davina colocando los últimos explosivos en el margen de la carretera. Por suerte, se decía a sí misma, había traído el disparador de radiofrecuencia, porque con esa niebla los *bluetooth* no funcionan con tanta fiabilidad. Tocó madera para que los tres kilos de C-4 fueran suficientes para derribar desde tan lejos el furgón blindado. Ya que no podía colocarlos bajo el asfalto de la carretera, los había dispuesto en el arcén

del margen del río y habría más de cuatro metros de distancia hasta el pesado camión. Cualquier posible resultado estaba estudiado y previsto. Si el furgón volcaba, premio; si simplemente lo desestabilizaba, dispararía a los conductores con un rifle de alto calibre antes de que pudiesen acelerar y salir del lugar; si no ocurría nada o el disparador no funcionaba, dispararía a las ruedas y luego a los conductores. Tras frenar y controlar el furgón, el resto de policías de la escolta caería bajo el efecto sorpresa y el fuego de su ametralladora; el furgón tendría los cristales blindados, pero los coches patrulla de escolta no.

Llevaba dos horas sin ver pasar un coche por la zona, justo a quinientos metros de Ordoqui en dirección Pamplona, en mitad de una curva cerrada donde cualquier vehículo tendría que disminuir la ya de por sí lenta velocidad provocada por la niebla, y con el río a tres metros de la carretera en una pendiente mortal. Davina miró hacia arriba pero no alcanzó a ver las copas de los árboles que parecían estar congelados con aquel frío, no soplaba la más mínima brisa y solo se oía el constante y vehemente avance del río. Entonces, cuando menos lo esperaba, apareció un coche de entre la bruma. Primero oyó el sonido del motor diesel, luego pudo ver la luz de los faros y por último el color rojo de la carrocería. El coche patrulla de la Policía Foral encendió sus luces de alerta y el molesto sonido de la sirena durante dos segundos, luego paró al lado de la chica. Cualquier otra persona hubiese quedado paralizada ante la sorpresa y el centelleo de luces acompañado del estruendo de la sirena, Davina ni siquiera aumentó sus pulsaciones.

La ventanilla del conductor bajó mientras la chica se acercaba despacio y con una sonrisa. Dentro del vehículo la esperaba un policía que no parecía haberse fijado en el mono de neopreno y teflón, y que respondió a esa sonrisa de la guapa chica con una mirada seductora y una voz grave pero acogedora.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Hace senderismo? ¿Ha tenido algún accidente? Si lo desea, puedo ayud... —Mikel no terminó la frase, una bala le atravesó la frente.

Tenía tiempo de sobra para ocultar el coche patrulla. Según sus cálculos, quedaba más de media hora para que apareciese el convoy policial, y esa era una medida muy optimista. Su sangre fría hizo que obrase con rapidez sin inmutarse lo más mínimo ante aquel pequeño contratiempo. Apartó el cuerpo sin vida del agente hacia el asiento del copiloto, montó y encendió el motor para dirigir el coche despacio hacia la pequeña ladera que caía hacia el río. Bajó todas las ventanillas y, justo al comienzo de la pendiente, cuando el coche comenzaba a ganar velocidad, saltó y rodó sobre el musgo y los

helechos. El coche patrulla siguió su camino y se sumergió rápido en la niebla hasta desaparecer a la vista. Dos segundos después se oyó el chapoteo que indicaba que la corriente del río lo había absorbido con furia; no lo encontrarían hasta el verano, si es que bajaba lo suficiente el caudal del río.

Caminó despacio hacia el lugar donde tenía su primer grupo de armas preparadas. Había dispuesto cuatro zonas, tras cuatro robustos árboles que le servirían de parapeto y que no se distanciaban muchos pasos entre ellos, lo suficiente como para despistar a los policías con los que quizá tuviera que enfrentarse si no los eliminaba a todos en el asalto inicial. Había pintado su mono de neopreno y teflón negro con un spray de color gris muy claro, haciéndose invisible a pocos pasos de distancia. Cuando lo tuvo todo preparado, se apartó de la carretera para evitar nuevas sorpresas como la del coche patrulla.

La espera se haría larga y tensa, ya que la niebla podría retrasar el convoy más tiempo del esperado, y eso la preocupaba, ya que cuando permanecía inactiva siempre pensaba en Alfil, en los momentos vividos junto a él desde que se conocieron en el camarote de su barco en Grecia. Sabía de sobra que estaba cometiendo un suicidio al arriesgar la vida por un chico que acabó asesinando a la última pareja que tuvo, una agente como ella. Pero no podía huir, ni buscar trabajo de sicario ni hacer nada que no fuese pensar en rescatarle. Algo la empujaba hacia esa misión sin poder hacer nada por evitarlo. Si su final era seguir el mismo destino que corrió Cristina, lo afrontaría con la fuerza y valentía con la que había peleado toda su vida; y, después de todo, no tenía por qué repetirse la historia. Confiaba en poder redimir al chico de sus instintos. Había permanecido junto a él durante un mes y su relación había ido mejorando cada día, desde la cordialidad hasta el respeto y desde el compañerismo hasta una confianza mutua que ella nunca había tenido con otro hombre en su vida. Si de algo le había servido vivir el infierno de Bucarest, era para conocer a los hombres y sus instintos más primarios. Y calmarlos.

El rumor del Baztán quedó eclipsado por primera vez desde que Davina llegó a aquel inhóspito paraje blanco, denso, húmedo y frío. Varios motores potentes, pero a poca velocidad, se aproximaban veinticuatro minutos después de su hora prevista inicialmente. El dedo sobre el disparador esperaba la orden de su cerebro, aún quedaban unos metros para llegar al lugar exacto de

la carretera, como también quedaban unos segundos para comprobar si su plan era perfecto y podría rescatar a su compañero.

Tres... dos... uno...

Pablo y Javier perseguían al furgón y a sus dos coches patrulla desde una distancia de diez metros, casi adivinando las luces rojas de posición del último coche. Ya había pasado la hora vaticinada por el sevillano y ambos se mostraban expectantes y nerviosos ante cada curva, como un niño ante la explosión de un petardo que ha encendido hace ya demasiado tiempo. Los minutos avanzaban lentamente, mientras su coche engullía metros en aquel valle que parecía sacado del mal sueño de un psicópata. La conversación entre ellos había cesado tres pueblos atrás y las armas descansaban sobre sus regazos con ansias de ser usadas. Pablo parecía calmado, parecía... pero su instinto le tenía tenso ante el destino que saldría a su encuentro en pocos minutos.

¡¡¡Boooooom!!!

Del grupo de cuatro vehículos, tres pudieron frenar y detenerse tras la explosión. Una nube de polvo y una posterior lluvia de piedras y barro se sumó a la densa niebla mientras el furgón blindado que transportaba a Alfil hacía un giro extraño sobre la calzada, volviéndose contra el lado contrario, para terminar volcando hacia la ladera del río y caer pendiente abajo. Eso no estaba previsto por Davina.

Un infierno de balas y muerte se originó en un espacio de menos de quince metros tras la incertidumbre inicial, sin dar tiempo a nadie a reaccionar. Rápida, efectiva y letal, Davina fue aniquilando, con un disparo a la cabeza, a cada uno de los policías de los dos coches patrulla, acabado con la amenaza primaria. Luego corrió ladera abajo, hacia el furgón, y saltó sobre el costado que permanecía sobre el agua, tenía poco tiempo antes de que se hundiese del todo en el río. Sacó de su mochila un spray ultracorrosivo y lo roció dibujando un círculo de metro y medio de diámetro sobre el metal blindado.

Antes de poder acceder al interior del furgón, un fuego cruzado se originó en torno a ella. Aquello la sorprendió, ya que había controlado a todos los efectivos policiales y sabía que había exterminado a los que iban en los dos coches de escolta, y era imposible que otras unidades hubiesen llegado tan rápido desde Pamplona en los escasos tres minutos que habían transcurrido desde que hizo detonar los explosivos. Desde su derecha, estaba siendo

atacada por Pablo y Javier, y desde su izquierda, por Luis y Oiana. Davina no contaba con esas dos parejas de efectivos extra, que sin duda no eran militares, ya que disparaban con pequeñas armas de nueve milímetros y eso era un punto a su favor, armas automáticas como escopetas o ametralladoras habrían puesto en peligro la misión y su integridad. Debía de tratarse de algún dispositivo policial extra que se habría unido al convoy después de que ella le perdiese la pista para adelantarse a preparar la trampa. Por suerte, la densa niebla la protegería durante su labor de rescate. Y aunque las balas no paraban de silbar a su alrededor, la puntería de quienes le disparaban dejaba mucho que desear comparada con la suya propia, pero no se molestaría en perder tiempo y gastar munición en acabar con ellos, ya que la niebla y la distancia le impedirían poder eliminarlos con rapidez. A sus pies oyó el crujido de la espuma al terminar de hacer su trabajo sobre el lateral del furgón, dio una patada en el centro y se desmoronó como si se tratase de pan tostado; luego arrojó una bombona de gas lacrimógeno al interior. Menos de un minuto después ya oía toser a los policías, esperaría otro minuto más a sabiendas de que Alfil aguantaría sin respirar eso y mucho más. Entró de un salto al interior y observó cómo dos policías se debatían en el suelo, tosiendo y malheridos por el accidente, otros dos estarían en la cabina, aislados, pero otros dos más estaban alerta y con escopetas de dos cañones del calibre doce esperándola para darle los buenos días. Su entrada no pudo ser más efectiva, todo su aprendizaje estaba presente en cada uno de sus movimientos. Disparó al primer policía con escopeta que vio, saltó rápidamente sobre los dos que permanecían en el suelo y mató al segundo policía justo después de que este le disparase a ella, sin éxito. También mató a los dos heridos por seguridad y caminó con cuidado hacia la ventanilla blindada que separaba el interior del furgón con la cabina para ver si había actividad allí. Demasiado oscuro.

Alfil permanecía con los ojos cerrados pero agradeció con un beso en los labios a Davina el rescate en cuanto la sintió a su lado. Esta, en silencio, abrió sus esposas y grilletas con la llave que encontró en el bolsillo de uno de los agentes, le condujo hacia el agujero y le ayudó a salir. Allí Alfil pudo abrir los ojos, aún llorosos, y recibió un arma automática de la chica. También oyó un susurro en su oído: —ten cuidado, hay jaleo— y comprendió en el acto lo que quería decir.

La puerta de la cabina del furgón se abrió cuando el vehículo casi se había sumergido del todo, aunque los dos policías que la ocupaban no tuvieron la oportunidad de salir y ponerse a salvo antes de ser abatidos.

Pablo y Javier se habían acercado algo más al furgón, al igual que Luis y Oiana, todos ellos permanecían algo asustados ante la situación de peligro en la que se había metido. Estaban fuera de servicio, queriendo hacer lo correcto, pero también jugándose la vida por detener a dos criminales de máxima peligrosidad. Los cadáveres de los policías que veían en el interior de los coches y el olor a explosivo en el aire atestiguaban el riesgo que estaban corriendo. Y se encontraban completamente a ciegas. Tras el primer tiroteo, cada pareja consideró que el resto de disparos que habían oído, dirigidos al furgón, eran de fuego amigo, aunque no sabían de quién se trataba y no podían confiar en delatar su posición; eso sería nefasto de cara a los asesinos y de los propios policías que podrían dispararles al no saber si se trataba de una trampa.

Alfil estaba a punto de saltar del furgón, antes de que se hundiera del todo en el río, cuando sintió la tenaza de presión de la mano de Davina en su brazo, tirando de él hacia atrás para lanzarle una mirada que bastó para hacerle saber que, teniendo ella la coraza antibalas, él tendría que salir unos segundos detrás, cuando ella hubiese atraído el fuego enemigo. Por suerte, todo lo que lanzaron sobre ellos fueron disparos de pistolas de nueve milímetros, demasiado débiles para el traje de Davina y con una cadencia de disparo muy pobre como para acertarle desde la distancia y entre la niebla mientras corría a esconderse tras un grueso tronco de la ribera del río. Alfil llegó tres segundos después y parecía no estar herido. Allí, haciendo caso omiso de los pocos disparos que continuaban surcando el aire sobre sus cabezas, hicieron recuento de munición.

—Cuatro cargadores serán pocos, dentro de unos minutos puede estar todo esto lleno de policías —se lamentó Alfil.

—No seas tan pesimista, con esta niebla, una carretera nacional llena de curvas y el tiempo de respuesta de la Policía Foral, serán más de cuarenta minutos los que tarden en llegar los refuerzos; eso contando con que la escolta haya tenido tiempo para notificar por radio el asalto, en caso contrario será más de hora y media, justo cuando se percaten de que el convoy no ha pasado por Elizondo. Y tengo más munición en los siguientes tres árboles de mi derecha —dijo señalando con el dedo hacia la niebla.

—Vaya, veo que lo tienes todo calculado.

—Tuve buenos maestros en la agencia y uno mucho más metódico y perfeccionista luego.

—No me mires así o me harás enternecer...

—Siento no haber tenido dinero para traer otro traje de incursión para ti.

—¿Cómo puedes sentir algo así? No te preocupes por mí, sabré cuidarme y pronto estaremos lejos de esta zona.

Se dieron un beso en los labios y cada uno salió por un lateral del árbol para responder al fuego con fuego. Vaciaron un cargador con cada fusil ametrallador y luego aprovecharon el silencio que anunciaba que sus enemigos se habían puesto a cubierto para dirigirse hacia el árbol señalado por ella y recuperar más armas.

—¿Dónde tienes el coche?

—Me temo que ese es el único punto débil del plan. Un agujero necesario para lograr el objetivo.

—¿No tenemos vehículo de escape?

—Sí, pero está a quinientos metros río abajo, no podía dejarlo aquí para no delatar mi posición cuando viniese el convoy.

—Ya entiendo, aunque con esta niebla te hubiese bastado con unos diez metros.

—Joder, cuando llegué era de noche y no sabía la densidad que tendría la niebla cuando tú llegases.

—Vale, no pasa nada. Pero tendremos que eliminar a esos que nos disparan o no podremos llegar hasta el coche. O podemos eliminarles y tomar uno de los vehículos de la escolta policial.

—Eso es una opción, aunque antes hay que eliminarlos, como ya has dicho.

Alfil y Davina sacaron sendas ametralladoras y barrieron todo el frente que se abría ante ellos en la dirección en la que habían recibido los últimos disparos. El sonido de los cientos de balas al impactar contra el suelo, piedras, troncos de árboles, o su simple silbido perdiéndose en la distancia, fue ensordecedor y terrorífico. Con semejante demostración de fuerza, si quedaba algún policía con vida se lo pensaría mucho antes de tratar de cortarles el camino de huida hacia el coche. Pero se equivocaron. En cuanto salieron del parapeto que suponía el tronco, se vieron sorprendidos por disparos que les cerraban el paso. Antes habían distinguido a dos grupos de dos tiradores desde una dirección más o menos unificada, ahora percibían que uno de los grupos se había desplazado al mismo tiempo que ellos y se había situado cortando el paso hacia el coche y su fuga, mientras el otro permanecía impidiendo que pudieran tomar uno de los coches patrulla. Se encontraban entre dos fuegos que les tenían atados de pies y manos, y la visibilidad impedía poder ver y disparar con efectividad a los policías que estuviesen al

otro lado. De nada servía su mayor potencia de fuego y puntería tras la densa cortina blanca.

Pablo y Javier seguían pensando que los otros tiradores que se enfrentaban a Alfil y a la chica eran policías que habían sobrevivido a la escaramuza, el mismo pensamiento que embargaba a Oiana y Javier. Jamás hubieran imaginado que tenían a sus amigos tan cerca. Podían haberse identificado y asociarse para coordinar mejor el ataque y no actuar de forma independiente, pero todos ellos estaban fuera de servicio y en una misión para la que no estaban autorizados, así que no se arriesgarían a recibir disparos de quienes no les creyesen.

El silencio sepulcral, solo roto por el rumor del Baztán, se contaminaba con los estruendos que cada veinte o treinta segundos provocaban las ráfagas de disparos que se cruzaban a ciegas, esperando que las balas hicieran impacto en sus enemigos pero rezando para que las de ellos no les hiriesen. Así estuvieron durante unos eternos minutos, en los que ninguno se aventuraba a acercarse más a su contrincante ni salir de la protección de los gruesos troncos de haya que cada uno había elegido como parapeto. Ni siquiera el extremo frío y la humedad les sacaban de su estado de concentración.

—No podemos dejar que se escapen —susurró Pablo—. Seguro que tienen una vía de escape cerca y debemos impedirles llegar a ella.

—¿Cómo lo sabes?

—La chica ha debido llegar en un vehículo que tendrá escondido cerca.

—¿Pero cómo vamos a retenerles con pistolas cuando ellos tienen ametralladoras y escopetas?

—No lo sé, quizá si nos acercamos un poco más, hasta tener algo de visibilidad...

—¿Estás loco? Esos tipos disparan mejor que nosotros.

—Pero no se lo esperarán. Podemos reptar por el suelo y disparar en cuanto les tengamos a tiro. No nos queda otra, en cuestión de minutos esto se llenará de policías que nos dispararán a nosotros como si también fuésemos fugitivos. Que lo somos, por cierto.

—Cómo me jode que siempre tengas razón. —Javier se tiró al suelo y se arrastró tras Pablo hacia el lugar desde donde oían los disparos de los asesinos.

El musgo y la gravilla del arcén estaban empapados, pero antes que eso, el asfalto fue aún peor, les frenaba y arañaba la piel y la ropa como si fuese papel de lija. No podían emitir el más mínimo ruido, ni el de su lento avance

ni el de las quejas por el dolor de las heridas que se iban produciendo en sus manos desnudas, ya que no podían usar guantes para disparar, así que apretaban los dientes con fuerza cada vez que recibían un corte o pinchazo nuevo en sus casi insensibilizados dedos. El fuego cruzado entre los fugitivos y Luis y Oiana amortiguaba el sonido, pero no se fiaban de quedar al descubierto ante dos asesinos que no necesitaban más de una fracción de segundo para acabar con ellos.

Justo cuando el frío y la humedad calaba la ropa de Pablo y Javier, y comenzaba a producirles unos temblores que no podían controlar, avistaron una leve sombra agazapada detrás de un árbol. Aquella silueta salía cada pocos segundos, como un reloj, para disparar ráfagas de tres o cuatro balas con un fusil automático que no era el reglamentario de la Policía, sin duda se trataba de Alfil o de la chica que le había rescatado. Pablo no lo dudó un instante, tumbado aún boca abajo en el suelo y aguantando la respiración, tomó su nueve milímetros con las dos manos y apuntó con calma. Desde tan cerca no podía fallar; de hecho, fallar supondría la muerte, no habría un segundo intento contra aquellos asesinos.

El impacto en el abdomen de Davina no logró perforar la placa de teflón a pesar de la corta distancia, pero impulsó su cuerpo hacia atrás y cayó hacia la orilla del río. Alfil se giró y la vio desaparecer en la niebla. Antes de ir tras ella, lanzó una ráfaga larga con su ametralladora hacia donde estaban los policías que les cortaban el paso hasta el coche y otra al suelo desde donde habían disparado a la chica. La munición se agotó y arrojó el arma al suelo para sacar una pistola y cuatro cargadores de la mochila que tenía a sus pies, lanzándose luego sobre la resbaladiza hierba hacia donde había visto caer a su compañera.

El cese de los disparos hizo saber a los policías que los fugitivos habían huido hacia el único punto que no tenían cubierto, el río; pero el miedo a caer en una trampa les impidió moverse de su posición durante casi un largo minuto. El silencio tras los estruendos fue tranquilizador al principio pero agobiante al cabo de unos instantes, como si todos supieran que el infierno vivido solo hubiera sido un pequeño adelanto de lo que vendría, que la calma no significaba más que la pausa para tomar aire antes de acometer el asalto final. Pablo volvió a oír con nitidez el caudal del Baztán en su intento por devolverles a la normalidad y la razón, pero nada más lejos de la realidad, aún no había logrado su objetivo, debía continuar su persecución.

La humedad le comenzaba a calar los huesos como jamás antes la había sufrido, le dolía una rozadura en su mano izquierda y, justo cuando iba a pedir

a Javier que se levantase para salir tras Alfil, oyó las voces que iluminaron su mente.

—Han debido bajar al río para perderse entre el valle.

El suave timbre de voz de la chica le frenó en seco. Lo había oído más que claro, y a menos de quince metros de él.

—¿Oiana?

—¿Pablo, eres tú?

—Es Oiana, Javi. No son policías de la escolta del furgón. —Pablo se levantó y corrió a su encuentro.

Dos siluetas oscuras surgieron de entre la blanca niebla, precedidas del sonido de unos pasos que se aproximaban despacio, hasta que se detuvieron a escasos centímetros del sevillano. Ni Pablo ni Oiana sabían cómo reaccionar en ese momento, si darse la mano, un abrazo... Una vergüenza infantil les invadió y se limitaron a sonreírse con la mirada.

—Me alegra saber que estás bien, no sabíamos quién disparaba, pensábamos que eran policías nacionales de la escolta o de refuerzos —dijo Pablo.

—Nosotros pensábamos lo mismo, incluso temíamos que nos disparaseis.

—Os habéis abierto mucho hacia el sur, un poco más y podríamos haber caído en fuego cruzado.

—Teníamos que hacerlo —respondía Oiana—. Si esos dos avanzaban hacia el pueblo, nos hubieran despistado; seguro que tienen un coche cerca para su huida. Ahora que les hemos empujado hacia el río estarán más desorientados.

—Vaya, por fin conozco al famoso Pablo —interrumpió Luis—. Me han hablado tanto de ti. Soy Luis Irurzun, compañero de Oiana en la Foral.

Oiana se sonrojó tanto al oír esas palabras que, a pesar de estar calada hasta los huesos y muerta de frío, parecía que le fuesen a explotar las mejillas. Luis lo notó en el acto y rompió aquel silencio incómodo.

—Me refiero a Javier, los días que estuvimos en Francia no dejé de hablar de ti. Te tiene una alta admiración y estima. Por cierto, ¿sabes algo de él?

—Claro, precisamente está aquí conmigo. —Miró hacia atrás pero no encontró a nadie—. ¿Javi? ¿Qué haces? ¿Has vuelto al coche?

Nadie respondió a sus preguntas.

Pablo volvió sobre sus pasos hasta donde habían estado tumbados minutos antes, que era donde le vio por última vez, y al llegar reconoció el cuerpo que yacía tendido en el suelo sobre una mancha oscura y viscosa que crecía despacio sobre el musgo y la grava. Se arrodilló nervioso ante él y le tomó el

pulso; tampoco era necesario, el enorme agujero de bala que había entrado por su hombro derecho, recorriendo todo su cuerpo hasta salir por la cadera izquierda, lo había matado en el acto, destrozándole por dentro. Era el segundo compañero que esos dos asesinos le arrebataban en un mes, ambos buenos policías.

Oiana y Luis se acercaron y ella apoyó su mano sobre el hombro de Pablo, aunque eso no le reconfortó. Era la segunda vez que no podía impedir brotar las lágrimas por un compañero y amigo caído que reposaba en sus brazos y sobre un suelo húmedo y frío. Pensó que aquella forma de morir sería fantástica para él mismo, pero no para verla en alguien a quien apreciaba.

—Sé que puede sonar frío, y no quiero tampoco interrumpir tu momento, pero esos dos nos llevan ventaja y debemos capturarles —dijo Luis.

—No, nada de ventaja —añadió Oiana—, les hemos cortado el camino hacia su coche el tiempo suficiente como para que no puedan usarlo, ya que informamos a la central en cuanto estalló la bomba y los refuerzos están al llegar. Deben huir por el río y buscar un vehículo nuevo, pero no encontrarán otro en kilómetros a la redonda. Hemos hecho que se corten las carreteras.

—Entonces no perdamos un segundo más —dijo Pablo con frialdad—. Dejadme solo unos segundos junto a Javi y os alcanzaré antes de que lleguéis a ellos.

No discutieron con él. Habían trabajado todos durante mucho tiempo y habían desobedecido demasiadas órdenes para llegar hasta aquel punto, y todo por impedir la fuga de los dos criminales. No iban a tirarlo todo por la borda. Oiana y Luis dejaron a Pablo a solas con el cuerpo de Javier y salieron tras la pista de los fugados.

El silencio y la soledad volvieron a embargarle, sintiendo el recuerdo aún fresco del momento en Chueca con el cuerpo sin vida de Miguel entre sus brazos.

—Esto es lo que pasa cuando se hacen las cosas correctas, compañero —Pablo seguía arrodillado ante el cadáver—. Y lo que le pasa a las buenas personas cuando se cruzan en el camino de criminales como esos. ¡Maldita sea! No debiste acompañarme, como tampoco debió hacerlo Miguel —una risa nerviosa e incontinida brotó de su boca—. ¿Te creerás que estoy pensando que soy gafe? Sí, a estas alturas ya debes creerte cualquier cosa que te diga.

»Ya, ya sé que debería acompañarles y que hay prisa por atrapar a esos dos cabrones, pero en un sitio como este no creo que tengan adonde ir. Y no pude despedirme de Miguel por las prisas, así que esto se lo debo a él

también. Si le ves ahí arriba, o donde sea que hayáis ido, dale un abrazo y dile que era mil veces mejor policía que yo, que me siento muy orgulloso de que quisiera trabajar conmigo y muy culpable de... bueno, eso no se lo digas, que ya lo sabe. Y recuerda que todo eso lo pienso también sobre ti, aunque me dé un poco de vergüenza reconocerlo al tenerte delante.

Pablo se levantó y sacudió el agua de su chubasquero con las manos, sacó un pañuelo para sonarse los mocos y trató de contener las lágrimas que llevaban un rato recorriendo sus mejillas.

—Tengo que dejarte, amigo. Siento hacerlo en estas condiciones pero Oiana y Luis necesitan ayuda. Volveré para velarte, te lo prometo.

Se agachó y cogió el arma de Luis, comprobó la munición y la guardó a su espalda. Se encaminó hacia el árbol donde habían comenzado a sonar los disparos de nuevo, y tras contactar con los forales, murmuró su plan de ataque.

—Si el teniente Irurzun no tiene inconveniente —dijo Oiana tras oír su exposición—, y ya que los tres estamos fuera de servicio, probablemente expulsados del cuerpo, creo que deberías dirigir la operación de búsqueda, Pablo. Nosotros dos conocemos la zona al detalle y seremos mejores rastreadores y guías.

Luis asintió mientras ambos seguían al sevillano.

—No hay sangre —murmuró Pablo mientras caminaban.

—¿Sangre?

—Le disparé desde menos de diez metros con una Glock y no hay restos de sangre.

—Chaleco antibalas.

—Mejor que eso, cuentan con monos antibalas de última generación, realizados en neopreno y con placas de teflón compacto por todo el cuerpo, como una armadura medieval pero de menos de cuatro kilos. Al menos la chica lleva uno, no sabemos si le ha traído otro a él.

Se arrodilló y hurgó en la mochila negra que Davina había dejado allí.

—¿Y cómo vamos a conseguir abatirles? —preguntó Luis—. Con esta niebla es difícil acertarles, mucho más si hay que hacerlo en la cabeza.

—Usaremos esto —respondió Pablo mientras sacaba un rifle con mira telescópica infrarroja—. Calibre cuarenta y dos con balas perforantes. Es curioso que sean ellos los que nos hayan puesto en las manos el arma con el que les mataremos.

Si algo podía apreciarse en las miradas de los tres era la convicción de que se había acabado el juego de policías contra asesinos. Aquello se había

convertido en una caza humana, en un juego de supervivencia extremo, en saber quiénes eran los mejores asesinos. Alfil y Davina contaban con una mayor experiencia y habilidades, pero ellos eran tres, y Oiana y Luis vivían a menos de cinco kilómetros de allí; habían nacido y se habían criado en el valle, conocían cada árbol, piedra, sendero, refugio de cazadores y pescadores, cada sonido del río cuando protestaba por extraños en sus dominios, cada murmullo que emitiese el viento entre los árboles.

Alfil y Davina estaban atrapados en un infierno del que no saldrían con vida.

Capítulo 26

El vaho de sus respiraciones se fusionaba con el algodón blanco que les rodeaba y el frío no desaparecía a pesar de las dos horas andando a paso ligero por la orilla del río. Davina seguía dolida por el impacto de la bala en su abdomen, que seguro le habría dejado un hematoma enorme; aunque estaba viva y eso era lo único que importaba. No veía el momento de llegar a algún sitio seguro donde poder quitarse aquella armadura que tenía una placa rota a la altura de su estómago, rozando y arañando su maltrecha piel a cada paso que daba. Alfil iba delante de ella y solo podía estar seguro de no avanzar en círculos porque seguían la linde del Baztán. Todos los árboles, hojas en el suelo, rocas, helechos y líquenes, eran idénticos cuando se les observaba desde detrás de la cortina de niebla. Avanzaban por un camino que parecía no tener fin, con la dificultad de no ver lo que había dos metros más allá de sus ojos. El sonido de sus pasos al correr, de sus respiraciones y del cauce del agua, les impedían saber si tenían una emboscada ante sus ojos, por eso iban con las armas en la mano y alerta para usarlas todo lo rápido que sus reflejos y el cansancio se lo permitiesen.

—Necesito descansar —murmuró Davina mientras arrastraba los pies y se quedaba atrás.

—¿Qué te pasa? ¿Estás herida? —preguntó Alfil al volver a por ella y ayudarla a sentarse en el suelo.

—No, pero llevo días sin dormir y el abdomen me quema. No podré continuar durante mucho más tiempo.

—Debemos intentarlo igualmente, nuestras vidas dependen de ello.

—No me importa que aparezca la policía de nuevo, con la niebla y nuestra mejor puntería nos podremos defender.

—No hablo de disparos sino del frío y la humedad. Si no encontramos un refugio seco y donde poder encender un fuego, estaremos muertos en pocas horas. Y esta niebla es perfecta porque no permitirá que se vea el humo ni que

se huela salvo que estén demasiado cerca. Aguanta unos minutos y luego cargaré contigo.

—Tienes una costilla rota, no puedes cargar peso.

—Eso déjalo de mi parte. Pesas como una almohada, no me costará llevarte sobre el hombro. Además, mientras sigamos moviéndonos retrasaremos la hipotermia.

Aproximadamente una hora y media más tarde, ya que Alfil no sabría calcularlo al no llevar teléfono móvil ni reloj, encontraron una pequeña cabaña de madera y piedra con la puerta abierta. Casi chocaron contra ella cuando el peso de la chica ya se estaba haciendo excesivo. Alfil portaba también una mochila con cuatro pistolas, una decena de cargadores y una UCI de disparo semiautomático. El lugar no parecía haberse ocupado durante meses. Había hojas secas por el suelo, un fuerte olor a humedad y rastros de alimañas muertas; pero contaba con una estufa de hierro forjado en el centro, justo ante un sofá que alguien debió traer allí cuando compró otro mejor para su casa. El reloj de muñeca de Davina, que permanecía inconsciente o dormida, marcaba las cuatro de la tarde. Alfil hubiera jurado que era mucho más tarde. El ejercicio físico en esas condiciones ambientales, cargar con peso y la oscuridad que la niebla había adquirido, aparte del descenso de temperatura en la última hora, le habían hecho creer que llevaba mucho más tiempo corriendo.

Tumbó a la chica sobre el sofá, con cuidado de que no se arañase con los muelles que asomaban entre la sucia tela. Estaba empapada, igual que él. Tomó todas las hojas del suelo y revistas que encontró y las metió en la estufa, luego colocó encima varios trozos de madera que algún buen samaritano había dejado allí. Comprendió que los cazadores y pescadores de la zona tenían refugios como aquel para cuando una tormenta o la noche les acorralaba antes de poder regresar a sus casas. Esa buena previsión les había salvado la vida. Sin la estufa y la leña seca, Davina habría muerto de hipotermia mientras él trataba de hacer fuego con leña húmeda del exterior. Ni siquiera necesitó sacar las cerillas del interior de la empuñadura del cuchillo de salvamento de Davina, había dos cajas allí mismo al lado de la estufa.

«Es maravilloso disfrutar del mejor descubrimiento del hombre», pensó mientras se frotaba el cuerpo ante el fuego para tratar de recuperar la temperatura y las fuerzas perdidas. Así permaneció durante unos minutos, volviendo a sentir el calor corporal y el control absoluto sobre sus extremidades antes de salir de la cabaña y comprobar que el humo se

fusionaba con la niebla en el acto, solo quedaba un rastro de olor que se llevaba el viento en dirección contraria a la que esperaba a sus perseguidores. Salvo que cambiase la dirección de viento, estarían a salvo durante unas horas.

Volvió a entrar, arrimó el sofá al fuego y tomó a Davina entre sus brazos; ella, aún sumergida en el sueño, trató con debilidad de golpearle por la intromisión, gimió como una niña pequeña y volvió a relajarse. Sumido en un silencio solo roto por el crepitar de las acogedoras llamas, le quitó el mono de neopreno y teflón como si se tratase de una muñeca o un maniquí dócil. Bajo la armadura no llevaba más que una braguita negra, así que pudo ver con claridad, sobre su piel iluminada por el fuego, el hematoma de su estómago, que era de gran tamaño pero no parecía haber afectado a ninguna de sus costillas. Él se quitó la cazadora y los pantalones de presidiario y los colocó frente al fuego para que se secaran. Buscó mantas o algo que pudiera servir para arropar a la chica pero no encontró nada por la cabaña. Acabó por tumbarse desnudo sobre ella para que entrase más rápido en calor, y así estuvo durante casi dos horas. Solo abandonaba el cuerpo de la chica para añadir más leña que caldease la estancia. Para entonces ya se había secado la ropa y la había colocado sobre ella a modo de mantas.

Una vez agotada toda la reserva de leña seca de la cabaña, tuvo que salir al exterior a buscar ramas para evitar que la estufa se apagase. La niebla ya solo se intuía por la densidad y humedad del aire al respirar; el mundo se había sumido en una profunda oscuridad y ni siquiera podría usar una linterna, ya que el haz de luz de la misma no iluminaría más de unos centímetros ante él y, lo peor de todo, podría ponerse al descubierto ante sus perseguidores. Caminaba despacio, desnudo y alerta ante cualquier movimiento, sostenía una pistola en la mano derecha y llevaba un gran tronco con el que se había tropezado en la izquierda.

Volviendo hacia la cabaña, si su orientación se lo permitía en la oscuridad, pensó en cómo una vez más su vida dependía de una mujer o estaba relacionada de algún modo directo con ella. Desde que conoció a Clara, siendo aún un niño, las mujeres habían supuesto una guía hacia un camino de rosas, pero cargando con las dolorosas espinas que lastraban su avance. Y las había eliminado a todas sin parpadear. Todas las mujeres que habían significado algo, que habían llegado a romper sus barreras, que habían supuesto un freno en su camino hacia lograr sus metas, habían acabado con un final trágico en sus manos; como el enemigo en el despacho de su abuelo, ejecutado sin miramientos. No podía permitirse fallos o debilidades en su

destino. Davina había llenado de luz y esperanza su vida, pero ya lo había vivido otras veces y sabía que no era más que una cortina de humo, como la densa niebla y la oscuridad de la tarde que le impedían en esos momentos huir del lugar. Luego aparecerían, al igual que la claridad del amanecer, los peros a esa relación inicialmente idílica.

Entró de nuevo en la cabaña, Davina seguía dormida a la luz de las llamas, avivó las ascuas y añadió el tronco a la estufa. Preocupado por saber cuándo despertaría o si lo haría antes de que llegase la policía, se arrodilló ante el sofá y acarició sus aún húmedos cabellos. Vio aparecer su suave y delgado cuello, repleto de vida, de intenciones, de ilusiones y de sueños aún por conseguir. Un cuello que trajo consigo recuerdos del pasado a Alfil, un pasado demasiado cercano en el que tomó decisiones cuyas consecuencias estaba pagando. Buscó la arteria y sintió la vida fluir bajo las yemas de sus dedos, pulsaciones que había sentido en Cristina meses antes. «¡Dios, parece que hayan pasado años!», pensó. La atmósfera parecía haberse enrarecido de repente, ahora sentía calor y una mezcla de olores entre hojarasca ardiendo, pólvora y ese regusto amargo que desprende la madera húmeda cuando comienza a secarse por su cercanía al fuego.

Unos minutos después, la cabaña seguía sumida en la oscuridad, salvo por el pequeño rincón que iluminaba la estufa de leña y que hacía resplandecer a Davina y Alfil como si se tratase de una Piedad realizada en el más pulido bronce. Él acunaba entre sus brazos el cuerpo agotado de la chica, sintiendo el calor que comenzaba a emanar de su piel y frenando una serie de deseos e impulsos de su propia mente que ya creía olvidados; deseos que acarreaban soledad, silencio y muerte. Esos deseos permitían salir al monstruo y él no quería volver a verle. Miró la estufa y su mente se perdió entre los destellos dorados y los silbidos de la madera húmeda al aumentar tan deprisa de temperatura.

El ritmo del crepitar de las llamas le trajo el recuerdo de su abuelo, y de las largas sesiones jugando al ajedrez en la pequeña sala privada y despacho que siempre le provocó escalofríos; ahora ya recordaba el por qué. El sonido del disparo, aún amortiguado por el silenciador, le provocó al niño un extraño pitido en el oído que tardó toda la noche en marcharse. Aquellos años sometido a los ideales de su abuelo, forjaron unos poderosos pilares en su mente, a modo de columnas férreas, que imitaban la forma del ente original: su mentor. Pero él no era su abuelo, no lo había sido nunca y menos aún lo sería en ese momento; como tampoco volvería a ser el mismo de antes. El monstruo debía ser enterrado como lo fue su abuelo (su creador) catorce años

atrás. Entonces no supo sacarlo de su interior, aún era un crío. Pero ahora lo comprendía todo, expulsarlo definitivamente era otra prueba más, la enésima, la última a la que le sometió su abuelo.

Y ya va siendo hora de superarla.

Si Davina se convertía en un obstáculo, la apartaría de su vida, aunque eso no implicaba tener que matarla; ya no habría más muertes. Estaba completamente decidido.

Se inclinó sobre la chica y percibió ese aroma neutro que la caracterizaba, ese olor a nada pero que, al mismo tiempo, olía a esperanza, a sueños, a superación, a supervivencia y a deseos de libertad. Besó su cuello con dulzura, sintiendo el néctar ácido de su piel entre los labios, y luego más intensamente, hasta que ella despertó.

—¿Qué haces? ¿No has dormido? —susurró Davina.

—Alguien debe vigilar. Yo estoy bien, eres tú la que necesita reposo y sueño. Duerme unas horas más.

—No, no quiero dormir, he tenido una pesadilla.

—¿Quieres contármela?

—No es de esas que se puedan cumplir en el futuro. Se trata de algo que aún queda dentro y que pertenece a ese pasado rancio que todos arrastramos.

Alfil la acunó entre sus brazos con cuidado y la besó en la frente.

—El pasado siempre hiede a rancio, a remordimientos y a promesas falladas a uno mismo.

—Sin duda.

—Cuéntame lo que has soñado, no tenemos nada mejor que hacer hasta que hayamos repuesto fuerzas.

Ella miró a su alrededor, sin comprender muy bien dónde se encontraba, pero no hizo preguntas. Se fiaba de Alfil y, además, aún parecía esforzarse por salir por completo de la pesadilla.

—He soñado con el frío de las noches en Istria y con el hambre con el que nos íbamos mis hermanos y yo a la cama. He soñado con lo hermosas que eran esas sensaciones comparadas con las que sentí luego en el burdel de Bucarest. Solo que era aún más pequeña; en el sueño tendría unos seis años y lloraba al ver como los estorninos emigraban cada otoño sin alejarme de aquel infierno. He soñado con todas las veces que traté de acabar con mi vida al no comprender el sentido que tenía existir bajo aquellas condiciones, de terminar aquel sufrimiento de la manera más cobarde pero rápida y efectiva. Tengo mucho frío ahora. —Un escalofrío hizo que su cuerpo se convulsionase, cerró

los ojos y dos lágrimas recorrieron sus mejillas, brillando como el ámbar a la luz de las llamas.

—Pero no lo hiciste —susurró Alfil.

—No... no lo hice. En mi sueño aparecías tú, y dabas sentido a soportar todo aquello. —Su voz casi fluía entre sueños.

—El frío se irá —susurró Alfil, apretando su cuerpo contra el de ella— y pasaremos el resto de nuestras vidas en alguna isla del Caribe, echando de menos el invierno y agradeciendo el haber soportado todo aquello.

Ella sonrió sin ganas, intuía (sabía) que semejante destino utópico estaba demasiado lejos. No se daba a sí misma un diez por ciento de probabilidad de éxito.

—Duerme, no nos encontrarán aquí —insistió él—. La niebla dará paso a la noche y estamos a más de seis kilómetros del lugar en el que me salvaste. No llegarán aquí hasta mañana, y para entonces ya nos habremos ido.

—Ahora tengo demasiado miedo como para dormir de nuevo. No quiero tener otra pesadilla. Cuéntame algo, algo diferente. No quiero saber nada más de tu abuelo ni de Clara. Cuéntame lo que deseas hacer cuando salgamos de aquí. Miénteme y dime que saldremos de esta, y que viviremos felices durante el resto de nuestras vidas sobre arena fina y blanca, y bañándonos en un agua tan transparente como los sueños de un niño feliz. Necesito una historia que me haga recuperar la ilusión por seguir adelante.

—Claro que saldremos de esta y seguiremos adelante. Te lo prometo. En unas horas, cuando hayamos descansado y nos vistamos con ropa seca, saldremos para despistarles y no nos encontrarán nunca más.

—Aún nos quedó Schäfer por liquidar. Nos perseguirá toda la vida.

—Entonces tenemos un objetivo por cumplir, no podemos rendirnos aún.

—Pero no me has contado la historia.

—¿No? ¿Qué historia?

—Esa en la que somos felices. Miénteme, por favor.

—Nunca te he mentado —la voz de Alfil parecía quebrarse y sus ojos se volvieron vidriosos—. Tengo preparada una casa preciosa en una isla de República Dominicana, allí viviremos durante años frente al mar y disfrutaremos de las puestas de sol y de la llegada de los estorninos en otoño. Les daremos la bienvenida cada año y les despediremos cada primavera.

—Qué malo eres mintiendo. Los estorninos no llegan al Caribe.

—¿Cómo que no? Si es necesario, compraré mil docenas y haré que aniden alrededor de la casa. Hasta que te canses de sus graznidos y de que caguen sobre tu jardín mientras tomas el sol.

—Ja, ja, ja, eso sí estoy segura de que serías capaz de hacerlo.

—No hables, descansa. —La besó de nuevo en la frente y ella cerró los ojos. Sonreía—. Compraré un velero mucho mayor que el Deseos y pasaremos meses navegando por la costa de Sudamérica. Nos haremos viejos y gruñones mientras aborrecemos el sabor de la langosta a la plancha.

—No creas, tengo mucha resistencia ante la comida sabrosa.

—Créeme, se aborrece si la comes demasiado a menudo. Pero haré que nos traigan jamón serrano desde España.

—Y paella.

—Y paella, y tortilla de patatas, y que nos preparen *sushi* cada domingo. Comeremos todos los manjares que desees. Lo que no podré evitar es que acabes harta de mí.

—Yo nunca me cansaría de ti —Davina permanecía con los ojos cerrados y temblaba al abrazar a Alfil. Tenía fiebre y podría empeorar—. Hazme el amor, necesito sentirte dentro de mí.

—Descansa un rato o no podrás aguantar el ritmo. No pienses en eso ahora, tenemos toda la vida para hacerlo.

—De eso me cansaré mucho después que de los manjares que tienes previstos.

—Eso ya lo veremos —susurró él.

Davina quedó dormida de nuevo.

Alfil ya no acariciaba su cuello, sino las marcas en las muñecas que habían dejado los cristales rotos en su niñez, las pruebas de sus intentos de fuga de un mundo que no le había ofrecido las mejores cartas de la partida. Las marcas en las muñecas le recordaron las que portaba Clara, aunque no podrían ser más diferentes, las de Davina mostraban un dibujo de desesperación y angustia que rayaba en la locura. ¿Qué vida tan cruel y miserable le había tocado vivir a una niña tan pequeña?

Esos pensamientos le abandonaron cuando el sonido de pisadas en el exterior, indetectables con el crepitar de la estufa salvo para un crápula nocturno como él, activaron todos sus sentidos y alertas. Aquello no le inquietó tanto como comprobar que sus perseguidores habían aparecido mucho antes de lo esperado. Davina no se despertó, y era extraño que su experimentado sexto sentido no la alertase. Alfil pensó que debía tener mucha fiebre o estar bajo un estado de cansancio y sueño extremo. Necesitaba vestirse con rapidez pero en completo silencio, tomar varias armas y salir de la cabaña con cuidado.

Era su momento, le tocaba a él cuidar de ella, debía devolverle el esfuerzo y el favor de haberle rescatado de un destino de dos décadas en la cárcel. Salvarle la vida y sacarla de allí para ponerla a salvo eran sus prioridades. Davina no solo le había salvado del furgón, también le estaba sacando al monstruo que llevaba dentro, al que había creado y alimentado su abuelo (y luego él mismo). Davina era un ejemplo a seguir, había pasado el mayor infierno posible en su infancia, pero había logrado expulsar a los demonios de su interior, y aún más, estaba eliminando los que él portaba.

Dejó con suavidad su cuerpo dormido frente a la estufa, echó dos trozos de madera al fuego y se colocó la cazadora y los pantalones. Comprobó que sus armas estaban cargadas y cogió cuatro cargadores extra para salir muy despacio por la puerta de la cabaña.

La oscuridad de la noche lo había inundado todo y aún quedaba aquella densa niebla. Sería el instinto y los sentidos los que decantarían la contienda. Y cuando se trataba de instintos, de ponerse a prueba, de jugar una partida a muerte, Alfil era letal. Se lo debía a ella, la protegería hasta el final; le había prometido llevarla al paraíso con que soñaba desde su infancia y no la defraudaría.

Capítulo 27

El frío y la humedad se habían multiplicado de igual modo que había disminuido la luz entre la niebla. Tan solo quedaba una bruma tenebrosa que podía respirarse y tocarse; y se hubiera podido oír si no fuese porque ya sabía Alfil que aquel murmullo lo provocaba el oscuro y traicionero río, avanzando con fuerza a solo un metro de distancia de sus pies. Un mal paso provocaría un chapuzón letal en aguas heladas que lo arrastrarían cientos de metros antes de poder aferrarte a una rama o roca de la orilla.

Salió con sigilo pero cerró la puerta de la cabaña con rapidez a su espalda para que el resplandor de la estufa no se pudiera ver desde fuera. Caminó despacio y guiado por su oído, que le indicaba la presencia de tres personas acercándose por su derecha. Cuando el sonido de las pisadas fue mayor, se echó al suelo y comenzó a reptar para acercarse más sin ser detectado. Sentía que se encontraba a unos quince metros de distancia aunque no podía más que oír sus pisadas y sentir sus respiraciones, era un cálculo aproximado, es posible que fueran menos metros. Se había alejado unos diez o doce pasos de la cabaña y era poca distancia para proteger a Davina del fuego cruzado que se originaría en cuestión de segundos. Eso le hizo sentirse contrariado.

Estando en el suelo no podría ser descubierto por visores térmicos, en caso de que los tres que había detectado fuesen militares y llevaran ese tipo de material, ya que había enfriado su cuerpo en contacto con el frío y húmedo suelo.

Esa sensación, incómoda para cualquiera, no era más que un incentivo para que sus instintos se intensificasen, para que su entrenamiento mental y físico pudiera alcanzar todo su potencial. Se sentía como un animal salvaje en ese entorno, un animal a punto de abalanzarse sobre tres presas indefensas. Lo único que le preocupaba era el leve temblor que había aparecido en sus manos como consecuencia del descenso de temperatura desde el interior de la cabaña

hasta el húmedo suelo, y eso mermaría su puntería para disparar, sin embargo, a una distancia tan corta no era tan preocupante.

En solo unos minutos sus visitantes estarían encima de él y comprobaría si su estrategia era acertada o no.

Capítulo 28

Media hora antes:

—¿Estás segura de eso? —susurró Luis Irurzun.

—Completamente —respondió Oiana.

—Pero llevamos horas sin ver nada, y yo ni recuerdo esa borda.

—Confía en mí, aún quedan unos metros.

Los tres policías seguían el rastro dejado por las pisadas de Alfil mientras este cargaba con Davina sobre sus hombros. Tanto Oiana como Luis podían ver las huellas con claridad ante sus propios pasos. Pablo les seguía en silencio, pero llevaba demasiadas horas caminando y el frío, junto a la humedad y las ropas mojadas, habían hecho mella en sus fuerzas.

—Debimos traer comida, aunque fuesen unas barritas energéticas —susurró Luis.

—No sabíamos lo que nos íbamos a encontrar ni dónde nos íbamos a tener que meter.

—Si estamos tan cerca como decís —interrumpió Pablo—, pronto podremos cenar en el restaurante que elijáis, o en el infierno.

Los dos navarros se volvieron para mirar al sevillano.

—Lo sé, ha sonado lúgubre, de mal agüero, cenizo o como se diga en esta tierra, pero es la verdad. También tengo hambre, sed, frío y mil cosas más que prefiero guardarme, pero esos dos son letales y expertos en desaparecer cuando cientos de agentes les persiguen. Si tenemos alguna oportunidad de atraparles, es precisamente aquí. Vengaremos la muerte de mucha gente, sacaremos a dos asesinos de las calles y recuperaremos nuestras vidas, así que seguid, seguid mis fieles perros rastreadores.

De nuevo Oiana y Luis se giraron para mirarle, aunque esta vez fue para reír a carcajadas, o al menos intentarlo, ya que el hambre, el frío y el cansancio se les había aferrado con tal fuerza al estómago, que sentían un pesado bloque macizo de hielo en su lugar. Continuaron con el rastreo.

Mientras los asesinos fueran caminando y huyendo, seguirían en desventaja, habían dejado de tener el control y era la mejor oportunidad para acabar con ellos de una vez. Los tres policías aguantarían lo que hiciese falta antes de perder su posición privilegiada. Si esa pareja era capaz de sobrevivir y avanzar con ese clima y en esas condiciones físicas, ellos, que habían nacido allí (salvo Pablo), podrían hacerlo a mayor velocidad aún.

—Esa... borda, o como llaméis a la cabaña o refugio, no debe de andar ya muy lejos, ¿verdad? —preguntó el sevillano.

—No. La usan mi padre y sus compañeros desde hace años. Las bordas son cabañas muy típicas de esta zona y se diseminan por todo el valle. Nos dirigimos a una que restauraron hace unos cinco años y es la única que se encuentra a este lado del río en varios kilómetros a la redonda.

—Espero que no te equivoques con la dirección.

—Ya te dije que avanzarían hacia el sur, nunca de vuelta a Francia, y la prueba de mi acierto está en las huellas frescas que seguimos. Y sigo sin entender cómo ese tipo, con una costilla rota según las noticias alemanas, puede caminar tan deprisa con las armas y el cuerpo de la chica en brazos.

—Es un hueso duro.

—Sin duda —murmuró la sargento—. Y si quieren pasar la noche o entrar en calor, ya no hay puentes que crucen el río en varios kilómetros, aprovecharán la borda de auxilio, que seguro tiene estufa o chimenea con provisión de leña. La peña de cazadores y pescadores de mi padre la limpian y la abastecen cada mes o dos meses para los rezagados que se ven atrapados por la noche; no es muy cómoda pero es suficiente para recuperar el calor y las fuerzas durante unas horas antes de reemprender la marcha o refugiarte durante una tormenta. Ahora mismo debemos estar a... —Oiana observó con cuidado, acariciando con su mano derecha, la corteza de un gran olmo y pensó durante unos segundos—... menos de cien metros.

—Entonces, más os vale sacar las armas y no hacer el más mínimo ruido al caminar —susurró Pablo.

—Silencio. —Oiana se detuvo—. ¿Lo oléis?

—Una fogata cerca —respondió Luis.

—Están ahí delante, mucho más cerca de lo calculado. Extremad las precauciones, ya visteis lo que le hicieron a Luis, a los policías del furgón y a la escolta del traslado. —Pablo se colocó delante con una pistola en cada mano e hizo una señal militar con la derecha para que sus compañeros entendiesen que debían rodear la cabaña cuando la tuviesen delante.

Luis se escoró hacia la derecha y, antes de que Oiana se separase de Pablo, este se acercó para susurrar a su oído.

—Siento haberte mentido. Sé que no es el momento de hablar de esto pero...

—No, no es el momento, nos pueden disparar de un momento a otro.

—Por eso quería decirte que...

—Los refuerzos.

—¿Cómo?

—Digo que ya sé que los refuerzos de la policía deben de andar por la zona, no demasiado lejos de aquí. Como estamos fuera de servicio, tenemos que darnos prisa o podrían abatirnos en la oscuridad. ¿Era eso lo que querías decirme?

—Sí, claro. Debemos darnos prisa. —Pablo se mordió la lengua y tragó las ganas de sincerar sus sentimientos hacia Oiana. Tendría que esperar a terminar la operación. En el fondo se alegraba, ya que casi no podía ver sus grandes ojos azules salvo teniéndola pegada a su nariz, y le apetecía declararse a la cara y en un entorno menos hostil que aquel. Claro que también se asustaba tras la muerte de Javier, no quería que la chica, Luis o él mismo terminasen del mismo modo que su amigo.

Caminaba muy despacio para no hacer el más mínimo ruido, tratando de no perder el rumbo en la oscuridad, solo tenían el murmullo del río y el olor de la chimenea para orientarse, los pasos de sus acompañantes habían desaparecido a la vez que sus siluetas al alejarse. Pablo por fin tuvo ante sus ojos, o casi, la pequeña cabaña de madera que los lugareños llamaban borda, y que para él no era más que una gran caja negra en un macabro universo denso y gris oscuro; un refugio bien pensado para evitar la muerte por congelación e hipotermia de los cazadores y pescadores a los que se les pasaba la hora de volver a casa; pero un refugio también, por el olor que emanaba en ese momento, para asesinos que habían matado a innumerables policías y a otros inocentes en los últimos años por toda Europa. Allí estaban el fantasma y su amiga asesina, motivación suficiente para Pablo como para arrojarse de cabeza contra sus puertas. Debía vengar la muerte de Miguel, de Luis y de todos los que habían caído entre sus manos, incluyendo las inocentes chicas que había estrangulado en España, pero se contuvo por no arruinar la operación.

Avanzar cada metro costaba una eternidad. El miedo a perder a Oiana como había perdido a sus anteriores compañeros le hacía ir más despacio de lo que debía. La chica se desesperaba por el lento avance pero cumplía las

órdenes de quien ella misma había nombrado jefe de la misión. Entonces fue cuando Pablo comprendió que Luis habría llegado al otro extremo de la borda y que podría estar en peligro. Se había olvidado por completo del teniente que les acompañaba y que podría perder la vida por no cumplir el plan a rajatabla.

—Agáchate —susurró a la sargento. Luego se tumbó en el suelo sin hacer ruido y reptó hacia la cabaña.

—Te cubro —se limitó a murmurar ella antes de tumbarse sobre la grava y apuntar con su arma hacia donde se dirigía él.

Nueve interminable minutos transcurrieron desde que se lanzaron al suelo hasta que se oyó el primer disparo, que curiosamente no vino del interior de la borda, sino de unos metros más allá de la puerta. Habían sido descuidados y acabarían pagándolo muy caro. El estruendo de muerte regresó a sus oídos como si no hubiesen pasado esas horas de larga caminata, acompañado del mismo miedo y adrenalina que entonces. Había aún menos visibilidad y el frío era inhumano, pero ninguno de ellos invertiría un segundo de tiempo en quejarse o pensar en otra cosa que no fuese acertar con sus disparos.

Para apuntar, ya que solo podían guiarse por el sonido, trataban de adivinar la posición en la que se hallaba cada uno de ellos. Toda la zona se llenó de silbidos de balas perdidas que podrían ser letales si alguno de ellos no se mantenía a cubierto. Pablo había acordado que se fuesen moviendo hasta tratar de rodearles, pero Oiana le sacó de su error. Siendo solo tres policías, se podían disparar entre ellos en un fuego cruzado. Así que se limitaron a separarse unos siete u ocho metros entre sí. El miedo a morir se multiplicó al sentir las ráfagas de una ametralladora desde una pequeña ventana de la cabaña. Toda la oscuridad se llenó de destellos de terror que barrían la niebla a pocos centímetros sobre sus cabezas. Pablo sintió que eran ellos los rodeados y sorprendidos, en lugar de los cazadores que iban a tomar la iniciativa del ataque, aquel cambio de roles no le transmitió mucha confianza ni esperanza. Las balas pasaban demasiado cerca de sus cabezas y eso les obligó a moverse para evitar ser alcanzados. Oiana era la que estaba más cerca de la borda, así que descargó todo un cargador en la ventana, lo que les dio tregua a los tres para ponerse a cubierto en lugares diferentes y así sorprender a sus enemigos.

Davina estaba tumbada en el suelo, comprobando el número de balas que quedaban en el cargador de su ametralladora mientras la pared y la ventana eran atravesadas por una decena de proyectiles.

Tras un cruce de disparos indiscriminados y una última ráfaga de ametralladora, se hizo el silencio. Parecía que todos habían aprovechado para

cargar munición, moverse o descansar de la tensión. Todos menos Oiana, que alzó la voz para pedir un alto el fuego.

—¿Alfil? Eres Alfil, ¿verdad? ¿Es ese tu nombre?

Nadie respondió.

—Tu amiga y tú estáis acorralados —continuó—, sin comida y con un frío y humedad que acabará con vosotros si no lo hacemos nosotros antes. Pronto os habréis quedado sin munición y no sabéis salir de aquí.

El silencio fue de nuevo la respuesta. Pablo entendía lo que ella pretendía: si se entregaban, no habría más muertes. Era una apuesta inteligente, aunque después de haber perdido a Javier, deseaba más que nunca poder matar al asesino.

—Seguro que pensáis en seguir bordeando el río hasta encontrar un puente o un pueblo, pero esa salida también la hemos cubierto, igual que os impedimos hace horas el acceso a vuestro coche. Conocemos esta zona incluso con los ojos cerrados, no saldréis de aquí con vida, salvo que arrojéis las armas y os entreguéis.

Silencio.

—Lo más cercano a vuestra espalda es Elbeté y luego Elizondo, y desde allí salieron hace dos horas varias docenas de policías con perros barriendo la zona. Estáis acorralados y lo sabéis. Seguir con esta locura solo acabará con más muertos.

Justo en ese momento, casi sin poder terminar la frase, una ráfaga de munición sobrevoló sus cabezas al tiempo que Davina abandonaba la cabaña y corría hacia Alfil. Los tres policías respondieron con metralla. La supuesta negociación había terminado y reanudaban el cruce de disparos.

—Dentro de la cabaña estabas a salvo, no debiste salir —susurró Alfil cuando la frenó con su propio cuerpo.

—Me quedaba sin munición.

—¿Cómo me has encontrado tan rápido entre la oscuridad?

—Tu olor es inconfundible, lo encontraría a kilómetros.

—¡Vaya! No sé si sentirme halagado u ofendido. Llevo dos días sin ducharme.

Davina rio mientras comenzaba a registrarle los bolsillos en busca de más cargadores.

—Yo estoy frito también —dijo Alfil cuando adivinó sus intenciones—, este juego de disparar al aire no nos interesa, aquí ellos tienen ventaja. Con más munición y siendo más que nosotros, acabarán por darnos muerte si no

buscamos otra alternativa. Y el tiempo corre en nuestra contra, pronto la zona se llenará de policías.

—¿Tienes algo pensado?

—Tengo dos opciones, pero ninguna parece agradable ni infalible.

—Ya serán mejores que seguir aquí esperando a que nos maten o que nos rodeen más policías que lleguen desde el pueblo.

—Podemos usar la maniobra que siguieron ellos para dispararte, echarnos al suelo hasta estar tan cerca que podamos acertarles con precisión.

—Pero si dejan de oír nuestros disparos, sabrán que nos hemos movido y ellos mismos cambiarán sus posiciones.

—Tendría que quedarse uno aquí, disparando a más de metro y medio de altura para no acertar a quien vaya arrastrándose.

—Iré yo.

—¿Por qué? Eso lo echaremos a suerte.

—Yo llevo el mono antibalas y mi cuerpo es mucho más pequeño; soy un blanco más difícil de acertar y también disparo mejor que tú.

—Aún no has oído la segunda opción. Podemos lanzarnos al río y cruzar al otro lado, o dejarnos llevar por la corriente unos kilómetros hasta que hayamos dejado atrás el cerco policial y luego entrar en alguna casa del primer pueblo que encontremos.

—Tú no llevas neopreno, y ni siquiera yo misma estoy segura de poder sobrevivir durante tanto tiempo a la temperatura que llevará el agua del río; además, lo más seguro es que haya rocas y troncos bajo el agua con los que nos golpearíamos en la oscuridad. No creo que ese suicidio sea una opción válida.

No había terminado de hablar cuando, sin que Alfil pudiese impedirselo, Davina se lanzó al suelo y comenzó a reptar en dirección a los tres policías. Oía tras de sí cómo el chico disparaba cada pocos segundos, y por la forma de economizar las balas, debía estar quedándose sin munición. El ejercicio y la tensión del momento la hicieron entrar en calor, pero el suelo estaba tan mojado y frío que lo sentía como si fuese una afilada y cruel lima de hielo. Al menos, el sueño que había logrado conciliar en la cabaña y el calor de la estufa habían cargado sus energías, y el Diazepam que tomó en cuanto oyó las primeras balas estaba empezando a surtir efecto, se sentía fuerte y relajada. Tardó solo dos minutos en estar lo suficientemente cerca como para poder acertar con precisión, contenía la respiración para no delatar lo más mínimo su posición. Sabía que estaría al descubierto en cuanto disparase la primera bala, así que debía acertar y permanecer pegada al suelo para evitar que los

demás policías la viesan. Cogió su pistola con la mano derecha y apoyó la culata sobre la palma de la izquierda, notó un leve temblor en el pulso pero desapareció en menos de un segundo, y estaba demasiado cerca como para fallar. Ante ella, en lo que sería el noroeste o las diez en punto si estuviese en el centro de la esfera de un reloj, oía los disparos con claridad y veía la pequeña llama que algunas veces escupía el arma, iluminando la niebla y creando una pequeña sombra negra que delataba la silueta tumbada de quien estaría muerto en menos de un segundo.

Respiró hondo y despacio una última vez antes de volver a contener su respiración y convertirse en una inmóvil y letal estatua. Y...

El disparo, por la cercanía desde la que se había oído, cogió a los tres policías por sorpresa. Un silencio sepulcral lo invadió todo. Davina esperó un eterno segundo y comenzó a arrastrarse de vuelta hacia donde estaba Alfil, aunque su objetivo principal era distanciarse unos pocos metros para salir de la zona comprometida en la que ahora le dispararían.

—¿Luis? ¿Oiana? —gritó Pablo.

—Estoy bien —respondió Luis.

Y luego el silencio.

—¿Oiana? ¡Responde! ¿Estás herida?

Silencio de nuevo.

El corazón estaba a punto de explotarle en el pecho, se sentía aterido pero la adrenalina fluyó como nunca antes en su vida, ocultando a sus sentidos todo lo que le rodeaba salvo el temblor que sacudía sus manos y la sensación de no poder controlar el llanto que empezaba a fluir. Se levantó de un salto y corrió hacia donde estaba la sargento, sin importarle que le pudieran disparar. Daba pasos torpes en círculo y en la oscuridad más absoluta. No lograba encontrarla. No respondía y no oía nada a su alrededor, eso era muy mala señal. Corrió de nuevo por la zona, no pararía hasta localizarla. Sus pensamientos sonaban tan fuerte en su cabeza como sentía el pulso en el cuello, parecía que iba a estallar.

«Es imposible..., debería estar aquí..., hace un rato estaba aquí».

«No, nada..., solo musgo y helechos».

«Que no esté muerta, por favor, que no esté muerta».

«Tal vez aquí...».

«Oí su voz por última vez por esta zona... Nada».

«Dios mío, que siga viva... ¿Dónde estás, por Dios?».

«Por favor..., que solo esté inconsciente y no...».

«Que no esté muerta, por favor, que no esté muerta».

«¿Oiana? Di algo, por lo que más quieras... di algo...».

«No debe de andar lejos, quizá más a mi derecha...».

«Nada, solo un estúpido árbol con el que he tropezado ya tres veces».

«Te encontraré, aunque sea lo último que haga..., te lo prometo».

«Que no esté muerta, por favor, que no esté muerta».

«A ver por este otro lado...».

Pablo tropezó y cayó al suelo; estaba seguro de haber pisado algo blando, se giró y notó el cuerpo inmóvil a su lado.

«No, no, no, no, no, no, por favor, no, no... a mí, llévame a mí, pero a ella no. No, no, no...».

Sintió el frío veneno del pánico inyectarse con furia en sus venas, logrando ralentizar tanto sus pensamientos como el movimiento de sus articulaciones. Encontró a tuestas la cara de la chica y la acarició con un temblor de manos que no podía controlar; notó que estaba muy fría y completamente empapada, también notaba en las yemas de sus dedos los pequeños arañazos y trozos de hojas que tenía la chica por todo el rostro. Lo que más le dolía era no poder verla a pesar de tenerla a escasos centímetros. Aparte de haberla metido en aquel infierno que había acabado con su vida.

Entonces lloró. No pudo hacer otra cosa.

Acunó su cuerpo con cuidado, tomando su cabeza y acariciando su pelo y cara. Tenía entre sus brazos el producto final de sus errores, el cuerpo sin vida de quien lo había significado todo para él durante aquellos días, de quién más le importaba. Una risa nerviosa brotó de su mandíbula mientras sentía el calor de las lágrimas recorriendo su cara. Volvía a tener a un compañero muerto en sus brazos y bajo el frío y el agua, aquello se había convertido en una maldición. No, no era una maldición, era un infierno que le castigaba por sus pecados, «¿qué pecados? Yo nunca he hecho daño a nadie. No merezco este castigo», pensaba entre convulsiones de su cuerpo.

—No, tú no. Por favor..., tú no... Teníamos tantas cosas pendientes, me quedaba tanto por decirte y confesarte... —susurraba en un hilo de voz mientras acariciaba su cara—. No puede ser que te vayas tan pronto y de esta forma.

»Siento no haber sido sincero y decirte quién era en realidad. Ya sé que es tarde para eso, pero necesitaba decírtelo, necesitaba confesarlo. —Pablo no podía controlar el llanto ni el temblor—. Cuando una persona te importa de verdad, solo piensas en ser sincero con ella, pero a medida que fuiste siendo importante para mí, a medida que fuiste acaparando lo que antes solo era trabajo y soledad, la verdad se antojaba cada vez más difícil y distante; me

alejaba de ti cada día que pasábamos juntos, como si un puente de mentiras creciese metros y más metros entre nosotros a medida que me iba enamorando de ti.

»¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué tú y no yo? No es justo. ¡Dios, no es justo!

La rabia comenzaba a apoderarse de él, notaba la furia creciendo en su estómago y canalizándose hacia sus manos. Necesitaba sacarlo todo de dentro.

—Joder, qué hijos de puta. Esto no puede estar pasando. —Y gritó, gritó hasta donde le llegó la voz.

Davina, que aún iba a mitad de camino hacia el árbol donde se parapetaba Alfil, se giró y alzó la voz.

—¡Ahora somos nosotros los que os ofrecemos una salida a esta situación! ¡Ya somos dos contra dos y pronto estaremos en ventaja! ¡Soltad las armas y marchaos, no tiene por qué morir nadie más!

Pablo gritó como si desease expulsar un demonio que se hubiese aferrado a su alma para disfrutar y alimentarse de su dolor. Mal asunto para el demonio y para Davina, no era momento de molestar a quien cargaba con ese pesar y furia en su interior. Luego volvió al cuerpo de Oiana, que seguía acunando, la besó en los labios y le susurró al oído.

—No temas, no estarás mucho tiempo sola, no tendrás que esperarme mucho.

Se levantó del suelo, tiró el cargador de la pistola para meter otro lleno y comenzó a caminar mientras disparaba sin parar al suelo, por la zona en la que sabía que estaría la asesina que le había arrebatado todo lo que amaba.

Davina sintió las balas impactar a escasos centímetros de su cuerpo. El policía disparaba sin cesar y acabaría acertándola tarde o temprano. Solo le quedaba una salida y lo apostó todo a su suerte. Se levantó de un salto, usando toda la energía que le quedaba y, mientras gritaba: «¡Alfil, no dispaes, soy yo!», corrió con todas sus fuerzas hacia el árbol. El sonido de sus pisadas la delató y Pablo siguió disparando hasta quedarse sin munición, luego sacó el rifle que llevaba a su espalda y agotó las cinco balas del cargador.

Davina llegó hasta Alfil y se desplomó sobre él, venía exhausta y él impidió que cayese al suelo. También la ayudó a sentarse con cuidado, recostando su espalda sobre el tronco del árbol. Alfil sentía que no solo la había recibido a ella, notaba un incómodo cambio en su situación, en sus sentidos. Se llevó la mano derecha a su hombro izquierdo y percibió que el dolor provenía de un disparo que le había atravesado el hombro. Quien fuese que había vaciado el cargador de su pistola, había acertado en él de forma

accidental. Por suerte, la bala había entrado y salido sin dañar el hueso, pero perdería mucha sangre si no cerraba la herida pronto. La otra mano se la llevó a la cara, algo ardía en su piel y sus ojos, y tenía un desagradable y familiar sabor metálico. Lo comprendió enseguida. La chica le había escupido una gran cantidad de sangre al llegar a él. Estaba herida. Durante un instante permaneció allí de pie, aturdido por mil pensamientos, tratando de mirar fijamente en la oscuridad, como lo haría alguien que sabe que se encuentra en un sueño pero no logra despertarse.

Y por fin reaccionó.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han disparado?

—Ese sonido —musitó ella con un hilo de voz gutural—, ese sonido era el del rifle, tienen mi rifle. El mono no ha podido frenarlo, creo que me ha dado en el hígado.

Alfil tocó su abdomen y notó que estaba muy caliente. El agua que empapaba su coraza, que lo empapaba todo, había dejado paso a la sangre que abandonaba su cuerpo demasiado deprisa. La situación no podía complicarse más.

O sí.

A su espalda, comenzó a oír los ladridos de los ansiosos perros policías que habían llegado desde el pueblo siguiendo la orilla del río. Estaban completamente acorralados y Davina estaba malherida, posiblemente le quedasen solo unos minutos de vida.

«No, esto no puede estar pasando. Davina es perra vieja, sobrevivirá a esto con la fuerza con que lo ha hecho a cosas mucho peores».

—Ni se te ocurra hacer lo que estás pensando —susurró.

—¿Cómo dices?

—No te entregues.

—Es la única salida que tienes, quizás llegues al hospital y te puedan salvar.

—No sería una salvación si tengo que pasar el resto de mi vida en una cárcel y no poder verte en veinte años.

—No pienses en eso, ahora lo más importante es sobrevivir. Debimos entregarnos hace un rato, cuando esa policía nos lo sugirió.

«No, no puede acabar todo aquí, aún debe haber una salida. Encontrarás una solución como lo haces siempre. Eres un superviviente, ambos lo somos, nuestra historia no puede terminar aquí. Al menos, tú puedes salvarte aún».

—No —respondía ella—. Debimos saltar al río; pero aún estamos a tiempo, aún estás a tiempo. Salva tu vida, salta al río. Eres fuerte y podrás aguantar varios minutos. Yo seguiré aquí disparando para tenerles entretenidos, cuando sepan que no estás, ya habrás llegado a algún pueblo donde habrás podido secarte y conseguir ropa y un coche.

—No te dejaré aquí.

—No digas tonterías. Se nos agota el tiempo, Alfil, debes marcharte. Maldita suerte la mía, pensé que este paraje y la niebla serían una trampa mortal para ellos y ha acabado siéndolo para nosotros.

«No, pequeña, no pienses en eso. Podremos salir de esta. Confía en mí. Eres fuerte y necesitas recuperar la confianza en tus posibilidades».

—Yo no lo habría hecho mejor, no te mortifiques. Me has rescatado arriesgando tu vida y eso es lo que importa.

—Te he rescatado para hacer que te maten o te vuelvan a encarcelar a las pocas horas. Si lo hubieras planificado tú, iríamos ahora en un avión hacia el Caribe.

Las pisadas de los policías se oían tan cerca que en menos de un minuto ya les tendrían a dos metros de distancia, y los perros ladraban con furia al saber que sus presas estaban a pocos metros de sus colmillos. Alfil besó a la chica y la abrazó con cuidado, ella le sonrió y acarició su cara.

—No tienes otra salida, vete.

—No sin ti. Nunca sin ti.

—No puedo cargar con tu muerte.

—No digas tonterías, nadie va a morir.

—No me hagas esto. Sería un ancla en tu huida.

—No sé si me has escuchado durante todo este tiempo, pero ya te he dicho que pesas como una almohada.

No. No hubo más conversación, Alfil la levantó en brazos y entró en el helado río, despacio para no hacer ruido. Cuando el agua llegaba a su cadera, y la chica tapó su boca para evitar la exclamación, se dejó llevar por una corriente que avanzaba deprisa, tanto que sintió los pasos de los policías y los ladridos de los perros alejarse a su espalda hasta desaparecer en pocos segundos. Millones de cuchillos afilados se clavaban en cada milímetro de su cuerpo (y lo estarían haciendo con más saña en el de ella). El agua estaba tan fría que olvidó por completo que tenía piernas, debían de estar chocando contra las rocas del fondo aunque él no sentía dolor alguno. En el acto comprendió que si permanecía allí más de un minuto, morirían los dos.

La oscuridad era tan intensa que parpadeaba cada cierto tiempo para saber si tenía los ojos abiertos o cerrados. Llegó a ser tal, que dudaba si seguía vivo o había entrado en algún infierno en el que fuese ciego y tuviese que vivir eternamente con ese frío, sin sentir las extremidades y arrastrando por aquel cruel río el cuerpo moribundo de Davina sobre sus brazos.

Sujetándola a ella con una mano, trató de nadar hacia la orilla contraria usando el otro brazo como remo. Tardó mucho en lograrlo y poder aferrarse a unas ramas que sobresalían del agua. Allí notó que ella gemía de dolor. La chica estaba en las últimas.

«No, no me dejes, aún nos queda mucho, no te marches. No sabría qué hacer si me dejas solo».

La tumbó en la orilla y la besó, estaba aún más fría que él mismo. Pensó que había muerto, pero oyó de nuevo su voz.

—No te veo, ¿dónde estás?

—La niebla no deja pasar la luz de la luna ni de las estrellas, yo tampoco veo nada.

—Te he oído quejarte al bracear en el agua. ¿Estás herido?

—Solo es un rasguño en el hombro.

—No te quejarías por un rasguño. Deberías dejarme aquí, tienes que buscar un refugio donde curarte, secarte y entrar en calor. El pueblo debe de estar muy cerca.

—Lo conseguiremos juntos.

—A mí ya no me queda nada, noto el frío y cómo me entra un sueño que no puedo controlar.

«No, por favor, no sigas a mi lado, déjame aquí. Déjame morir y sigue tu camino. Cumple nuestro sueño y recuérdame cuando veas estorninos y cuando disfrutes de una playa en el Caribe. Déjame, por favor, déjame morir y sálvate».

—Dormirás en una cama caliente muy pronto. Solo faltan unos metros. Confía en mí, debemos continuar.

—No, no me muevas, prefiero que me hables. Cuéntame las cosas que haremos en el Caribe, dime cómo son las playas, cuéntame otra vez los manjares que comeremos y cómo haremos el amor a todas horas. Miénteme y dime cosas bonitas. Este frío me recuerda las noches en Istria, sin calefacción, sin mantas, sin comida... Quiero un último recuerdo agradable y no el de aquellos días. No dejes que el frío de Istria me lleve.

—No lo permitiré.

—No dejes que me lleven a la casa de chicas.

—Nadie te llevará a ningún sitio.

El temblor de su cuerpo y el sonido de su voz presagiaban lo inevitable.

—Esta noche soñé que volvía a Istria, pero tú venías conmigo y no me soltabas de la mano, era feliz y volvía a ser Andreea de nuevo. Reíamos, el tiempo no pasaba y el destino me devolvía lo que era mío.

—¿Andreea?

—Es mi nombre... Davina me lo pusieron en la casa de chicas. No dejes que vuelva a ser Davina... Tú has traído a Andreea de vuelta, gracias por todo, gracias por...

Silencio.

Silencio, frío y muerte. Eso es todo lo que quedó entre los brazos de Alfil. No recordaba cuándo había llorado por última vez, pero estaba seguro que pocas veces en su vida lo había hecho para honrar a alguien a quien debía tanto. Davina, Andreea, se marchó para siempre, llevándose consigo al monstruo y los miedos. Había llegado a su vida para redimirle, para cargar con sus pecados, para sacrificarse y traer al pequeño Alfil que era feliz junto a sus padres al mismo tiempo que él había sacado a la pequeña Andreea de la cárcel que el burdel de su infancia edificó en su mente.

Silencio, frío y muerte. Eso es todo lo que le quedaba en ese instante. Casi no sentía las piernas, dudaba de si podría caminar, no tenía fuerzas y tampoco ganas para seguir huyendo. Permaneció abrazado a la chica y llorando por un futuro que ya no tendría.

Silencio, frío y muerte.

Capítulo 29

Una decena de focos con generadores de gasolina trataban de iluminar la zona exterior de la borda donde se había efectuado el tiroteo, aunque cada punto de luz no lograba emitir más que un tétrico espectro en forma de esfera de humo blanco, como una gigantesca bola de niebla que a duras penas servía para poder orientar a los policías. En aquel perímetro se encontraban varias dotaciones, tanto del Cuerpo Nacional como del Foral, cuatro ambulancias con técnicos sanitarios, médicos y un forense que, tras hacer su trabajo, esperaba al juez de instrucción para el levantamiento de los cadáveres de los dos policías y así regresar a su casa.

Dentro de una de las ambulancias estaba Luis Irurzun, envuelto en innumerables capas de mantas térmicas que no lograban quitarle el frío de los huesos ni el temblor de la mandíbula. Frente a él había dos oficiales tomándole declaración. No sabía si hablar sobre Pablo, aunque los de balística, que recogían casquillos, y los de la científica, que analizaban todo el suelo, descubrirían pronto que había un cuarto tirador en el grupo. Luis pensaba que el sevillano había salido en busca de los asesinos cuando estos se arrojaron al río. Esa era la única lógica aplicable a la desaparición de los tres; ya que, tras el último tiroteo, apareció una docena de policías donde debían estar Alfil y la chica, y no pudieron esfumarse por arte de magia.

Al menos Luis salvó su vida de milagro, ya que la dotación policial arremetió contra él con una lluvia de balas infernal, suerte que permanecía tumbado. Tuvo que gritar sin parar su nombre hasta que unos compañeros de la Foral reconocieron su voz y dieron el alto el fuego.

Hacía cuarenta minutos que todo un dispositivo de rastreo, incluidos perros y lanchas motoras con buzos, analizaba cada metro del cauce del Baztán. No pararían hasta encontrar a los dos fugados, aunque sabían que al menos uno de ellos no llegaría muy lejos por la sangre que había perdido en la

base del árbol donde dejaron las armas. Informaron por radio en ese momento (y Luis pudo oírlo) que habían encontrado al teniente sevillano que buscaban.

—Estaba con nosotros, él fue el que acorraló a los asesinos —dijo Luis a los compañeros que llevaban el caso.

—No nos dijiste eso antes.

—No lo preguntasteis. Pablo está perseguido por los crímenes de Chueca, pero él no lo hizo, si no permaneció allí para recibir a las patrullas no fue para huir, sino para no perder la pista de los asesinos.

—Eso lo tendrá que demostrar él.

—Sin Pablo no nos hubiéramos acercado. Tratadlo bien, es un excelente policía.

—Espera... —El oficial le interrumpió cuando la comunicación por radio informó que el teniente Aguilar se encontraba junto al cadáver de una mujer joven. Aparentemente se trataba de la mujer de los noticiarios alemanes.

—¿Solo un cuerpo? —preguntó Luis al oírlo.

El oficial repitió la pregunta por radio. Desde el otro lado la respuesta fue clara y todos pudieron oírla. Solo estaba el cuerpo de la chica; y, aunque había huellas en la zona que se adentraban de nuevo en el río, no aparecía ninguna que saliese del cauce en más de cien metros de distancia río abajo.

La cara de Pablo estaba completamente desencajada, y no era por el frío que había sufrido al arrojarle al agua, a la desesperada, tras los dos asesinatos. Un halo de tristeza e impotencia lo rodeaba y se fundía con el mutismo que le acompañaba desde que había aparecido tras la persecución. En ese momento se encontraba en una sala de la comisaría de Elizondo, se había duchado y puesto ropa seca, pero sus ojos aún estaban inmersos en aquel infierno de humedad y barro, de frío y niebla. Luis no se separó de él, especialmente cuando aparecieron llorando los padres y la hermana de Oiana para reconocer el cadáver.

La comisaría es grande y suele parecer vacía casi siempre, como mucho son cuatro o cinco los policías que suelen coincidir allí a diario, pero aquella noche albergaba a más de cuarenta, algunos con equipos informáticos portátiles y otros llevando un sinfín de cajas y mochilas que contenían equipos autónomos de iluminación y soporte técnico para operaciones a gran escala. Luis nunca había sentido tanto calor en aquel lugar, tantos ordenadores y personas de un sitio para otro provocaban un incómodo bullicio que le recordaba la tensión vivida bajo el estruendo de los disparos unas horas antes.

Aún sentía espasmos incontrolados cuando recordaba el olor a sangre, el barro en la cara, el frío en los huesos, las balas silbando sobre su cabeza, el rumor imperturbable del río.

No le importó que los oficiales y el comisario venidos desde Pamplona tomasen el mando y control de unas instalaciones que él dirigía desde hacía años. Lo que menos le apetecía en esos momentos era estar organizando aquel circo y tener que pelear con los de la nacional, que habían traído una orden ministerial autorizándoles a dirigir el operativo (y asegurarse de que las medallas caerían de su lado luego).

—¿Adónde vas? —preguntó a Pablo cuando vio que este se levantaba de la silla.

—Quisiera hablar con los padres y la hermana de Oiana.

—¿Estás loco? ¿En tu estado? Eres capaz de decirles que su muerte fue culpa tuya.

—Y lo fue.

—Me importa un carajo lo que pienses. Ella era mayor de edad, y una buena policía que sabía lo que hacía y dónde se metía; y aparte de eso, ¿crees que esas dos personas necesitan oír eso ahora? ¿Qué bien les hará? Ya sabes que el mayor (o el único) consuelo de los familiares de un policía caído en acto de servicio es pensar en él o ella como un héroe que se ha sacrificado por su trabajo. No necesitan que les fastidien esos pensamientos con declaraciones de culpabilidad. Así que no me jodas y siéntate. Ya tendrás tiempo de disculparte o hacer lo que te salga de los cojones.

Pablo seguía en ese estado velado, como un zombi que no supiese dónde se encontraba. Luis iba a traerle otro café, pero en lugar de eso le pidió que se fuese a dormir, o, al menos, tratase de tumbarse a descansar.

—¿Descansar? No descansaré hasta que vea a ese hijo de puta muerto.

—Encontrarán su cuerpo en unas horas, el río no deja heridos, se lleva por delante a todo lo que cae en él en las noches de invierno.

—No, ese cabrón es mucho más duro de lo que pudieras imaginar, saldrá de esta, ya lo verás. Cuando encontré el cadáver de la asesina en la orilla del río, sola, pude comprobar que nada puede detener o matar a ese tipo.

—Ningún ser humano sobreviviría a algo así, y menos aún herido y sin comida, y desorientado en la oscuridad de una zona que desconoce.

Pablo no contestó, un brillo en sus ojos mostraba la fe ciega en sus pensamientos. El fantasma no moriría en una situación así.

—No puede morir, es un fantasma, nunca podremos acabar con él — musitó en lo que parecía un murmullo para sí mismo.

—Debes descansar, ya no sabes lo que dices. Me preocupas. Por favor, hazlo por mí, vete a descansar.

—Ella me lo dijo, el cadáver de esa asesina me lo dijo cuando le pregunté por Alfil. «No está muerto». —Y la voz de Pablo se apagó.

Ninguno de los dos se movió de allí en toda la noche, lo hicieron para saber si se había encontrado el cuerpo de Alfil y también para velar y guardar respeto por los dos amigos y policías caídos. El amanecer los descubrió en la misma silla y con las miradas perdidas a través de los ventanales, observando la bruma que levantaba de nuevo el río.

El cadáver no había aparecido.

Capítulo 30

El televisor del bar-restaurant Casa Manolo, frente a la Comisaría Central-1 de Sevilla, mostraba el informativo de la tarde. La presentadora comenzaba con la noticia de la decisión policial de detener la búsqueda del cuerpo del asesino de Chueca, como apodaban a Alfil. Las autoridades le daban por fallecido y sumergido en algún punto del río entre las localidades navarras de Elizondo y Arraioz; quizá apareciese flotando tarde o temprano, pero no podían invertir más recursos en la tarea. Allí sentados y completamente ajenos a la noticia, dos policías de uniforme almorzaban cuando uno de ellos golpeó con el codo en las costillas al otro, haciéndole protestar por haber hecho que se manchase la camisa. A través de la ventana pudieron ver al teniente Pablo Aguilar entrando en la Comisaría. Era su primer día de trabajo tras haber quedado libre y sin cargos por el caso de Chueca y haber sido readmitido en su puesto de la brigada de homicidios, con una medalla al valor por el enfrentamiento en Navarra incluida. Casi todos los policías de la comisaría estaban esperando para verle y ellos dos se perderían el momento del recibimiento por estar comiendo. Parecía que el teniente hubiese elegido esa hora para evitar mirar a la cara a sus antiguos compañeros, y a los amigos de Miguel Carabías.

Al entrar por la puerta, Pablo percibió el olor característico del que consideraba su hogar; al parecer, seguían usando el mismo ambientador y el mismo detergente para fregar. Fue una sensación extraña, ya que no hacía mucho más de un mes que se había marchado pero se sentía como si volviese tras años de exilio.

Los presentes en la comisaría se giraron para mirarle y se hizo un silencio más que incómodo, aunque eso no le afectó, estaba completamente decidido en todo cuanto concernía a su futuro. Se encaminó hacia su despacho, entró y cerró la puerta. Dentro le esperaba el comisario.

—Llevo horas esperándote, espero que no te moleste que me haya sentado en tu silla.

—Es toda suya, puede quedársela.

—Veo que sigues empeñado en dejarlo. ¿No hay nada que pueda hacer para que cambies de idea? Lo que sea...

—Ya no tengo motivaciones, nada me impulsa a seguir viniendo a trabajar.

—Piensa en el dinero, lo necesitas para vivir.

—Trabajaré en cualquier otra cosa. No necesito mucho y ya tengo bastantes ahorros.

—Piensa en las familias de las víctimas, ellas necesitan a un policía como tú para atrapar a los asesinos de sus seres queridos.

—Hay muchos policías aquí, y más aún en la academia, ellos harán mi trabajo.

—Entiendo. Veo que no hay forma de convencerte. Podrías hacerlo por mí, haría cualquier cosa por retenerte, eres el mejor policía que he conocido.

—Una mirada bastó para que el comisario comprendiese que había perdido todas sus opciones—. Al menos, espero que vuelvas alguna vez a visitarnos, aún tienes amigos aquí.

Pablo no respondió, ni siquiera mantuvo la mirada con el que había sido su superior. Permaneció observando al resto de policías que trabajaban al otro lado del cristal, las persianas venecianas no estaba giradas y podía ver a través de ellas cómo cuchicheaban lanzando miradas furtivas hacia su despacho. No echaría de menos aquel lugar, es lo que tenía más claro en ese momento. El comisario se marchó y él comenzó a meter algunos recuerdos personales en la mochila que había traído a la espalda. Cuando hubo terminado, abrió la puerta del despacho y se giró para observarlo por última vez. Se despedía de él cuando:

—¡Oh, dios mío! Teniente, qué susto me has dado. —Era Mayte, la recepcionista, estaba a su espalda justo cuando se giró para salir.

—Lo siento, Mayte, no era mi intención.

—No sabía si te quedarías mucho tiempo hoy, así que te he traído un sobre que un repartidor acaba de dejar para ti.

—Gracias Mayte.

La mujer sonrió y volvió a su puesto de trabajo. Pablo abrió el sobre, que no tenía remite, y observó el interior. Sintió el vello de su nuca erizarse y un temblor frío recorrió su espalda. Una parte de su mente viajó de nuevo hacia la niebla del Baztán, incluso creyó oír aquel infierno de disparos a su

alrededor. Salió corriendo como alma que lleva el diablo y, como ya no tenía su arma, cogió una de la cintura de un policía de uniforme, varios agentes le siguieron al comprobar su reacción. Salió a la calle con el arma en la mano, asustando a algunos viandantes que paseaban, miró en todas direcciones y no pudo ver nada más que paisanos y turistas, ninguno se parecía a quien buscaba. Entró de nuevo en la comisaría y fue a la recepción, ignorando las preguntas de los alterados agentes que continuaban a su lado.

—¿Quién lo ha dejado? ¿Le has visto? —Estaba muy alterado, con la mirada completamente ida.

—¿Cómo dices? ¿Me estás asustando?

Pablo aún llevaba la pistola en la mano. Al ser consciente de ello y del susto que provocaba en la mujer, la devolvió a uno de los agentes a su espalda.

—El tipo que ha traído este sobre, es de vital importancia que me digas cómo era y en qué dirección se marchó.

—La dirección no la sé. En cuanto me lo entregó, pensé que debía llevártelo en el acto. No tenía mucho trabajo y nadie esperando aquí en la sala, así que el repartidor quedó a mi espalda al salir de la comisaría.

—Al menos, ¿pudiste verlo bien?

—Bueno... estaba tremendo, guapo, alto, fuerte, voz ronca pero con tono seguro..., iba con uniforme de repartidor y con una gorra muy calada en la cabeza.

—¡Joder, joder, joder! —gritó como un poseso por toda la sala, ante la mirada atónita de los policías—. ¡Quiero las grabaciones de las cámaras de la comisaría y las de todas las calles de los alrededores en menos de media hora!

—La calle es muy larga, teniente —protestó un agente.

—Pues corre como si te fuera la vida en ello.

—¿Algo más, señor? —preguntó otro.

—Quiero una lista de coches alquilados y robados en las últimas cuarenta y ocho horas, buscad berlinas de tamaño medio y color gris o coches pequeños con mucha potencia. Quiero una lista de pasajeros de avión, metro y bus que hayan entrado en Sevilla en estos dos últimos días. Quiero hombres en el aeropuerto, en Santa Justa, en la estación de Plaza de Armas y controles en la salida por carretera hacia Madrid. Retened a cualquiera que tenga el perfil físico que Mayte os dará, y me importa una mierda sin son quinientos o cinco mil. Quiero un menú del *Casa Manolo* sobre mi mesa en diez minutos. Y quiero que os mováis de una puta vez, no quiero ver a nadie que no esté partiéndose el culo realizando alguna de esas tareas.

Todos en la comisaría pasaron de la incredulidad y el silencio a comenzar a correr y hacer llamadas de teléfono o consultas por internet. El comisario, desde el fondo de la sala, sonría al ver que su mejor policía había vuelto; no se podía permitir perder a su mejor hombre.

Pablo recorrió toda la sala hasta su despacho con la mirada fija en el infinito, su mente estaba haciendo miles de cálculos por segundo. No podía... no quería estar allí. Necesitaba ir a casa y comenzar un mural nuevo, partir desde cero. Aún llevaba el sobre amarillo en la mano, entró en su despacho y lo dejó encima de la mesa. Se sentó en su sillón y metió la mano dentro, despacio y con miedo; sintió el pequeño objeto entre las yemas de sus dedos, parecía que le quemase al tacto, pero estaba frío. Lo sacó con cuidado y lo colocó sobre el centro de la mesa. Allí permaneció unos interminables minutos, en silencio, solo observando la pequeña figura de madera negra sobre su escritorio, hasta susurrar.

—Hijo de puta.



«Nueve de los diez mandamientos son negativos. Si a lo largo de su vida uno se abstiene de matar, robar, fornicar, decir falsos testimonios, blasfemar y de faltar al respecto a sus padres, a su iglesia, a su rey, convencionalmente se le considerará digno de admiración moral aunque nunca haya realizado ni una sola acción amable, generosa o útil.»

Bertrand Russell

Epílogo

Mientras Pablo volvía a tener un motivo para seguir en la Policía, los noticiarios de la televisión en el restaurante Casa Manolo pasaban a dar las noticias internacionales, informando sobre la muerte del filántropo empresario Hans Schäfer en extrañas circunstancias en su hogar. La figura del anciano se había hecho muy conocida cuando su casa fue asaltada semanas antes por dos asesinos que había tenido en jaque a toda la policía europea y habían dejado tras de sí un reguero de muertes. Sobre las causas del fallecimiento se especulaba con un infarto, pero la familia y sus doctores confirmaban que no padecía ninguna dolencia cardíaca, lo que tenía desconcertadas a las autoridades alemanas, que seguirían informando sobre el acontecimiento.

FIN DE ALFIL ROJO

Agradecimientos

A mis padres y a Cris por su apoyo constante.

A Paco Jiménez por ser el primero en comenzar a pulir esto que yo llamo estilo propio.

A Lalín Lanz por su trabajo en mis primeras portadas.

A Ramón Portalés por su paciencia libro tras libro.

A Lebasi por la primera reseña recibida, de Alfil nada menos.

A Pere, primer fan declarado de esta saga.

A Carmelo, a Yuna Gea y a Mario Casas, por darme conceptos y rasgos de los personajes.

A Puri Gonzalez y a Ros Rotxi, qué aburridas serían las redes sociales sin nuestras charlas sobre literatura.

A todos los lectores, sin vosotros no sería posible.

A Viveca Sten, Camilla Läckberg, Asa Larsson y Frédérique Molay por vuestras fantásticas obras y ser quienes guiais el camino.



FRAN BARRERO (Huelva, España, 1976) estudió Ciencias Empresariales en su ciudad natal para trasladarse a Madrid en 2003, allí trabajó en departamentos contables y financieros de varias empresas. Abandonó en 2006 la empresa privada para establecerse como autónomo desarrollando las actividades de fotógrafo y de profesor de fotografía y retoque digital. En busca de realización personal.

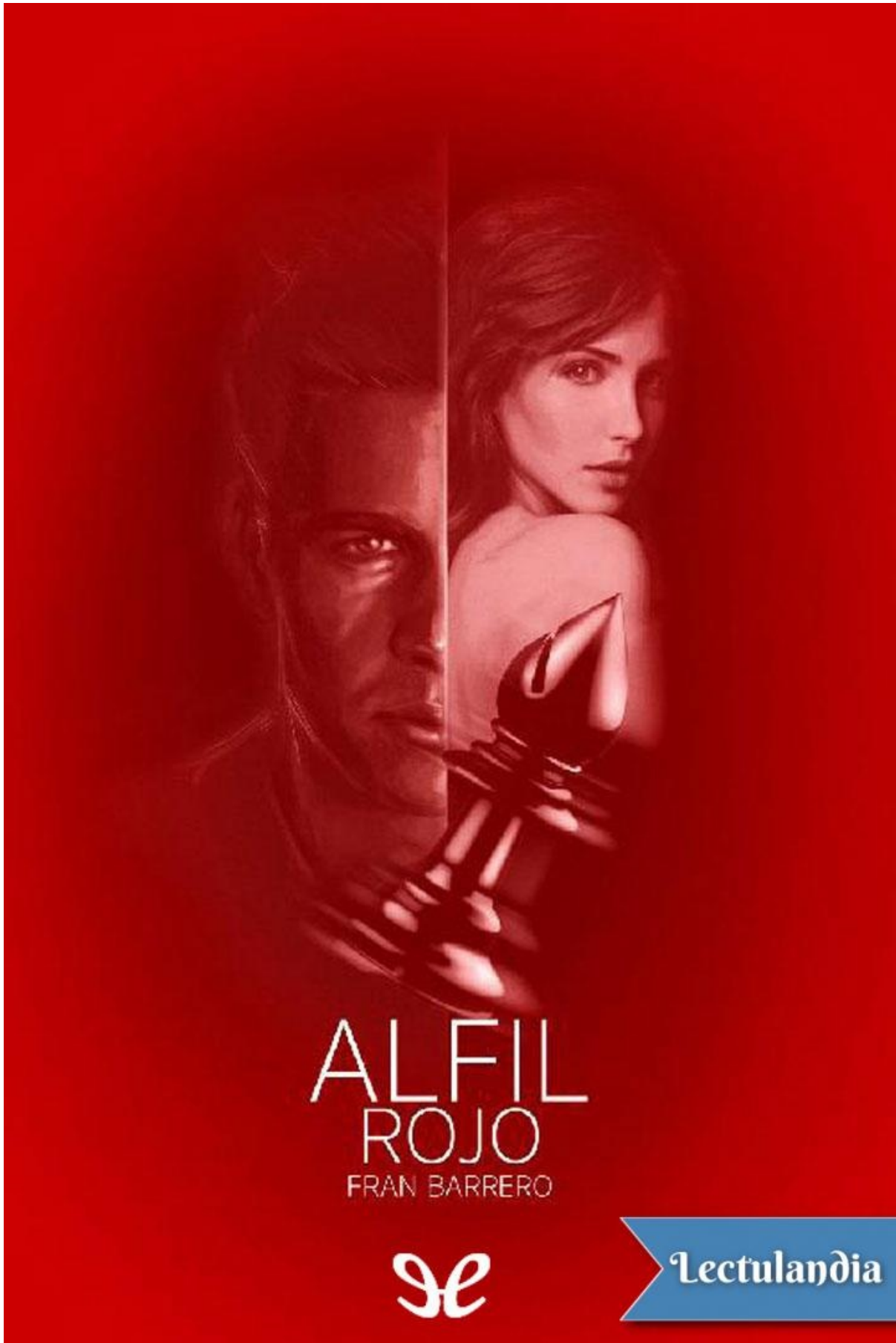
Es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2012 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil: Alfil Negro*, primera entrega de la Trilogía de Alfil, una idea que lleva años rondando por su cabeza, y para la cual usa sus conocimientos del sector moda para documentar la vida y trabajo del protagonista.

Notas

[1] Bill Murray es uno de los actores protagonistas de la película *Los Cazafantasmas* (*Ghostbusters*, 1984). <<

[2] Neo y Trinity, protagonistas de *Matrix* (1999). <<

[3] Dorință: significa Lujuria en Rumano. <<



ALFIL
ROJO
FRAN BARRERO



Lectulandia